



Historia oral  
Entrevista a  
Paul Thompson

El supuesto fin del  
marxismo  
Bryan Palmer

Ciudadanía política  
y territorios  
nacionales  
Favaro- Arias  
Buccarelli

El gaucho que  
supimos construir  
Jorge Gelman

Tendencias de la  
historia oral en la  
Argentina  
Dora Schwarzstein

Una historia oral de  
la disciplina  
industrial y de la  
sexualidad  
Ann Farnsworth-  
Alvear

Memoria de  
campesinos  
nicaragüenses  
Jeffrey Gould

► Poesía, trabajo y  
sexualidad  
Daniel James

# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA  
AÑO V - NUMERO 9 - FINES DE 1995

9



Construcción de la  
ciudadanía política  
en Neuquén  
El gaucho en la  
historia argentina  
Los debates de la  
historiografía  
alemana  
contemporánea  
Retorno a la  
miseria de la teoría

Dossier: Problemas y dilemas de la  
Historia Oral. Escriben: Farnsworth-  
Alvear, Gould, James, Schwarzstein.  
Entrevista a Paul Thompson

# ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA

AÑO V - NUMERO 9 - FINES DE 1995

## Artículos

El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política, un caso en los años '30

### Consejo de Dirección

Erna Cibotti

Silvia Finocchio

Patricio Geli

Mirta Zaida Lobato

Lucas Luchilo

Gustavo Paz

Leticia Prislei

Fernando Rocchi

Juan Suriano

### Director

Juan Suriano

### Diseño Gráfico

Mabel Penette

**ENTREPASADOS** es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

**Suscripciones:** En Argentina U\$s 24 (dos números)

En el exterior, vía superficie U\$s 30 (dos números); vía aérea U\$s 40 (dos números)

**Entrepasados** recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657) Loma Hermosa, Buenos Aires. Tel.: 769-9013.

**Distribución Internacional:** Cochabamba 248, D. 2, Bs. As., Argentina.

**Foto de tapa:** Dock Sud. 1920. (Gentileza de la familia Zabiuk, 1995)

**Composición y armado:** Omega Laser Gráfica, Callao 157, P. B. "C", Capital Federal.

Consejo de Dirección  
Ema Giboff  
Silvia Finocchio  
Patricio Gail  
Mirta Zaida Lobato  
Lucas Lucifora  
Gustavo Paz  
Leticia Pichel  
Diseño Gráfico  
Fernando Fochetti  
Juan Szuiano  
Mabel Panetta

ENTREPASADOS es una revista semestral que crea un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

Subscripciones: En Argentina U\$ 24 (dos números)  
En el exterior, vía suportes U\$ 30 (dos números); vía aérea U\$ 40 (dos números)

Entrepasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Szuiano, Casilla de Correo N° 58 (1857) Loma Hermosa, Buenos Aires, Tel.: 789-9013.

Distribución Internacional: Cochabamba 348, D. 2. Ba. Az., Argentina.

Foto de tapa: Dock Sud, 1950. (Gentileza de la familia Zabiak, 1993)

Composición y armado: Omega Laser Gráfica, Calle 157, P. B. C, Capital Federal.

# Indice

## Artículos

El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años '30  
*Orietta FAVARO y Mario ARIAS BUCCARELLI* 7

El gaucho que supimos construir. Determinismo y conflictos en la historia argentina  
*Jorge GELMAN* 27

## Dossier

### Problemas y dilemas de la historia oral

Presentación  
*Mirta Zaida LOBATO* 41

Entrevista a Paul Thompson  
*Daniel JAMES* 43

Tendencias y temáticas de la historia oral en Argentina  
*Dora SCHWARZSTEIN* 51

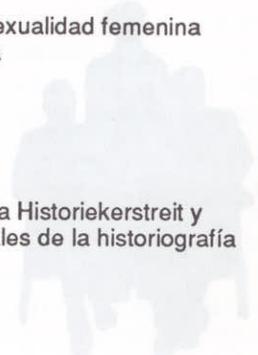
Virginidad ortodoxa/recuerdos heterodoxos: hacia una historia oral de la disciplina industrial y de la sexualidad en Medellín, Colombia  
*Ann FARNSWORTH-ALVEAR* 63

Memorias de mestizaje en el movimiento campesino nicaragüense  
*Jeffrey L. GOULD* 85

Poesía, trabajo fabril y sexualidad femenina en la Argentina peronista  
*Daniel JAMES* 97

## En Debate

El pasado que no pasa: la Historikerstreit y algunos problemas actuales de la historiografía  
*Jorge Omar ACHA* 113



## Galería de textos

La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo: retorno a la miseria de la teoría  
*Bryan D. PALMER* 143

## Fuentes de Archivo

Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo fílmico del Canal 10 de Córdoba  
(Noticias de las décadas del '60 y del '70)  
*Silvia ROMANO y María Cristina BOIXADOS* 175

## Reseñas y Comentarios de Libros

Carlos Mayo  
Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820  
*Reseña de Carlos CANSANELO* 183

Jeremy Adelman  
Frontier Development. Land, Labour, and Capital on the Wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914,  
*Reseña de Juan Carlos KOROL* 179

Juan Carlos Torre  
El 17 de octubre de 1945  
*Reseña de Mirta Zaida LOBATO* 191

# El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años '30

*Orlinda Rossetti  
María Ariza Baccanelli\**

## El Problema

La crisis mundial de 1930, como se sabe, afectó al sistema productivo nacional basado en la economía agroexportadora y llevó a la burguesía a un macromovimiento tanto económico como político. La clase dominante se adaptó a las nuevas condiciones planteadas por la economía internacional, consolidando su posición a partir del centralismo del estado e instrumentó una serie de medidas que apuntaron a recuperar la direccionalidad de la sociedad en su conjunto, es decir a canalizar el poder político y desalojó al radicalismo y al guayonista. En este sentido, la experiencia vivida durante este gobierno, impulsó a los neocorservadores a neutralizar las contradicciones que presentaba el sistema político; había que canalizar a los contradictores hacia un objetivo de consenso social para lo que se pone en marcha el fraude patriótico, como práctica normal en los años '30. Recordemos que el fraude patriótico fue la forma de ser una capitulación ante las fuerzas dominantes y, menos aún, una propuesta que apuntara a efectuar cambios estructurales.

## Artículos

Las tensiones entre los sectores sociales que expresan los intereses de la burguesía argentina y la burguesía argentina. La crisis los enfrentó y se concretó el "ajuste retrospectivo en la estructura política". El fraude es, entonces, una manipulación de las elecciones en un sistema de participación controlada y limitada, tal como fue pensado por los hombres de la reforma. Este procedimiento, visto desde una perspectiva de análisis más amplia que incorpore el estudio de los territorios nacionales, ofrece una complejidad que va más allá de las interpretaciones tradicionales.

En efecto, mientras en las provincias se excusaba a buena parte de los habitantes del territorio de sus deberes cívicos, en el territorio se respaldaba a los neocorservadores a través de la manipulación de la información y se les permitía avanzar en sus intentos de ampliar su territorio de influencia y de conformación de una nueva ciudadanía.



\*Universidad Nacional del Comahue

Comentarios de lecturas

La novela histórica, el materialismo histórico y el movimiento de los marxistas: un ensayo de la crítica de la historia  
Byron D. Paj 167

Puentes de Archivo

Los historiadores y la recuperación de los roles de tradiciones, el archivo físico del Canal 10 de Córdoba  
(Historias de las décadas del '60 y del '70)  
Silvia ROMANO y María Cristina BOIXADOS 175

Reseñas y Comentarios de Libros

Estadística y sociedad en la América, 1740-1820  
Reseña de Carlos CANSAVELLO 181

José María Adelman  
From the Dawn of Land, Labor, and Capital in the Wilderness to Argentina and Canada, 1890-1914  
Reseña de Juan Carlos KOCORZ 179

Juan Carlos Torre  
El 17 de octubre de 1946  
Reseña de Mirta Zaida LOBATO 191



# El lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de los territorios nacionales a la ciudadanía política: un clivaje en los años '30

Orietta Favaro  
Mario Arias Bucciarelli\*

## El Problema

La crisis mundial de 1930, como se sabe, afectó al sistema productivo nacional basado en la economía agroexportadora y llevó a la burguesía a un reacomodamiento tanto económico como político. La clase dominante se adaptó a las nuevas condiciones planteadas por la economía internacional, consolidando su posición a partir del control del Estado e instrumentó una serie de medidas que apuntaron a recuperar la direccionalidad de la sociedad en su conjunto, es decir alcanzó el poder político y desalojó al radicalismo yri-goyenista. En este sentido, la experiencia vivida durante ese gobierno, impulsa a los neoconservadores a neutralizar las contradicciones que presentaba el sistema político; había que canalizar a los contradictores básicos consecuencia de lo actuado en el '80, para lo que se pone en marcha el fraude patriótico, como práctica normal en los años '30. Recordemos que la reforma del '12 estaba lejos de ser una capitulación de las viejas clases dominantes y, menos aún, una propuesta que apuntará a efectuar cambios estructurales.

Las tensiones entre los sectores sociales que expresan los intereses de clase del liberalismo-conservador y del radicalismo no desembocan en un conflicto debido a la expansión de la economía y a que este último partido tampoco pretendía reformas que modificaran las bases materiales de la burguesía argentina. La crisis los enfrentó y se concretó el "ajuste retrospectivo en la estructura política". El fraude es, entonces, una manipulación de las elecciones en un sistema de participación controlada y limitada, tal como fue pensado por los hombres de la Reforma. Este procedimiento, visto desde una perspectiva de análisis más amplia que incorpore el estudio de los territorios nacionales, ofrece una complejidad que va más allá de las interpretaciones tradicionales.

En efecto, mientras en las provincias se excluye a buena parte de los habitantes del ejercicio de sus derechos políticos, paralelamente se repiensa la posibilidad de otorgarlos a los pobladores de los territorios nacionales. En esta etapa de inflexión se asiste, por un lado, a la reformulación de alianzas que pone en marcha el justismo y, por otro, a los intentos del partido socialista de ampliar sus bases electorales apelando a la conformación de una nueva ciudadanía.

\*Universidad Nacional del Comahue

### Evolución demográfica en los territorios nacionales

	1897	1914	1922	1935*	1943**
La Pampa	25. 914	101. 138	122. 535	200. 000	163. 325
Chaco	10. 412	46. 224	60. 564	213. 000	450. 000
Misiones	33. 163	53. 563	63. 176	141. 000	202. 335
Río Negro	9. 241	42. 242	42. 652	115. 000	136. 750
Chubut	8. 748	23. 065	30. 118	55. 000	90. 914
Neuquén	14. 517	28. 856	28. 784	42. 000	65. 150
Formosa	4. 829	19. 281	19. 093	38. 000	59. 050
Santa Cruz	1. 058	9. 948	17. 915	22. 000	30. 100
Los Andes+	—	2. 487	2. 539	2. 600	—
Tierra del Fuego	447	2. 504	2. 608	2. 500	3. 500

Fuente: elaboración propia a partir de datos censales

Nota: \*Apreciación del Ministerio del Interior (15/5/35)

\*\*Cálculo oficial de las Gobernaciones

+ El Territorio fue creado en 1898 y en 1943 se disuelve e incorpora a las provincias limítrofes

Tengamos en cuenta que en los territorios nacionales, el crecimiento demográfico (ver cuadro) y el desarrollo económico ponía en cuestión la permanente negación de su condición de sufragantes. En los años '30 el lento proceso de movilización de los territorianos —que se venía gestando desde principios de siglo— se articula y fortalece, con lo que logran colocar sus demandas de participación en el espacio público nacional. Esto complejiza los intentos de construcción y ampliación del régimen político y pone en evidencia el inconcluso proceso de construcción de la Nación.

La problemática que se expone en este trabajo surge como una cuestión derivada de los interrogantes que se originaron a partir del avance de la investigación en curso<sup>1</sup>. La búsqueda de antecedentes que posibiliten comprender la peculiaridad del sistema político neuquino, obligó a repensar

la etapa previa a la provincialización y, en este aspecto, abordar el prolongado proceso (1884-1955) de construcción de la ciudadanía política de los habitantes de los territorios nacionales. A lo largo de la etapa pudieron identificarse momentos de avances y retrocesos, discursos y prácticas diferenciadas que, desde el Estado nacional y desde los propios espacios territorianos se propusieron a efectos de otorgar a los pobladores de estas regiones los derechos políticos y extender de esta manera el sistema de representación con la incorporación de "nuevos ciudadanos".

De este modo, el presente artículo procura abrir una línea de reflexión sobre un espacio no tenido en cuenta en la producción historiográfica anterior y aportar —desde los estudios regionales— un enfoque que contribuya a enriquecer la discusión en torno al sistema político en la Argentina contemporánea.

### ¿Habitantes o ciudadanos?

La cuestión de la identidad política en los territorios nacionales.

Los cambios del centenario y la llegada del radicalismo

Sabido es que en el marco de la consolidación del Estado argentino, surgen los territorios nacionales como entes geográfico-administrativos, de carácter *temporario*, formados con tierras que se encontraban dentro de las zonas jurisdiccionales atribuidas a las provincias y que, luego de su "conquista", se incorporan a la Nación en el proceso de eliminación de fronteras internas y definición de las externas. Su organización, administración y gobierno queda establecido por la Ley 1532 (1884) cuya objetivo apunta a fusionar los intereses locales, evitar los principios de división, de manera de subordinar el interés regional al interés nacional y así lograr, la homogeneización de una nueva sociedad. La idea de homogeneización involucra el principio según el cual el gobierno central es el encargado de trazar los grandes lineamientos que habrán de regir el ejercicio de los derechos y deberes particulares, hasta que el desarrollo económico y social de los territorianos los eleve al rango de provincias; es decir, en una primera etapa se deben interpretar las necesidades manifiestas o latentes de los habitantes de los territorios. Se cree que al proceder de esta manera se sigue la regla de toda evolución que va de lo simple a lo complejo y en el orden institucional, empieza por el gobierno único, centralizado, para llegar después a la federalización<sup>2</sup>. En la discusión en el congreso el senador Igarzabal sostiene "Los Territorios Fede-

rales son proyectos de provincias, provincias en ciernes. La Constitución [...] por excepción ha establecido que mientras estos territorios estén en estado de ser provincias el Congreso les dicte su constitución política"<sup>3</sup>, creando instituciones que reproduzcan la forma republicana de gobierno —gobernador, jueces de paz y letrado designados por el Ejecutivo, municipio y legislatura electivos— y permitan el ejercicio gradual de los derechos políticos a sus habitantes<sup>4</sup>.

Este era el proyecto. Ahora bien, la realidad del período de la denominada Argentina Moderna estuvo caracterizada por la coexistencia de una sociedad liberal en donde anidaban los valores del progreso y un orden político conservador, que mantuvo en manos de la clase dominante —poco permeable a la competencia pacífica— los resortes del poder. Esa escisión pareció soldarse en 1912 cuando, por medio de una ley electoral, desde el Estado se decidió establecer la condición de ciudadano —antes inexistente—, mediante la participación obligatoria, el voto secreto y el sufragio de lista incompleta para todos los hombres adultos nativos o naturalizados que residan en el territorio de las catorce provincias y la capital federal. En última instancia, "Al establecer el sufragio secreto y obligatorio, la ley Sáenz Peña contribuyó a constituir una ciudadanía, no por mera agregación o ampliación hacia abajo, sino por una reformulación implícita de la condición de ciudadano"<sup>5</sup>.

En este primer intento de construcción de la ciudadanía política, se advierte ya, un principio que recorrerá el lento y contradictorio proceso de inclusión de los habitantes de

los territorios al cuerpo político de la nación. La capacidad electoral queda condicionada única y exclusivamente a la circunstancia del lugar en que se habita, no en la calificación del voto: ya que un residente de estos espacios no podrá votar en el territorio, pero con sólo trasladarse e inscribirse en el padrón de una provincia o de la capital federal, está habilitado para participar en cualquier elección a que fuera convocado. Se confunde así un derecho individual e inalienable, que emana de la soberanía popular y la forma republicana de gobierno, con el derecho colectivo que los territorios tengan a incorporarse, por intermedio del congreso, como entes políticos a las instituciones de la república. Al igual que en la Convención Reformadora de 1898<sup>6</sup>, la discusión en "la revolución por los comicios" del '12 no contempló la situación territorialiana. De este modo, en el orden nacional los habitantes de los territorios quedaban privados legalmente del ejercicio de sus derechos políticos y en el orden local, "tal ejercicio se hallaba supeditado a las hipótesis señaladas por la ley 1532"<sup>7</sup>.

Los sectores de la reforma estaban confiados que la ley iba a legitimarlos sin provocar una derrota de los grupos políticos tradicionales. Los resultados electorales de 1916 pusieron en cuestión las bases mismas del juego político, que, gracias a la vigencia de la constitución, no sólo no legitimaba a los liberales conservadores sino que hacía aflorar, abruptamente, el cambio de régimen político con el advenimiento del radicalismo al gobierno. Esto era resultado de la modernización de la sociedad que no había sido acompañada por una

adecuación en las estructuras institucionales del Estado.

El radicalismo planteó una nueva concepción del Estado y de la sociedad; según la cual éste a partir de su intervención debía corregir los rigores del desenvolvimiento capitalista, actuando como conciliador y utilizando un "patronazgo distribucionista" como principal mecanismo para conseguir adhesiones<sup>8</sup>. Sin embargo, la comprensión idealista del poder —proveniente del krausismo—, la concepción ética que había logrado ampliar la ciudadanía, encontraba sus límites en la falta de reconocimiento del poder real. El haber creído, señala García Delgado, "que la conquista de la libertad política y su mecánica institucional serían condición necesaria y suficiente para la estabilidad, llevó a una contradicción que sólo a fines del '20 se revelaría en toda su gravedad, cuando el conflicto entre libertad política y concentración del poder económico se mostrase en toda su magnitud"<sup>9</sup>.

La interrupción del orden institucional, con el golpe del '30, no apuntaba a transformar de raíz el régimen constitucional, a pesar de la intentona corporativa; por el contrario, luego de la solución justista "afrentó resueltamente la restauración de un régimen político supuestamente superado..."<sup>10</sup>. En efecto, control a la oposición y fraude se desplegarán en una sociedad que, en poco tiempo, había ejercitado la "democracia" como expresión de la soberanía popular de la participación.

Recordemos que en el marco de esa participación y de la ampliación de la base electoral<sup>11</sup>, el radicalismo había intentado extender la ciudadanía política a los habitantes de los te-

rritorios<sup>12</sup>. Yrigoyen argumentaba que se estaba cumpliendo lo prescripto por la ley 1532 respecto del número de habitantes y que estaban dadas las condiciones de desenvolvimiento económico en estos espacios; consideraba el presidente que debían alcanzar "rango de estado autónomo como provincia argentina", era "... deber de los poderes de la Nación apresurarse a dar las sanciones públicas que habiliten a esos territorios para realizar una vida solidaria con las demás provincias argentinas". El proyecto de Yrigoyen, presentado ante el congreso en 1919, estaba dirigido a provincializar La Pampa, luego agregar Misiones y Chaco; a su vez, en lo que respecta a los demás territorios, consideraba el gobierno que "... será acertado tomar medidas y providencias preparatorias para su autonomía ulterior y oportunamente ha de autorizar en algunos la creación de cuerpos legislativos de elección popular, encargados del manejo de sus rentas propias y de la sanción de leyes locales que estimulen su desenvolvimiento, a fin de observar como los pueblos ejercitan ese comienzo de gobierno"<sup>13</sup>. En este sentido, dicta un decreto por el cual los territorios de Río Negro y Neuquén tendrían que constituir sus legislaturas.

La preocupación por los nuevos espacios también se evidencia con Alvear, que decide la creación de cuerpos legislativos en aquéllos. Por decreto de abril de 1922 establece: "Sin perjuicio que el Congreso resuelva sobre los proyectos pendientes para constituir en provincias al Chaco, a la Pampa y a Misiones, es indispensable dotarlos de una legislatura de acuerdo a la ley, porque ya tienen 60 mil habitantes, es decir



más del doble de lo que necesitan para instalar legislatura..."<sup>14</sup>. A fin de dar forma práctica a ese propósito de gobierno presenta en 1924 un proyecto de ley en cuya exposición de motivos hacía constar que "se trataba de un ensayo que ha de servir para establecer el grado de capacidad cívica de los territorios, a la par que de un procedimiento preparatorio para su transformación en provincias"<sup>15</sup>. Es de hacer notar que según el censo territorialiano de 1920, eran cinco las gobernaciones que se encontraban en tal situación: La Pampa (122.535 habitantes), Misiones (63.176), Chaco (60.564), Río Negro (62.625) y Chubut (30.118).

A pesar de las propuestas y determinadas acciones, las iniciativas no se efectivizan, ninguno de los proyectos llega a merecer la sanción, menos su discusión concreta, en alguna de las cámaras que componen el congreso nacional. En la visión de Yrigoyen, el consenso mayoritario se recogía en las urnas para canalizarlo directamente hacia el presidente, figura destinada a concretar la "reparación" a través de la aplicación de la "causa" a la política; en consecuen-

cia el yrigoyenismo abría dos vertientes para ampliar sus bases. Por un lado, la intervención a las provincias con la consiguiente limitación de sus autonomías y, por otro, la provincialización de vastos espacios territorianos, que por su número de habitantes y nacientes actividades productivas –algodón, madera, yerba mate, petróleo, frutales, tabaco– podían ser significativas en la nueva dimensión política que el régimen pretendía imprimir a la economía. Respecto del alvearismo es de notar que, en el marco de la organicidad y reformismo que caracteriza su propuesta económica, la cuestión de los territorios aparece más ligada a la redefinición del modelo de acumulación. En este sentido, pensaba en la protección de algunas economías regionales como el algodón, la yerba mate y las frutas. Era su objetivo diversificar la agricultura extrapampeana para favorecer la colonización de algunos territorios nacionales como Chaco, Misiones y Río Negro.

A partir de estas consideraciones, resulta pertinente señalar la presencia de técnicos, economistas y políticos vinculados a la Revista de Economía Argentina, la CACIP, el Instituto Popular de Conferencias, La Liga Patriótica y el Museo Social Argentino. Se trata de figuras como Alejandro Bunge, Miguel Ángel Cárcano, Eduardo Tornquist, Luis M. Zuberbühler, Carlos Ibarguren, Federico Pinedo y Raúl Prebisch quienes comparten preocupaciones acerca de la capacidad del modelo económico para seguir garantizando el crecimiento sostenido de décadas anteriores. El grupo tiene dos referentes institucionales impulsores de la propuesta: la Revista de Economía Ar-

gentina y la Cacip, a través de los cuales sugieren la necesidad de una “activa participación del Estado mediante la formulación y ejecución de una nueva política económica de sustitución de importaciones por producción nacional, de reforma del régimen agrario y de creación de nuevos ejes del desarrollo”<sup>16</sup>. Se está en presencia de un sector de la clase dominante que, frente a la realidad básicamente novedosa, denuncia la falta de una estrategia de dominación adecuada y busca a través de sus acciones asumir la direccionalidad del proceso<sup>17</sup>. Dentro de las preocupaciones figuraba el tema de los territorios, como lo demuestra el hecho que Luis E. Zuberbühler sea el presidente de la Junta Permanente Pro Representación Parlamentaria de los Territorios Nacionales<sup>18</sup>.

Algunos de estos economistas estuvieron vinculados activamente a la función pública, tal es el caso del asesor del ministro de Hacienda de Alvear –Rafael Herrera Vegas–, Alejandro Bunge. Este fue el inspirador de un programa reformista de gobierno en el que se proponía el aumento de los aforos aduaneros, medida que actuó positivamente en la expansión de cultivos no tradicionales y el desenvolvimiento de la industria en la década del '20.

La demanda por la representación parlamentaria<sup>19</sup> es una de las primeras cuestiones que vincula y moviliza los intereses emergentes en los espacios territorianos. Estrategias, en un primer momento aisladas, se van articulando en formas de organización político-corporativas que se expresan en la conformación de ligas, comisiones, petitorios y prensa. Tal es el caso de la Liga Territorial para la

Representación en el Congreso de cuyo presidente, Enrique Lynch Arribalzaga, Lenzi afirma “... este territorio fervoroso, a través de 20 años en petitorios, artículos periodísticos y exposiciones [...] no ha desperdiciado la oportunidad de propagar esa doctrina, que es lo que mejor se ajusta al espíritu de la ley fundamental del país”<sup>20</sup>. También cita el caso del ingeniero Carlos R. Gallardo –“paladín durante 30 años de la representación parlamentaria de los territorios”– quién expresara que la misma permitiría legislar “... no a través del criterio de los representantes de las Provincias, sino como expresión del saber y experiencia de los que vayan a la Cámara como voceros de aquellos [...] sólo entonces veremos triunfar en el recinto de las leyes el criterio científico indispensable para legislar sobre una mitad del suelo argentino, haciendo que desaparezcan las improvisaciones, que tanto mal han hecho y siguen haciendo...”<sup>21</sup>.

Pero la instancia que más orgánicamente refleja esta tendencia es la Junta Permanente Pro Representación Parlamentaria de los Territorios, entidad constituida en asamblea de delegados territorianos realizada en Bs. As. el 14 y 15 de setiembre de 1922, que en reiteradas oportunidades eleva al congreso petitorios en donde insta a los legisladores a otorgar ese derecho. En nota presentada en 1923 argumenta: “La Constitución lejos de haber prohibido el reconocimiento de nuestra representación parlamentaria, os ha autorizado para sancionar esta ley impostergable, que os reclamamos respetuosamente, para dejar de ser extranjeros dentro de nuestra propia patria”<sup>22</sup>.

## La nueva dimensión de lo político: los años 30

A partir de 1932 con la salida política a la revolución del '30 y la asunción del presidente Justo, la reapertura del congreso nacional pone en evidencia, ahora con mayor intensidad, la preocupación sobre los derechos políticos de los habitantes de los territorios nacionales. Precisamente será durante este período de funcionamiento del congreso (1932-1943) que tanto los conservadores y sus aliados, el socialismo independiente de Pinedo y el radicalismo antipersonalista, se constituyeron en fuerzas de apoyo principal del ejecutivo, presentándose como los sectores más “aggiornados” que, en el nuevo contexto político y económico, pretendían tener un rol protagónico. Fue el ejército, a partir del “proyecto justista” y sus alianzas, quién intentó hegemonizar el proceso.

El tratamiento de la realidad política y jurídica de los territorios se daba en momentos de replanteo del modelo agroexportador al que se decide incorporar, complementariamente, la industria que encara la sustitución de importaciones. El presidente Justo aparece desde el inicio como la figura más clara que a través de su accionar respecto de distintos rubros de la economía, –el petróleo es el ejemplo más conocido–, apunta no sólo a consolidar su base política, sino a rearmar la alianza tejida en el '80. Respecto a los territorios, existía la promesa de atender sus reclamos; esto se refleja en los mensajes del ejecutivo al congreso y en las adhesiones que desde estos espacios recibe el “nuevo gobierno”, fundamentalmente de los territorios del sur y su

vocero la revista *Argentina Austral*<sup>23</sup>. En este sentido, uno de sus columnistas expresa: "Ahora que el país ha recuperado su ritmo vital; ahora que vivimos de otro modo, en distinta atmósfera, con pronósticos optimistas, bajo un gobierno de orden, capaz, honesto, que no tiene otros objetivos que los que se vinculan con el mayor bien de la patria; justo será que los beneficios de la Revolución, no se circunscriban solamente a las regiones del país que intervienen en la elección de sus gobernantes. Razón de más para que se repare cuanto antes aquella injusticia, ya que lo poco que se hizo por el bienestar de los Territorios, corresponde a los gobiernos anteriores a 1916"<sup>24</sup>.

En un contexto interno y externo diferente, aparecía la posibilidad de dar solución al problema de los vastos espacios no provincializados, podía ser ello importante para el nuevo régimen a efectos de incorporar productos para el desarrollo del mercado interno y reafirmar la soberanía en el territorio. Figuras vinculadas al aparato estatal como José M. Sarobe contribuirán a la difusión y discusión de los problemas, necesidades y alternativas de solución para las "condiciones sociales, económicas, políticas y espirituales que soportan los habitantes de la Patagonia"<sup>25</sup>.

En la década del '30 se pone en cuestión la inconsistencia del argumento vigente, basado en que la soberanía residía en los ciudadanos de las provincias y la capital federal, y no en el pueblo de la Nación. Las gobernaciones constituían parte integrante de la misma, sin embargo, los argentinos que allí habitaban no ejercían el derecho de voto, ni siquiera

de sus propios gobernantes. Estos reclamos: elección directa del gobernador; autonomía municipal; participación en la elección de presidente y vice de la república; perfeccionamiento de la justicia y del régimen de la tierra pública; envío de delegados al congreso —¿representación corporativa?— van a ser los temas que mayor acogida tienen en el "concordado" bloque parlamentario<sup>26</sup>.

Sería viable pensar, sin simplificar el complejo entramado societal y político de la década del '30, que desde el Estado se piensa en crear nuevos ciudadanos a los que había que preparar para sustentar un sistema político tal como había sido pensado por los reformistas de la primera década del siglo XX. Un sistema político hegemónico por la clase dominante que había retomado el control del aparato estatal y que, con el aporte de otras fuerzas políticas, en el marco de una democracia limitada, daría fisonomía formal al funcionamiento de las instituciones. Al respecto, resulta ejemplificadora la opinión de Meyer Pellegrini quien en 1931, aconsejaba a Justo: "La tarea que le espera es ardua y complicada. Su situación frente a la presidencia, me recuerda a la de Sáenz Peña, él también fue electo bajo la abstención radical y por una masa de elementos políticos heterogéneos, no todos recomendables, que lo votaron en elecciones que fueron discutidas. Llegado a la presidencia se liberó de las ligaduras con que pretendían oprimirle los que creían ser comanditarios, se proclamó, el Presidente de los Argentinos, por encima de los partidos y banderías..."<sup>27</sup>.

Ahora bien, la proscripción y posterior abstención de la U. C. R., posi-

bilitó el crecimiento electoral del socialismo<sup>28</sup>, que apostaba a recuperar no sólo votos sino también espacios políticos en un intento por crear una "nueva mayoría". Esta estrategia puso obstáculos al proyecto justista; situación que se manifiesta en la campaña electoral de la Concordancia<sup>29</sup>. El esfuerzo del partido socialista estuvo dirigido fundamentalmente hacia lo local: municipios, concejos, sociedades de fomento y asociaciones intermedias, como las cooperativas de servicios públicos, van siendo conquistadas por sus representantes, no sólo en los ámbitos provinciales sino también territorianos. A pesar que desde el '35, con el levantamiento de la abstención de la U. C. R., el socialismo comienza su lenta pero segura declinación, será durante la década del '30 el grupo político que más dinamiza el espacio público nacional.

Respecto a los Territorios, el "grupo parlamentario socialista", es uno de los mayores defensores de su inmediata provincialización; programa que había prometido en la campaña electoral y que a través de reiteradas iniciativas defenderá en el congreso<sup>30</sup>. Con estas acciones el partido piensa capitalizar las aspiraciones de territorios como La Pampa, Chaco y Misiones, que en esta década plantearán firmemente su derecho a constituirse en estados autónomos<sup>31</sup>. La gestión del diputado Buira, como miembro de la comisión de territorios nacionales en la Cámara de Diputados, y su permanente participación en todas las lugares en que se debate la problemática territorial, son claros ejemplos de la sensación que el P. S. tenía de poder quebrar el proyecto justista y, quizá, el conven-

cimiento que en esta empresa el radicalismo yrigoyenista lo iba a apoyar.

Tengamos en cuenta que en los años '30, la ciudadanía política como problema, se encuentra asociada a la democracia y esta ponía en cuestión —por la interpelación al "ciudadano" que se había ensayado entre 1916 y 1930—, el tema de la representación no sólo de los espacios tradicionales, sino también de una parte considerable de la Nación cuyo referente es el Estado.

En efecto, desde comienzos de la década adquiere mayor presencia la comisión de Territorios de la Cámara de Diputados que propone que todos los proyectos vinculados a la representación parlamentaria, provincialización y los que hacen al régimen agrario e impositivo, pasen a estudio de las comisiones en que se encuentran y a la de territorios nacionales. A la vez considerará toda iniciativa que haga al gobierno y administración de los mismos y que le sea llevada por instituciones públicas y privadas, por comisiones vecinales y por la prensa territorialiana. En este sentido, la comisión fomenta la inserción en el diario de sesiones de múltiples peticiones sobre estos espacios<sup>32</sup>.

El interés manifiesto se hace evidente también en el apoyo de los partidos Demócrata Nacional, Unión Cívica Radical Antipersonalista y Socialismo Independiente, a la propuesta del partido Socialista de facultar a la comisión para que en el receso parlamentario pueda concretar un viaje a los efectos de recabar mayor información sobre los problemas planteados e incorporar los nuevos.

Enriquecida por la experiencia que acumula de su contacto directo con las realidades territorianas, la gestión

del bloque socialista orienta sus acciones a resolver el problema de la ciudadanía política de los habitantes de los territorios a partir de la presentación de proyectos de reforma e iniciativa de legislación. Coherente con los principios doctrinarios del socialismo, Buira considera que la resolución de los problemas de los territorios pasa por las instancias políticas. De esta forma, el congreso es el ámbito en donde debía resolverse la cuestión de los derechos de los habitantes de las gobernaciones, pensadas como espacios no contaminados por la tradicional política criolla: "Son regiones sin tradición de caudillismo. De allí vendrán fuerzas renovadoras para la marcha política argentina. Habitantes sin odios ni prejuicios, se han de incorporar a las demás fuerzas políticas argentinas para remozarlas y purificarlas. Tienen sobre otros estados políticos de nuestro país una gran ventaja: la de conocer y apreciar las equivocaciones y los errores que la experiencia y la historia han señalado en la provincias salidas de la administración colonial y que se han visto sangradas más tarde por la barbarie y la insolencia de sus trágicos caudillos, que todavía ensombrecen y avergüenzan nuestra cultura política"<sup>33</sup>.

Sin embargo, se multiplican en la época registros en el diario de sesiones de propuestas de legisladores de otros sectores políticos que insisten en aquellas argumentaciones que desde principios de siglo se venían planteando y sobre las cuales ya se había demostrado las dificultades para hacerlas efectivas dada la falta de acuerdos básicos y la complejidad de la reforma que exigía la modificación de la propia constitución. Tal es el caso de los proyectos de los diputados

Sierra y Noble (1932), González Macceda (1935) y los senadores Benjamín Villafañe y Nicolás Matienzo (1933) que planteaban la formación de legislaturas y el envío de delegados o representantes de cada territorio a la cámara de diputados<sup>34</sup>.

A las propuestas legislativas, se agregan las del propio poder ejecutivo que a través de la oficina de territorios nacionales dependiente del Ministerio del Interior —en esta coyuntura a cargo de un ex gobernador del Neuquén, Eduardo Elordi— elabora un anteproyecto de reforma<sup>35</sup>, antes de ser presentado al congreso es enviado, para su análisis, a los propios involucrados. Al respecto Lenzi comenta: "Este anteproyecto fue sometido a la consideración de los señores gobernadores y a algunos concejos municipales, la opinión de los primeros no ha sido posible conocerla, seguramente por la razón de dependencia que tienen del señor Ministro y, en cuanto a los concejos municipales y la prensa de los territorios, su rechazo fue unánime y absoluto"<sup>36</sup>.

Las discusiones a partir de la consulta del P. E. generaron una mayor movilización de los territorianos, el análisis del Anteproyecto fue la excusa para nuclear reclamos; es el caso de los chaqueños quienes convocados por el presidente comunal de Resistencia, Juan Lestani, se reúnen en la "Primera Conferencia de Concejales del Chaco" y elevan una nota al Congreso, denunciando que la sanción de esta Ley "sería inconveniente y perturbadora [...] traería como consecuencia inevitable el aplazamiento indefinido de la provincialización [...] es por tanto imperiosamente necesario que se cumpla sin

más dilaciones lo que establece categóricamente la ley 1532 en su art. 8"<sup>37</sup>. Similares reacciones se reiteran en otros territorios, como Misiones y La Pampa, y se reflejan en los comentarios negativos de los medios gráficos nacionales y territorianos.

#### Los espacios de discusión territorialiana: estrategias y protagonistas

Entre las instancias de debate y participación de los representantes y habitantes de los territorios nacionales, las más importantes por los contenidos y las resoluciones adoptadas, la constituyen los congresos nacionales de municipios y comisiones de fomento. Entre ellos resulta significativo el Primer Congreso de Municipalidades de los Territorios Nacionales, realizado en julio de 1933 en la ciudad de Buenos Aires<sup>38</sup>. El programa del mismo, tal como fuera proyectado, presentaba once puntos relacionados con el problema de las comunas y la necesidad de "ampliar su natural campo de acción". La inclusión, en la sesión preparatoria de un punto no previsto: la representación parlamentaria, permite abrir la discusión sobre los derechos políticos y evidencia la heterogeneidad en las aspiraciones de los representantes territorianos. En este sentido, se pueden visualizar los intereses contrapuestos entre



los territorios del norte (Chaco, Formosa, Misiones), del centro-oeste (La Pampa) y los patagónicos. Dentro de éstos, cabe señalar diferencias en las propuestas de los representantes

del norte (Neuquén y Río Negro) y los del sur (Chubut y Santa Cruz). Asimismo, el debate producido en las reuniones, muestra que la participación más activa corresponde a representantes municipales no residentes en los espacios. Se trataba de hombres que tenían o habían tenido algún tipo de vinculación de índole política y/o económica con los intereses de esas regiones, por ejemplo, Alejandro Bunge, Emilio Fayt, Justo Bergadá Mugica, Patricio Sánchez Sorondo, Lorenzo Amaya, Américo Ghioldi (h) y Demetrio Buira.

El tratamiento del tema de la representación parlamentaria, defendido con los tradicionales argumentos, inicia un áspero debate sobre los derechos políticos. Los delegados de municipios chaqueños, pampeanos y algunos rionegrinos, introducen la cuestión de la provincialización, con lo que afloran nítidamente las dos tendencias que desde principios de siglo se perfilaban: representación parlamentaria vs. provincialización, o lo que es lo mismo la reforma de la Constitución vs. aplicación de la Ley. Al respecto Fayt sostenía: "La provincialización de los territorios no es necesaria porque divide las familias, divide los factores económicos y políticos como ocurre en las provincias ha-

ciendo a veces imposible la vida de los elementos útiles, no la desean los territorios..."<sup>39</sup>. A su vez Buira responde: "sé que hay algunos territorios que están resistiendo su emancipación política, hay otros como el de La Pampa, y el del Chaco, pero sobre todo el de La Pampa donde no sería novedad [...] que el día menos pensado los hombres, en defensa de sus derechos y de su libertad política resuelvan posesionarse de la gobernación del territorio..."<sup>40</sup>. Con el argumento que estos temas no pertenecían a los asuntos para lo que había sido convocado el congreso, se cierra el debate. En un intento de conciliación Lenzi expresa: "... la representación parlamentaria es una aspiración más vehemente en muchos territorios que la provincialización, con excepción naturalmente, de La Pampa, Chaco y Misiones"<sup>41</sup>.

El problema surge nuevamente en la sesión de cierre, donde Anselmo Ducca –el representante de Charata (Chaco)– advierte: "Pasando revista a las resoluciones votadas por este Honorable Congreso he notado una omisión [...] Posiblemente lo que voy a expresar hoy hubiera sido más oportuno que lo manifestase en aquella oportunidad [se refiere a la sesión inaugural] pero cuando se propuso cerrar el debate, no quise insistir sobre este punto porque noté cierta nerviosidad por parte de algunos señores delegados y temía llevar la discusión a un terreno que pudiera ser violento o desagradable [...] Este Congreso, Sr. presidente ha guardado silencio con respecto a los territorios que desean fervientemente su provincialización. Es precisamente ese olvido que yo espero que este Congreso repare antes de levantar

sus sesiones..."<sup>42</sup>. Su propuesta será apoyada por los delegados de La Pampa, Misiones y por los otros municipios chaqueños. Nuevamente el diputado Buira trata de dirimir la controversia sugiriendo que por unanimidad "... convendría epilogar este debate, reafirmando el despacho primitivo de los derechos políticos de los territorios nacionales"<sup>43</sup>.

Luego de cuatro intensas reuniones, donde se advierte la discrepancia y la lucha política presente en las instancias municipales, finaliza el congreso con la creación de un Organismo Permanente de Municipios y Comisiones de Fomento de los Territorios Nacionales, con sede en Capital Federal. El ente tenía como objetivo principal, por un lado, representar en carácter oficial a todas las comunas adheridas, asesorar y tramitar los asuntos encomendados y, por otro, organizar el próximo congreso en un plazo de dos años y difundir por distintos canales las aspiraciones territorianas. Su mesa directiva estaba integrada por Alejandro Bunge, Américo Ghioldi (h) y Justo Bergadá Mugica –dado que residen en Bs. As.–, pero se designa presidente a Braulio Zamalacárregui y secretario a Juan H. Lenzi, ambos delegados por Río Gallegos. Un año después, esta Comisión y su Junta Asesora (Demetrio Buira, Lorenzo Amaya y Reynaldo Elena, concejal porteño) elaboran un proyecto de reforma de la ley 1532 que remiten al ministerio del interior y a los municipios de los territorios para su análisis y aprobación.

A partir de estas primeras reuniones se multiplican actividades locales de municipios y comisiones de fomento, lo que demuestra la emergencia en los territorios nacionales

de diversos mecanismos de presión y nuevas prácticas de vinculación y mediación entre sociedad civil y Estado. En la mayor parte de la poblaciones aparece alguna Junta Pro autonomía o Pro Provincialización; periódicamente se realizan eventos donde se invita a participar a miembros de la Comisión de Territorios de la Cámara de Diputados o a delegados del Organismo Permanente y, finalmente, se adoptan resoluciones que, en reiteradas oportunidades, son elevadas como peticiones al congreso.

En 1935, aunque en un clima menos fervoroso, se realiza en Bs. As. el Segundo Congreso de Municipalidades Territorianas, cuya convocatoria establecía como primer punto a tratar la provincialización de algunos territorios<sup>44</sup>. En el transcurso de las sesiones se logra, con discrepancias, aprobar la siguiente resolución: "El segundo Congreso de Municipios Territoriales declara que conforme a los preceptos constitucionales y prescripciones legales en vigor, como así por su capacidad económica, su densidad demográfica e índice general de cultura, corresponde la inmediata provincialización de los actuales territorios de La Pampa, Chaco, Misiones y Río Negro". En la crónica, Lenzi comenta: "La comisión trabajó activamente, con dificultades derivadas de la tendencia de algunos delegados, que no aceptaban la declaración como se votó, por suponerla demasiado suave, casi diríase lírica"<sup>45</sup>.

#### El Estado nacional ante el problema

El debate generado y la difusión

obtenida del tratamiento de los problemas de los territorios nacionales en los congresos realizados y en la prensa en general<sup>46</sup>, exigen respuestas desde el gobierno, que se manifiestan en propuestas del poder ejecutivo o acciones individuales de algunos legisladores. Por ejemplo el diputado socialista Buira presenta por cuarta vez su proyecto de provincialización de La Pampa, Chaco, Misiones y Río Negro, al que agrega iniciativas destinadas a contemplar la situación del resto –elección directa de gobernador, jueces de paz, municipio y legislatura–. En la fundamentación argumenta: "No creo equivocarme al afirmar que el legislador resulta más eficaz y realiza una labor más positiva, cuando elude las tentaciones de la originalidad, que por lo general estriban en la vanidad y la pedantería, para recibir y entregar su colaboración a aquellas ideas que se han debatido y esclarecido en los mismos escenarios donde están radicados los problemas que deben ser solucionados. Así se explica pues, mis reiteradas, detenidas y obscuras visitas a esas regiones de nuestra República, para vincularme con sus pobladores y compenetrarme en el mismo terreno de sus apremiantes necesidades"<sup>47</sup>. Su proyecto responde a esas inquietudes con las excepciones hechas a aquello que no expresa sus conceptos doctrinarios. De este modo, rechaza la solución del problema vía representación parlamentaria ya que "... serían representaciones híbridas, sin personalidad parlamentaria, supeditadas a las más diversas y caprichosas interpretaciones reglamentarias para poder intervenir en los debates [...] No tendrían voto, ni facultad para proyectar..."<sup>48</sup>.

Por otra parte, el poder ejecutivo envía en 1938 –lo reitera en 1940 ante el congreso– a los gobernadores y municipalidades un proyecto de reforma de la ley 1532 que, al igual que el anteproyecto de 1934, es severamente criticado y rechazado por su carácter restrictivo. El diario La Nueva Provincia señala: “La iniciativa está en pugna manifiesta con los principios esenciales de la ley aún vigente” y agrega “triplicar las exigencias de una población mínima y añadir todavía nuevas postergaciones previas a la emancipación institucional de un territorio, equivale a una evidente regresión política”<sup>49</sup>. A su vez el diario La Mañana expone: “Es deplorable por el espíritu que lo informa...”<sup>50</sup>. Quizá La Nación sintetice con su comentario el clima de la época: “... el Ejecutivo y el Congreso no han hecho más que reconocer que es necesario crear una política de carácter permanente, pero sin que se haya llegado a definirla y sin la voluntad de realizarla”<sup>51</sup>.

A comienzos de la década del '40, las denuncias sobre irregularidades y presión de algunos funcionarios, hace que la comisión de territorios nacionales de la Cámara solicite autorización para realizar estudios sociales, políticos y económicos en esos espacios y pide se le otorguen amplios poderes para citar, investigar, nombrar personal técnico y trasladarse, a efectos de elaborar medidas concretas que mejor se adapten a la realidad y además cuenten con el consenso de los habitantes de las gobernaciones.

A pesar que no se sancionan reformas pertinentes y por ende, no se resuelve en la década el problema de la ciudadanía política, el debate sigue instalado en la sociedad. Publicistas,

constitucionalistas, organismos y prensa exponen su preocupación por la problemática de referencia. Entre los publicistas merecen destacarse las obras de divulgación del periodista Juan H. Lenzi en la década del '30 y las del Dr. Aquiles Ygobone –fundador y presidente de la Asociación Amigos de la Patagonia– en la del '40, quienes rastrean los antecedentes de la legislación, analizan los propósitos reformistas y discuten sobre las iniciativas parlamentarias u oficiales presentadas en el seno del congreso. Proponen nuevos mecanismos de solución que toman como base la realidad territorial, su desenvolvimiento económico social, sus posibilidades financieras; y denuncian el accionar perturbador de determinados sectores que operan en esos espacios. Tal es el caso de algunos funcionarios nacionales –gobernador o empleados de los distintos ministerios, jueces y “políticos”–; latifundistas y grandes compañías ganaderas; compañías nacionales o extranjeras que explotan los cada vez más requeridos recursos territorianos y tienen domicilio en la Capital Federal<sup>52</sup>.

En estas nuevas circunstancias, se reiteran las peticiones de organismos territoriales y a la vez, proyectos de reforma de la ley que contemplan, por un lado, los elementos de la instrumentación, y por otro, –a partir de un reconocimiento de la heterogeneidad territorial–, la provincialización para unos y las reformas progresivas para otros. Es el caso del diputado Juan I. Cooke que al presentar su alternativa de solución aclara: “... si es verdad se trata de dos proyectos distintos no es menos cierto que existe entre ambos una estrecha afinidad y concordancia de propósi-

tos, por cuanto uno y otro, tienden a propender, por un procedimiento directo e inmediato, [...] a que casi un millón de habitantes del país salga de su injusta situación, de la incapacidad y abandono en que se la tiene..., sosteniendo, “... responden además, al sentimiento de los territorianos expresado en sus congresos y en la lucha tesonera de sus publicistas y de sus órganos de opinión; coinciden con puntos de vista de la prensa de mayor gravitación en el país; formalizan el pensamiento y la expresión de anhelos del ‘Cabildo Abierto’ realizado en el mes de mayo por Acción Argentina [...] y traducen inquietudes personales...”<sup>53</sup>.

La coyuntura de la segunda guerra mundial y el abroquelamiento del régimen que pierde la direccionalidad del proceso, hacen que se deje de lado el interés por otorgar derechos políticos a “nuevos ciudadanos”; en el marco de la vuelta de la U. C. R. a la contienda electoral y la posibilidad de frentes populares, el oficialismo recrudece el fraude y los controles sobre las instancias de gobierno. En el congreso se da pronta sanción a cualquier proyecto que implique el establecimiento de guarniciones militares en los espacios territorianos o de la gendarmería nacional, recientemente creada. La preocupación por “argentinar los territorios”, “el problema de los extranjeros”, la cuestión de “la soberanía e integridad territorial” son los temas excluyentes en todos los ámbitos de discusión.

Los Congresos Generales de Territorios, realizados en marzo de 1939 y julio de 1940 –que reúnen a delegados directos de municipalidades, comisiones de fomento, entidades intermedias económicas, gremiales,

culturales y ex-funcionarios–, no tienen repercusión en el congreso nacional, ni en la prensa metropolitana. Sólo la realización de la Primera Gran Exposición del Territorio Nacional del Chaco –1940– o la Exposición Permanente de la Patagonia –1941– y la difusión a través del Instituto Popular de Conferencias de La Prensa, parecen mantener vigente la preocupación por otorgar un integral ejercicio de los derechos ciudadanos a los habitantes de los territorios nacionales.

A partir del golpe de 1943, con la proscripción de la política y lo político, todas las instancias de gobierno van a ser intervenidas, anulándose las mediaciones de los partidos en el espacio público nacional; sin embargo, la cuestión de los territorios no desaparece. Su demanda, que en el complejo escenario de los años '30 había sido instalada en el seno de la sociedad, ahora es redefinida desde el Estado y se plasma en una serie de medidas concretas. El gobierno de la revolución ordena un conjunto de decretos sobre fijación de límites, reordenamiento administrativo y judicial, necesidad de relevamientos, diagnósticos y estadísticas que informen sobre la situación económica social de estas regiones. Obviamente, no plantea la necesidad inmediata de otorgar los derechos políticos, sí acciones que van sistemáticamente incorporando los espacios territorianos a la problemática nacional.

El 17 de marzo de 1945, Farrell convoca en Bs. As. la Primera Reunión Nacional de Municipios, asamblea que incluye, por primera vez, junto a representantes provinciales, a los delegados de los territorios. En ella se aprueban, entre otras recomendacio-

nes, la reforma de la ley 1532; un vasto plan de obras y servicios públicos; la reglamentación de leyes nacionales de acuerdo con las necesidades de los territorios; la participación proporcional de los municipios en el impuesto a los réditos; la designación de los gobernadores entre los nativos o residentes; el derecho a la representación parlamentaria y la participación en la elección presidencial. Es decir, se va definiendo una actitud que combina un régimen de fomento vinculado al bienestar económico —obras públicas, educación, sanidad— y, un mejoramiento jurídico político que posibilite el otorgamiento de una gradual autonomía para alcanzar, por sucesivas etapas, el objetivo final de la provincialización.

La tendencia, ya manifiesta desde los '40, se verá concretada por el peronismo que, en el contexto de una ampliación sustantiva en la dimensión social de la ciudadanía, y su estrategia de expansión del mercado interno con la intensificación de la sustitución de importaciones, tomará la decisión política de integrar los territorios al sistema federal argentino<sup>54</sup>.

#### Reflexiones provisionarias

La cuestión de los derechos políticos de los habitantes de los territorios nacionales se coloca como demanda en el espacio público en un momento de inflexión política económica. Hay que tener en cuenta que el desplazamiento de las minorías con vocación fascista de los resortes del poder —caída del uriburismo—, no implica de manera alguna el retorno a una democracia de participación plena.

En el marco de la crisis económica, a la vez política, y en un clima ideológico adverso a la democracia en el plano internacional, Justo asume la presidencia. Como dice Halperin Donghi, si bien su gobierno “no expresaba lo que la revolución había creído ser, representaba lo que la revolución, en lo hechos había sido: el retorno al poder de los grupos dirigentes tradicionales”<sup>55</sup>. El justismo, apoyándose en una mayoría parlamentaria menos heterogénea de lo que comúnmente se cree y con la proscripción—abstención radical, avanza no sólo a partir de acuerdos políticos sino, fundamentalmente, en función de políticas económicas. Se había producido la ruptura de la legitimidad con respecto a las reglas de sucesión, aunque las formas institucionales estaban salvadas y la revolución parecía haber encontrado un puerto seguro. En el congreso había oficialismo y oposición, ello daba un viso de legalidad que necesitaba el sistema político, aunque era resultado de elecciones fraudulentas. Romero señala que son estas técnicas las que posibilitan al régimen concordado dirimir los conflictos a su interior primero y a partir de 1935 bloquear el camino al radicalismo<sup>56</sup>. A la vez, la oposición socialista, que con notable proyección obtiene su apoyo a partir del “cortejo” al voto radical, convalida esta situación. Su accionar estará centrado en las instituciones locales, siendo el partido que más nítidamente mediatiza los intereses societales, aún a costa de “usufructuar la ausencia [de los radicales] en calidad de suplentes”<sup>57</sup>.

En esta escena política que acababa de presenciar la entrada de un naciente actor —el ejército— no todo era

igual, antes bien, se estaba frente a un profundo cambio. El orden conservador, era en verdad, un hecho nuevo; un nuevo orden político, social y económico. En un Estado que se está volviendo más poroso y que acompaña a una sociedad que señala claramente cuál es el país legal y cuál es el real; emerge con fuerza un sujeto colectivo antes difuso: los habitantes de los territorios nacionales, quienes plantean con firmeza su capacidad para gobernarse. La posibilidad de generar una ecuación política, capaz de articular sociedad-Estado, se da tanto con la labor del oficialismo como de la oposición socialista y adquiere formas contundentes para el caso de los espacios no provincializados. El gobierno tiende a desbloquear un sistema político que venía de ser puesto a prueba y que no había salido, en rigor, muy exitoso; pretende en este sentido, construir otro y para ello necesita crear fuentes de legitimación. No pueden otorgarla los partidos políticos con aristas democráticas y más populares como eran el radicalismo y el socialismo, sí podían hacerlo *nuevos ciudadanos, nuevos espacios*, que permitieran salvar el abismo existente entre representación y ciudadanía. Tanto los “aggiornados” conservadores como los socialistas creen posible la construcción de un sistema político donde fuera poco visible la coerción y surgieran con toda su fuerza otros mecanismos legitimantes. Esta concepción queda referenciada en la variedad e intensidad con que el problema de los derechos políticos de los habitantes de los territorios nacionales se corporiza en la escena pública. De este modo, congresos, concejos, municipalidades, se convierten en escenarios donde representaciones

heterogéneas expresan y debaten la cuestión.

El Estado nacional es, entonces, la instancia más importante dado que puede ampliar sus bases de legitimación a partir de una fuerte presencia en la explotación de recursos y la provisión de infraestructura. Estas bases materiales tienen su correlato político; ello se observa en la década estudiada en el intento por atender —aunque con avances y retrocesos—, las señales provenientes de las gobernaciones. La disputa la planteará el socialismo con una presencia efectiva en cuanta actividad y comisión vinculada a la problemática de los territorios surja, contribuyendo con su accionar a *recrear espacios* en los que intenta conjugar su práctica política e institucional.

No obstante, los cambios económicos y sociales de la década, darán lugar a la conformación de un sistema social más complejo, con actores y formas de intervención inéditas, que serán expresadas en el peronismo. El clivaje de los años '30 denota, por un lado, que la construcción de la ciudadanía política de los habitantes de los territorios nacionales es un proceso gradual, no exento de contradicciones, a través del cual se va modificando la noción de representación y, por otro, que la respuesta remite a lo político, a un lugar donde los sujetos sociales pueden reconocer sus intereses. Lentamente, desde adentro y desde afuera, las aspiraciones territorianas se homogeneizan y van perdiendo su corteza de conflictividad para dar lugar, en la década del '50, a su conversión en estados autónomos en pie de igualdad con las demás provincias argentinas ■

## Referencias bibliográficas

1. Proyecto de investigación *Estado Provincial y Sistema político*. El caso Neuquén, 1955-1980. Directora: Orietta Favaro. Secretaría de Investigación. UNComahue.
2. Mario Arias Bucciarelli y Otros: "Relaciones entre el Estado Nacional y el Territorio del Neuquén. Notas para una aproximación sobre el origen de los conflictos". En: *Boletín del Departamento de Historia*, Neuquén, 1988, 10, p. 111.
3. Congreso Nacional: *Diario de Sesiones*, Cámara de Senadores, 1884, p. 750. En adelante CN., DS., CS.
4. La Ley "crea" 9 divisiones administrativas fuera de los límites de las provincias, y establece que cuando alguna tuviera 30.000 habitantes tendría Legislatura y cuando alcanzara 60.000 habitantes tendría derecho a ser declarada Provincia. La poblaciones con 1.000 habitantes tendrían Concejo electivo.
5. Hilda Sábato: "La Revolución del 90: ¿prólogo o epílogo? En: *Punto de Vista*, Bs. As., 1990, p. 27.
6. Al tiempo de dictarse la Constitución -1853- no existían los Territorios, ni como entes políticos, ni como simples entes geográficos diferenciados; fueron creados por Ley de 1884. En este sentido, en la Convención Reformadora se discutieron proyectos que proponían modificar el art. 37 agregando a los "Territorios Nacionales" como entes colectivos que junto a las provincias y la Capital compondrían la Cámara de Diputados". Sin embargo, el rechazo mayoritario se basó en un argumento formalista: el problema de los territorios no estaba contemplado en la ley que declaraba la necesidad de reforma.
7. Aquiles Ygobone: *La Patagonia en la realidad argentina. Estudio de los problemas económicos, sociales, institucionales de las gobernaciones del Sur.*, Bs. As., Ateneo, 1945. El subrayado es nuestro.
8. David Rock: *El radicalismo argentino*, 1890-1930, Bs. As., Amorrortu, 1977.
9. Daniel García Delgado: *Rafces cuestionadas: la tradición popular y la democracia*. Bs. As., Ceal, 1989, p. 104.
10. Natalio Botana: "La tradición política en la Argentina Moderna". En Julio Pinto (Comp.): *Ensayos sobre la crisis política argentina*", Bs. As., Ceal, 1988, p. 112
11. En 1933 al presentar un proyecto de reforma de la ley 1532, dice el senador Matienzo: "Al asumir el P. E. el Sr. Yrigoyen se movieron influencias destinadas a aumentar el número de senadores, porque esta cámara estaba con minoría gubernista, y una de las ideas fue convertir en provincias algunos territorios federales, es decir, poner en movimiento esta ley de 1884". En CN, DS., CS., 1933, p. 312.
12. El proyecto del Ejecutivo fue presentado en agosto de 1919, renovado por el mensaje de julio de 1921 y reiterado en los mensajes de agosto de 1922 y 1929. Entre los originados en el Legislativo pueden mencionarse los de los legisladores Frugoni Zabala en 1916, Adrián Escobar en 1918, Francisco A. Riú en 1921, Luis Roca en 1922, Eduardo Guiffra en 1926 y 1928, Romero Saccone en 1928, Leopoldo Bard en 1929.
13. Hipólito Yrigoyen, *Pueblo y Gobierno*, Bs. As., 1949, pp. 221- 224.
14. *Presidencia de Alvear*, Bs. As., T. II, p. 520
15. CN., DS., CD., 1924, p. 921.
16. Citado por Juan J. Llach (Comp.): *La Argentina que no fue*, Bs. As., Ides, 1985 p. 30.
17. Silvia Marchese: "Proyectos de dominación para la Argentina de posguerra". En: *El reformismo en contrapunto*, Montevideo, ClaeH, 1989, pp. 138-162.
18. En su planteo, como vocero de los intereses de industriales y comerciante de Bs. As., defiende la importancia de la representación gremial en el Parlamento, medio eficaz para la competencia política.
19. La representación parlamentaria -envío de un delegado con voz y sin voto a la Cámara de Diputados- es una vieja idea que ya había sido discutida y desechada en los debates de 1884. Sin embargo se renueva en mensajes y proyectos del Poder Ejecutivo en 1900, 1910, 1914 y 1924; en iniciativas del Congreso -Victor Molina en 1916, Carlos Melo en 1916 y 1917, Roberto Parri en 1920-; en la Primera Conferencia de Gobernadores de Territorios en 1913 y en la posición favorable de constitucionalistas como Angel Abalos, Juan González Calderón, Nicolás Matienzo y Segundo Linares Quintana.
20. Juan H. Lenzi: *Gobierno de territorios. Conceptos básicos de la ley orgánica territorial*, Bs. As., 1939, p. 164.
21. Lenzi: op. cit. p. 171.
22. Suscribieron la nota el presidente Luis Zuberbühler, los vocales Ernesto Gramondo, Juan J. Paso, Juan MacLean, Francisco Comas, Próspero Alemandri y T. D. Real y Taylor como secretario. En: CN., D. S., CD., 1923.
23. La revista Argentina Austral fue el órgano periodístico de la Sociedad Anónima Importadora-Exportadora Braun Menéndez, desde 1929 hasta 1968.
24. Lorenzo Amaya: "Los Territorios ante el Congreso". En: *Argentina Austral*, Bs. As., agosto de 1932, N°38, p. 21.
25. José María Sarobe: *La Patagonia y sus problemas*, Bs. As., 1935. Recordemos que este teniente coronel había actuado como enlace entre Uriburu y Justo en los momentos de la Revolución, sin acordar con la propuesta de reforma política del primero, adhiere firmemente al justismo. En los años '40 es una de los mayores defensores de la incorporación de la Patagonia a la nación.
26. "Recientemente los grupos parlamentarios demócrata nacional, radical antipersonalista y socialista independiente, han concretado un acuerdo para coordinar una acción común de carácter legislativo, en ambas cámaras, respecto a los problemas más apremiantes que plantea la situación económica, política y social de la República. Entre los diversos tópicos que comprenderá esa acción solidaria en el Congreso, se ha incluido, por fortuna, la representación parlamentaria de los Territorios Nacionales". En *Argentina Austral*", Bs. As., marzo de 1932, N° 33, p. 22.
27. Fernando García Molina y Carlos Mayo (Comp.): *Archivo del General Justo*. Bs. As., Ceal, 1987, p. 45.
28. Participó de la elecciones junto al P. D. P. en la Alianza Civil, agrupación planteada como la alternativa civil al ascenso de las FF. AA. en la política argentina.
29. Una de las consignas decía: "Cuando los radicales gobernaban los socialistas eran sus furiosos enemigos. Hoy, que no concurren a elecciones, son sus mejores "amigos". ¿Qué quiere decir esto? ¿es mala memoria... o miserable cálculo electoral..." En: Fernando García Molina; y Carlos Mayo: *Archivo...*, op. cit. p. 91.
30. Sobre provincialización se registran: Demetrio Buira en 1932, 1933, 1935 y 1936; López Merino en 1939; Clodomiro Hernández en 1940 y Américo Ghioldi (h) en 1941. En CN., DS., CD., (1932-1943).
31. Entre los ejemplos, resulta significativo lo sucedido en el 3er. Congreso de Municipalidades y Comisiones de Fomento de La Pampa, donde, según la crónica perio-
- dística "de pie y por aclamación unánime se resuelve la inmediata provincialización" e incluso "... se llega a plantear un proyecto de declaración por el cual se proponía emplazar al Poder Ejecutivo para que convocara a una convención constituyente para el 25 de mayo de 1935 y, en caso de no hacerlo, reunirse nuevamente en Congreso Territorial para adoptar las medidas pertinentes" En: *La Razón*, Bs. As., 18 de setiembre de 1935.
32. Entre las que se reiteran a lo largo de la década del '30, merecen destacarse La Comisión Pro Representación Parlamentaria de Misiones; el Comité Metropolitano Pro Autonomía de La Pampa; la Asociación de Fomento de los Territorios de Chaco y Formosa; el Comité Provincialista de Luján Toro; La Junta Pro Convención Provincialista de La Pampa; La Conferencia de Concejales Chaqueños; la Comisión Pro representación Parlamentaria de los Territorios; el Centro Cultural Pte. Urquiza de Santa Rosa; el Comité Provincialista de Rolón; el Comité Territorial Pro Autonomía de La Pampa, y peticiones particulares de la mayor parte de los Municipios y Comisiones de Fomento de los distintos territorios. En: CN., DS., CD., (1932-1943).
33. CN., DS. CD., Bs. As., 1932, p. 1863.
34. CN., DS., CD. y CS., Bs. As., (1930-1943)
35. Su articulado implica un retroceso respecto de la ley 1532 ya que divide a las Gobernaciones en categorías según el número de habitantes, eleva su número, reduce atribuciones del gobernador y del municipio y otorga representación parlamentaria sólo a los territorios de 1ª categoría: La Pampa, Chaco, Misiones, Río Negro y, eventualmente, Formosa y Neuquén, dado que se redefinían los límites. Ejemplo: Neuquén se veía beneficiado al pasar de 90. 000 km (41.500 hab.) a 115.000 km (66.200 hab.) en detrimento de Río Negro.
36. Juan H. Lenzi: op. cit., pp. 48-49.
37. CN. DS., CD., 1934, p. 658.
38. Convocado por la Municipalidad de Río Gallegos, se realizó en el recinto del Concejo Deliberante de la Capital Federal entre el 8 y el 20 de julio de 1933; contó con la adhesión de 50 comunas, la presencia del Ministro del Interior - Dr. Melo - y la representación de 35 municipalidades y comisiones de fomento de 8 territorios.
39. Versiones taquigráficas: *Primer Congreso*

de Municipalidades de los Territorios Nacionales, Bs. As., 1933, p. 20.

40. *Ibíd.*, p. 24.

41. *Ibíd.*, p. 26.

42. *Ibíd.*, p. 154.

43. "Que es indispensable, para que sea una verdad el régimen representativo republicano de gobierno y la igualdad de derechos proclamada por la Constitución, que mediante la reforma institucional necesaria, se acuerde a los ciudadanos radicados en los Territorios Nacionales el ejercicio de los mismos derechos políticos de que gozan todos los demás ciudadanos de la Nación", *Ibíd.*, p. 27.

44. Entre los participantes cabe destacar la presencia de Braulio Zamalacárregui; Hilarión Lenzi; Lorenzo Amaya; Anselmo Ducca; Eduardo Berreta; Dr. Sadit Pereygné; Armando Braun Menéndez; que representan los distintos espacios y las tendencias en pugna.

45. Juan H. Lenzi, op. cit. p. 205.

46. Entre los medios nacionales hay comentarios en La Prensa, La Nación, La Razón; Noticias Gráficas; Crítica; La Vanguardia; Revista Criterio; El Día; La Nueva Provincia; y, entre los territorianos, Argentina Austral; La Autonomía y La Capital de Santa Rosa; La Unión y La Mañana de Río Gallegos; La Voz de Territorio de Zapala; Río Negro de Gral. Roca; La Voz del Sud de

Viedma, El Territorio de Neuquén; La Verdad de San Julián; El Federal de Charata, etc.

47. CN., DS., CD., Bs. As., 1936, p. 784.

48. *Ibíd.*, p. 787.

49. *La Nueva Provincia*, Bahía Blanca, 4 de setiembre de 1938.

50. *La Mañana*, Río Gallegos, 20 de agosto de 1938.

51. *La Nación*, Bs. As., 5 de setiembre de 1941.

52. Al respecto pueden mencionarse Braun Menéndez; La Forestal; Quebrachales Fusionados; La Chaqueña; Anderson Clayton y Cía.; Molinos Río de La Plata; Noettinger Lepetti; La Fabril Financiera, Torsquinst, Bemberg y Cía.; Mendez Gonçalves; Compañía Colonizadora el Dorado; A. F. D., Peluffo y Cía., etc.

53. CN., DS., C. D., 1941, p. 162

54. Chaco y La Pampa -1951-; Misiones -1953-; Formosa, Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz -1955-.

55. Halperin Donghi: "Treinta años, tres revoluciones". En: *Argentina en el callejón*, Montevideo, 1966, p. 33.

56. Luis Alberto Romero: *Breve Historia de la Argentina Contemporánea*, Bs. As., F. C. E., 1994, p. 95.

57. Luciano de Privitellio: "¿Quién habla por la ciudad?. La política porteña y el affaire Chade". En *Entrepasados*, Bs. As., 1994, p. 57.

## El gaucho que supimos construir Determinismo y conflictos en la Historia Argentina

Jorge Gelman\*

Mientras que el presente y el futuro se nos aparecen como abiertos a ciertas opciones frente a las cuales tenemos la posibilidad de elegir, cuando nos enfrentamos con el pasado, las cosas cambian radicalmente. Como ya conocemos los resultados, sólo se trata de explicar cómo y porqué se llegó allí. La historia siguió un camino determinado por las circunstancias. Excluimos en el análisis la posibilidad de elección que planteó cada momento histórico: los hombres y las mujeres, los grupos, las clases, los gobiernos no tuvieron otra opción, no hubo mayores conflictos (o estos tuvieron el resultado que se podía esperar). A lo sumo podemos considerar que algunos de ellos trataron de retrasar o de acelerar el curso inexorable de la historia.

La historia argentina (y no sólo ella) está plagada de determinismo. En el siglo XIX se construye un Estado/Nación que ya existía en germen desde tiempos remotos. Buenos Aires estaba destinada a ser la capital política y económica del país. La extensión y feracidad del territorio marcó su destino agroexportador. La pobla-

ción indígena estaba condenada a desaparecer por integración o exterminio frente al avance del capitalismo agrario y las migraciones europeas. Y así podríamos seguir hasta el infinito.

El pasado agrario pampeano y la figura del gaucho nos ofrecen un claro ejemplo de esto. En él nos detendremos para evaluar que posibilidades distintas se nos ofrecen si lo consideramos desde otro punto de vista, como parte de una historia abierta, con diferentes alternativas y conflictos.

Existe un cierto consenso sobre el curso que tuvo la historia del mundo rural pampeano desde los inicios de la colonización española hasta el presente.

Cuando llegaron los europeos y trajeron también algunos animales con ellos, quedó sellado el destino de la región. Estos enormes territorios con pasturas naturales, la escasez y primitivismo de una población indígena nómada, determinaron un patrón de evolución marcado por el crecimiento natural del ganado y la posibilidad de vivir a costa de él casi sin trabajar. Surgieron los grandes estancieros que se fueron apropiando de este "desierto" con sus incontables rebaños y se fue arrinconando a

\* Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires

esos indígenas rebeldes que no permitían el desarrollo del campo. Este territorio se orientó así por mucho tiempo a la monoproducción ganadera y surgió también ese mítico personaje de las pampas, el gaucho. Siempre a caballo, recorriendo una tierra sin límites, sin necesidad de trabajo continuo por la posibilidad de apropiarse en cualquier momento de una vaca para satisfacer su hambre y muchas de sus otras necesidades. Valiente, libre, solitario, soñador. Yéndose a las tolderías cuando le acosaba la justicia o a una pulpería a beber aguardiente y cantar unas coplas acompañado de su guitarra. De vez en cuando, para conseguir algún dinero y comprarse algunos elementos que la naturaleza no le brindaba se contrataba en una estancia, a la que abandonaba de repente y volvía a sus andanzas. Este gaucho, "gauderio", "vago y malentretenido" en una época, y luego, desde fines del XIX (cuando ya los inmigrantes europeos constituían buena parte de la población regional), héroe y símbolo del Río de la Plata, aparece así como el resultado lógico y casi permanente de la historia pampeana.

Los testimonios y las explicaciones de este desarrollo son innumerables.

Desde fines del siglo XVI tenemos las narraciones de algunos funcionarios y testigos de ese pequeño villorio que era Buenos Aires, explicándonos que los pobladores no querían trabajar la tierra con sus manos. ¿Para qué?, si era más fácil contratar a algunos "mozos" a caballo y salir a cazar ganado por la tierra. Las imágenes de esa "abundancia fácil" se empiezan a difundir incluso más allá de la región. Hacia mediados del siglo

XVII, llega un viajero francés al puerto y nos cuenta en sus escritos de las dificultades para desembarcar por la cantidad de animales que andaban dando vueltas por allí<sup>1</sup>. En los inicios del siglo XIX un ilustre funcionario y viajero, don Félix de Azara nos explica:

"los que generalmente desdennan más el genero de vida agrícola son los habitantes de las proximidades del Río de la Plata. Dicen ellos que la agricultura no es necesaria en el país, pues todos pueden vivir como pastores, que sólo comen carne, sin hacer uso de ningún producto agrícola".

Y también nos describe Azara, las características del poblador rural, el gaucho, al cual el estanciero trata infructuosamente de convertir en un peón estable de su explotación ganadera:

"Cuando les parece lo abandonan (al patrón), lo más frecuentemente sin despedirse, y a lo sumo le dicen al marcharse 'me voy porque hace mucho tiempo ya que le sirvo'..."<sup>2</sup>.

Probablemente el que mejor intenta desarrollar una explicación cabal de este fenómeno es, a mediados del siglo XIX, Domingo Faustino Sarmiento.

Aunque es sabido que Sarmiento escribió *Facundo* para combatir a Juan Manuel de Rosas y explicar el fracaso en imponer una vía alternativa al desarrollo argentino, las ideas que expone en el libro pasarán a constituir la primera explicación consistente de la "inevitable" historia regional. Expone allí las causas del surgimiento de líderes despóticos como el caudillo riojano o el mismo Rosas. Para

ello describe sobre todo una serie de rasgos del campo rioplatense, que según él estaban en la base de ese desarrollo político. Como explica al inicio del libro "en Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente,

sino una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno"<sup>3</sup> (pág. 18). Esta campaña estaba caracterizada por las dimensiones inconmensurables, la abundancia de medios de vida a los cuales se podía acceder casi sin trabajar (el ganado) y la escasez y dispersión de la población. Esto generaba al gaucho (no sólo el pobre, sino también el gaucho-estanciero), habitante característico de estos parajes, inclinado al ocio, la brutalidad, que desconocía cualquier tipo de límites a sus deseos, etc.

Estos elementos, más los defectos de la colonización española y de la población local, se constituían así en el origen de la evolución política de la región: "la vida de los campos argentinos, tal como la he mostrado, no es un accidente vulgar: es un orden de cosas, un sistema de asociación característica, normal, único a mi juicio en el mundo, y él solo basta para explicar toda nuestra revolución" (pág. 57).



Sarmiento contrasta este tipo de vida rural, que según él había surgido en los tiempos coloniales, con las sociedades agrícolas, acostumbradas al trabajo constante y a la aceptación de normas claras de convivencia,

y también lo compara con la ciudad "europea y civilizada", como lo era Buenos Aires, hasta que "el estanciero Juan Manuel de Rosas...clava en la culta Buenos Aires el cuchillo del gaucho" (pág. 68).

Aunque sin el fragor combativo de Sarmiento e incorporando algunos datos y nuevas explicaciones, la mayoría de estos rasgos se mantienen en los estudios del agro pampeano elaborados posteriormente<sup>4</sup>. Esta historia, cuyos principales elementos han trascendido a la cultura general de nuestro país, está marcada por un muy fuerte determinismo geográfico y a lo sumo se agrega la influencia (mala en general) de los colonizadores españoles y los indígenas de la región. Como esta evolución no fue el resultado de opciones políticas o económicas de distintos grupos y gobiernos, sino que fue impuesta por condicionamientos geográficos e históricos, se señala también una sorprendente continuidad desde los primeros tiempos coloniales hasta fines del siglo XIX. Solo se observan cier-

tos cambios en estas últimas fechas, cuando la difusión del alambrado y la llegada masiva de inmigrantes europeos empiezan a transformar ciertos rasgos de la región. Justo cuando muere el gaucho malo y nace el mito del gaucho bueno.

Partidarios o detractores de Juan Manuel de Rosas, analistas más desapasionados o furibundos partisanos, coinciden en general en señalar que el "Restaurador de las Leyes" de la primer mitad del XIX, además de ser él mismo un gran estanciero, defendió en su largo gobierno una política de expansión de la ganadería vacuna en grandes explotaciones. Y para ello dictó todo un arsenal de medidas legales y de hecho para convertir al gaucho en trabajador asalariado de la estancia<sup>5</sup>.

Algunos autores nos recuerdan que esto no fue una invención del "dictador", sino una política iniciada en los primeros gobiernos independientes, o aún antes: a pesar del signo ideológico aparentemente contrario al de Rosas, se empezó a perseguir sistemáticamente al gaucho, a forzar al uso de la "papeleta de conchabo" y a promover una política de libre comercio que beneficiaba al sector ganadero exportador de la economía regional<sup>6</sup>. En este sentido se suele señalar que en la primera mitad del siglo XIX no hubo mayores conflictos en torno al modelo económico que se estaba aplicando (por lo menos en la región pampeana), sino una especie de consenso entre las diversas clases y el estado.

Pero por supuesto, la política rivadaviana, la de Rosas, o aún de los que vinieron después, no era más que la consolidación de una situación preexistente en la región: la monoproducción ganadera ya era dominante desde tiempos coloniales, las grandes estancias también y por supuesto el gaucho, que ahora se quería someter a conchabo para permitir un mejor aprovechamiento de la primera<sup>7</sup>.

De hecho, la propia continuidad en la política económica y de persecución del gaucho de gobiernos tan opuestos en sus definiciones ideológicas, no hace más que acentuar el peso de los factores determinantes de tales políticas. Si los resultados de las políticas rivadavianas y rosistas fueron similares, es obvio que estaban determinadas por las circunstancias y sólo permitieron con mayor o menor facilidad que se consolidara un camino ineluctable, que se venía incubando desde tiempo atrás.

Esta imagen de continuidad en la historia agraria pampeana empieza a resquebrajarse en la actualidad. No podemos detallar aquí una serie de investigaciones que, en los últimos diez años, se han desarrollado sobre el agro rioplatense durante el período colonial. Sin embargo es necesario señalar que estos estudios han hecho cambiar sustancialmente la imagen que teníamos de la campaña en ese momento<sup>8</sup>.

Resumamos algunos de sus rasgos más salientes: en primer lugar no era una campaña sólo ganadera, rebotante de animales mal controlados y que se mataban únicamente para exportar los cueros. Existía una producción diversificada. Había por supuesto vacas, pero que eran criadas no solo para exportar, sino para abastecer de carne y otros productos a mercados locales y regionales. Se criaban también otros ganados, entre los que destacaban las mulas orientadas al comercio hacia los mercados andinos y había sobre todo una importante agricultura, de trigo y otros productos, para el consumo y la venta en los crecientes mercados locales. Tan sorprendente como esto es que esta producción agraria no estaba monopolizada en un puñado de grandes estancias, sino que existía una dinámica población de tipo campesina, que si bien competía mal con los estancieros en el control del ganado vacuno, concentraba en sus explotaciones familiares la mayor parte de la producción triguera y agrícola en general, así como a veces cantidades más modestas del ganado.

El poderoso estanciero que monopoliza la producción agropecuaria local, así como el gaucho, son difíciles de encontrar en la campaña colonial. Las fuentes de esta época nos muestran con frecuencia a estancieros bastante rústicos y modestos y sobre todo a una población compuesta mayoritariamente por familias, que explotaban parcelas de tierra a diversos títulos, producían algo de trigo y en parte lo vendían para el mercado de Buenos Aires. En ocasiones conseguían tener una pequeña majada de ovejas, alguna vaca lechera o una tropilla de caballos. En esa parcela trabajaba duramente toda la familia y a veces el varón adulto salía a contratarse temporalmente en una estancia, para conseguir un ingreso suplementario al que le proporcionaba su parcela. Los estancieros, por su parte, recurrían a estos campesinos como mano de obra temporal, aunque obviamente no podían apoyarse en ellos para garantizar el trabajo permanente (no muy elevado) que sus explotaciones requerían. A pesar de ello los estancieros no parecen haber tenido mayores problemas de mano de obra en

esta época. Para ello apelaban a la compra de esclavos (en casi todas las estancias regulares de la campaña colonial había un puñado de ellos), y también recurrían a una población masculina libre, dispuesta a contratarse de manera más permanente que el campesino. Estos últimos eran sobre todo pobladores del centro y norte del territorio virreinal, que venían migrando hacia el litoral en busca de trabajo y mejores salarios, y quizás, más adelante, tierra. Aunque había todavía en la región bastante tierra disponible para ocupar o trabajar, muchos de estos migrantes llegaban solos y por lo tanto no tenían más remedio que ganarse la vida con un salario, por lo menos hasta que consiguieran casarse o traer a su familia del interior e intentar conseguir una parcela para iniciar una modesta explotación independiente.

¿Dónde están los gauchos en esta descripción? Difícilmente entre estas familias campesinas ocupadas en extraer algo de sus pequeñas parcelas. Quizás raramente entre algún estanciero modesto en dificultades o entre algún esclavo que haya conseguido escapar al infortunio que le imponía su situación. Mas probablemente entre estos migrantes solos del interior, cuando una coyuntura mala para las estancias les dejaba sin su única fuente de ingresos. Aquí quizás se vieran tentados a robar una vaca, a deambular por la campaña en busca de algo e incluso a pasarse quizás mucho tiempo en las pulperías. Pero estos eran un porcentaje muy pequeño de la población rural pampeana. La inmensa mayoría estaba compuesta por familias campesinas, y en menor medida por esclavos y peones asalariados.

Los estancieros, por su parte, recurrían a estos campesinos como mano de obra temporal, aunque obviamente no podían apoyarse en ellos para garantizar el trabajo permanente (no muy elevado) que sus explotaciones requerían. A pesar de ello los estancieros no parecen haber tenido mayores problemas de mano de obra en

esta época. Para ello apelaban a la compra de esclavos (en casi todas las estancias regulares de la campaña colonial había un puñado de ellos), y también recurrían a una población masculina libre, dispuesta a contratarse de manera más permanente que el campesino. Estos últimos eran sobre todo pobladores del centro y norte del territorio virreinal, que venían migrando hacia el litoral en busca de trabajo y mejores salarios, y quizás, más adelante, tierra. Aunque había todavía en la región bastante tierra disponible para ocupar o trabajar, muchos de estos migrantes llegaban solos y por lo tanto no tenían más remedio que ganarse la vida con un salario, por lo menos hasta que consiguieran casarse o traer a su familia del interior e intentar conseguir una parcela para iniciar una modesta explotación independiente.

¿Dónde están los gauchos en esta descripción? Difícilmente entre estas familias campesinas ocupadas en extraer algo de sus pequeñas parcelas. Quizás raramente entre algún estanciero modesto en dificultades o entre algún esclavo que haya conseguido escapar al infortunio que le imponía su situación. Mas probablemente entre estos migrantes solos del interior, cuando una coyuntura mala para las estancias les dejaba sin su única fuente de ingresos. Aquí quizás se vieran tentados a robar una vaca, a deambular por la campaña en busca de algo e incluso a pasarse quizás mucho tiempo en las pulperías. Pero estos eran un porcentaje muy pequeño de la población rural pampeana. La inmensa mayoría estaba compuesta por familias campesinas, y en menor medida por esclavos y peones asalariados.

El siglo XIX parece abrirse con nuevas perspectivas para la sociedad rioplatense: el fin del monopolio comercial español, la apertura de mercados externos más consistentes para la producción pecuaria, la ruptura del espacio virreinal interior y de los tradicionales lazos mercantiles con la zona andina, parecen orientar a los grupos dominantes de Buenos Aires hacia una ocupación más efectiva del territorio pampeano, a expandir la frontera y a desarrollar la ganadería en grandes estancias orientadas a la exportación de sus derivados.

Ahora sí parece surgir en la pampa el modelo que se suponía había predominado siempre: crecimiento sostenido de las grandes estancias, con decenas de miles de vacunos, estancieros ricos y poderosos, expansión del territorio controlado hacia el oeste y el sur y frente a este proceso la necesidad de conseguir a cualquier precio una mano de obra ahora escasa.

Esta escasez de mano de obra se ve redoblada, porque a las nuevas necesidades de la estancia en crecimiento, se une una relativa disminución de la oferta de trabajo: el progresivo fin de la trata de esclavos (que hoy sabemos fue bastante más lento de lo que las ideas liberales del momento proclamaban, pero también fue inexorable<sup>9</sup>) y la fuerte demanda de hombres para integrar los ejércitos de las guerras de independencia, luego civiles y para extender y cuidar la frontera. La propia situación de caos que genera el proceso de constitución de nuevos estados, también abre la vía a que sectores de la población rural puedan escapar al control de los funcionarios, etc<sup>10</sup>.

Frente a esta contradicción cree-

mos que surge el gaucho como fenómeno central de la historia regional. Un gaucho que no es el resultado lógico de las condiciones naturales de la región pampeana, sino en buena medida de las decisiones políticas de los gobiernos y los sectores dominantes de la región, durante la primera mitad del siglo XIX.

Frente a un modelo de crecimiento agrario colonial, que combinaba la producción para la exportación con la destinada a los mercados regionales, y permitía la articulación de grandes estancias con explotaciones de tipo familiar, se va a optar a principios del XIX por otro modelo que privilegia el crecimiento estanciero exportador. Para favorecerlo, si es necesario importar trigo y harina para alimentar a bajo precio a los nuevos trabajadores, se lo hace. Para conseguir mano de obra, si ya no se puede recurrir a esclavos, se va a tratar de someter a conchabo, no solo a una población gauchesca minoritaria en la región, sino también a los sectores más pobres de la población campesina que ahora se va a convertir en "gaucha".

Y se la va a convertir en "gaucha", tanto en la realidad como en la ficción.

Mucha de la ocupación real de tierras por grandes estancieros en la primera mitad del XIX, se va a dar en el llamado "desierto", es decir en la región controlada por la población indígena no sometida durante la época colonial. Pero también va a haber en esta época una ocupación real de la tierra más cercana, de vieja colonización, que va a significar, por métodos más suaves (aumento de los arrendamientos por ejemplo) o más violentos, la expulsión de una parte de la

población campesina de origen colonial<sup>11</sup>. Y de esta manera tanto el estado como los estancieros podrían conseguir el doble objetivo de explotar plenamente esas tierras, como de reclutar soldados y mano de obra asalariada. Esta población se verá así ante la alternativa de contratarse en una estancia como única manera de sobrevivir, resistirse a ello dedicándose a actividades más o menos ilegales o correr el riesgo de ser reclutada en los ejércitos por "vagos y malentrenidos", y en última instancia escaparse con los indios, como lo hizo en la literatura el Martín Fierro.

Resulta bastante curioso, que el personaje creado por Hernández, que pasara a la memoria colectiva de los argentinos, como el paradigma del gaucho rioplatense, en realidad es descrito por su creador como un humilde campesino, orgulloso de su trabajo y de su familia y que es convertido en gaucho por la ofensiva militarizadora de los gobiernos locales:

"Tuve en mi pago en un tiempo hijos, hacienda y mujer; pero empecé a padecer, me echaron a la frontera, ¡y que iba a hallar al volver! tan solo hallé la tapera."

"Después me contó un vecino que el campo se lo pidieron; la hacienda se la vendieron pa pagar arrendamientos; y que se yo cuantos cuentos; pero todo lo fundieron"<sup>12</sup>

Esta ofensiva para expulsar de la tierra a los sectores más desprotegidos de la población rural, no va a ser gratuita y generará tensiones y resistencias. Incluso algunos alzamientos que la historiografía consideró como simples manipulaciones de gauchos por parte del estado o de estancieros



poderosos, deben ser reestudiados a la luz de los conflictos que recorrían la campaña en esta época<sup>13</sup>. Ni siquiera a nivel de los funcionarios existía un consenso generalizado. A inicios de la década de 1820, un viejo conocedor de la región, Don Pedro Andrés García, nos describe con ojo crítico lo que está pasando:

"Cuando el gobierno hizo conocer al país sus verdaderos intereses y las riquezas que en ella se encerraban, hemos visto desprenderse de la capital un enjambre de especuladores y ganaderos, y abarcar con sus fondos considerable extensión de terrenos; la mayor parte de estos, poblados de antiguo tiempo, y aún defendidos de los indios por sus poseedores, sin ser propietarios. Y he aquí que por la codicia de aquellos se han visto repentinamente hechos sus colonos; y por último, arrojados de sus hogares con sus familias y haberes, atacados con combinaciones judiciales las más fuertes, para ejecutarlos al desalojo. Qué injusticia y que despotismo!"<sup>14</sup>.

Para García esta situación es la cau-

sa de la proliferación de gauchos errantes, como lo había explicado en 1816:

“La falta de propiedad, aunque una posesión inmemorial se la haya dado, hace que anden errantes, porque se apareció un propietario por una reciente denuncia, que o los desaloja o los hace feudales. De este desgraciado principio nacen las despoblaciones, la ruina del estado...”<sup>15</sup>

Y de nuevo en 1822 explica los peligros que encierra esta situación:

“En todos los partidos de la campaña resonaban los clamores de los infelices labradores y ganaderos. Se había formado una liga de propietarios para arrojar a aquellos de sus hogares, con varios pretextos que daban colorido a la injusticia y que eran el velo que la cubría.”

Pero estas voces que denunciaban la situación, se perdieron entre las que defendían la nueva política. Mientras se fabricaba al gaucho en la realidad, también se lo empezaba a fabricar en la ficción, para justificar la ofensiva proletarizadora y militarizadora de la época.

Así como se creó en la región la imagen del “desierto” y del indio salvaje, para justificar la expansión arrolladora de la frontera, también fue necesario crear la imagen del poblador rural al margen de la ley, ocioso, vago y malentretenido.

Una de las primeras y más conocidas leyes para someter a la población rural pampeana al conchabo obligatorio o al reclutamiento militar, el “Bando Olidén” de 1815, define que: “todo individuo de la campaña que no tenga propiedad legítima de que subsistir...será reputado de la clase de sirviente”. Deberá llevar por lo tanto

una “papeleta” de su patrón que lo atestigüe, y sino será apresado y reclutado para la milicia o trabajos forzados<sup>16</sup>. Por supuesto, gran número de campesinos de la campaña no tenían la “propiedad legítima” de la parcela que explotaban: muchas eran tierras de la Corona antes y ahora del estado revolucionario y por lo tanto eran susceptibles de caer en los considerandos de la ley.

En 1825 un informe del “Superior Tribunal de Justicia” aclara aún más quiénes son los que deben ser perseguidos por la ley. No sólo “los vagos sin hogar ni domicilio”. También:

“hay gentes con hogar y ocupación aparente que viven realmente en el ocio, que viven del robo y que no son perseguidos por la ley. Estas son las familias que con el nombre de *arrenderos* o *agregados* se sitúan al abrigo de las haciendas de campo; que levantan una choza, y *siembran una fanega de trigo; pero no se conchaban*, no se ocupan de otra cosa; no pueden mantenerse y se sostienen del robo de los ganados de las haciendas vecinas”<sup>17</sup>.

Sería agotador repetir la infinidad de escritos de funcionarios y estancieros de la primer mitad del XIX, asociando los robos de ganado, el ocio, la escasez de peones, etc, a estos humildes campesinos, que siembran unas pocas fanegas de trigo en una parcela o que poseen un puñado de animales, para ocultar su verdadera profesión de ladrones. Todavía a la caída de Rosas esta imagen predomina entre los grandes propietarios de la región pampeana y sirve de testimonio lo que dicen muchos de ellos cuando se les consulta,

en los años 50, para elaborar el nuevo Código Rural de Buenos Aires. Elijiendo uno de entre ellos escuchemos a Manuel Villarino, ex juez de paz de Chivilcoy, el 7/5/1856<sup>18</sup>: dice que solo se puede terminar con el abigeato “...removiendo algunos hombres que bajo el pretexto de pobladores o labradores, y sin tener medios de subsistencia y sin rendir el producto que necesitan para su sostén y el de sus familias aprovechan de la area abierta que son las propiedades rurales sin guardianes y a campo raso...”.

Rosas ya había dicho cosas parecidas anteriormente. En 1818, explicando los males de la campaña, culpa a “la turba de ociosos, vagos y delincuentes”, muchos de ellos “hombres desconocidos” que con el pretexto de hacer sus sementeras, aparecían en los campos de la noche a la mañana causando innumerables perjuicios a los hacendados<sup>19</sup>.

Paradójicamente, mientras se estaba creando esta ficción del gaucho rioplatense, y en parte se lo estaba creando en los hechos, la realidad del mundo rural pampeano de esa primer mitad larga del siglo XIX, estaba cambiando menos bruscamente de lo que esa imagen reflejaba.

Esa pampa del XIX, con estancieros todopoderosos, que controlaban toda la producción de la región y reunían en sus explotaciones a la mayoría de la población rural, convertidos en peones, aunque luchando con algunos grupos de gauchos reacios a esa disciplina, no aparece reflejada en los censos de población de inicios de la segunda mitad del siglo.

El censo de Buenos Aires de 1854, nos muestra que en la campaña, dentro del sector agrario con ocupación



indicada, había un 19,1% de “estancieros y ganaderos”, un 11,1% de “agricultores por cuenta propia” y un 39,2% de “peones y jornaleros”<sup>20</sup>. Es decir que había casi tantos “empresarios” como peones. Dicho de otra manera, la mayoría de estos “empresarios” no eran más que titulares de humildes explotaciones familiares, y solo un puñado podría entrar en lo que suponíamos predominante, el gran estanciero con muchos animales y peones.

El propio Rosas, el gran hacendado por excelencia, debe considerar en su actividad pública la persistencia de estos sectores del campo rioplatense. Así cuando justifica su ley de aduana proteccionista del 35, explica ante la Legislatura:

“largo tiempo hacía que la agricultura y la naciente industria fabril del país se resentían de la falta de protección y que la clase media de nuestra población que por la cortedad de sus capitales no puede entrar en empresas de ganadería, carecía del gran estímulo al trabajo que

producen las fundadas esperanzas de adquirir con él, medios de descanso en la ancianidad y de fomento de sus hijos."<sup>21</sup>

En resumen, como vemos, una realidad más compleja que la imagen que se estaba construyendo y que asumimos como cierta en la historia elaborada posteriormente.

¿Qué podemos concluir de todo lo dicho hasta aquí?

En primer lugar que la historia agraria pampeana no siguió una línea de continuidad permanente, sino distintos modelos de desarrollo e importantes rupturas.

Que sin duda sus características geográficas y su historia marcaban ciertos condicionamientos importantes, pero dentro de ellos existía la posibilidad de optar, de elegir ciertos caminos.

Que reconocer esas opciones y los conflictos que surgieron alrededor de ellos, no implica un absurdo juego intelectual de pretender imaginar caminos alternativos a un pasado "irremediabilmente transcurrido", sino

una vía más apropiada para comprender ese pasado y evaluar el papel activo de las personas y los grupos en él, así como las posibilidades de elección en el presente.

En fin, sobre nuestro vapuleado gaucho, símbolo romántico de la pampa: que su existencia parece menos el fruto de su elección y de las condiciones naturales de la generosa geografía pampeana, que de una imposición por parte de los sectores dominantes rioplatenses en un corto período de su historia. Pero también y en buena medida, de una creación literaria y discursiva que fue muy útil para ciertos sectores de la sociedad argentina.

Como observó con sutil ironía Bioy Casares<sup>22</sup>, cada vez que se indagó sobre la existencia real del gaucho rioplatense, era difícil encontrarlo. Cada generación afirmaba que sólo había existido en el pasado, preferentemente unos 70 años antes. Como hemos visto, el territorio temporal del gaucho se va achicando cada vez más; ¿quizás hasta desaparecer...? ■

#### Notas Bibliográficas

1. Ver J. P. Duviols, "Relation des voyages du Sr. Acarette dans la rivière de la Platte et de là par terre au Perou, et des observations qu'il y a faites", en *Bulletin de la Faculté de Lettres de Strasbourg*. N. B., 1970.
2. Félix de Azara, *Viajes por la América meridional*, Espasa Calpe, Madrid, 1969, pp. 283 y 289.
3. D. F. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*. Espasa Calpe, Madrid, 1924. Las páginas citadas corresponden a esta edición.
4. Sólo para dar algunos ejemplos significativos se puede ver: J. A. García, *La ciudad indiana*, Buenos Aires, 1933 y H. Giberti,

*Historia Económica de la Ganadería Argentina*, Solar Hachette, Buenos Aires, 1974. El primero, explicando el no desarrollo de la agricultura en la región afirma que para sus pobladores "la agricultura es oficio bajo. En la madre patria arar la tierra es tarea de villanos y siervos; en América de tontos" (pág. 17). El segundo dice por ejemplo que "constituían los hacendados desde tiempo atrás una clase social con reconocido prestigio y fuerza, tenían ya bien ganados laureles como para participar más decisivamente en el gobierno virreinal" (pág. 60). Más adelante afirma que "mientras la producción agraria,

desde los orígenes coloniales, solo servía para abastecer parte del consumo local, la ganadería se desarrollaba sin cesar, convirtiéndose en la fuente exclusiva de riquezas para Buenos Aires" (pág. 70). Por supuesto a este desarrollo estanciero monoprodutor se acompaña el nacimiento de la población gauchesca, descrita muchas veces con rasgos casi caricaturescos.

5. Una imagen muy contundente en este sentido es la que presenta John Lynch, *Juan Manuel de Rosas*, Emecé, Buenos Aires, 1984.
6. R. Slatta, *Los gauchos y el ocaso de la frontera*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984. Rodríguez Molas, *Historia Social del Gaucho*, Ed. Maru, Buenos Aires, 1968.
7. Quizás no sea tarde para señalar que en este rápido recorrido historiográfico hay algunas notables excepciones. Sin embargo éstas difícilmente se abren camino dentro de la imagen predominante y sobre todo no trascienden a un público más amplio que el de los reducidos ámbitos académicos. En especial los trabajos de T. Halperín, desde su "La expansión ganadera en la campaña de Buenos Aires (1810-1852)", en T. di Tella y T. Halperín (ed.), *Los fragmentos del poder*, J. Alvarez, Buenos Aires, 1969 hasta los más recientes *José Hernández y sus mundos*, Sudamericana. Buenos Aires, 1985 y "Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930)", *Cuadernos de Historia Regional*, 15, 1992, donde incorpora nuevos matices a su ya matizada visión inicial. En otro sentido, pero igualmente distinto de la imagen tradicional se destaca el libro de J. Brown, *A socioeconomic history of Argentina*, CUP, Cambridge, 1979
8. Se han publicado decenas de artículos y algunos libros sobre este tema desde 1984. Se puede consultar una bibliografía bastante completa en J. C. Garavaglia y J. Gelman, "Rural History of the Rio de la Plata, 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance", *Latin American Research Review*, 30, otoño 1995.
9. Ver en este sentido los trabajos de Marta Goldberg, Silvia Mallo y Liliana Crespi en *Temas de África y Asia*, 2, FFyL, UBA, Buenos Aires, 1993.
10. Ver los trabajos citados de T. Halperín y también algunos estudios recientes de R. Salvatore, como "The breakdown of social discipline in the Banda Oriental and the Littoral, 1790-1820", en M. Szuchman y J. Brown (ed), *Revolution and Resto-*

*ration: the rearrangement of power in Argentina, 1776-1860*, Univ. of Nebraska Press. Lincoln and London, 1994.

11. Un primer intento de estudiar seriamente estos conflictos en G. Banzato, "Los conflictos por la ocupación de la tierra en la frontera bonaerense. Chascomús, 1779-1822", ponencia presentada en las V Jornadas Inter-escuelas Departamentos de Historia, Montevideo, 27-29/9/95. Los mejores trabajos sobre tierras en la primer mitad del XIX en M. E. Infesta, "La enfiteusis en Buenos Aires (1820-1850)", en M. Bonaudo y A. Pucciarelli (comps.), *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones*, I, CEAL, Buenos Aires, 1993 y en colaboración con "Tierras, premios y donaciones, Buenos Aires, 1830-1860". *Anuario IEHS*, 2, Tandil, 1987.
12. versos 28g a 294 y 1033 a 1038 de J. Hernández, *Martín Fierro*, Eudeba, Buenos Aires, 1960. Subrayado nuestro.
13. Un ejemplo de estas nuevas posibilidades en P. González Sernaldo, "El levantamiento de 1829: el imaginario social y sus implicaciones políticas en un conflicto rural", *Anuario IEHS*, 1987.
14. "Diario de la expedición de 1822 a los campos del sud de Buenos Aires desde Morón hasta Sierra de la Ventana", en Pedro de Angelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Imprenta del Estado, Buenos Aires, T. IV. 1836, pág. 45.
15. "Nuevo plan de fronteras...", 8/3/1816, *ibid*, Tomo 6.
16. Ver en R. Rodríguez Molas, *op. cit.* El bando fue dictado por el gobernador de Buenos Aires el 30/8/1815.
17. Informe de Manuel Antonio de Castro, 10/5/1825, citado en B. Díaz, *Juzgados de Paz de campaña de la provincia de Buenos Aires (1821-1854)*, Universidad de La Plata, Buenos Aires, 1959, pág. 251
18. *Antecedentes y fundamentos del proyecto de Código rural*, Buenos Aires, Imprenta de Bs. As, 1864, pág. 143.
19. Escrito del 10/4/1818, citado por Alfredo Montoya, *Historia de los saladeros argentinos*, Raigal, Buenos Aires, 1956.
20. Ver H. Sábato y L. A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Sudamericana, Buenos Aires, 1992.
21. *Registro Oficial de Buenos Aires*, 1835, pp. 183
22. *Memoria sobre la Pampa y el Gaucho*, Buenos Aires, 1970.

## Prometeo Libros

Av. Corrientes 1916 - Capital Federal  
Tel.: 952-4486 - Fax: 953-1165

### HISTORIA DEL SIGLO XX

Exclusivo de Prometeo Libros

La trayectoria y producción del gran historiador inglés Eric J. Hobsbawm es tan valorada por los investigadores como grande es su reconocimiento y prestigio. Desde *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*, la excelente recopilación *El mundo del trabajo* o la tríada iniciada con *La era de la Revolución* sus trabajos han llegado a convertirse en escala obligada para quienes se interesen por los aspectos económicos, políticos y sociales de la historia del siglo XIX y los comienzos del siglo que está por concluir. Quizá la coincidencia con el fin de siglo no sea una mera casualidad, porque Prometeo Libros pondrá a su disposición -a partir de la segunda semana de noviembre de 1995- el nuevo libro de Hobsbawm, *Historia del Siglo XX*. Continuación natural de *La era del Imperio*, este trabajo ha sido editado en inglés y recientemente fue presentado por el autor en San Pablo, Brasil. Los últimos acontecimientos del teatro europeo y asiático parecen haber decidido al especialista inglés sobre la oportunidad de acompañar este ocaso secular con un balance sobre la compleja experiencia humana durante la última centuria.

Hobsbawm parece habernos preparado para éste, su más reciente trabajo, con las anteriores ediciones en castellano de sus obras; *Naciones y nacionalismos*, *Los ecos de la Marsellesa*, *Política para una izquierda racional* y el artículo *La Revolución* habían anticipado los temas que en *Historia del Siglo XX* (680 páginas) componen el centro de su atención: los particularismos nacionales, el auge y la crisis de la democracia burguesa y los cambios de rumbo producidos en el transcurso de la época que concluye. Por ahora, le adelantamos el índice:

Parte I: La era de las catástrofes  
La época de la guerra total  
La revolución mundial  
El abismo económico  
La caída del liberalismo  
Contra el enemigo común  
Las artes 1914-1945  
El fin de los imperios

Parte II: La edad de oro  
La guerra fría  
Los años dorados  
La revolución social 1945-1990

La revolución cultural  
El tercer mundo  
El "socialismo real"

Parte III: El derrumbamiento  
Las décadas de crisis  
El tercer mundo y la revolución  
El final del socialismo  
La muerte de la vanguardia  
Las artes después de 1950  
Brujos y aprendices: las ciencias naturales  
El fin del milenio.

La historia oral fue una herramienta para democratizar el conocimiento histórico y "otorgar" voz a los anónimos del pasado, aunque sus orígenes se vinculan a la historia de los grupos dirigentes.

Las voces de los trabajadores, de los indígenas o de los mujeres narraron algunas historias que hoy no son sino una dosis de ingenuidad. En la actualidad los dilemas de la historia oral son múltiples y se ven mucho menos a los cambios tecnológicos que a los desafíos para el análisis y la interpretación.

Algunos de esos dilemas surgen de la conversación entre Paul Thompson y Daniel James. El primero es profesor de la Universidad de Essex (Inglaterra) y publicó *La Voz del Pasado. Historia Oral* (1988), uno de los libros más consultados entre los "historiadores orales". Daniel James es profesor de la Universidad de Duke (EE. UU.) y autor de *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina* (1990). La conversación tuvo lugar, organizada por *Entrepassados*, en Buenos Aires con motivo de la participación de ambos en el II Congreso de Historia Oral (Buenos Aires, 2, 3 y 4 de octubre de 1993).

El estado actual de la producción historiográfica en la Argentina es presentado por Dora Schwarze del

Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires.

Los tres artículos que se publican a continuación abordan cuestiones que influyen un elemento sobre los problemas de la historia oral.

## Dossier Problemas y dilemas de la historia oral

Los tres tienen un elemento común: un método de análisis que se apoya en los aportes del feminismo, la lingüística y la antropología.

Dos de ellos se ocupan en el trabajo pero las diferencias de género sexual marcan el tono. El tercero se concentra en la cuestión étnica y los problemas en la incorporación de las narrativas de ese origen en una narrativa nacional específica como la nicaragüense. Los tres reúnen ideas y nuevos planteamientos teóricos, didácticos y creativos.

Ann Farnham, profesora de la Universidad de Pennsylvania, se ocupa en los conceptos de "historia oral" y "historias orales" de los grandes libros de historia oral de Pierre Bourdieu.



## Prometeo Libros

Av. Corrientes 1916 - Ciudad Federal  
Tel. 952-4486 Fax: 952-1163

## HISTORIA DEL SIGLO XX

Exclusivo de Prometeo Libros

La trayectoria y producción del gran historiador inglés Eric J. Hobsbawm es tan valorada por los investigadores como grande es su reconocimiento y prestigio. Desde *En torno a los orígenes de la Revolución Industrial*, la excelente recopilación *El mundo del trabajo* o la trilogía iniciada con *La era de la Revolución* sus trabajos han llegado a convertirse en escala obligada para quienes se interesen por los aspectos económicos, políticos y sociales de la historia del siglo XIX y los comienzos del siglo que está por concluir. Quizá el libro más reciente de Hobsbawm sea una mera casualidad, porque Prometeo Libros lo publica en Argentina a partir de la segunda semana de noviembre de 1995: el nuevo libro de Hobsbawm, *Historia del Siglo XX. Continúa la historia natural de La era del Imperio*, esta vez sobre la historia del siglo XX, presentado por el autor en un prólogo y un epílogo y dividido en tres partes y artículos parece haber decidido al especialista inglés sobre la oportunidad de acompañar este ocasión con un balance sobre la historia del siglo XX durante la última centuria.

Este libro, su más reciente trabajo, con las anteriores ediciones en castellano de sus obras: *Naciones y nacionalismos*, *Los ecos de la Marsellesa*, *Políticos para una izquierda racional* y el artículo *La Revolución* habían anticipado los temas que en *Historia del Siglo XX* (680 páginas) componen el centro de su atención: los particularismos nacionales, el auge y la crisis de la democracia burguesa y los cambios de rumbo producidos en el transcurso de la época que concluye. Por ahora, le adelantamos el índice:

### Parte I: La era de las catástrofes

La época de la guerra total

La revolución mundial

El ahiato económico

La caída del capitalismo

Contra el enemigo común

Las artes de los 30's

El fin del mundo

La cultura de los 30's

### La revolución cultural

El tercer mundo

El "socialismo real"

### Parte III: El derrumbamiento

Las décadas decisivas

El tercer mundo y la revolución

El final del socialismo

La muerte de la vanguardia

Las artes después de 1980

Brujos y arcanos: las ciencias naturales

El fin del milenio



## La historia oral y Presentación

La historia oral fue una herramienta para democratizar el conocimiento histórico y "otorgarle" voz a los anónimos del pasado, aunque sus orígenes se vinculan a la historia de los grupos dirigentes.

Las voces de los trabajadores, de los indígenas o de las mujeres poblaron algunas historias latinoamericanas no sin una dosis de ingenuidad. En la actualidad los dilemas de la historia oral son múltiples y se vinculan mucho menos a los cambios tecnológicos que a los desafíos para el análisis y la interpretación.

Algunos de esos dilemas surgen de la conversación entre Paul Thompson y Daniel James. El primero es profesor de la Universidad de Essex (Inglaterra) y publicó *La Voz del Pasado. Historia Oral* (1988), uno de los libros más consultados entre los "historiadores orales". Daniel James es profesor de la Universidad de Duke (EE. UU.) y autor de *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina* (1990). La conversación tuvo lugar, organizada por *Entrepassados*, en Buenos Aires con motivo de la participación de ambos en el II Congreso de Historia Oral (Buenos Aires, 2, 3 y 4 de octubre de 1995).

El estado actual de la producción historiográfica en la Argentina es presentado por Dora Schwarztein del

Mirta Lobato

Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires.

Los tres artículos que se publican a continuación abordan no sólo cuestiones diferentes asociadas al trabajo y las clases subalternas sino que constituyen un ejercicio sobre las posibilidades de una lectura más compleja de los testimonios que se recogen.

Los tres tienen un elemento común: los testimonios orales no constituyen una verdad histórica por sí solos sino que son objeto de un desmenuzamiento analítico que se apoya en los aportes del feminismo, la lingüística y la antropología.

Dos de ellos se centran en el trabajo pero las diferencias de género sexual marcan el tono. El tercero se concentra en la cuestión étnica y los problemas en la incorporación de las narrativas de ese origen en una narrativa nacional específica como la nicaragüense. Los tres recogen viejos y nuevos planteos de manera heterodoxa y creativa.

Ann Farnsworth Alvear (Universidad de Pennsylvania) se apoya en los conceptos de doxa, ortodoxia y heterodoxia para analizar las narraciones orales de las obreras de las más grandes fábricas de Medellín, Colombia. El desafío es encontrar en las ideas de Pierre Bourdieu "una promesa real para repen-

sar la historia desde el feminismo”.

Jeffrey Gould (Universidad de Indiana) sugiere que la clave para entender la transformación en la conciencia campesina se relaciona con la creación de una memoria social en la primera fase de la acumulación primitiva de capital en Nicaragua. Analizar (algunos dirían deconstruir) esas narrativas implica desmitificar los dispositivos retóricos de su construcción, identificar las tensiones y oposiciones utilizadas para organizar el campo discursivo “nacional”.

Daniel James (Universidad de Duke) presenta “una de las lecturas posibles” de un poema recitado por una obrera y militante política de Berisso, Argentina. El trabajo es atractivo porque ubicándose en una zona de en-

cuentro de los abordajes más reconocibles de la historia social y la influencia del “giro lingüístico” analiza críticamente la propia textualidad del discurso oral.

Se trata, en suma, de ensayos provocativos y originales reunidos para el *Simposio “Mundo del trabajo”* que organicé en los marcos del II *Encuentro Nacional de Historia Oral* y que se realizó con la colaboración del Instituto Histórico de la ciudad de Buenos Aires, el Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y el HiSA (Grupo de Trabajo en Historia Social Argentina) de la Universidad Nacional de Mar del Plata ■

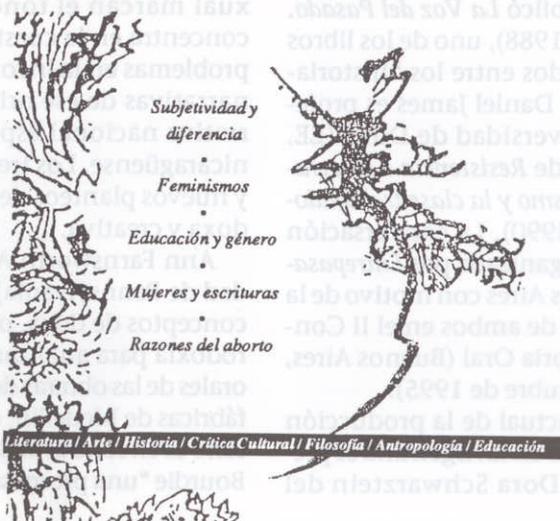
Mirta Zaida Lobato



Revista del Área Interdisciplinaria  
de Estudios de la Mujer

**mora**

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires Año 1 N° 1



## La historia oral y sus problemas

### Entrevista a Paul Thompson\*

por Daniel James

— *Después de escuchar su conferencia “Problemas claves de la historia oral hoy. Dilemas de la sofisticación”<sup>1</sup> me gustaría preguntarle cómo definiría el estado actual de la historia oral. Me parece que Ud. habló de un momento de transición. La historia oral ha llegado a una instancia de transición, desde los años dorados a una situación actual donde tiene sin duda más legitimidad de la que tuvo hacia finales de los 60’ y principios de los 70’, cuando usted comenzó a tomar partido por ella. A la vez usted planteó que hay una gran cantidad de caminos conflictivos que la historia oral puede tomar dado este estado de incertidumbre actual.*

— Cuando se dice “el estado actual” depende si se está hablando de un país en particular o del mundo como un todo, ya que varía enormemente. Así, seguramente, se podrán encontrar lugares en donde esa especie de sensación original de descubrimiento atrae a la gente. Estoy pensando en Europa del Este, en donde todavía es el principal tipo de motivación para lo que están haciendo, pero creo que en un sentido se podría decir que los resultados de estar más conscientes y más atentos a los problemas es que ha habido una suerte de división. En este momento hay diferentes personas tratando de realizar cosas por razones diferentes. Están aquellos que

realizan un trabajo rememorativo con personas mayores, que lo están haciendo principalmente por razones sociales y realmente no les interesa lo que le sucede o lo que recopilan, y si lo hacen, es principalmente para estimular a quienes están escuchando y hasta cierto punto se podría decir que muchos de los proyectos comunitarios son de este tipo. Estimular a la gente para que crea en sí misma. Creo que ellos generalmente tienen varios propósitos al producir algo para los historiadores, pero no es su interés principal. En el otro extremo hay, nuevamente, entre los historiadores, dos posiciones diferentes: aquellos que utilizan el material todavía más cerca de la idea original, que quieren descubrir cosas, como aquellos que están haciendo la historia de la familia o toman algún aspecto de la historia de la familia del siglo veinte. Recopilan el material porque quieren saber acerca del cambio en esa área, y también hay un giro representado por quienes están más interesados en el proceso del recuerdo y la narrativa, y que tienen diferentes objetivos que los encuentran en diferentes lugares.

— *En su charla parecía estar haciendo una especie de llamado de atención, concerniente a la posible desvirtualización de esa clase de historia, hacia la que ese tipo de abordaje de la historia oral podría llevarnos, al menos en térmi-*

\* Transcripción y traducción: Diego Bussola

nos de su utilidad para los historiadores. ¿Podría ser ésta una interpretación correcta?

— Sí, absolutamente. Creo que para los historiadores el peligro es que puede ser totalmente inhabilitadora. No dije esto en la charla, pero me llamaron la atención por ir a una reunión del *Authobiography Group of the British Sociological Association*. Allí se puede encontrar gente tan enfascada en la realización de la investigación, que terminan hablando acerca de sí mismos en relación a la investigación antes que de alguna idea acerca de descubrir algo que sucedió.

— *Es parte del momento postmoderno de la antropología también. La vieja pregunta acerca de la posición del investigador y del autor, de la palabra de la autoría.*

— Sí. Mi sentimiento es que deberíamos escuchar a todos estos problemas que son presentados, y por tanto utilizar estas influencias para volvernos más perceptivos en lo que estamos haciendo, más que abandonar el propósito original de tratar de comprender otras sociedades y otras épocas. Sigo bastante entusiasmado acerca de ello.

— *Supongo que haciendo una gran simplificación, —mi visión acerca de esto viene de cuando era estudiante y fui a uno de los primeros talleres de historia en Oxford, en 1969— me parece que había dos propósitos fundamentales con los cuales la historia oral como proyecto estaba inexorablemente relacionada. Uno consistía en poner al descubierto voces que antes no habían sido escuchadas. Una especie de potencial ideológico liberador, si se quiere. Y el otro, que por supuesto está muy relacionado, y creo que en ciertos sentidos es el mismo, era la noción de democratizar la práctica historiadora propiamente dicha, la des-*

*profesionalización de la historia. Tengo la impresión que después de veinte años, quizás hayamos avanzado más en el primero que en el segundo. El segundo propósito habla un poco de esta noción postmoderna de la jerarquía y del abuso potencial en la relación jerarquizada entre entrevistador y entrevistado. Pero me parece que ese sueño, esa especie de utopía no ha sido realizada, el sueño de convertir a todos en historiadores. ¿Fue simplemente porque se trataba de un sueño irreal, o porque el momento político cambió?*

— Siempre sostuve que era un sueño irreal, nunca creí en esa idea de que todo el mundo fuera un historiador. Siempre sentí que para hacer funcionar un grupo, un grupo autobiográfico con la pretensión de que quien es historiador y está liderando el grupo es igual a los demás, es realmente una especie de absurdo auto-engaño. Ellos son diferentes, ven las cosas de un modo diferente y por lo tanto nunca creí que fuera bueno confundir los roles. Además, en la recopilación de la historia oral se necesita realizar otras tareas en las que hay que desempeñarse de un modo profesional; hay que aprender a entrevistar, a trabajar con el sonido, así que la idea de que gente no capacitada puede simplemente hacerlo de un modo espontáneo es absolutamente inaceptable. Sin embargo, creo que en historia oral todavía hay una suerte de idea democrática, pero que tiene que ver con el respeto a la persona cuya vida está siendo grabada y a lo que tiene que decir. Consiste en escucharlos de tal modo que uno no es el historiador hablando sobre sus preocupaciones del pasado, simplemente se los está escuchando. En ese sentido, cambia el balance. Pero creo que es diferente.

— *Es diferente a decir que todos podrían*

*ser historiadores. Sigue reivindicando entonces que el historiador profesional tiene un rol.*

— Absolutamente. No tengo dudas acerca de ello. Creo que la otra posición es ultra-obrerista.

— *Que no era tan excepcional en el Ruskin College a fines de los 60' y durante los 70'.*

— Cuando ese taller comenzó, por supuesto uno de los estímulos, una especie de novela, era, por ejemplo, escuchar acerca de la cultura de ese tipo de trabajos y acceder a quienes tenían experiencia trabajando en esas ramas hablando acerca de ello. Eso fue lo más estimulante, pero los talleres de historia no permanecieron así por mucho tiempo.

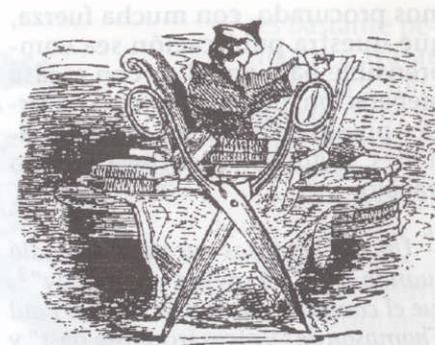
— *No, rápidamente se volvieron profesionalizados en términos de su producción intelectual.*

— Sí. Luego se separaron debido a que los talleres, durante muchos años permanecieron bastante tolerantes en una especie de desague, no estaban incluyendo trabajadores pero por lo menos estaban llevando gente de todos los niveles de educación y eran muy grandes, con la asistencia de miles de personas. Pero el boletín rápidamente devino académico y sólo era diferente pues se reivindicaba como socialista y feminista. Ahora ha abandonado ambos rótulos. Se llama simplemente History Workshop.

— *¿Eso fue explicado en un comentario editorial?*

— Bueno, debe haber un editorial explicándolo. Yo sigo sin entender por qué lo han hecho.

— *En teoría la historia oral no está necesariamente vinculada con un proyecto político-ideológico particular que podría*



*ser definido como socialismo. Se puede tener una historia oral y de hecho hay historias orales con diferentes enfoques. Como Ud. ha señalado frecuentemente entrevistamos trabajadores y nos olvidamos de entrevistar a los patronos, y no se puede comprender a uno sin el otro. No obstante, hay una cierta sensación de que la historia oral ha sido fundamentalmente practicada por quienes tienen algún tipo de compromiso político-intelectual, y que ven la historia y la practican, como parte de ello. ¿Diría que ese contacto está en peligro de romperse?*

— No, creo que sería bastante improbable que eso se haya roto, ya que mientras la técnica de la historia oral puede ser utilizada desde la derecha, es muy sorprendente que no haya sido utilizada por ellos. Pienso que una de las razones es que el tipo de actitudes sociales necesarias para realizarlo de manera satisfactoria está mas presentes entre la gente de izquierda.

— *¿Qué actitudes?*

— De las que hablábamos antes. Dejar hablar a la gente, respetar a los trabajadores con diferente formación y escasa preparación. Creo que esto es fundamental si uno desea hacerlo bien.

— *Ese es un acercamiento ético-político y de respeto hacia la gente común.*

— Sí, eso es correcto. De allí que he-

mos procurado, con mucha fuerza, que nuestra publicación sea comprensible para aquellos con escasa preparación, hemos eliminado la jerga y puesto en orden los artículos difíciles. Algunas veces lleva mucho trabajo.

— *Una de las cosas que me sorprendió cuando leí "The myths we live by"*<sup>2</sup>, *fue el contraste que había entre el Paul Thompson de "Voices from the past" y el de esa introducción, así como también el tono mismo de los artículos del libro. En un sentido, "Voices from the past" es una soberbia afirmación, pero a pesar de ello defensiva, acerca del valor de la historia oral, dentro de los parámetros y criterios clásicos de la historia académica, en términos de objetividad y método. En algún sentido en "The myths we live by" se acerca más al momento posmoderno. Tanto en la naturaleza de la introducción como en la de los artículos. ¿Me preguntaba si esto representa un avance, una tensión fructífera por la que tal vez todos debamos pasar o un momento del que ahora se ha vuelto atrás?*

— Es una tensión que hace avanzar, y realmente no me he separado de ese punto de vista. Fue muy interesante para mí releer la primera edición de "Voices from the past" cuando hice la segunda edición. No hay ninguna duda de que en aquella época mi principal objetivo era defender este tipo de evidencia contra las objeciones positivistas que se le hacían. Un elemento interesante es que yo ya estaba advertido de que había otro argumento dando vueltas, por ejemplo hay una pequeña discusión acerca de un caso en el que hay rumores de una huelga; y finalmente la huelga se realiza y continúa mostrando que el rumor fue más importante, en realidad ocurrió. Hay otra historia acerca de un hombre de las Shetland Islands, lejos de la costa de Escocia, que cuando

le pregunté acerca de su relación con algunos de los terratenientes locales me contestó relatando una historia sobre un funeral. Luego descubrí que se trataba de un cuento tradicional escocés que se podía escuchar en otras partes de Escocia. Podía comprender que ese tipo de material era intrínsecamente interesante, pero creo que era incapaz de interpretar todo eso. Y eso era tremendo sobre todo por que ya era evidente la influencia de Sandro Portelli.

— *¿Más que de Passerini?*

— Eso creo. Pienso que ella estaba equivocada en sus ideas sobre los silencios. La idea del silencio es muy interesante, sin embargo ella estaba equivocada acerca del rol del silencio en el fascismo. Ella misma ahora admite que estuvo equivocada. Ya que de hecho es muy común que la gente tenga una laguna sobre los middle years. Supongo que se podría haber encontrado exactamente lo mismo si se entrevistara a trabajadores ingleses.

— *No es necesariamente la herida del fascismo provocando el silencio en la memoria. Es más una función, el modo de ser de la memoria.*

— Sí. Uno tiene un trabajo, un matrimonio, estímulos por ser joven y todo sigue. De repente esto cambia al volverse adepto. Obviamente uno recuerda aquello. Portelli recompuso las cosas de un modo fructífero. Luego la idea de dar aquella conferencia en 1987. De hecho el título de la conferencia fue sugerencia de Raphael Samuel<sup>3</sup>. Pienso que fue una idea muy fructífera.

— *En referencia a algunos de los ensayos que salieron de esa conferencia y que están en el libro "The myths we live by", Ud. insiste en el peligro de cruzar la línea que separa la historia oral del psi-*

*coanálisis, la psicoterapia, o como quiera llamarlo. Y además, por ejemplo, en esa recopilación de artículos aparece Luisa Passerini invocando la escuela de pensamiento de Jung para analizar mitos o para una descripción de símbolos arquetípicos y de algún modo también toda la historia de la relación entre entrevistador y entrevistado. Su paradigma, si se quiere, está de algún modo estructurado en la narrativa psicoanalítica del analista y su paciente, y los intentos por develar la memoria a partir de confesiones y revelar los recuerdos reprimidos. Ahora bien, un proceso tiene una intención terapéutica y el otro no. Estaba pensando en el artículo de Passerini en donde usa esa técnica y también pensaba en el libro de Ronald Fraser, "In search of a past", y me preguntaba si dándonos la saludable advertencia de que no somos psicoanalistas y no deberíamos emplear esa frase maravillosa "terapia retrospectiva salvaje" en aquellos que ya no pueden contestarnos ¿Le gustaría mezclarse un poco en el debate, o simplemente diría que no, que no deberíamos involucrarnos?*

— Creo que inevitablemente uno se involucra en una relación que puede ser terapéutica, o puede ser molesta también para la gente. Estoy seguro que usted ha tenido ese tipo de experiencias al entrevistar. En cierto modo, es una de las cosas más lindas acerca de ello, cuando uno ve que la gente se siente mejor porque pudieron contar su historia. Pero me importa algo más y es que no podemos ir tan a fondo como pueden hacerlo los psicoanalistas. Después de todo



es bastante peligroso tratar de llegar a fondo de esto, si uno no conoce las técnicas de cómo manejarlo y ayudar a esas personas a volver al mundo cotidiano después de hablar de cuestiones profundas. Es algo descuidado y creo que no esta-

mos preparados para hacerlo y, de cualquier modo, la gente no lo espera. También hay cosas sobre las que no se les puede preguntar.

— *Supongo que un modo alternativo de mirar esto, y es más parecido a lo que Fraser hace en su libro, consiste en no tratar de tomar prestada la práctica terapéutica entre entrevistador y entrevistado, sino que es mejor tomar un texto o escribir historia intentando utilizar nociones psicoanalíticas para analizar ese texto. ¿Sería esto más aceptable?*

— Eso es perfectamente correcto y se puede hacer, pero es muy limitado el resultado al que se puede llegar, debido a que uno no puede forzar a la persona o sacarle más. Después de todo lo que Fraser ha hecho fue incorporar su propio psicoanálisis. Luisa Passerini hizo lo mismo en su libro sobre 1968.

— *¿Cree que eso puede ser fructífero?*

— Pienso que es muy interesante en su libro debido al modo en que se ve que este apego político del adulto a la clase obrera está muy relacionado con su apego en la niñez a su jardinería y su niñera. Creo que eso es muy interesante y parecería que él necesitó del psicoanálisis para pensar esto.

— *Tal vez sea un caso en que se descubre lo obvio a través de lo sofisticado.*

— Coincido con Luisa (Passerini) cuando dice que deberíamos estar atentos a estas cosas e interesados en ellas. Es simplemente que no creo que tengamos las técnicas para explorarlas. Probablemente es por eso que mi interés es más profundo en las terapias familiares, relacionadas con la niñez y la adultez, pues uno puede hacer las preguntas relevantes.

— *Y Ud. ¿Ha entrado en ese terreno?*

— No. He recibido influencias de esa técnica, leí mucho sobre ella, me senté detrás de un espejo para observar como la aplicaban y miré muchas películas acerca de ella. La hallé muy reveladora y lo que me atrae es que une lo psicológico y lo social. En la segunda edición de "Voices from the past", hay una parte en la que describo brevemente un caso que vi en Italia en donde había una niña anoréxica que fue llevada al terapeuta por sus padres. Pues bien, ella se estaba negando a comer y lo que surgió inmediatamente fue que el padre se había casado con la sirvienta de la casa (quien era la madre de la niña), debido a que la había dejado embarazada. Su familia siempre estuvo amargamente resentida por esto y por otro lado se esperaba que ellos fueran a almorzar todos los domingos a la casa de sus padres. Así que era una especie de comer y odiarse, lo que sucedía semana tras semana. La protesta de la hija consistía en no comer nada. Resulta interesante ya que hay un tipo de mezcla entre una tensión clasista y una tensión emocional. De hecho también el padre sospechaba que los familiares de la madre estaban tratando continuamente de sacarle plata. Pero de cualquier modo he visto pocos videos de familias. Estoy interesado en la transición entre genera-

ciones, y he aprendido bastante mirando estos videos.

— *Esencialmente le ofrecen al historiador oral indicios acerca de las técnicas.*

— Sí, ya que la clase de preguntas que realizan son del tipo que nosotros podemos hacer, sobre lo que la gente recuerda y lo que no, sobre sus instintos inconscientes. Los historiadores tienen una gran dificultad para sacar bastante de esa idea.

— *En términos del debate acerca del estado de la historia oral recientemente me sentí estimulado al leer el libro de Pierre Nora, "Les lieux des memoires", especialmente la introducción<sup>4</sup>. Se lamenta allí que la memoria se desvanece, desaparece igual que una memoria viva, socialmente enraizada y basada en la comunidad, y lo que nos queda es, lo que él llama un archivo memorístico insatisfactorio e híbrido. Su queja es que estamos tratando de preservar tan desesperadamente la memoria, a medida que desaparece, que el resultado es una sobrecarga masiva, una trivialización, dejando todo grabado. Además se obtiene tanto una memoria adulterada, como una masiva sobrecarga que es imposible de manejar, de procesar de un modo significativo. El cita el archivo de la Seguridad Social Francesa, que por supuesto no es completamente oral, pero que viene a ser algo así como de 320 kilómetros lineales de largo, que en teoría es un extraordinario depósito de información, pero de hecho es poco utilizable debido a su tamaño. Parte de su crítica involucra a la historia oral, como es practicada en Francia, pero no sólo restringida a ella. Mi respuesta fue a un nivel visceral, que la inquietud expresaba por él era elitista, implicando que lo que necesitamos es volver a una vieja y muy idealizada noción acerca de la memoria guardada por una selecta clase de mandarines. Y sin embargo, al mismo tiempo, creo que*

*estamos forzados a enfrentar las posibilidades de ese peligro en la historia oral. Frecuentemente llegamos a un desesperado "si se mueve grábalo porque se va a morir", una razón salvaje, desesperada, que penetra gran parte de la historia oral. ¿Esto es algo que le hace perder el sueño?*

— No pierdo el sueño por esto. Sin embargo, pienso que hay mucho de cierto en ello. Pero no es un fenómeno muy nuevo; la idea de que hay que dejar asentadas aquellas cosas que están desapareciendo uno ya puede encontrarla en el siglo XIX. Tal vez ahora esté presente debido a que el cambio es bastante rápido.

— *¿Percibe a la historia oral con una carga de cierta nostalgia?*

— Creo que hay, de repente, gente dedicada a estudios rurales, de passing craft y cosas como ésa. Quiero decir que allí hay una especie de nostalgia. Además se realizan muchas actividades por medio de vías que no son básicamente historia oral. Allí hay un fuerte elemento nostálgico. No creo que sean nocivas. De cualquier modo si la gente disfruta con este tipo de cosas, está bien. Creo que el punto es que como historiadores profesionales uno tiene que tratar de decidir qué es lo verdaderamente importante. Algunos de los elementos que están desapareciendo son realmente importantes, pero no todos ellos lo son.

— *¿Por lo tanto la razón salvaje tiene su lado positivo?*

— Eso creo. Pero uno de los peligros es que luego la gente deja de grabar lo que es típico, buscan simplemente lo más curioso, aquellas cosas exóticas que están desapareciendo; por lo tanto, creo que es importante estar atentos a esto. También hay una tendencia a tratar de grabar a los más ancia-

nos, de hecho no es un muy buen modo de usar el tiempo. No estoy diciendo que no valga la pena grabarlos, pero si uno usa todo su tiempo grabando ancianos, gente de 90 años por ejemplo, encuentra que es mucho más difícil tener una buena comunicación con ellos por muchas razones. También son un grupo estadísticamente parcial. En Inglaterra, por ejemplo, hay cuatro mujeres por cada hombre de esa edad.

— *¿Por encima de los 75 años?*

— No, por encima de los 90. Y casi todos son de clase media. En realidad es mejor entrevistar a personas en los 70 años, que pertenecen a un grupo más amplio. Debido a que están por desaparecer, siempre ha sido atractivo grabar a los más ancianos.

— *Cambiando de tema, me preguntaba en relación a los '80 y al momento post-moderno ¿cree que la crítica literaria, el giro lingüístico, puede aportar algo a la historia oral?*

— Bueno, puedo decir algo al respecto ya que estuve interesado en ello durante un largo tiempo, aunque siempre tuve dificultad en aplicar las técnicas de la crítica literaria. Creo que es una lástima que los historiadores y los críticos literarios no trabajen más tiempo juntos tratando de encontrar un modo común más convincente de leer el material. Esto apenas se realiza. He tratado de fomentarlo un poco. Por ejemplo, pusimos en circulación un llamado para presentar 'papers' sobre género y memoria, pero me desilusionó la respuesta. Me pareció que la mayoría de la gente realmente no había entendido ya que incluso aquellos que respondieron no tenían que ver con el género.

— *¿Eran historiadores orales?*

— No, También convoqué a la gente

de letras, ellos tampoco respondieron pero hay muchos que ahora están estudiando autobiografías.

— *Me parece que las diferentes culturas académicas nacionales pueden tener que ver con esto. En los Estados Unidos hay un diálogo más fructífero entre crítica literaria e historia en general y posiblemente en Inglaterra la crítica literaria tenga otro status. Tengo dudas acerca de si la crítica literaria ha tenido tanta influencia en las universidades, por ejemplo. Sin embargo, me parece que hay una diferencia en la relativa utilidad de ella. Particularmente en Estados Unidos hay una gran cantidad de libros que tienden a ser de etnohistoriadores, utilizan métodos de historiadores y apelan a técnicas de la crítica literaria.*

— Esto no lo he visto en Inglaterra.

— *Portelli al venir de la literatura está constantemente atento a las analogías; con los trabajos literarios y de la crítica literaria me parece que lo mismo ocurre con Grele.*

— El estuvo siempre interesado, pero su abordaje fue más una lectura general, es más una crítica literaria de un modo tradicional. Pienso que es bueno lo que hace, pero también siento que se podría desarrollar un poco más.

— *¿Tiene alguna idea acerca del estado*

*de la historia oral en la Argentina, teniendo en cuenta que en el II Encuentro Nacional de Historia Oral se le han presentado una serie de ejemplos diferentes?*

— Bueno, creo que es bastante alentador. De hecho, como siempre, hay mucha diversidad. Usted sabe, están estos proyectos barriales aquí en la ciudad de Buenos Aires, no son muchos, creo que son sólo tres, y se han visto afectados por la reducción de fondos. También, por la cantidad de personas que asistió a la conferencia y al taller, creo que en las provincias están realizando trabajos más comunitarios o trabajos en las escuelas. Vi una hermosa colección de libros que fue realizada por chicos de Córdoba donde combinaban fotos y entrevistas. Me pareció una buena idea, muy buena para estimular el interés en la historia local por parte de las escuelas. Luego hay algunos trabajos buenos que aún se están realizando, algunos de ellos bastante reflexivos sobre temas relacionados con la memoria y la narrativa.

— *¿Algún mensaje final?*

— No, lo único que agregaría, tal vez porque creo que es muy importante, es tratar de mantenerse en contacto con otras disciplinas —antropólogos, sociólogos y otros— y también de otras partes del mundo. Siempre es muy fructífero ■

#### Notas

1. Está haciendo referencia a la Conferencia dada por Paul Thompson el miércoles 4 de Octubre de 1995, en el Centro Cultural San Martín de la Municipalidad de Buenos Aires, como parte del programa del II Encuentro Nacional de Historia Oral, 2 al 4 de octubre de 1995.

2. Raphael Samuel and Paul Thompson (edit.) *The Myths We Live By*, Routledge,

London and New York, 1990.

3. Se refiere a la Sixth International Oral History Conference, Myth and History, Oxford 11-13 de septiembre

4. Pierre Nora (Comp.) *Les Lieux de Mémoire*, Gallimard, París, 1984. Puede consultarse también Edgard de Decca: "Memoria y Ciudadanía" en *Entre pasados* N° 3, 1993.

## Tendencias y temáticas de la Historia Oral en la Argentina\*

Dora Schwarzstein\*\*

La década de 1960 presenció en la Argentina un importante movimiento de renovación universitaria que tuvo lugar en algunas de las grandes universidades estatales (Buenos Aires, Córdoba, Rosario). Si bien este movimiento renovador tuvo un enorme impacto en algunas áreas, debió coexistir con cátedras e institutos universitarios tradicionales. En el terreno historiográfico también su impacto fue marginal, pues si bien en algunos casos podía ofrecer visiones alternativas de algunas temáticas, debió compartir espacios con las visiones tradicionales todavía vigentes en la mayoría de las cátedras y los institutos de investigación histórica de la Facultad de Filosofía y Letras<sup>1</sup>. El grupo renovador encontró indudable inspiración en la tradición de la escuela historiográfica francesa, nucleada en torno a la revista *Annales*,

por lo que se abría a nuevas temáticas y problemáticas, mientras privilegiaba la recolección de series históricas de hechos cuantificables y seriables.

En Buenos Aires la historia económica y social fue especialmente impulsada por José Luis Romero desde la cátedra de Historia Social General y luego desde el Centro de Estudios de Historia Social, en los mismos años en que se creaba el Instituto de Sociología. Esto tuvo como consecuencia un reforzamiento de lo cuantitativo en algunas investigaciones que ambos emprendieron conjuntamente, como por ejemplo el proyecto sobre Inmigración y Estructura Social<sup>2</sup>. Por tanto, la presencia de esta nueva disciplina en la vida universitaria argentina, no introdujo la preocupación y discusión de las metodologías cualitativas, ya que su acento estaba puesto en las encuestas y la cuantificación, dominante en el mundo entero. La antropología, por otra parte, estaba muy influida por la vertiente de la escuela fenomenológica vienesa que si bien reivindicaba el análisis descriptivo era de un folklorismo exagerado, absolutamente fenomenológico. En cierto sentido el énfasis cuantitativo de la nueva sociología era una reacción contra esto<sup>3</sup>. Ni las historias

\* Este artículo se publica simultáneamente en *History Workshop*, 40, Londres, 1995. Versión corregida de una ponencia presentada en la "International Conference on Oral History", Universidad de Columbia, Nueva York, octubre de 1994.

\*\* Programa de Historia Oral Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

de vida, ni la historia oral tuvieron espacio en la renovación historiográfica ni en la sociología.

La nueva historiografía así como todo el movimiento renovador universitario se vieron drásticamente interrumpidos como consecuencia del golpe militar de 1966. Desde entonces, y durante más de un cuarto siglo, hasta la elección de un presidente civil en 1983, la vida política argentina se vio marcada por prolongados gobiernos militares y breves interregnos civiles.

La reiterada inestabilidad política, con frecuentes períodos de intensa represión, afectaron de modo negativo al conjunto de la vida cultural nacional. En particular, los gobiernos militares intervinieron las universidades, expulsaron profesores, muchos de los cuales abandonaron el país, e imprimieron rumbos reaccionarios a la actividad universitaria. Discontinuidad, ausencia de espacios académicos, aislamiento, exilio, fueron las constantes de estos casi veinte años de historia en nuestro país.

Si bien las ciencias sociales prácticamente desaparecieron de los ámbitos universitarios, el interés por su estudio se iba reforzando en otros espacios, fundamentalmente en grupos políticos que militaban en las organizaciones de izquierda. Así *Pasado y Presente*, revista disidente del Partido Comunista Argentino, editada en Córdoba entre 1963 y 1965, mezcla de inspiración ideológica gramsciana y de marxismo "auténtico", se planteará como objetivo, además de profundizar en las polémicas ideológico-políticas, la necesidad de crear un estilo más vinculado con la reali-

dad e interesado en la transformación de la Argentina. Frente a un Partido Comunista incapaz de hacerlo, y a las ciencias sociales debilitadas, el proyecto asume la ambiciosa tarea de constituir una intelectualidad orgánica de la clase obrera<sup>4</sup>. Precisamente en el último número de la revista, en su primera época, publicado en 1965, aparece una "Nota sobre la huelga de FIAT". Si bien el artículo incluye una reseña sobre la empresa y una cronología de la huelga, el énfasis está centrado en los actores, incorporando un informe elaborado a partir de algunas entrevistas abiertas, de testimonios y de confrontación de actores y espectadores del conflicto<sup>5</sup>.

Es en la década de 1970 cuando varios países latinoamericanos, incluyendo la Argentina desarrollarán sus primeros proyectos de constitución de Archivos Orales. En México, a partir del archivo sonoro del Museo Nacional de Antropología, que desde 1956 venía recogiendo entrevistas a líderes de la Revolución Mexicana, se establece el Archivo de la Palabra en 1976. En Brasil, el Programa de Historia Oral del CPDOC, en la Fundación Getulio Vargas, fue creado en 1975 con el objetivo de entrevistar a los líderes políticos nacionales que actuaban desde 1920.

En Buenos Aires, a partir de una iniciativa de la Universidad de Columbia, se desarrolló desde 1970 la primer experiencia de Historia Oral con la formación de un Archivo Oral en el Instituto Di Tella, un centro de investigación privado creado pocos años antes. Influida, promovida y financiada por la Universidad de Columbia, tuvo como objetivo, al igual

que los proyectos que entonces se hacían en Nueva York, el rescate testimonial de personalidades de la vida política para la constitución de un Archivo<sup>6</sup>. En el primer año se registraron testimonios de dirigentes sindicales y políticos argentinos de la década de 1930, y en el segundo sobre el Peronismo (1945-1955). Durante el tercer año, ya sin el apoyo financiero de la Universidad de Columbia, se registraron testimonios sobre la historia de la empresa Siam Di Tella, vinculada a la familia cuya Fundación controlaba el Instituto. A diferencia de las experiencias mexicana y brasileña que originaron instituciones de importancia hasta hoy, la iniciativa argentina terminó en 1973.

Juan Carlos Torre fue uno de los primeros que utilizó entrevistas del Archivo de Historia Oral del Instituto Di Tella para la elaboración de algunos de los artículos que publicó en la década de 1970, en particular, sobre el 17 de octubre de 1945<sup>7</sup>. Frente a la tradicional historiografía del movimiento obrero, centrada en las estructuras sindicales formales, el objetivo de Torre, claramente inspirado en la obra de Eric Hobsbawm, era el estudio de los trabajadores. El uso de testimonios le permitió a Torre acercarse al punto de vista de los protagonistas de los sucesos para lograr una mejor comprensión de la compleja trama de la historia que desembocó en el peronismo. Separado del proceso de producción de los testimonios, Torre los utilizó como fuente histórica, evaluando la información y los argumentos que contenían de la misma manera que el historiador procede con las fuentes escritas.



Expresando una creciente insatisfacción hacia la sociología funcionalista y cuantitativista, por esos años, Jorge Balán publica una colección de ensayos, que produce un gran impacto en la revalorización de los relatos autobiográficos, así como de las historias de vida<sup>8</sup>. Balán recoge experiencias sobre el uso de historias de vida en diversas disciplinas sociales y varias regiones de América Latina, que no incluyen a la Argentina<sup>9</sup>. Ese renacimiento de las historias de vida, tanto en Estados Unidos, como en México y Brasil, se vincula con un renovado interés de las ciencias sociales por los procesos sociales básicos de la vida cotidiana y una mayor conciencia sobre su propia inserción en la sociedad<sup>10</sup>.

### La historia oral reciente

Un nuevo golpe militar acalló la vida universitaria y cultural en 1976 y es recién en 1983 que la restauración de la democracia inició un nuevo ciclo tanto en la vida política, como académica y cultural del país. En ese marco, la última década ha asistido a un florecimiento de la historia

oral que parece será perdurable. Esta renovada actividad tiene por centro tanto instituciones universitarias como otros organismos estatales (museos, bibliotecas, archivos municipales) e instituciones privadas (sociedades de fomento, sindicatos, organizaciones barriales).

Los temas y estilos de trabajo actuales se relacionan de muchas maneras con desarrollos políticos y culturales del largo período previo de interrupción de la vida democrática. La inestabilidad y frecuente represión plantearon urgencias y prioridades. Se constituyó así una agenda que pone el énfasis en el estudio de los sectores populares, de las mujeres, de los "personajes anónimos" con el objetivo de construir una "historia militante", contrapuesta a la historia oficial. Esta práctica, que ha tenido importantes desarrollos en otras partes del mundo, genera un fuerte empirismo.

En la Argentina ha tenido un gran impacto la versión de la historia oral inglesa, que nacida en los "History Workshops" aparece claramente asociada a opciones de compromiso político y en vinculación estrecha con los movimientos obreros tradicionales y los nuevos movimientos sociales. Al igual que en Inglaterra, esta variante se ha desarrollado en medios predominantemente no académicos, como en asociaciones locales, bibliotecas, sindicatos, organizaciones barriales.

Podemos distinguir cuatro tendencias principales en estos nuevos desarrollos.

En primer lugar, durante la presidencia de Raúl Alfonsín (1983-1989), los estudios de Historia Local cobra-

ron un importante impulso con la gestión de Hebe Clementi al frente de la Dirección Nacional del Libro, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación. Los Talleres de Historia comenzaron a funcionar a partir de 1987 de un extremo a otro del país, con temáticas diversas, donde la historia regional y local ocupó un lugar predominante, produciendo fuentes documentales de gran valor, muchas de las cuales han sido publicadas<sup>11</sup>. Es importante señalar que algunos de estos Talleres continúan funcionando en la actualidad en varios lugares de las provincias de Jujuy, Misiones, Mendoza, Neuquén y Buenos Aires. En particular, el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires desarrolla desde 1986 un programa de recuperación de la memoria colectiva con el funcionamiento de talleres barriales, impulsando la formación de un Archivo Oral Urbano<sup>12</sup>.

Los talleres consisten en reuniones periódicas de reflexión colectiva sobre ciertos temas, con uno o varios coordinadores, según diferentes modalidades. En algunos casos, el objetivo es la sola recuperación de los recuerdos de los participantes. En otros, es un recurso de creación de fuentes para ser utilizadas en investigaciones que incluyen otro tipo de fuentes documentales. En ambos casos, las conversaciones se graban y sus desgrabaciones son revisadas por los mismos talleristas generando más discusión en torno a ellas. Se han publicado folletos que reflejan la tarea de los talleres y la historia del barrio en cuestión. El estilo de estos trabajos es diverso, desde los que reproducen testimonios individuales, sin in-

terpretación o análisis, hasta testimonios colectivos producidos en sesiones de talleres. Se trata de un conjunto significativo de publicaciones con repercusión local, que recogen una cantidad importante de información. Reivindican para sus trabajos ámbitos institucionales o para-institucionales más o menos libres o extracurriculares: clubes, asociaciones de todo tipo, bibliotecas públicas, actividades de tercera edad, sindicatos, con el objetivo de democratizar los contenidos históricos introduciendo la voz y el registro de protagonistas insospechados<sup>13</sup>. Por otro lado, en su accionar se plantean no sólo la recuperación de la memoria colectiva sino también la función social de la historia, proponiendo cambiar los lugares desde donde se habla y un "saber" no académico sino colectivo, con el objetivo de rescatar, a través del pasado colectivo, el protagonismo del vecino y constituir un sentido de identidad con el barrio y su gente<sup>14</sup>.

Es evidente que en esta práctica existe una gran tensión entre el rol específico del historiador y la participación democrática y democratizadora en un proyecto colectivo de esta naturaleza, donde la historia se hace "entre todos". Algunas experiencias de talleres parecen sugerir que el historiador, que a veces hasta cede las tareas de coordinador a un vecino, se diluye convirtiéndose en un mero recolector de los testimonios, retornando de esta manera al empirismo más tradicional. En esta producción se observa un notable apego a la descripción de hechos aislados, la ausencia de planteos problemáticos y

su predilección por la transcripción de la entrevista en bruto. En algunos de estos trabajos se expresa el temor al posible efecto paralizante de los debates metodológicos que son visualizados "cuestionando avances y frutos que se habían logrado"<sup>15</sup>.

La segunda tendencia está vinculada a la anterior aunque es más política por su forma y sus objetivos. Prioriza enfáticamente la contribución que la historia puede hacer a la transformación social. Se expresa, en particular en historiadores del movimiento obrero, o de los sectores populares, que ponen el énfasis en el rescate de las experiencias de base de la militancia política y armada en la Argentina<sup>16</sup>. Se trata de un uso peculiar de los documentos orales. El historiador, reivindicando principios democráticos e igualitarios tiende a desaparecer, cediendo la voz a los "verdaderos" protagonistas. Todas las cuestiones referidas al proceso de construcción de la fuente, así como la interpretación y análisis de los documentos, procedimientos propios del oficio del historiador, quedan fuera de la investigación. El historiador se convierte en recolector de historias individuales o colectivas, donde el espíritu crítico no tiene espacio. La identificación y fascinación del historiador con su tema y con su sujeto genera distorsiones y un uso ingenuo de las fuentes de este modo construidas. Reclamando una visión del mundo desde la base, plantean la necesidad de una relación más orgánica de los intelectuales con la clase obrera y la autoinclusión plena del investigador que permita el entrecruzamiento del sujeto con el objeto de

estudio<sup>17</sup>. Estos autores se atienen así al "realismo naive" que caracterizó a los "History Workshops" ingleses en sus orígenes, sin percibir las dificultades que, según Raphael Samuel, acarrea tomar al discurso de los sujetos como transparente<sup>18</sup>.

La tercera tendencia en los últimos diez años ha sido la creación de Archivos Orales. En general estos desarrollos se han dado en el ámbito de las Universidades Nacionales. Uno de los primeros fue el del Archivo de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires. Este recuperó testimonios de estudiantes y profesores acerca del período 1943-1966. Sus materiales están disponibles para la consulta pública<sup>19</sup>. Existen otras experiencias más recientes. En la Universidad Nacional de Mar del Plata, se está trabajando en la formación de un Archivo sobre las transformaciones urbanas de la ciudad, que incluye un Archivo Oral; en la Universidad Nacional de Cuyo, desde 1987, se está constituyendo un Archivo Oral de Historia Contemporánea de Mendoza, entre 1910-1983<sup>20</sup>. En 1992 nació el proyecto de creación de un Archivo de la Palabra en el ámbito de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. El objetivo del Archivo es la recuperación de fuentes orales sobre la cultura de las provincias del Chaco y Corrientes<sup>21</sup>.

Un cuarto y último grupo puede ser visualizado. En la última década, producto de la estabilidad institucional y su efecto sobre las Universidades y de la creciente profesionalización en el campo disciplinar, un conjunto significativo de historiadores, plenamente integrados en la

actividad académica universitaria ha desarrollado sus investigaciones con el uso predominante de la historia oral. Se trata de un conjunto muy variado, tanto en sus inspiraciones como en sus temáticas. Formados como estudiantes durante la etapa de renovación (1955-1966), o por profesores aislados formados en aquella época, habiendo completado o por completar algunos de ellos postgrados en el exterior, encuentran inspiración en el conjunto de tendencias, orientaciones y reacciones que Peter Burke ha designado la "tercera generación" de la Escuela de los *Annales*<sup>22</sup>. Tanto para los historiadores que producen y utilizan fuentes orales, como para muchos otros, ha resultado importante el acercamiento a la antropología y la rehabilitación de la otrora condenada historia política. Esta última conexión se ve reforzada por un significativo desarrollo en la Argentina de las preocupaciones por la historia de las ideas, de la cultura o de la historia intelectual, que a su vez tiene fuertes puntos de referencia en la historiografía anglosajona reciente<sup>23</sup>. En este contexto, los que elijen producir y utilizar fuentes orales en sus investigaciones, entienden que se trata de un camino particularmente apto para alejarse del predominio de la "determinación estructural", para en cambio aprehender las trayectorias de los actores, sus representaciones y todo lo que hace a su subjetividad. Para estos historiadores la historia oral, antes que una técnica es un campo historiográfico definido por el movimiento internacional de historia oral, sus investiga-

ciones y sus reflexiones metodológicas<sup>24</sup>. Al igual que los debates que hoy preocupan a los practicantes de la Historia Oral en casi todo el mundo, estos estudios incorporan las discusiones más sofisticadas relativas a la memoria, la ideología, la conciencia, poniendo el énfasis en la recuperación de los aspectos subjetivos de la experiencia histórica. Existe en esta tendencia un marcado interés por debatir las múltiples estrategias metodológicas, así como perfeccionar las potencialidades de un método consensualmente calificado como complejo. Se trata de articular la profundidad de los testimonios con la solidez del análisis. La línea que los identifica es la pérdida de la ingenuidad respecto tanto del testimonio oral como del discurso histórico y las fuentes en general.

En ese contexto son muy importantes las investigaciones que viene desarrollando en la Argentina Daniel James, historiador británico, actualmente profesor en la Universidad de Duke. En su libro sobre el peronismo y la clase trabajadora argentina entre 1946-1976 ha utilizado testimonios orales con el objetivo de dar respuesta a cuestiones tales como la relación entre los dirigentes sindicales y el peronismo y los fundamentos del poder sindical. El uso de distintos tipos de fuentes en su intersección con los ricos testimonios orales apuntan a develar la realidad oculta detrás de los fuertes mitos que han impregnado el período, referidos a la presencia de la clase trabajadora en el peronismo<sup>25</sup>. Más recientemente, James ha publicado un apasionante artículo basándose en el



testimonio recogido a lo largo de varios años a una protagonista de la lucha sindical en Berisso, "la cuna del peronismo" en la provincia de Buenos Aires, centro de la industria de la carne. Partiendo de la idea de que los testimonios son construcciones culturalmente determinadas, James insiste en la necesidad de aprender a leer esas historias, y prestar atención a la subjetividad como parte inherente de la historia<sup>26</sup>.

Entre este conjunto de investigadores, los temas en debate tienen que ver con cómo utilizar la fuente una vez creada. Este es indudablemente el gran desafío que nos plantea la fuente oral, y que ha producido trabajos significativos en nuestro medio<sup>27</sup>.

Existe una cantidad importante de investigaciones en curso que utilizan la metodología de la historia oral, en particular para el estudio de los fenómenos migratorios, el mundo del trabajo y la historia de la mujer. A través de los testimonios de trabajadores de la industria de la carne en Berisso (Pcia. de Buenos Aires) recogidos en "grupos de recorda-

ción", Mirta Lobato ha podido reconstruir las formas de trabajo y las protestas obreras en las plantas cárnicas de capital norteamericano. Entrecruzándolos con las fuentes empresarias y otras fuentes documentales, los testimonios orales han sido fundamentales para poner al descubierto las tensiones y conflictos ocultos tras un discurso oficial que privilegia la imagen de una "comunidad armónica"<sup>28</sup>. En otros trabajos se trata de reconstruir las distintas memorias colectivas de la lucha sindical para entender las motivaciones de los protagonistas en vinculación con diversas fuentes documentales, insistiendo en las peculiaridades del proceso de construcción de la memoria colectiva y sus marcos sociales<sup>29</sup>.

Para el estudio de los fenómenos migratorios se está haciendo un uso creciente de los testimonios orales. A través de la metodología de la historia oral y el uso de otras fuentes se ha podido investigar el proceso de constitución de la comunidad del exilio republicano en la Argentina, sus pautas de inserción en la sociedad local, así como las modalidades de relación con otros miembros de la comunidad española. Los testimonios orales son un instrumento privilegiado para la reconstrucción del mundo de las representaciones y las múltiples identidades<sup>30</sup>.

Un hecho importante que evidencia el dinamismo de la historia oral en Argentina ha sido la realización del "Primer Encuentro Nacional de Historia Oral" en octubre de 1993. El Encuentro puso de manifiesto la diversidad de estilos y temáticas abor-

dados, y fundamentalmente la necesidad de ámbitos de discusión y difusión de la actividad que se está desarrollando en nuestro vasto territorio<sup>31</sup>. El encuentro confirmó que en la Argentina las experiencias de producción y uso de testimonios orales se han hecho en gran medida fuera de los ámbitos académicos universitarios. En casi todo el mundo, los primeros practicantes de la Historia Oral aparecieron al margen de la historia académica, casi como una reacción contra ella, constituyendo sus propias instituciones, sociedades, reuniones y revistas. En nuestro país, al igual que en todo el resto de América Latina, los historiadores han sido muy reacios a la incorporación de la historia oral dentro de su universo. La "subjetividad", que indudablemente tiñe el discurso oral, ha sido el eje del cuestionamiento de su utilidad. Sin embargo esta marginación no es hoy tan fuerte, en los últimos años, junto con una gran ampliación del debate historiográfico y la generalización del interés por la historia cultural, la historia política, etc., las Universidades se han mostrado más permeables a la historia oral, como lo prueban sus Archivos Orales en proceso de constitución. Mas aún, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires ha creado el primer Programa de Historia Oral destinado tanto al desarrollo de proyectos de investigación en la especialidad, como a ofrecer un ámbito específico de formación.

• • •

Las frecuentes alteraciones de la

vida institucional argentina con sus graves consecuencias en el ámbito académico han afectado negativamente a todos los campos de la historiografía. En el específico de la Historia Oral sólo se pueden encontrar continuidades desde la restauración democrática en 1983. El futuro alberga riesgos y potencialidades. Muchas dificultades en nuestra práctica derivan del simple enfoque empirista y de la ingenua actitud positivista que ha sido durante tanto tiempo la prevaleciente entre los historiadores en general. Es necesario reiterar que la mera recolección de testimonios, aun cuando sean extremadamente interesantes y muy relevantes, no puede agotar la tarea del historiador. Al presentar esos testimonios sin elaboración alguna, se está renunciando a la posibilidad de descubrir e interpretar a través de ellos los aspectos subjetivos de la experiencia histórica. De ese modo se pierden la riqueza de la Historia Oral y sus mayores potencialidades.

Existen, por otra parte dificultades para dialogar con los militantes de la historia oral que rechazan los procedimientos científicos como una especie de traición a la voz de los "verdaderos protagonistas" de la historia. Si el objetivo es la historización de la memoria, el mejor homenaje a la memoria del mundo de los vencidos es escribir y hacer inteligible su historia, y esto sólo lo lograremos a través de procedimientos rigurosos en el momento de la entrevista y su posterior interpretación. Sin embargo, tampoco la interpretación compleja y el análisis en profundidad de los testimonios recogidos son

tareas fáciles de realizar. Y aquí es donde la reflexión metodológica ligada a los debates con disciplinas vecinas como la lingüística, la sociología y la etnología entre otras, se hace imprescindible.

Por otra parte, la oposición entre la práctica de la Historia Oral y los ámbitos universitarios es otro obstáculo que debemos superar. Tampoco la dicotomía entre política e historiografía a ayudado a estimular más y mejores investigaciones. Sin embargo, esas polarizaciones del pasado reciente de la Historia Oral en la Argentina plantean temas que merecen mayor elaboración futura. Esta permitiría a los historiadores que trabajan en las Universidades entender mejor las consecuencias sociales de su práctica. En el pasado, durante los largos períodos de inestabilidad institucional, el compromiso político fue un elemento importante en la definición de la identidad de los intelectuales. La política abarcaba a todas las prácticas y discursos y legitimaba el papel de los intelectuales. Esa no es la situación presente.

Sin embargo, la sociedad argentina parece requerir hoy aún más definiciones por parte de los historiadores. Desde por lo menos la década de 1950 la historia nacional ha mostrado signos de fracturas mayúsculas. Estas han afectado profundamente a la sociedad, a las relaciones entre los hombres, y entre éstos y su pasado. En particular, tras la restauración democrática de 1983, la violencia de los años setenta plantea claramente a la sociedad la disyuntiva entre la memoria y el olvido. Mientras desde algunos sectores de nuestra sociedad se

enfatisa sobre la necesidad de olvidar el pasado reciente, los historiadores debemos contribuir activamente para que el olvido no se instale definitivamente en nuestra sociedad y nuestra cultura. Por el contrario, debemos

reconocer el desafío de encontrar nuevos modos de enfocar el pasado para recuperar sus múltiples significados y participar así activamente en el proceso social de construcción de la memoria ■

## Notas

1. Tulio Halperín Donghi, "Un cuarto de siglo de Historiografía argentina, (1960-1985)", *Desarrollo Económico*, 25, 100, Buenos Aires, enero-marzo de 1986, pp.487-520; Enrique Tandeter, "El período colonial en la historiografía argentina reciente", *Entre pasados*, 7, Buenos Aires, 1994, pp.67-84; Dora Schwarzstein y Pablo Yankelevich, "Historia oral y fuentes escritas en la historia de una institución: la Universidad de Buenos Aires, 1955-1966", Buenos Aires, 1989, Documentos CEDES, 21.

2. Algunos de sus resultados en Torcuato S. Di Tella et. al., *Argentina, sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba, 1965.

3. Sin embargo, la investigación de Marsal hecha sobre la base de una serie de entrevistas a un inmigrante español a la Argentina fue supervisada por el propio Germani, síntoma de que había cabida para trabajos de este tipo. Juan Marsal, *Hacer la América*, Buenos Aires, 1969.

4. Oscar Terán, *Nuestros años sesentas, la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, 1993, pp. 89-115

5. "Informe preliminar sobre el conflicto Fiat", *Pasado y Presente*, 9, Año III, Córdoba, abril-setiembre 1965. pp. 56-57.

6. Roberto Cortés Conde, investigador visitante del Instituto Di Tella en ese momento, fue quien estableció el contacto con la Universidad de Columbia que posibilitó la concreción del Proyecto. Los investigadores especialmente contratados para realizar las entrevistas fueron Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez, coordinados por Oscar Cornblit. Las entrevistas se encuentran en el Archivo de Historia Oral del Instituto Di Tella (Buenos Aires). Copias de las mismas entrevistas se encuentran en el Archivo de Historia Ora Universidad de Columbia (New

York). Agradezco a Luis Alberto Romero la información.

7. Juan Carlos Torre, "La C.G.T. y el 17 de octubre", *Todo es historia*, 105, Bs. As., febrero 1974. "La caída de Luis Gay", *Todo es historia*, 89, Bs. As., octubre 1974.

8. Jorge Balán (comp.), *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, 1974.

9. Si bien publicado en la Argentina, el libro había sido escrito en Brasil. Información de J. Balán.

10. Esta orientación es visible en una investigación efectuada en México por una socióloga argentina algunos de cuyos resultados se publican en Buenos Aires. Cf. Elizabeth Jelin, "El tiempo biográfico y el cambio histórico: reflexiones sobre el uso de historias de vida a partir de las experiencias de Monterrey", *Estudios sociales*, 1, Buenos Aires, Cedes, 1976.

11. Delia Maunás et al., *Los talleres de historia por dentro*, Plan Nacional de Lectura 1987-1989, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1989. Salvador Palomo, *Historia de Roncón de los Sauces (provincia de Neuquén)*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1989. Vicente Accorinti et al., *Los ferroviarios que perdimos el tren. Chubut, Patagonia*. Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1989. Véase nuestro comentario a estos trabajos en *Boletín de Historia Argentina y Americana*, 3a serie, 3, Buenos Aires, 1991, pp. 172-175.

12. Liliana Barela de Balbi, et al., *Barrio y Memoria, "Taller de reflexión de historia oral colectiva". ¿Recurso pedagógico o metodología de investigación?* Subsecretaría de Cultura, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1992.

13. Hebe Clementi, "La historia que se en-

seña y el taller de historia", en Hebe Clementi (comp) *Otro modo de hacer historia. Taller historia-memoria*, Buenos Aires, 1992, p. 7.

14. Liliana Barela, Mercedes Míguez, "Los talleres de historia oral colectiva: una propuesta de recuperación de la memoria barrial", en Hebe Clementi (comp.) *Otro modo de hacer historia*, p. 19.

15. Marilú Bou, "Los talleres sobre metodología de la historia oral", en Hebe Clementi (comp.), *Otro modo de hacer historia. Taller historia-memoria*, Buenos Aires, 1992.

16. Cfr. Pablo A. Pozzi, "Los setentistas". Hacia una historia oral de la guerrilla en Argentina". Ponencia presentada en el *Primer encuentro nacional de historia oral*, Buenos Aires, octubre de 1993.

17. Ernesto Salas, Pablo Pozzi, "Por una historia de la clase obrera", *Contra la corriente. Historia, teoría y política*, 1, agosto 1990, p. 43.

18. Raphael Samuel, "Desprofesionalizar la historia", *Debats*, 10, diciembre 1984, pp. 58-71; Raphael Samuel y Paul Thompson, "Introducción", en Raphael Samuel y Paul Thompson (comp.), *The myths we live by*, Routledge, Londres y New York, 1990, p. 2.

19. El Proyecto de construcción del Archivo se hizo en el marco de la Secretaría de Extensión Universitaria de la U.B.A. y estuvo dirigido por Dora Schwarzstein y Pablo Yankelevich. El Archivo, inaugurado en agosto de 1990, cuenta con 100 entrevistas a distintos miembros de la comunidad universitaria.

20. Informes sobre la construcción de estos Archivos fueron presentados en el Primer Encuentro de historia Oral celebrado en Buenos Aires en octubre de 1993.

21. cfr. María Cristina Pompert de Valenzuela, "La creación de un Archivo de la Palabra", *Historia y fuente oral*, 11, Barcelona, 1994, pp. 174-176.

22. Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales. 1929-1989*, Barcelona, 1993.

23. Hilda Sabato, "La historia intelectual y sus límites", *Punto de vista*, Buenos Aires, Año IX, 28, Noviembre 1986, pp. 27-31.

24. Véase por ejemplo la recopilación de textos ofrecida en Dora Schwarzstein (comp.) *Historia oral*, Buenos Aires, 1991.

25. Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, 1990.

26. Daniel James, "Historias contadas en los márgenes. La vida de Doña María: Histo-

ria oral y problemática de géneros", *Entre pasados*, Año II, 3, fines de 1992. pp. 7-25.

27. Véanse al respecto Dora Schwarzstein, Pablo Yankelevich, "Historia oral y fuentes escritas en la historia de una institución: la Universidad de Buenos Aires, 1955-1966", Buenos Aires, Cuadernos CEDES, 21, 1990. Norma Sanchís, Susana Bianchi, *El partido peronista femenino*, CEAL. Buenos Aires, 1990, Marcelo J. Borges, "Historia y memoria en una comunidad rural de inmigrantes portugueses. Las fuentes orales en los estudios migratorios", *Estudios de Historia Rural*, 7, La Plata, 1991. María Caldelari y Patricia Funes, "Como un rayo en el cielo despejado. La Universidad de Buenos Aires 1955-1966", ponencia Primer encuentro nacional de Historia Oral, octubre 1993. Elena Barbieri et al., "Todo tiempo pasado no fue siempre mejor: notas acerca de las historias ocupacionales de tres vecinos de barrio Saladillo", Primer Encuentro Nacional de Historia Oral, Buenos Aires, octubre 1993. Graciela Ivorno, Silia Zanini, "Reconstrucción histórica de un paese: pervivencia y cambios en los inmigrantes", Primer Encuentro Nacional de Historia Oral, Buenos Aires, 1993.

28. Mirta Zaida Lobato, "Una visión del mundo del trabajo: el caso de los obreros de la industria frigorífica. Berisso, 1900-1930", en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular*. Buenos Aires, 1990. pp. 313-339; "La memoria compartida. Talleres de historia oral y memoria del trabajo", ponencia en el Primer Encuentro Nacional de Historia Oral, Buenos Aires, octubre 1993.

29. María Cecilia Cangiano, "La invención de la memoria: mitos e imágenes de la lucha obrera de los 70. La experiencia de los trabajadores metalúrgicos de Acindar, Villa Constitución, 1969-76", ponencia en el Primer Encuentro Nacional de Historia Oral, Buenos Aires, octubre .

30. Dora Schwarzstein, "Historia oral y memoria del exilio: Los republicanos españoles en la Argentina" *Anuario* 13, Rosario, Escuela de historia, 1988, pp. 235-256; "El exilio andaluz en la Argentina", *VI Jornadas de Andalucía y América*, Tomo II, Sevilla, 1987, pp. 173-195.

31. Ver nuestro balance sobre este Primer Encuentro en *Historia y fuente oral*, 11, Barcelona, 1994. pp. 177-180 y *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3a serie, 9, primer semestre 1994. pp. 103-106.

**BOLETIN DEL INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA  
Y AMERICANA "DR. EMILIO RAVIGNANI"**

Comité Editorial: José Carlos Chiaramonte (Director), Fernando Devoto, Jorge Gelman, Juan Carlos Korol, José Luis Moreno, Luis Alberto Romero, Enrique Tandeter, Oscar Terán, Noemí Goldman (Secretaria de Redacción), Roberto Schmit (Asistente de Redacción).

ISSN 0524-9767

Número 11, Tercera Serie

Ter Semestre de 1995

**RODOLFO GONZALEZ LEBRERO:** Producción y comercialización del trigo en Buenos Aires a principios del siglo XVII.

**RAUL FRADKIN:** "Según la costumbre del pays". Costumbre y arriendo en Buenos Aires durante el siglo XVIII.

**JUAN CARLOS GARAVAGLIA:** Precios de los productos rurales y precios de la tierra en la campaña de Buenos Aires: 1750-1826.

**ORESTE CARLOS CANSANELLO:** De súbditos a ciudadanos. Los pobladores rurales bonaerenses entre el Antiguo Régimen y la Modernidad.

- Notas y Debates
- Reuniones y Congresos
- Reseñas Bibliográficas
- Índice de los diez primeros números de la revista

*Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* es una publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, U.B.A. y del Fondo de Cultura Económica. Suscripción Anual: particulares: Argentina U\$A 25, América Latina U\$A 35, resto del mundo U\$A 36. Instituciones: Argentina U\$A 31, América Latina y E.E.U.U. U\$A 39, resto del mundo U\$A 41.

**Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani".** 25 de mayo 217, 2º piso, 1002 Capital Federal, Argentina. Teléfonos: 3347512-3425922-3431196 (int 105) Fax: (54-1) 3432733.

## Virginidad ortodoxa/recuerdos heterodoxos: hacia una historia oral de la disciplina industrial y de la sexualidad en Medellín, Colombia\*

Ann Farnsworth-Alvear\*\*

Un trabajo que pretende analizar relatos orales debería comenzar con uno; éste podría llamarse "el cuento de la reina que no pudo ser reina". No se trata de una narración cuidadosamente elaborada sino de un aparte, inserto en el formato de pregunta/respuesta de una entrevista a una trabajadora jubilada que realicé en Medellín en 1990. Fascinada con lo que me contaban los jubilados sobre los concursos de belleza o "reinados" que se realizaron en las fábricas en los años 30 y los 40, inquirí sobre estos "reinados" a todas las personas que entrevisté. Una de las jubiladas, María Cristina Restrepo, respondió con una historia irónica de una reina de belleza que resultó culpable de una transgresión de índole sexual:

- Ann: ¿También hicieron reinados? ¿como otro tipo de recreaciones, como reinados y bailes?

- María Cristina: Uh sí, eso fue, los reinados se acostumbraron casi todo el tiempo hasta que hubo un año [...] hubo un reinado y resultó pues que la niña no estaba data pa'ha-

cer reinados, y entonces ahí se acabó todo.

- Ann: Eso es, ¿no estaba qué?

- María Cristina: ¡No estaba data!

- Ann: Aaaahhh

- María Cristina: Porque ella mintió; es que cuando se dieron cuenta, que ya ella había mentido lo que ella era, pues ya eso se fue al suelo. Echaron mucha gente; mucho mecánico y hasta supervisores.

- Ann: ¿Y por qué?

- María Cristina: Porque, en un reinado usted ve que todo el mundo hacen bailes, serenatas y todas esas cosas. Y el, la misma comitiva que tenían para el reinado, porque como no era usted sola sino la una y la otra no. Entonces cada cual; y entonces la que había quedado ya de reina, salió por ahí, y se tomó pues sus copitas pues, lo que fue. Cuando se dieron cuenta que ya la que había quedado de reina, había tenido un hijo. -Entonces ahí mismo se dieron cuenta, y muchos sabían y habían negado a la empresa; entonces hay un...

- Ann: Una cosa, un escándalo tremendo.

- María Cristina: Un escándalo tremendo<sup>1</sup>.

1. Traducido del inglés por la autora con la colaboración de Judith Filc.

\*\* Universidad de Pensilvania, Filadelfia.

Su relato señala los problemas metodológicos de los que se ocupa este trabajo: ¿Cómo se puede hacer para entender las historias, con frecuencia surrealistas, que la gente construye en el terreno cambiante entre la realidad y la memoria fantástica? ¿Cómo puede teorizarse la relación contradictoria de las mujeres trabajadoras con los métodos patriarcales de disciplina? Al hacer las entrevistas, me di cuenta de que no estaba en absoluto preparada para escuchar una historia como la de María Cristina, a pesar de tener una formación de posgrado en historia obrera e historia de la mujer o por culpa de tener tal formación. Sentí una gran frustración. No sabía si la anécdota era cierta ni era capaz de decidir si podía usarla como evidencia, ya fuera de resistencia al paternalismo patronal o de conformidad con éste.

Como era de esperarse con la historia oral, el cuento de la reina “que no estaba data” a la vez confirmaba y contradecía la evidencia histórica que yo había recogido de los archivos fabriles, la prensa y las “actas de visita” del inspector de fábricas de Medellín. Yo sabía que las dos fábricas textiles más grandes de la ciudad, Coltejer y Fabricato, habían hecho de la castidad un pre-requisito para dar empleo (aunque fuera un pre-requisito sólo en el caso de las mujeres). La elección de una reina entre las trabajadoras de la fábrica ponía en práctica la visión moralista de los industriales. Hacía explícito uno de los principios centrales del paternalismo industrial en Medellín: que el hecho de emplear mujeres no implicaba amenaza alguna al orden “natural” de la familia patriarcal. Las mujeres empleadas en las fábricas debían conservarse castas y femeninas, de modo que una reina que no era vir-

gen significaría sin duda un escándalo. Yo sabía también que los reinados cesaron en los años 50, cuando las fábricas dejaron de contratar mujeres y los industriales ya no sentían la necesidad de resolver públicamente las contradicciones entre las categorías sociales de “mujer” y “trabajadora<sup>2</sup>”. Sin embargo, la historia de María Cristina planteaba una causalidad diferente: el dueño de la fábrica acabó con los reinados porque una mujer había tenido un hijo y porque otros trabajadores habían sido sus cómplices. Hasta donde yo podía darme cuenta, la historia no tenía base empírica. Pero si bien esto descalificaba la historia como evidencia de la causa de la interrupción de los reinados, la irrealidad del relato sólo acentuaba su valor documental para entender el significado que la moralidad paternalista tenía para las trabajadoras.

Este trabajo utiliza las entrevistas, no como depositarias de evidencia de la conducta pasada, sino más bien como testimonios de la complejidad de las relaciones de las trabajadoras con la disciplina paternalista. Si el relato de María Cristina se puede tomar como una afirmación de que había mujeres que transgredían la disciplina de la fábrica, por otro lado no se puede negar la nostalgia con que ella recordaba los reinados. Al igual que otras trabajadoras jubiladas, María Cristina estaba orgullosa, tanto de la reputación de estrictas que tenían las fábricas como de su propia biografía irreprochable. Sin embargo, aun cuando adoptaban la ideología patronal en lo que hacía a la política sexual, las trabajadoras jubiladas contaban frecuentemente historias que socavaban la pretensión patriarcal. Descubrí que yo necesitaba un marco

teórico que subrayara las ambigüedades de los recuerdos de las trabajadoras, una forma de escuchar que no comprimiera estos relatos espontáneos dentro de un modelo deseado de resistencia a la opresión, pero también que no los ignorara por tratarse de epifenómenos fantásticos<sup>3</sup>.

Los relatos como el de María Cristina son historias a medias; coexisten con descripciones de las normas como elementos siempre presentes, inflexibles y nunca cuestionados. Parte del problema es cómo entender la obediencia o la desobediencia a las normas –tomando en cuenta el doble significado de “norma” ya sea como la norma internalizada o como el código que se impone desde afuera<sup>4</sup>. Se trata de una pregunta espinosa para los historiadores y historiadoras feministas, y muchos de nosotros hemos oscilado entre identificar las restricciones impuestas a la conducta femenina y documentar los momentos de transgresión de las mujeres. Pero hay una analogía espacial inherente a la mayoría de las discusiones, una analogía de límites y de movimientos que los atraviesan, y ésta es una analogía que oscurece las formas de ser internalizadas – las normas vividas en el propio cuerpo. Son las conexiones entre ellas y el conjunto de pronunciamientos externos las que dieron lugar a la afirmación de las activistas feministas de que lo personal era necesariamente político. Con el fin de profundizar ese reconocimiento activista y de reclamarlo, este trabajo argumenta la necesidad de una mayor sutileza analítica. Es por la atención que los conceptos de doxa, heterodoxia y ortodoxia de Bourdieu concentran en las múltiples maneras de vivir las normas, que examino



aquí su utilidad potencial tanto para el análisis feminista como para atender los problemas metodológicos de la historia oral.

De acuerdo con la definición que hace Bourdieu de sus términos, las prácticas dóxicas son las que no necesitan tener una razón de ser, son las costumbres cotidianas aceptadas sin una decisión consciente de aceptarlas. El concepto describe formas arraigadas de conducta, “normas” en el sentido de regularidades o límites que pueden ser dados por sentado. En la mayoría de las sociedades, gran parte de los aspectos de la política sexual existen precisamente en este campo de lo no-dicho. Las prácticas heterodoxas constituyen un desafío a la doxa porque confrontan a los actores humanos con alternativas a ésta. A la inversa, la ortodoxia describe la maniobra defensiva de aquellos que sostienen el orden imperante haciéndolo explícito en reglas de conducta y discursos moralistas. No hay que tomarlo como un modelo simplista de causa y efecto (primero doxa, luego desafío, luego ortodoxia), sino más bien

como una ayuda para trazar un mapa de las partes simultáneas y yuxtapuestas del mundo social. La doxa se halla por fuera del “universo del discurso”, mientras que tanto las prácticas heterodoxas como las normas ortodoxas están sujetas a la opinión y a la oposición y por lo tanto posibilitan la investigación histórica<sup>5</sup>.

Además, Bourdieu ha ido más allá que otros científicos sociales en la tarea de repensar la oposición entre subjetividad y objetividad. Su sugerencia de concentrarse en la “objetividad de lo subjetivo” se hace eco a los reclamos feministas, y a la vez nos habla a quienes trabajamos con la fuente oral –a los que nos toca manejar recuerdos parciales y relatos preseleccionados<sup>6</sup>. Nos enfrentamos precisamente con el problema metodológico que aborda el concepto de “la práctica” de Bourdieu: que los sujetos no “reflejan” su contexto social, sino más bien que se producen a sí mismos y a sus recuerdos en el interior de éste. Los recuerdos que se relatan no son entonces fuentes de conocimiento acerca del pasado sino evidencia de la línea cambiante entre lo que se puede y no se puede expresar en público. Escucharlos estando atentos a la práctica –tanto a la práctica de la memoria como a los recuerdos de la práctica– nos permite una comprensión más sutil de relatos como el de María Cristina. Más que escucharlos como confirmaciones o rechazos de normas de la política sexual, la historiadora puede empezar a rastrear una “práctica cambiante de la política sexual, como un conjunto de normas y jerarquías que las mujeres y los hombres absorben, manejan o evitan.

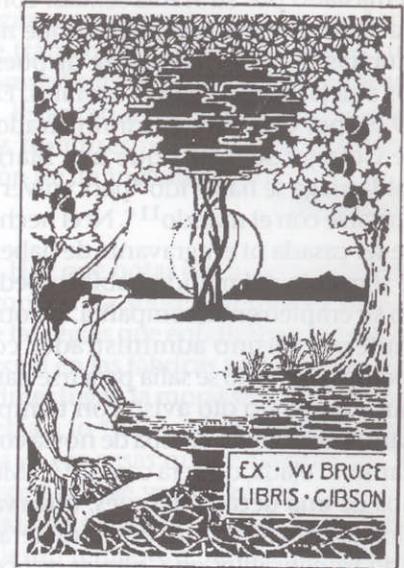
### La ortodoxia industrial

Las personas jubiladas por las fábricas textiles me contaron sus experiencias dentro de una gran narrativa del progreso y de la industrialización antioqueña. Medellín no es sólo la ciudad industrial de Colombia, desde la década de los 1920, sino también una de las pocas ciudades latinoamericanas donde se desarrolló una economía manufacturera sólo con capitales locales. Orgullosos de su ciudad, los antioqueños están también orgullosos de su fama de gente trabajadora y hábil para los negocios, aunque esta habilidad ha dado lugar a ciertos estereotipos y comparaciones (generalmente ridículas) entre los antioqueños y vascos, judíos, y yanquis<sup>7</sup>. Y es un orgullo que se preserva a pesar de la tragedia de la violencia del narcotráfico y el dolor de saber que ya es distinta la reputación de los antioqueños y sobre todo la de los habitantes de Medellín.

Los jubilados se ven a sí mismos en esa historia de la Medellín de antes como un pueblo industrial y emprendedor. Muchos se acuerdan tanto de los años veinte, cuando las fábricas eran pequeñas pero crecientes, como de los años cuarenta y cincuenta cuando las fábricas eran gigantes de la economía local. En 1945, por ejemplo, la ciudad tenía una población de 350.000 habitantes, con 30.000 de ellas ocupadas en trabajos industriales, de las cuales casi la mitad estaba empleada en las fábricas textiles<sup>8</sup>. Al atraer gente de los diversos pueblos mineros y agrícolas de Antioquía, las fábricas medellinenses transformaron la región en el periodo 1910-50– y a la vez fueron parte de una transformación más grande impulsada por la

danza de los millones, el cultivo de café, y la expansión de un mercado nacional<sup>9</sup>. Esa transformación se vuelve más visible todavía desde el punto de vista de las mujeres antioqueñas. La economía manufacturera les ofrecía alternativas dramáticas y bien remuneradas distintas a los trabajos anteriormente posibles para las mujeres urbanas y las campesinas recién llegadas: el servicio doméstico, el de hacer el aseo en un hospital o un convento, los trabajos en las tabernas y cafés, y el de vender en la calle. En la vista retrospectiva de la historia oral los trabajos industriales ofrecían a las trabajadoras no solamente una alternativa económica sino también una manera de incluirse en la historia más valorada de su región, la de la industrialización textil.

La importancia central de la industria para la identidad de los medellinenses la convierte en un lugar especialmente apto para investigar las prácticas locales de la política sexual y de los papeles hombre/mujer. [Las fábricas de la ciudad adoptaron la jerarquía asociada con la diferencia sexual, pero al adoptarla también la redefinieron. Se apoderaron de la visión moralista para efectuar un reordenamiento simbólico de la fábrica<sup>10</sup>.] No era solamente que los administradores de las fábricas introducían la jerarquía sexual (como si esta fuera un conjunto estable y coherente de prácticas sociales), ni que aplicaban su poder disciplinador a las relaciones laborales. Más bien, se esforzaban por reorganizar las relaciones entre los hombres y las mujeres de la clase obrera y por codificar la disciplina del trabajo mediante normas de conducta sexual más rígidas. [Las fábricas mejor establecidas, Coltejer y Fabri-



cato, hacían de la castidad un pre-requisito para el empleo, y no contrataban mujeres casadas ni madres solteras. El flirteo, la vestimenta atrevida, las palabras groseras, el bailar demasiado o el beber fuera de horario, eran base suficiente para la suspensión. Un embarazo, si se descubría, significaba el despido inmediato].

A pesar de esto, fue gradual la creación de fábricas con un orden tan estricto que se las comparaba constantemente con los conventos. El sistema no se desarrolló tanto como la expresión de un ethos católico o regional, sino como una solución al doble desafío con el que se enfrentaban los industriales locales: las realidades diarias de la indisciplina de los trabajadores por un lado, y las intervenciones reformistas de la acción social católica por el otro. En los años iniciales de la industria (1905-30), cuando la mano de obra era casi totalmente femenina, los administradores de las fábricas empleaban mujeres sin preocuparse

demasiado por su status sexual: contrataban mujeres casadas, aunque no muchas, y estaban bastante dispuestos a dejar pasar deslices morales. En 1929, por ejemplo, el administrador de Coltejer señalaba que una María Saldarriaga se había ido "para volver a juntarse con el marido"<sup>11</sup>. Ni el hecho de ser casada ni el agravante de haberse separado del marido había impedido su empleo en la compañía. De otra mujer, el mismo administrador comentó que "Dijo se salía para irse para San Roque, no dio aviso con tiempo para enseñar otra. Estaba de novia con Ramón Tejada, que era casado"<sup>12</sup>. Menos de una década después, observaciones casuales como éstas hubieran sido impensables en Coltejer, así como no se empleaban las casadas y como cualquier sospecha de actividad sexual por parte de una mujer hubiera llevado a su despido.

Lo que cambió fue la definición de la obrera ideal y del obrero ideal<sup>13</sup>. Ella ya no era solamente hábil y trabajadora sino también recatada y casta. El era juicioso y respetuoso con las compañeras del otro sexo. Y no por casualidad, los dos eran libres de influencias comunistas. En Medellín, igual que en muchos otros lugares, el paternalismo, con su base en una política sexual patriarcal, iba mano a mano con el anti-comunismo<sup>14</sup>. Si bien ya había empezado antes, los industriales construyeron la mayor parte del sistema de disciplina moralista después de una serie de huelgas en la década de los 1930. Además se hablaba en términos explícitos de los reinados y las demás fiestas patronales como unas tácticas para confrontar la atracción que se temía que el comunismo tuviera para los obreros<sup>15</sup>. En suma, la primera parte del

paternalismo moralista en Medellín venía de una campaña promovida por los dueños de las fábricas para ligar la disciplina fabril a una red más amplia de normas disciplinarias basadas en la sexualidad.

Pero hubo además una campaña un poco aparte de las fábricas promovida por los activistas de la Acción Social Católica. Desde las décadas del '10 y de los '20, Medellín fue un centro de activismo católico y las fábricas –símbolos del progreso y de la amenaza de la modernidad a las relaciones entre los sexos– se convirtieron en blanco de una campaña moral de índole clasista. Los jesuitas de la ciudad, las damas de sociedad y los diputados del partido Conservador se esforzaban por conseguir inspecciones de las fábricas y por convencer a los industriales de que se ocuparan de la moral de sus empleados. Dentro del marco de un discurso internacional acerca de "la mujer trabajadora" –una figura que era al mismo tiempo merecedora de compasión y una amenaza a todo lo que era la familia y las buenas costumbres– los activistas de la Acción Social Católica de Medellín produjeron argumentos sobre los peligros sexuales a los que se enfrentaban las "pobres obreras". En concordancia con estas afirmaciones, organizaron instituciones caritativas y clasistas, como por ejemplo el Patronato de Obreras, un dormitorio de función protectora y controladora para las obreras que vivían separadas de sus familias y promovieron todo tipo de fiestas públicas dirigidas a elevar el espíritu religioso de la clase obrera. Así se unía toda discusión de "la cuestión social" a la demanda de que los obreros debían beber menos y ser más responsables con sus familias y que las

mujeres de clase obrera debían ser protegidas de toda tentación sexual. Fue sólo a finales de la década del '30, cuando los industriales mismos empezaron a adoptar el estilo paternalista de la Acción Social Católica como su propio sistema disciplinario que lograron apaciguar el debate público sobre el empleo de la mujer y la necesidad de inspeccionar y controlar lo que ocurría dentro de las fábricas. Como veníamos diciendo, resolvieron de una manera muy sencilla el conflicto entre la tradición patriarcal del catolicismo y la realidad moderna de tener cientos de mujeres solteras trabajando en salones mixtos: convirtieron sus lugares de trabajo en emblemas precisamente de aquellos aspectos del orden moral amenazados por el empleo de la mujer: la piedad, el pudor, la castidad sexual y el matrimonio<sup>16</sup>.

Durante la década de 1940, no sólo los reinados sino también los ejercicios espirituales auspiciados por las empresas, los reglamentos impresos y las revistas de las fábricas enfatizaban la castidad femenina y la necesidad de una protección como la que se asociaba con la familia patriarcal. *Lanzadera*, la revista de circulación interna de Coltejer, entonaba el tema en prosa rebuscada:

"Lo mismo que en una familia honrada, la mujer en Coltejer es el centro de la mayor atención, y a la vez el motivo de las más serias preocupaciones...

Cada obrero honrado siente que debe ser protector de todas sus compañeras y guardián de su dignidad, que es la dignidad de la fábrica... Todo en Coltejer vale poco en comparación con la virtud de nuestras muchachas. Es mejor que los edificios,

que las máquinas, que las acciones. Si alguna vez creen que una compañera de trabajo está en peligro, todas sus compañeras deben ayudarla, rodearla, levantarla, con el mismo celo que los hombres pondrían en la extinción de un incendio."

Carmenza<sup>17</sup>

Hay que notar dos aspectos de esta propaganda sobre el respeto y acerca de las reglas que enfatizaban la pureza sexual en las fábricas antioqueñas. En primer lugar, la moral sexual no pertenecía a lo "dóxico" en Medellín, no era de las cosas que se aceptan sin la necesidad de verbalizarlas. Las normas que exigían castidad, comportamiento femenino, faldas por debajo de las rodillas o silencio en lugares de trabajo mixtos no pueden tomarse como simple reflejo de la sociedad colombiana. Si Bourdieu tiene razón al afirmar que cuanto más peligrosa se imagina una situación, más tiende a dar lugar a códigos formales, las reglas en las fábricas sugieren que el trabajo industrial femenino amenazaba la jerarquía sexual de manera algo novedosa<sup>18</sup>. Las normas del sistema genérico/sexual tradicional no se "aplicaban" sencillamente a las fábricas, como si constituyeran un conjunto coherente. Antes bien, las reglas de la fábrica retrabajaban y corregían las costumbres sexuales como parte de un proyecto disciplinario clasista.

En segundo lugar, uno no debería subestimar el poder de los códigos fabriles en sí mismos, los cuales estaban respaldados no sólo por la amenaza de despido sino también por el daño a la reputación de la trabajadora que lo acompañaba. La ortodoxia existe en una relación simbiótica con todo lo que operaba sin la necesidad de ser

verbalizado. No era tan obvio el que una trabajadora fuera a permanecer virgen pero sí era evidente que se aplicaba un patrón diferente de juicio (un "double standard") para la conducta femenina y la masculina. Si bien las normas de las fábricas la utilizaban, no habían inventado la noción de que la castidad de una mujer medía su valor. No es sorprendente entonces que la mayoría de las jubiladas le diera a la exclusión de las muchachas "fracasadas" exactamente el mismo uso que le daba la política de los industriales: el de subrayar a la moral y a la bondad generalizadas del mundo de las fábricas. Por ejemplo, cuando se le preguntó sobre las fiestas y las corridas patrocinadas por la fábrica, una mujer contestó de manera indirecta: "porque en esa época la empresa era muy sana, era tan sana que en Fabricato la que resultara en embarazo, pa'fuera, a la calle<sup>19</sup>". Tales descripciones normativas proyectan también un aura de respetabilidad sobre la vida de las propias hablantes. A veces esto ocurría por comparación directa: las jubiladas de Coltejer y Fabricato hacían comentarios despectivos sobre las de Tejicondor y Tejidos Leticia, las cuales aceptaban madres solteras, llamándolas "fábricas alcahuetas<sup>20</sup>". O decían no más que "a la fábrica hay que respetarla", como una declaración sin necesidad de explicación ninguna. Así, el discurso moralista de los industriales también se convirtió en el discurso principal mediante el cual las trabajadoras de Medellín crearon y valorizaron los recuerdos de sí mismas. Atender a los silencios y a los relatos contradictorios nos permite comprender la permeabilidad entre las normas que se hacían cumplir en el trabajo, por un lado, y

las ideas propias que la gente guardaba de lo que era correcto y respetable.

Sin embargo, el límite entre los desafíos heterodoxos y los aspectos de la vida que no tenían la necesidad de ser verbalizados, la doxa, es también permeable. La doxa de Bourdieu describe algo más que el conservadurismo social. El "habitus", la palabra que este autor usa para expresar la forma en que las reglas no habladas son vividas en el propio cuerpo, se refiere al sentido práctico de la gente o a su sentido de cómo se juega el juego social. Si el habitus es "un sentido de los límites", es también un sentido de aquello que uno puede hacer impunemente, un sentido de la factibilidad, por ejemplo, de una reina que también fuera madre soltera.

Sin embargo, este reconocimiento no constituye una regla que los investigadores puedan seguir o precisar, sino que se produce en la práctica. Si insistimos en clasificar las nociones que tiene la gente de lo que puede hacer impunemente y de cuándo puede hacerlo —clasificándolas como conformidad con el orden dominante o, de facto, como resistencia a ello— haremos difícil nuestra comprensión del funcionamiento de la disciplina y la indisciplina, especialmente en el ámbito muchas veces no verbalizado de las relaciones de poder entre hombres y mujeres. Además, dicha clasificación redirigiría nuestra atención a las conductas de las personas, cuando la evidencia que tenemos consiste en relatos ambiguos y anécdotas que revelan más acerca de la complejidad de las relaciones subjetivas que acerca de la conducta. El asunto no es destilar algún significado de las normas de las relaciones de poder entre hombres y mujeres, sino más bien explorar la

ambigüedad y la complejidad subjetiva de una política sexual en la práctica, el desfase entre las normas tal como son dadas y tal como son recordadas.

### Recuerdos heterodoxos

Incluso cuando expresaban su orgullo por la reputación que tenían las fábricas de ser estrictas, las trabajadoras agregaban advertencias tanto implícitas como explícitas. Las mujeres jubiladas (y algunos de los hombres) manifestaban, tener lástima por las amigas que habían sido echadas o que habían luchado por esconder un embarazo, y casi todas hablaban con aprobación sobre las leyes que protegían a las mujeres de ser despedidas por haber quedado embarazadas o por haberse casado<sup>21</sup>. También contaban historias —como la de María Cristina— que sugerían los límites a la pretensión de las fábricas de tener un control moral absoluto.

Una de estas historias me resultaba extrañamente familiar: su imagen central, la de un feto hallado en la basura, había circulado en mi secundario norteamericano y es, supongo, una imagen común a los grupos de mujeres que temen un control moral. Esto no significa hacer caso omiso de este relato como evidencia específica para Medellín. El hecho puede o no haber ocurrido exactamente como fue narrado, pero la narración misma provee evidencia sugestiva acerca del modo en que las mujeres vivían la disciplina moral y cómo la recordaban. La contó María Clara Henao, quien había trabajado en Fabricato en los años cuarenta. Al contarla, ella tocaba el mismo tema que



María Cristina: el de la posibilidad y el poder del escándalo. Del mismo modo que la reina no apta, un feto hallado en un lugar donde nunca debería estar subvierte las prescripciones patriarcales aún cuando la historia misma es contada como dentro del marco de las reglas oficiales.

— Ann: También me han dicho, y yo no sé si es verdad o no, que hubo algunas que tuvieron hijos al escondido, y seguían trabajando?

— María Clara: Pues, propiamente que hayan tenido hijos, no lo llegué a saber, abortos sí. De encontrar un aborto dentro de una caneca de basura, un niño de tres meses... Entre la fábrica, y no saber de quien era? y mandar a examen a todo el personal hasta dar con la que, con la que había hecho eso.

— Ann: ¿y la encontraron?

— María Clara: Pudieron encontrarla, y lo más triste es que pasó en el salón mío, en el salón de hilados, un feto de tres meses de gestación, todas las trabajadoras estábamos muy malas, cuando el escándalo, mandando de a tres pa'la clínica.

–y “¿que pasó aquí?”

–Ann: ¿A usted le tocó ir a la clínica?

–María Clara: ¡Si! ¡A mi me tocó, a mi me tocó!... Entonces, le dijeron que dijera de quién era–

–Ann: ¿Ella dijo?

–María Clara: Si, era de un muchacho R–, un muchacho conocido mío también, y la muchacha era amiga y eran novios, entonces... lo llamaron a él. Entonces le dijeron –Venga, ¿usted se va a casar con ella?– entonces el muchacho dijo que, que sí se casaba con ella... Y ella fue despedida de la fábrica.

–Ann: ¡Huuu!

–María Clara: ¡Eso si paso! por dos veces, la una fue del salón mío la otra, no supe de cual salón fue, pero eso pasó<sup>22</sup>.

Ninguno de los otros entrevistados describió este hecho, pero de cualquier manera la historia contada por María Clara es una historia de la comunidad. Incluye imágenes y memorias comunes en las descripciones de las trabajadoras (y los trabajadores) de la disciplina moral en las fábricas de Medellín. El examen médico, la intervención del administrador con el novio de la muchacha y el despido de ella recurrieron en muchas entrevistas. Y como otras jubiladas, María Clara utilizó una anécdota “escandalosa” para dramatizar la lógica del descubrimiento y la exclusión mediante la cual empresas como Fabricato vigilaban la conducta sexual de las trabajadoras.

Debido a que involucra un aborto y no simplemente el descubrimiento de un embarazo, esta historia deja en claro que el mandato de casarse con la novia deriva de su virginidad perdida y no de la necesidad de un padre

para el hijo. Pero la historia no es simplemente un cuento moralista sobre la fechoría de una muchacha y su descubrimiento: incluye a todas las trabajadoras de la fábrica, quiénes pasan por un examen colectivo. Estas no se enteran de lo ocurrido por el chisme susurrado, sino por el anuncio oficial, y los administradores de la fábrica no intentan ocultar el hecho vergonzoso. Más bien, a las mujeres se les saca –en grupos– de sus telares y máquinas de hilados y se les envía donde el médico de la fábrica. El aborto descubierto es convertido en un acontecimiento público, una revelación ritual de la mujer rebelde. Como relato, el feto en la basura y el examen colectivo de la moral de las trabajadoras que resulta de su hallazgo capta perfectamente tanto la existencia de “fracasadas” como su expulsión pública de la fábrica.

El relato de un aborto descubierto ilustra las ambigüedades de lo que estoy llamando “recuerdos heterodoxos”. Dado que la historia oficial niega la existencia de los fetos abortados, este relato resiste la presentación de la fábrica como un espacio moral completamente controlado. Y, sin embargo, “resistencia” parece un término demasiado fuerte para lo que es más bien una nota al pie, suprimida en la arrasadora historia del control moralista. El feto es descubierto, así como también lo son la muchacha y su novio, restableciéndose el orden; pero agrega María Clara, como una pequeña advertencia, que el episodio ocurre en otra sección de la fábrica. Siempre subordinados a la “historia oficial” del orden moral, es sólo como advertencias así que los relatos como el de María Clara ofrecen una narración alternativa

a la ortodoxia patriarcal. Sin embargo, dichos recuerdos merecen ser analizados precisamente porque la perspectiva ortodoxa de la fábrica, depende de su exclusión.

Las entrevistas proveen algunas pistas para investigar prácticas que, como el aborto, han sido borradas por la ortodoxia fabril. Dadas las terribles consecuencias de un embarazo desautorizado el cual significaba para muchas jóvenes medellinenses no sólo el ostracismo social y la desaprobarción familiar sino también la pérdida de un buen trabajo– parece evidente que algunas mujeres recurrieran al aborto. Por otra parte, a muchas les debe haber sido imposible averiguar cómo hacer para abortar. Los riesgos del descubrimiento, las esperanzas de casarse, el miedo bien fundado de que un aborto les causaría la muerte, la convicción de que era un pecado –éstos y otros sentimientos pueden haber impedido que las mujeres consideraran siquiera una alternativa tan peligrosa. Aun entre amigas, un embarazo o, peor aún, un aborto, debía ocultarse. “Muy secreto”, insistió Betty Osorio, “eso tenía que ser demasiado, porque es que no sólo lo condenaba a uno la fábrica, sino la casa, el vecino, el cura, el alcalde... todo lo que fuera ley lo condenaba<sup>23</sup>.”

La evidencia documental es limitada. En el archivo de Fabricato, por ejemplo, se adosó un recorte de diario a la “hoja de vida” (como los llaman en Colombia) de Virgelina Rodríguez, quien había trabajado en la fábrica durante un año, en 1947-8, cuando tenía diecinueve años. En 1972, la policía de Bello detuvo a Rodríguez, para ese entonces una partera conocida, por envenenar a una mujer que que-

ría un aborto. Más de veinte años después de que Rodríguez abandonara la fábrica, un administrador creyó oportuno agregar el informe del diario a su expediente. Aunque primero había creído que era un suicidio, la policía encontró cerca del cuerpo un cheque para Rodríguez y, según el diario, “la suma era la misma que la que ella cobraba a sus clientes por la aplicación de ciertos métodos para provocar abortos<sup>24</sup>”. La investigación policial reveló que la mujer muerta había contratado a Rodríguez para que la ayudara a provocar un aborto, que distintos métodos habían fallado, y que entonces Rodríguez le había dado el veneno “Folidol”. Al cabo de una hora, la mujer estaba muerta. Su muerte no sólo es un recordatorio de los enormes riesgos involucrados en el intento de abortar, sino también una prueba de las experiencias de intentos de aborto de otras mujeres: la policía arrestó a Rodríguez porque mató a alguien, no porque realizaba abortos de manera habitual. Aunque ésta sólo tenía diecinueve años cuando trabajaba en Fabricato y seguramente no era todavía una partera, puede, aún entonces, haber sido una de las que sabía adónde acudir para terminar un embarazo.

María Concepción López describe una de las vías por las cuales una mujer podía obtener esa información. Trabajó en muchas fábricas en Medellín pero se jubiló de Tejidos Leticia, una de las fábricas que admitía las madres solteras. Luego de relatar una enemistad continua con una mujer apodada “la mariposa”, María la dejó de lado por “vagabunda”, porque quedó embarazada por un mecánico. Al mismo tiempo, sin embargo, relató cómo ella misma ayudó a otra

compañera a abortar un embarazo no deseado.

– *María Concepción*: Una vagabunda... ahí en la fábrica y todo irrepetosas. Ahí tuvo un hijo de un hombre, otra C- también, esas mujeres así. Bueno, pero había otra que también tenía como tres hijos ahí en la fábrica y el último me dijo: “María que decís ¡ay! Si acaso tengo otro hijo, dijo don Samuel [el dueño] que me echaba”,

– *Ann*: ¿Si? ¿El sí echaba?

– *María Concepción*: Si la iba a echar porque ya tenía, iba justar cuatro... Entonces le dije yo: ¡ay! yo, “yo voy a hablar con un indio”, Ann: [Risas] ¿Si? que sabía de eso? *María Concepción*: Y hablé con el indio... Me dio unas hojas, y dijo: “cocinelas y le da y le da cucharadas y cuéntelas por cucharadas”. Y no volvió a tener, ahí esta jubilada y no tiene. No volvió a tener más... Pero el indio se murió, él que sabía, ¿como te parece?<sup>25</sup>

Más franca que la mayoría, María Concepción contó la historia desapasionadamente, sin excusas ni vacilaciones. Sólo cuando le pregunté cómo había sabido acudir a lo de ese “indio” se detuvo de repente, y sólo me relató cómo él le había ayudado a resolver una dificultad anterior después de que hube apagado el grabador. El aborto de la amiga, en cambio, ya no era algo para ocultar.

Sólo ocasionalmente otras mujeres comentaron la práctica de conseguir abortos de “teguas”, curanderos tradicionales, o hablaron de otros métodos para auto-provocarse el aborto, sobre todo porque sólo ocasionalmente hice preguntas acerca del aborto en las entrevistas. Algunas

admitieron que las mujeres buscaban abortos pero lo denunciaron como “un crimen”. La mayoría dijo que eso había sido casi imposible y que no podía pretender saber sobre el tema. Mi tendencia fue no aventurar la pregunta en las entrevistas a los hombres, lo cual puede haber sido un error. Durante una conversación animada con un grupo de jubilados que hacían fila para cobrar su jubilación, un hombre hizo un relato muy directo, si bien demasiado general, sobre las prácticas abortivas del pasado: “Usted me perdona lo que le voy a decir”, comenzó:

– *Hombre*: La muchacha, la muchacha notaba que, que le faltaba la menstruación... Y que había tenido relaciones con un hombre entonces por medio de un tegua de esos y decía vea lo que me pasa entonces le daba una... una bebida y entonces ya- [gesto].

– *Ann*: ¿Y eso sí, esa cosa sí funcionaba?

– *Betty* (la mujer a quien le había dirigido la pregunta): ¡Avermaría! Niña, ¿si funcionaba?<sup>26</sup>

El relato jovial del hombre puede ser el tipo de historia comunitaria que es más fácil de contar para un hombre, porque la posesión de ese conocimiento no pone en peligro su estatura moral. De manera similar, la exclusión de María Concepción de la idea oficial de que las obreras se mantenían vírgenes (por haber trabajado en Tejidos Leticia y por haber tenido un hijo), puede haberle hecho más fácil relatar la historia de un aborto, más fácil de lo que lo habría sido para una mujer para quien la jubilación de Fabricato o Coltejer significara una vida entera de castidad. El ayudar a

una amiga a encontrar un curandero indígena fue contado dentro de una narración aparentemente contradictoria de la moralidad sexual, como parte de una historia de una “vagabunda”. María Concepción se refirió a algunas de sus compañeras de trabajo en Tejidos Leticia como “concubinas” y se separó de “esas mujeres”. Sin embargo también habló abiertamente de su hijo natural, comentando de que lo tuvo por “la lotería”. Y cuando no la entendí agregó, “bueno, pone cuidado... yo lo tuve primero a él antes de casarme, ¿entiende?” Defendió la mentalidad abierta de los dueños de Tejidos Leticia contra la rigidez de los de Coltejer y Fabricato e insistió en que, en Tejidos Leticia, todo lo que importaba era la capacidad de trabajo. “Ve”, me dijo sobre su propio matrimonio:

Casado por la sociedad, el matrimonio: por la sociedad. No es más. Pero allá en Leticia ¿como te parece? por vagabunda que fuera la mujer, ella trabajaba, desde que supiera trabajar.

Sin embargo, María Concepción estaba de acuerdo con la idea patriarcal de que la conducta sexual de la mujer redundaba en el crédito o descrédito de la fábrica, que las mujeres deberían “respetar” la fábrica. Refiriéndose a las “concubinas”, exclamó: “¿no ves, es que no respetan la fábrica?” Pero debido a que el relato de María Concepción concierne a una de las fábricas tolerantes de la ciudad, éste hace que en lugar de ser las normas de las fábricas el centro de atención, lo sean las prácticas más ampliamente aceptadas. Para mujeres como ella, parece haber habido una gran distancia entre la promi-



cuidad (una conducta constante) y el tener uno o dos hijos naturales, así como entre la legitimidad moral de ser una buena trabajadora, y la de ser casta. La ortodoxia promovida por las fábricas más grandes, Fabricato y Coltejer, borraba ambas distinciones, pero el testimonio de María Concepción indica la visión más difusa que obtenía en la práctica.

### El delito más grande

La evidencia del aborto ponía en tela de juicio las categorías de “resistencia” e integridad corporal que yo había traído conmigo a Medellín, pero me enfrenté con dificultades similares cuando me ocupé de historias (como la de la reina) de embarazos encubiertos. En realidad, escuché muchas más descripciones de ocultamientos que de prácticas abortivas. Esto puede deberse en parte a mi propia tendencia a no preguntar acerca de estas últimas, mientras que sí les pregunté prácticamente a todos los que entrevisté –véase mi conversación con María Clara– si sabían de mujeres que habían tenido hijos en

secreto. Pregunté acerca del ocultamiento porque ví cosas sugestivas en los archivos de las fábricas: una nota en la hoja de vida de una mujer decía “No sirvió –Tiene 1 hijo de 3 años y nada había dicho”. O una nota que indicaba que una obrera había vuelto después de un año de ausencia con la observación de que había adoptado un hijo<sup>27</sup>. Algunas personas respondieron con incredulidad a mis preguntas, señalando que era casi imposible esconder un embarazo: “Si, hasta ciertos meses, podían ocultar, ya después...<sup>28</sup>”. Otros, sin embargo, trajeron a colación relatos de mujeres que se habían casado en secreto, que habían escondido hijos ya nacidos o que habían escondido sus embarazos. Otros, incluso, describieron dichas transgresiones secretas en el curso de otras conversaciones. Cuando le pregunté a un jubilado, de manera casual, si tenía novias en Coltejer, y me contó cómo logró conseguirle un puesto para la novia y cómo fue que ella había ocultado sus embarazos y conservado su trabajo durante veinticuatro años. “Sería bueno si pudiera hablar con ella para que ves”, me dijo; y ésa es la historia con que se concluye este trabajo.

Cuando María Cristina Restrepo mencionó a la reina de belleza que “no estaba data” porque tenía un hijo, le pregunté entusiasmada mi pregunta típica:

– *Ann*: ¿Habían algunas que tuvieron sus hijos al escondido?

– *Cristina*: Pero, yo no conozco sino un caso, o dos casos; de que tuvieron los niños y en la empresa no se dieron cuenta. Porque hay esta, existe en la Fábrica de Bello, una que tuvo su niño, que ya estará

viejo, ya está casado. Cuando lo tuvo estaba en —hubo un puente, hubo un festivo, de tres días, y en esos tres días ella volvió a trabajar.

– *Ann*: ¿Y nadie notaba que—?

– *Cristina*: Pero era que se usaban unas pijamas [un uniforme]... aquí era pues, cruzadita aquí, y aquí con bolsillos, entonces— Y ella era robusta... a la persona robusta se le notaba muy poquito. Pero, primero la persona que estuviera dentro de la empresa y resultara en embarazo, prácticamente salía retirada de la empresa y en muchas ocasiones retiraban hasta los dos; porque uno allá se cogía un compromiso; de que haiga disciplina dentro de la empresa, de que no haiga cosas desagradables, porque no se puede desacreditar la empresa.

Al igual que María Concepción, Cristina no quiere “desacreditar” a la fábrica, pero describe el engaño de la mujer sin censurarla, e inmediatamente contrapone a la falta de alternativas de entonces la protección legal que hoy tienen las madres solteras (por lo menos en teoría): “en ese tiempo no se la perdonaban a nadie, ahora sí, porque ahora hay seguro”. Cristina, junto con muchos otros jubilados, indicaba el Instituto de Seguro Social como el protector del derecho de las embarazadas a trabajar y como un signo de la injusticia del sistema anterior\*.

La legitimidad inherente al Seguro Social provee un lenguaje para criti-

\* El Seguro Social Colombiano fue desarrollado más que todo como un beneficio social a la clase obrera urbana. Las empresas pagan un porcentaje de lo que pagan en salarios; los que pueden comprobar su empleo tienen derecho a la atención médica.



car las costumbres del pasado que resulta útil ante las representaciones habituales de los tiempos de ahora como el compendio de la inmoralidad y el libertinaje. La mirada retrospectiva desde el punto de vista del reconocimiento legal es muy distinta de la mirada retrospectiva de la nostalgia de la fama impoluta de las fábricas y de lo saludable de un mundo moral perdido. Las jubiladas expresaron ambas perspectivas del pasado, y con frecuencia ambas a la vez, como lo hace Cristina al pasar de la reina que “no estaba data” a historias de embarazos encubiertos debido a la intolerancia moral.

Así Cristina describió un segundo caso, de una mujer cuyo secreto no se descubrió durante muchos años, pero “cualesquier día, se dieron cuenta... se dieron cuenta de que había mentido a la empresa, entonces la echaron. “ Como para suavizar la crítica implícita, agregó inmediatamente un tercer ejemplo en el cual la empresa había cedido:

A otra que también era de telares, cuando la llamaron que se había accidentado el hijo en una bicicleta, entonces dijeron iup; así hasta ahí ya no lo pudo negar, pero como estaba ya próxima a la jubilación, le faltaba como cuatro o seis años, la dejaron terminar<sup>29</sup>.

Si la mujer estaba por jubilarse, es-

to debería haber ocurrido a fines de los años sesenta o a principios de los setenta (Cristina se jubiló en 1973), cuando Fabricato ya no echaba a mujeres con tal impunidad, pero Cristina da a entender que a la mujer se le permitió quedarse como una concepción a su antigüedad en la fábrica. Es más, su historia sugiere una reivindicación moral; el status de las mujeres como madres y su distancia temporal de la “inmoralidad” les permite criticar la inflexibilidad previa de la fábrica. Vistas desde el presente, esas mujeres no son parias sino ejemplos de actitudes anticuadas y de la intolerancia —incluso “hipocresía”— de las fábricas. Con el transcurso del tiempo, la ortodoxia puede ser vista y desafiada, aun cuando sus principios siguen siendo importantes a la persona e imprescindibles para la narración de su propia historia. Un ejemplo final puede aclarar esa ambigüedad. Entrevisté a Ana Palacios de Montoya (Nena) después de que su marido Jairo (a quien yo había conocido en la Asociación de Jubilados) me contó, con algo de orgullo, que ellos se habían casado a escondidas y que tuvieron a sus hijos sin ser descubiertos por Coltejer. Hay algo obvio aquí: su revelación previa añadió otra capa de complicidad y de traición al dilema ético que siempre acompaña la entrevista hecha a personas que no forman parte del público que las va a

leer. Como su esposo me trajo y además me había contada ya algunas cosas personales de su vida, Nena tuvo menos acceso a las estrategias comunes de no contestar o de distraer al extraño que viene con sus preguntas de entrevista. Pero lo que no le fue quitado fue su poder narrativo, un poder que le ayudó a cambiar la dirección, yendo más allá de mis preguntas y más hacia su propia manera de contar las cosas. Empezando una historia rica en alusiones simbólicas, Nena describió su primer día en la fábrica como un subterfugio corporal:

Comenzaron a examinarnos, y me dijo un médico que me notaba algo en el corazón. Entonces le dije yo que tenía pena porque a uno le desvestía de todo, de aquí [gesto], que tenía pena y además de esto tenía susto y entonces pasé. Y fue que yo joven sufría ataques al corazón.

Había ocultado con éxito su secreto del corazón, y esta anécdota inicial ganó sentido a medida que Nena prosiguió con su historia de largo ocultamiento y el logro de un sueño: la felicidad del matrimonio y una jubilación honorable de Coltejer. Como María Concepción, reclamaba para sí la legitimidad moral de haber sido una buena trabajadora: "Yo soy muy de buenas para los telares", explicó, "... a mí me mandaron como cuatro cartas de la gerencia sobre el trabajo, que era ejemplar". Además, habló con desprecio de las huelgas y de aquellos que hablaban mal de la empresa, diciendo que "uno no tiene porque hacerle mal al que le están dando la comida a uno... a mí me choca todo lo que le hacen a Coltejer y yo deseo para él todo lo mejor, todo lo mejor porque si él fracasa, fracaso

yo". Y como casi todos los jubilados a los que entrevisté, me contó en detalle y con gran afecto la historia de cómo compró un lote y construyó una casa mediante cesantías y préstamos de la empresa.

Su casa entonces es testimonio de su lealtad y esmero, así como de la buena fe de la empresa. Después de ahorrar y escatimar para terminar la planta baja, me contó Nena, soñaba con agregar un primer piso.

Ya dije yo, no, es que yo tengo que recoger pa hacer la de encima porque cuando mi viejo esté viejo y yo también, que tan bueno yo este sentada con él en el balcón bien bueno que ya estamos jubilados, tal como yo me lo soñaba, tal como yo lo pense así me resultó.

Al desarrollar su historia, Nena transformó el balcón en un símbolo tanto de sus prolongados esfuerzos para alcanzar la jubilación de la fábrica como del cariño entre ella y Jairo. Como dijo al concluir:

Nos conocemos desde el 43, y nos queremos desde el 43 y haga de cuenta que el 43 es como hoy; tenemos tiempo de conocernos y no se nos acaba el repertorio pa' conversar, somos los mismos. Somos los mismos, nosotros, si éste está, yo estoy en la cocina y él es "¿ya viene? ya vienes? ya venís? ¿ya, ya acabaste? [se ríe], pa' que me vaya pa'donde él está, juntos en el balcón, juntos en la cama acostados haciendo perro, juntos aquí sentados. [...].

Todas esas dificultades, todos esos sufrimientos y uno porque uno sufre, y viendo que tiene que

salir a trabajar y dejar los hijos... eso es muy horrible, uno sufre mucho; y lo que yo decía ¡Ay! que yo me gané la jubilación, yo lo que más aspiraba era verme con mi viejo, así cuando estuviéramos viejos, sentados en este balcón conversando.

Así Nena contó la trayectoria de su vida como un progreso hacia una vejez bien merecida, una jubilación compartida con su "viejo" en la casa que ella misma construyó en el curso de largos años de trabajo en la fábrica. El tener el presente y la casa de dos pisos como un lugar desde donde ver la realidad otorgaba legitimidad moral a la vida de Nena con Jairo. Al mismo tiempo, daba más fuerza a su crítica de la proscripción de las mujeres casadas, del embarazo y del placer sexual en Coltejer. Como parte de esa crítica, insistió en la escrupulosidad de la proscripción, enfatizando que su historia era enteramente excepcional:

- *Nena*: Vea eso era el delito *más grande*— eso o cualquier delito. Porque allá hubo una muchacha que tuvo un muchachito, y si ud. viera *como* plietaron con esa muchacha, hasta que la sacaron... Allá eso era el delito más grande porque son, allá son muy egoístas.

- *Ann*: Y si había muchas que se casaron o que tuvieron—

- *Nena*: No, no nadie, ni se casaron ni, ni nadie.

- *Ann*: ¿ni al escondido?

- *Nena*: No, ni al escondido ni de a ninguna manera. Y si salían por ahí con hombres o algo a sí eso se hacían muy al escondido porque eso era delito casado o soltero.

Le pregunté cómo se las había arreglado para esconder su embarazo, y respondió que en parte era una cuestión de suerte por su tipo corporal:

- *Nena*: Es que a mí no se me ve la gordura yo no tengo que pues —ya es porque Si estoy vieja y gorda y soy barrigona— pero no se me veía *por ninguna parte*. Yo fui a la, pues cuando ella nació a mí me la tuvieron que sacar con fórceps y todo, y a mí me decían en el hospital que no, váyase pa' allá que hay muchas, muchas ah, señoras adelante, que ud debe ser algún aborto que va a tener, pensaron —y yo que me moría, me moría ya pues ya era tiempo. Y bueno, hasta que al fin la tuve.

- *Ann*: ¿Y cuanto— Después se regresó a trabajar?

- *Nena*: No yo era, era tan de buenas que fue, eso fue, nosotros salimos 16 de diciembre y ella era nacido el 2 de enero, y entonces nació 2 de enero, entonces yo me quedé ese mes de vacaciones en la casa y ahí pude volver a trabajar.

- *Ann*: ¿y Nadie sabía?

- *Nena*: *Nadie* sabía, *Nadie*... ni siquiera corrí un botón a una falda, ni nada, nada.

Haciendo un esfuerzo para entender, volví al tema de su embarazo más adelante en la entrevista.

- *Ann*: Eso fue muy duro, ¿vivir con ese miedo? [...] ¿si fuera yo? eso me pusiera, pues, muy nerviosa. Siempre es estar pensando que alguien se va a dar cuenta.

- *Nena*: Un miedo horrible, mantiene un miedo horrible; pero en cambio le ayuda a uno pa'manejarse lo mejor que pueda... Imagínese a mí el único que me creció fue el bus-



to, pero impresionante; Yo me volví muy bustona... y ese lechero tan horrible vea... Vea yo me metía una toalla doblada aquí... Y los brasieres de caucho, entonces la leche caía a la toalla... me quitaba esa toalla y me ponía otra, y él me ponía una y me llevaba otra pa allá... para cambiar en el baño claro, ese lechero era tan horrible<sup>30</sup>.

Yo seguía preguntándole acerca de sus pensamientos, sus sentimientos y sus aparentes imposibilidades. Nena respondía con relatos acerca de su cuerpo, de vivir en su cuerpo, con sus particularidades, enfermedades y curaciones. Como parte de la misma historia, me contó de visitas a los médicos de la fábrica y a un curandero, reproduciendo palabra por palabra sus pronunciamientos y describiendo tratamientos y exámenes. La historia de vida de Nena me hizo preguntarme a mí misma sobre las dicotomías académicas que venía manejando, de conformidad/resistencia e incluso de la de materialidad y conciencia, cuerpo y cultura.

El concentrarse en su cuerpo le proporcionó a Nena un punto de vista alternativo –como lo hizo el presente material (materializado en la casa que había construido) para poder contar una historia imposible. Su historia de vida era imposible porque la ortodoxia local borró su experien-

cia aun cuando la rigidez de sus normas la hubiera determinado. En un sentido más amplio, ésta es la misma imposibilidad de la de escribir una historia de las mujeres. Pero es una imposibilidad que yace en la base de la creatividad de los trabajos que intentan tal escritura, en la medida en que buscamos esos puntos de vista alternativos y un futuro alternativo.

### Conclusión

Puede ser útil separar los puntos sustantivos y metodológicos que planteo para el caso de Medellín, y también los aspectos teóricos más generales que están en juego. En términos del estudio del caso de Medellín, deben aclararse tres puntos. En primer lugar, las fábricas de Medellín presentan un caso extremo del intento (hecho también en otras partes) de codificar las normas determinadas por la política sexual patriarcal, dadas las posibilidades deshumanizantes y por ello de-sexualizantes de la industrialización. La moral sexual fue el vehículo principal para esta recodificación y, de manera más general, para el uso de cuerpos marcados por una jerarquía sexual concebida como cimiento de la disciplina industrial.

En segundo lugar, las normas moralistas que se aplicaban en las fábricas

de Medellín no pueden tomarse como descriptivas: las estrategias defensivas de la ortodoxia sólo cuentan una parte de la historia. Para encontrar las otras partes es necesario investigar las prácticas y también la relación (siempre incompleta) entre las reglas explícitas y las no verbalizadas, el trazado de la doxa– usando la terminología de Bourdieu. Si escuchamos no sólo las proclamaciones de la moral oficial sino también los relatos contradictorios de su violación, vemos que el cuerpo femenino no sólo es ancla de las normas ortodoxas determinadas por un sistema patriarcal sino que además les dio una irrealidad. La política sexual real, la de las prácticas cotidianas, era un asunto mucho más imperfecto que la ideología sexual formalizada, y ese desfase aparece en los recuerdos de las trabajadoras.

En tercer lugar, los recuerdos heterodoxos no se pueden separar de los cambios en la comprensión de la moralidad; reflejan el hecho de que esas mujeres han pasado por un cambio considerable en las costumbres sexuales. (Algo que algunas de las jubiladas veían como positivo y otras como el origen de los males del presente). Esta distancia temporal no debería ser una razón para descartar las fuentes orales; antes bien, puede entenderse como una tensión que hace visibles los problemas de la subjetividad y las complejidades de las relaciones pasadas. Una de las preguntas constantes de la historia de las mujeres es de qué manera cambios materiales tales como el trabajo fabril para las mujeres modifican –o no– todo aquello que se da por sentado acerca de la diferencia entre los sexos. Cuando las trabajadoras usan el presente

de modo crítico, como un punto de vista alternativo para el pasado, sus narraciones sugieren que el trabajo fabril efectivamente destruyó la “invisibilidad” de las prácticas cotidianas no-verbalizadas.

Por supuesto, me he tomado algunas libertades con el marco conceptual de Bourdieu, que se ha utilizado más frecuentemente para entender la constancia y el conservadurismo social (especialmente acerca de las normas que gobiernan las relaciones entre hombres y mujeres) y no para comprender las formas de vida de las mujeres dentro y fuera de las normas oficiales determinadas y determinantes de una política sexual. Sin embargo, es útil experimentar con sus ideas; constituyen una promesa real para repensar la historia desde el feminismo<sup>31</sup>. La noción de “habitus” de Bourdieu recoge tanto la durabilidad tediosa de la jerarquía entre hombres y mujeres como su dimensión generadora: la manera en que una política sexual cotidiana produce mujeres y hombres que actúan, viven y se imaginan a sí mismos (casi siempre) dentro de la aceptada dicotomía de hombre/mujer. Y por más indefinido y vago que pueda parecer este “habitus” en las descripciones de Bourdieu, es un concepto basado en su compromiso con la escritura emancipativa. Las prácticas dóxicas no se hallan fuera de la historia; son desconocimientos (méconnaissances) que sirven a intereses reales, y son posibles de ser desenmascarados. Además, la comprensión de Bourdieu de los límites permeables entre la heterodoxia y la ortodoxia permite una comprensión más sutil de las operaciones de las dicotomías sexual/moral en las sociedades modernas.

Bourdieu plantea que el límite entre lo que puede y no puede ser dicho marca un límite entre el desconocimiento opresivo y el despertar de la conciencia política. Es en este sentido que quiero emplear la heterodoxia como un concepto que describa tanto la complicidad que las mujeres tenemos frente al patriarcado, como el escepticismo siempre presente de las mujeres en cuanto a las normas determinadas por la política sexual patriarcal.

En términos concretos, la experimentación con el modelo de Bourdieu me ha ayudado a repensar la relación de las mujeres con la disciplina patriarcal. Empecé mis entrevistas con categorías mentales derivadas de la historia social y de la izquierda: resistencia, conciencia, estrategias contra-hegemónicas. Pero para aplicar estas categorías debí violentar mis fuentes: las mujeres en Medellín, aun las trabajadoras de la misma fábrica, no eran un grupo. El sistema genérico/sexual opera de manera diferente a las formas de dominación dirigidas a grupos sociales y por ello constitutivas de esos grupos; en sociedades europeizadas, por lo menos, es una jerarquía empecinada en crear ciertos tipos de sujetos y en reforzar su sepa-

ración dicotómica dentro de los grupos sociales. Así, modelos como el de hegemonía de Gramsci, útil para entender el sistema pero menos útil para asir la experiencia, dejaba demasiadas cosas sin considerar. Lo mismo con los varios modelos que buscan una conciencia compartida cuando se habla de grupos o de clases subalternos. La heterodoxia puede resultar pálida como llamada liberadora, pero sí parece más apta para la experiencia de las mujeres (incluyendo su experiencia de su propia individualidad) en situaciones de disciplina intensamente patriarcal. A diferencia de los cultivadores campesinos, de los pueblos esclavizados, de los colonizados y hasta de los herejes, la búsqueda de alternativas de la mujer no puede conectarse a un sueño utópico de una vida sin opresores. La excepción se define como feminismo ■



## Notas

1. Entrevista con María Cristina Restrepo, Jubilada de Fabricato, realizada en Bello el 23 de octubre, 1990.

2. En las fábricas textiles de Medellín durante las décadas de 1910 y los '20 se empleaban más mujeres y niños que hombres (en aquellos años el 68% de los contratados eran

mujeres); hacia la mitad de la década de los '40 era mitad y mitad (42) de los contratados eran mujeres); mientras que en la década de los '50 ya se empleaba hombres casi exclusivamente, (solo el 8% de los contratados eran mujeres). Para una discusión tanto cuantitativa como cualitativa de esa transición véase

Luz Gabriela Arango, *Mujer, religión e industria: Fabricato 1923-1982* (Medellín: Universidad de Antioquía, 1991), Dawn Keremitsis, "Latin American Women Workers in Transition: Sexual Division of the labor Force in México and Colombia in the Textile Industry". *The Americas* 40: 4 (1984), pp. 491-504, y Ann Farnsworth-Alvear, "Gender and the Limits of Industrial Discipline: Textile Work in Medellín, Colombia, 1905-60," Ph.D. Dissertation, Duke University, 1994.

3. Los latinoamericanistas que viven en los Estados Unidos, al igual que sus colegas en otras regiones, han empezado a trabajar este tipo de marco teórico, que empieza con el reconocimiento de la ambigüedad y no con un rechazo que la deja al margen de lo que se llama "ciencia social". Véase Ana María Alonso, "Work y Gusto: Gender and Recreation in a North Mexican Pueblo", in *Worker's Expressions: Beyond Accommodation and Resistance* edited by Daniel Nugent and John Caligione (Albany: Suny Press, 1992), Ruth Behar, *Translated Woman* (New York: Beacon Press, 1993), Jeffrey Gould, *To Lead as Equals* (Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1990) Daniel James, "October 17th and 18th, 1945: Mass Protest, Peronism and the Argentine working class", *Journal of Social History* 22 (Spring 1988) pp. 441-61, y Nancy Scheper-Hughes, *Death Without Weeping* (Berkeley: University of California Press, 1993).

4. Charles Taylor, "To Follow a Rule", in Craig Calhoun, Edward LiPuma, y Moïse Postone, eds., *Bourdieu: Critical Perspectives* (Chicago: Chicago University Press, 1993).

5. Se refiere a las siguientes obras de Bourdieu: *Outline of a Theory of Practice*, trans. Richard Nice, Cambridge Studies in Social Anthropology 16, (Cambridge: Cambridge University Press, 1992); *In Other Words*, tr. Matthew Adamson (Stanford: Stanford University Press, 1990); *The Logic of Practice*, tr. Richard Nice, (Stanford: Stanford University Press, Los títulos son de las traducciones en inglés.

6. Sobre la metodología de la historia oral véase Luisa Passerini, "Memories of Self: Autobiography y Self-representation" in *Fascism in Popular Memory*, tr. Robert Lumley y Jude Bloomfield, Studies in Modern Capitalism, (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), pp. 19-63; Daphne Patai y Sherna Gluck, eds., *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History* (New York, Routledge, 1991); y Patai, *Brazilian Women Speak* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1988), pp. 1-35. See also Alessandro Portelli, *The Death of Luigi Trastulli*

and *Other Stories: Form y Meaning in Oral History* (Albany: SUNY Press 1991).

7. Ann Twinam, "From Jew to Basque: Ethnic myths and Antioqueño Entrepreneurship" *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 22: 1 (February, 1980): 81-107. Véase también Luis H. Fajardo, *¿La moralidad protestante de los antioqueños?* (Cali: Universidad del Valle, 1966) y Everett E. Hagen, *On the Theory of Social Change* (Homewood, Illinois: The Dorsey Press, 1962).

8. Coltejer y Fabricato empleaban 6.000 y 4.000 trabajadores respetivamente. Colombia, Contraloría General de la República. *Primer Censo Industrial* (Bogotá, 1947). La cifra de 30.000 incluye todas las fábricas textiles de la provincia, pero no había fábricas grandes lejos de la capital. Veinticinco años antes, Medellín tenía una población de 80.000, con cuatro fábricas textiles y varios talleres industriales pequeños y tenía 4.000 personas trabajando en la industria. Constanza Toro, "Medellín: Desarrollo Urbano, 1880-1950", in *Historia de Antioquía*, ed. Jorge Orlando Melo (Medellín: Suramericana de Seguros, 1988), p. 299, y también las cifras anuales en Medellín, *Anuario Estadístico* (Medellín: Bedout, 1916-1948).

9. Para un resumen estadístico más detallado, junto con una discusión de la historia económica de la industria, véase Fernando Botero Herrera, *La industrialización de Antioquía: génesis y consolidación. 1900-1930* (Medellín: CIE, 1985) y Juan José Echavarría, "External Shocks y Industrialization: Colombia, 1920-1950", PhD dissertation, Oxford University, 1989. Estudios claves de la región y de la industria incluyen Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquía desde la independencia hasta 1920* (Bogotá: Banco de la República, 1977), Santiago Montenegro "El surgimiento de la industria textil en Colombia, 1900-1945", en José Antonio Ocampo y Santiago Montenegro, *Crisis mundial, protección e industrialización* (Bogotá: Cerec, 1984), y el trabajo pionero de Luis Ospina Vásquez, *Industria y Protección en Colombia 1810-1930*, 4a. edición (Medellín: FAES, 1987).

10. Véase Bourdieu, *In Other Words*, p. 80.

11. Coltejer, "Libro de Personal", 1918-1934. Nota sobre la obrera María Saldarriaga, p. 218. Este es un volumen manuscrito que se encuentra en la hemeroteca de Coltejer, en Itagüí. Les agradezco a los señores Gabriel Alzate y Orlando Ramírez del Archivo Coltejer por su colaboración en la localización de fuentes. Agradezco también a los señores Edgar Moná y Gildardo Martínez del Archivo Fa-

bricato y al señor Jairo Castrillón del Archivo Tejicondor por su ayuda profesional.

12. Nota sobre la obrera Berta Suárez, *Ibid.* p. 218.

13. Arango, op. cit. analiza otros cambios en la definición del "obrero ideal" hacia la década de los 1950 en Fabricato, cuando se dejaron de emplear mujeres.

14. Para la conexión entre el paternalismo industrial y el control de la sexualidad es valioso el ensayo de Antonio Gramsci, "Americanism and Fordism" en *Selections from the Prison Notebooks*, pp. 277-316, (New York: International Publishers, 1971).

15. En 1944 el vice-presidente de Fabricato escribió a su hermano mayor, presidente actual de la empresa, sobre el éxito de la "fiesta del trabajo" de mayo de ese año: "En cuanto al problema comunista, está todo quieto... La fiesta del lo. de mayo fue un éxito rotundo. Estuvo muy interesante, ordenada, y bonita... Creo que haya sido de gran efecto psicológico". Luis Echavarría a Rudesindo Echavarría y Guillermo Villa, 12 de Mayo 1944, vol. 908, Archivo Fabricato.

16. Para una descripción más detallada de este proceso véase Arango, *Mujer, religión, y Farnsworth-Alvear, "Gender and the Limits"*.

17. *Lanzadera* No. 8, 3 February 1945. Reproducido en Alberto Mayor Mora, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia* (Bogotá: Tercer Mundo, 1984) pp. 525-26.

18. Bourdieu, *In Other Words*, p. 78.

19. Entrevista con María Rosa Lalinde, realizada por Ana María Jaramillo (Bello: 1987). Agradezco a Ana María, a Jorge Bernal y a Mauricio Archila por su generosidad en compartir conmigo las entrevistas que hicieron en 1986-7 y que se guardan en el Instituto popular de capacitación en Medellín.

20. Una de las jubiladas de Tejidos Leticia también se acordaba de los chistes duros que se hacían, como el de llamar al bus de Tejidos Leticia en que se venían los trabajadores como "el carro de la leche". Entrevista con Guimeranda Baez, Bello: 1 Octubre 1991.

21. Generalmente, los jubilados tomaban la fundación del Instituto de Seguro Social en los años cincuenta como la fecha en que, por ley, ya las empresas no podían despedir a una mujer embarazada. Pero en la irrealidad de la legislación colombiana tales leyes existían

desde los años veinte, sólo que no las hacían cumplir: Artículo 2 de la ley 48 de 1924, las leyes 53 y 197 de 1938, y las 953 y 1766 de 1939. Fuentes: Campo E. Barón Serrano, *Legislación del trabajo* (Bogotá: Librería Voluntad, 1948), pp. 374-379, Ernesto Herrnstadt, *Tratado del derecho social Colombiano*, 2a. edición, (Bogotá, editorial ABC, 1947), pp. 156-161 y Ministerio de Industrias, *Compilación de Leyes Obreras. 1905-1927*, (Bogotá: 1927) p. 66.

22. Entrevista con María Clara Henao, Bello: 17 Octubre 1990.

23. De una entrevista informal de grupo, hecha a unos jubilados de Rosellón (un subsidiario de Coltejer) mientras esperaban para cobrar sus pensiones, Rosellón: 24 Julio 1991.

24. Noticia de prensa sin más identificación, encontrada en la hoja de vida de María Virgelina Rodríguez Carmona. Archivo Fabricato.

25. Entrevista con María Concepción López, Bello: 22 de mayo de 1991.

26. De la entrevista ya citada con los jubilados de Rosellón.

27. Otras investigadoras también habían compartido conmigo información de jubiladas que mencionaron a una amiga o a una conocida de ellas que logró ocultar algo de la fábrica. Por ejemplo, María Concepción López le había dicho a Ana María Jaramillo que "uno casado no podía trabajar... ¿pero para que iba a decir?" El trabajo de Luz Gabriela Arango, cuyo libro salió en el año en que hacía mi investigación de campo, también refería a jubiladas que contaban historias de compañeras quiénes habían tenido sus hijos en secreto.

28. Entrevista con Gonzalo Alzate, Bello: 16 de octubre de 1990.

29. Entrevista con María Cristina Restrepo, Bello: 23 de octubre 1990.

30. Entrevista con Ana Palacios de Montoya, Medellín: 8 de noviembre de 1990.

31. Para unos ejemplos de los intentos feministas de re-pensar y ampliar las ideas de Bourdieu's véase Toril Moi "Appropriating Bourdieu: Feminist Theory and Pierre Bourdieu's Sociology of Culture", *New Literary History* 22 (1991) pp. 1017-1049, y Beate Kraus, "Gender and Symbolic Violence: Female Oppression in the Light of Bourdieu's Theory of Social Practice", in Calhoun, LiPuma, y Postone, eds.

## Memorias de mestizaje en el movimiento campesino nicaragüense

Jeffrey L. Gould\*

Hace unos 12 años cuando comencé a recoger testimonios orales de los campesinos de Chinandega me llamó fuertemente la atención la falta de interés de los sandinistas en mi trabajo. Durante los años 80, manejaba la tesis de que había sido el leninismo del Frente Sandinista de Liberación (FSLN) el motivo por el cual no les interesaba la historia de un movimiento campesino autónomo. Uno de los puntos fundamentales de mi libro *To Lead as Equals*<sup>1</sup> sostiene que entre 1955 - 65 los campesinos, en un 90% analfabetos, transformaron su propia conciencia. De una óptica basada únicamente en la necesidad material se deslizaron hacia una visión de justicia social y de un sentido de solidaridad dentro de la comunidad e incluso, podría decirse, hasta de un sentido de solidaridad clasista, todo esto sin necesidad de un partido político o de una memoria de Sandino. Los movimientos campesinos del occidente nicaragüense, provocados por las expulsiones de colonos debido al auge algodónero en los años '50, llegaron a aglutinar una mayoría estratégica de la población campesina y sirvió como base importante para el triunfo Sandinista de 1979.

No obstante, a mediados de los ochenta, tales luchas carecían de re-

conocimiento oficial y extraoficialmente se las reconocía como "espontáneas" o "mangoteadas por Somoza".

Hoy me pregunto si no se trataba también de un problema del nacionalismo del Frente para absorber dentro de la narrativa de la nación ciertas narrativas autónomas de lucha clasista o étnica.

Una politóloga, Ann Norton, al discutir la historiografía y la memoria post colonial en Africa y Asia argumenta que los nacionalistas no lograron una descolonización temporal ya que seguían escribiendo con las formas narrativas de la metrópoli<sup>2</sup>. Se dieron cuenta que al expulsar de su memoria social la historia y la memoria de colonialismo suprimieron su propia historia. Entonces las historias de los nacionalistas tenían sus lagunas, sus decepciones y sus silencios. La distancia entre la nación histórica y la recordada era tan grande como durante el colonialismo.

En este trabajo sostengo que en el caso nicaragüense hay una contradicción parecida entre la construcción de la memoria histórica de una nación y las múltiples memorias locales que alimentan tal obra.

Del ensayo de Norton extraigo también la hipótesis de que una memoria local o subalterna para que pueda ser absorbida en la narrativa nacionalista debe carecer de vergüenza. Sin embargo, las memorias subalternas contienen, a menudo, un fuerte com-

\* Indiana University

ponente de vergüenza. En otras palabras una memoria de complicidad con su propia opresión. Todas las memorias que examinamos aquí tienen este aspecto de vergüenza pero, en todos los casos, menos entre los indígenas de Matagalpa, la vergüenza es separable de otra narrativa más heroica, la parte que sí cabe dentro de la visión nacionalista revolucionaria.

Asimismo quiero sugerir que hay ciertas memorias que son más susceptibles que otras para incorporarse dentro de la narrativa nacionalista revolucionaria. Así, la memoria social que ubica una herencia indígena claramente en el pasado, lo que llamo una memoria de mestizaje, siempre está disponible para aportar a la emergente identidad nacional. Igualmente apta para su incorporación a la narrativa nacionalista, sobre todo en su versión radical, es la memoria de un momento clave en el proceso de acumulación primitiva de Nicaragua. Utilizo "proceso de acumulación primitiva", de procedencia marxista, para sugerir que las memorias sociales no son comprensibles sin referencia a una realidad histórica material. Pero además, la acumulación es útil porque se refiere a un proceso que abarca desde la expropiación de la tierra hasta varias formas de coacción extraeconómica. La acumulación, en otras palabras, se refiere a un momento decisivo en el proceso de proletarianización (término que tampoco me salvará de ser acusado de trasnochado).

Aquí es importante comprender dos aspectos de la reproducción de la memoria de acumulación. Por un lado el estudio de cómo se produjo tal memoria o cómo se seguía transmitiendo arrojaría mucha luz sobre la evolución y la transformación, a veces decisiva, de un grupo subalterno determinado. Por otro lado me parece que la apelación a la memoria de

un momento clave de la acumulación primitiva puede tener una mayor capacidad de movilización comunal que una memoria de explotación salarial o una del cambio desigual en el mercado. El recuerdo de la acumulación se presta a la narrativa ya que puede condensarse en un momento preciso con más facilidad que las otras formas económicas de dominación. Aún más, el momento de acumulación establece un punto de referencia no sólo dramático sino también proyecta una visión del bien y del mal sin ninguna ambivalencia. Quien comparta la memoria tiene que reconocer la justicia de la causa de los productores de la misma. También vale la pena destacar algo quizás obvio, la lucha por el control de esas memorias determinaría su grado de incorporación en la narrativa nacionalista y, a la vez, la lucha por el control de la memoria es siempre una lucha social y política.

El discurso nacionalista nicaragüense siempre ha dependido de la transformación del fenómeno de la lucha de clases en un proceso asimilable al nacionalismo. Asimismo, las luchas sociopolíticas se han resuelto al expulsar al antagonista de la patria, al menos simbólicamente. De modo que su capacidad ha sido sumamente limitada para asimilar nociones de hegemonía o de complicidad subalterna.

Con el riesgo siempre presente de caer en una caricatura, voy a tratar de presentar una síntesis de la versión sandinista de la historia nicaragüense para que se pueda entender un poco mejor las tesis arriba esbozadas.

Hacia finales del siglo pasado la marcha mundial del capitalismo provocó en Nicaragua el auge cafetalero. El avance del capitalismo agrario provocó la destrucción de las comunidades indígenas de las zonas centrales y

occidentales por medio de la expropiación de sus tierras y la conversión de los comuneros en peones. Tal destrucción se simboliza en la narrativa con la derrota de una rebelión indígena en el departamento de Matagalpa en 1881.

La Revolución Liberal bajo la jefatura de José Santos Zelaya (1893-1909), profundizó el desarrollo del capitalismo agrario, inició un proceso de modernización y sentó las bases para establecer una nación independiente. La última parte del programa Liberal chocó con el pujante imperialismo norteamericano. Desde el derrocamiento de Zelaya en 1909 hasta 1927, los gobiernos conservadores sirvieron fielmente a los intereses de los norteamericanos. Augusto César Sandino rescató el orgullo nacional al luchar contra las tropas norteamericanas durante seis años. Tal lucha dejó varias enseñanzas nacionales incluyendo la noción de una nación popular y mestiza, la bancarrota ideológica de los partidos liberal y conservador, y las posibilidades de desarrollar una lucha guerrillera en la cordillera de las segovias en la parte norcentral del país. De 1936 a 1979, Nicaragua sufrió, bajo la dinastía de los Somoza, la represión feroz de todos los movimientos sociales y de oposición, sirviendo así a los intereses norteamericanos y a su propia fracción de la burguesía emergente. Los únicos rayos de luz dentro de este panorama negro fueron los movimientos estudiantiles de 1944 y el surgimiento del grupo guerrillero, el Frente Sandinista en 1961. Los débiles movimientos populares sólo adquirieron importancia en la medida que aportaron al triunfo revolucionario de 1979. El advenimiento de la revolución representó, en cierto sentido, el momento culminante en la construcción del discurso nacionalista, que

siempre dependía de la transformación del fenómeno de la lucha de clases en un proceso netamente político asimilable al nacionalismo.

Si se toma en cuenta lo expuesto sobre la forma de la gran narrativa nacional, no nos debería asombrar que La noción de un somocismo populista mediador entre campesinos y obreros y agro capitalistas no fuera fácilmente integrable a la construcción de la nación revolucionaria. Pero sin tal noción del populismo, me parece que la historia de los movimientos obreros y campesinos es imposible de comprender.

Así la memoria chinandegana tenía una fuerte dosis de vergüenza por su complicidad con un régimen catalogado (sin exageración con respecto a sus últimos cinco años) como genocida. Tal complicidad y vergüenza era difícilmente admitida dentro de una narrativa heroica.

Por otra parte me parece que la disponibilidad de las luchas campesinas dependía en un sentido importante del control sobre la reproducción de la memoria (por no decir sobre los medios de reproducción ya que empleo suficientes términos trasnochados). Es decir, si la memoria del hecho sirve como un trasfondo que confirma la justicia de la política nacionalista depende, en cierto sentido, del control sobre tal memoria.

En el caso chinandegano que estudié sugiero que el afán de los campesinos en la década del ochenta por rescatar y a la vez forjar su propia memoria de sus luchas anteriores chocaba con el discurso sandinista que intentaba relegar cada expresión autónoma a un pasado que servía como trasfondo histórico y buscaba actualizar la memoria del sandinismo con los mártires.

Hasta aquí, espero haber sentado las bases para comprender algo sobre

la dificultad en asimilar las luchas campesinas en la gran narrativa sandinista. Pero tales luchas nos revelan otra dimensión que vale la pena destacar y es la creación de una memoria social de una primera fase de la acumulación donde antes no existía (o mejor dicho no había sobrevivido) ya que los grupos que conformaban las comarcas nodales de la lucha campesina eran de un origen reciente, o sea de los últimos años de la década de 1940. Una parte importante de tal creación derivaba de la intervención de artesanos alfabetos que hallaron documentos acerca del papel de Zelaya en esa zona, y de la cual los campesinos sacaron dos lecciones principales:

1. A finales del siglo pasado el dictador Zelaya había otorgado la propiedad privada para proteger los derechos de los campesinos, sobre todo los chinandeganos, frente a las expropiaciones de otros terratenientes. Tal memoria, en gran parte inventada, fue importante en el desarrollo de la conciencia militante porque ofreció una legitimación histórica para el movimiento donde antes no existía. Fue importante como arma moral precisamente porque los derechos legales de los campesinos no estaban claros mucho menos en un mundo dominado por el poder político de los terratenientes.

2. Los chinandeganos mismos descendían de indígenas que habían pertenecido a una cofradía que había sido dueña de la tierra actualmente en litigio con los terratenientes. En otras palabras, la creación de una memoria social formaba parte de las condiciones necesarias para crear una conciencia de clase, de derechos colectivos que iban más allá de la necesidad material como único móvil de la lucha. La memoria social de la acumulación primitiva se volvió tan poderosa por su actualidad, al repetirse el

proceso en la época del auge del algodón en los '50.

Por su contenido de mestizaje, la memoria chinandegana era bien asimilable al nacionalismo revolucionario. El problema para el nacionalismo tenía más bien que ver con el control sobre la reproducción de la memoria. Así los militantes campesinos durante los años 1980, gracias a su propia memoria de lucha, concebían la reforma agraria como un proceso histórico inacabado, mientras que los jóvenes campesinos del Frente veían la Reforma Agraria como la transformación exitosa de las haciendas enemigas en haciendas del pueblo. El control local sobre la memoria permitía ver la actualidad como una continuación del pasado inmediato mientras que una memoria mediaticada por fuerzas externas puede compartimentalizar el pasado con más facilidad.

### La "Raza rebelde": la comunidad indígena de Sutiava

La comunidad indígena de Sutiava, ubicada dentro de los contornos de la ciudad de León, inspiró fuerte y directamente a los campesinos chinandeganos en sus luchas durante los 1950 y los 1960<sup>3</sup>. Fue por la conexión de Sutiava y Chinandega que comencé a estudiar la cuestión indígena y lo que he llamado el mito de la Nicaragua mestiza, o sea la noción de que Nicaragua desde el pasado muy remoto ha sido una sociedad étnicamente homogénea.

En Sutiava también hallamos memorias de acumulación y de raíces indígenas que se entrelazaban en una combinación que dinamizó la conciencia militante en los años 1950. Durante esa década, algunos artesanos y agricultores de Sutiava logra-

ron una cohesión orgánica muy impresionante en su lucha contra terratenientes tanto somocistas como no somocistas y soportaron una represión a veces feroz sin que se rompieran los lazos organizacionales. Grupos de 250-500 indígenas salieron de su barrio durante la noche a cortar los alambrados de los terratenientes sin que nadie los delatara a la Guardia Nacional.

Es difícil imaginar tal nivel de solidaridad en otras comunidades nicaragüenses durante aquella época.

En Sutiava como en Chinandega la memoria social fue reinventada en parte por gente con cierto nivel de escolaridad -y aquí vale la pena sugerir que la participación de personas con la capacidad de leer y escribir es importante en la reproducción de la memoria social conforme al grado de permeabilidad colectiva a la cultura dominante-. En Sutiava la reinención de la tradición de una comunidad indígena durante los años 50, después de que virtualmente no existiera por treinta años, fue favorecida por la existencia de ciertos símbolos visibles y orientadores del contorno de la comunidad. Consideremos el siguiente poema, escrito por un artesano, sobre el árbol conocido como el tamarindón donde los españoles ahorcaron al "último cacique Adiact".

"Milenario tamarindón que vuestros brazos cargan a nuestro padre el Cacique. Pues te jugastes la suerte en este gran coliseo donde Adiact halló la muerte ... Velás el eterno sueño del Cacique gran soldado. Que hordas conquistadoras un día dejaron ahorcado en tus ramas tamarindón - quien duerme al compás del atabal<sup>4</sup>".

Los símbolos como el tamarindón son a la vez "padre de nuestro linaje" y orientador coridiano, por ejemplo "del tamarindón, 150 mts al norte". El

tamarindón o el tambor que llama a la faena o a la lucha contra los terratenientes estaban y están disponibles para los poetas y militantes que desean recrear una memoria social. Más aún la memoria de la acumulación primitiva se ha condensado de una manera diáfana en la anexión de la municipalidad indígena de Sutiava a la ciudad de León en 1902. Entonces la elite local logró apropiarse de muchas tierras ya que los ejidos del pueblo indígena se convirtieron en ejidos de la ciudad de León.

Ahora bien, la memoria colectiva de la expropiación de las tierras está íntimamente ligada en la memoria a la pérdida de signos tradicionales de la identidad indígena. Así por ejemplo los ancianos se acuerdan de los '80 como la última generación de los que habían vivido en la municipalidad indígena (antes de 1902), seguían hasta los años '20 con una política si se quiere de nacionalismo cultural, resaltando deliberadamente, las diferencias culturales entre los indígenas y los ladinos. No obstante las generaciones sucesivas, después de décadas de vida urbana ocuparon una posición social y cultural muy distante de lo que para el antropólogo tradicional podría ser un indio. Y de hecho desde antes de la anexión de la municipalidad indígena los liberales de León dedicaron muchos esfuerzos a deslegitimar las credenciales indígenas del pueblo de Sutiava. Para los '50 y aún más durante los '80 los Sutiavas podían ser concebidos como "valores auténticos" de la nación nicaragüense sin, aparentemente, representar "el otro" o sea una cultura ajena. Allí mismo radica un sentimiento que se asemeja a la noción de Norton de vergüenza ya que por lo general los sutiavas aceptaron el discurso dominante de lo que es un indio mientras que trataron de mante-

ner una identidad basada en el respeto por sus padres y abuelos indígenas y por las reivindicaciones históricas de autonomía económica y política.

Por otra parte su memoria, incluso el símbolo anti-colonialista del tamarindón, su coraje en la lucha agraria y su importante participación en la revolución sandinista son testimonios de la disponibilidad de la memoria social de Sutiava para una narrativa de una nación mestiza, que como la mexicana, adquiere su carácter y su valentía a través de su sangre indígena. Así, en los '70 Omar Cabezas inventó con bastante éxito una identidad entre el cacique Adiact, el antagonista de los españoles, y el héroe nacional Augusto Sandino. De hecho, los sutiavas, como los de Monimbó, se han distinguido de las demás comunidades indígenas por su historia de participación significativa en las luchas nacionalistas.

Pero ¿que pasó durante los años revolucionarios? Los dirigentes revolucionarios pudieron aceptar la memoria de Adiact en la construcción de la nación indo-hispana y de las luchas agrarias de los '50 como trasfondo de las luchas insurreccionales de 1978, pero lo que no pudieron aceptar fue el control de los sutiavas sobre tales memorias, ya que por un lado incluía sus etapas de colaboración con el régimen somocista y, por otro lado, tal control implicaba una actualización de la historia que formaba una identidad distinta, una identidad étnica que cuestionaba la construcción de la nación anti imperialista, mestiza y sandinista. El cuestionamiento del discurso de mestizaje estaba muy vinculado a la vez a la memoria de acumulación la que tenía una incidencia significativa en la política revolucionaria.

A pesar de que la memoria local caía dentro de la narrativa nacionalista

llegó un cierto momento en los años 80 en que la lucha por el control de tal memoria se empalmó con una lucha sobre el curso de la política más importante de la Revolución: la Reforma Agraria. Tal momento crucial se puede resumir en esta anécdota: Jaime Wheelock, el ministro de la reforma agraria, y el autor de un libro sobre las raíces indígenas de la lucha anti colonialista, quiso establecer haciendas estatales en los antiguos terrenos comunales. Los dirigentes locales, de afiliación sandinista, plantearon a Wheelock sus objeciones ya que su sentido del pasado actual no permitía una identificación entre el estado y la comunidad: "*Mire, Comandante, quiere ver una lucha anti-colonialista de raíz indígena, aquí la tiene!*"<sup>5</sup>

No obstante la lucha por el control sobre la memoria de acumulación y de mestizaje/ la mayoría de los sutiavas estaban y están dispuestos a reconocer y resaltar su lugar dentro de la narrativa nacionalista revolucionaria.

### La comarca de Yúcul

La memoria social en la comarca de Yúcul en el departamento montañoso de Matagalpa revela también fuertes elementos de acumulación originaria y de mestizaje que aportaban al surgimiento de un movimiento obrero campesino en los años '60. Aquí la asimilación de la memoria local ha sido absorbida por la narrativa revolucionaria con más éxito que en las otras comunidades, debido a dos factores: 1. la memoria de acumulación surgió como resultado de contradicciones del trabajo y no como una repetición del proceso de expropiación. 2. Por lo mismo, la respuesta a las demandas de mejores condiciones de trabajo y en menor medida

por la tierra ha sido más satisfactoria, suavizando así la lucha por el control de la memoria local.

Durante la segunda década de este siglo, José Vita, cafetalero de origen italiano, conquistó la cañada (o comarca) indígena de Yúcul en Matagalpa. A pesar de la resistencia encabezada por el jefe indígena Bibiano Díaz, Vita logró apropiarse de todos sus terrenos obligando a trabajar a los indígenas en sus cafetales y a convertirse en sus siervos.

Hay que subrayar el hecho de que tal transformación en las relaciones de propiedad y de trabajo, acarreo profundos cambios en la conciencia de los yuculeños, sobre todo porque durante y después de su lucha con el terrateniente no recibieron ninguna ayuda de la comunidad indígena. Al morir la generación de Bibiano Díaz, los yuculeños perdieron casi todo contacto con las otras cañadas indígenas mientras que algunos ladinos pobres se afincaron en su comunidad. Aunque tenían relaciones no explotativas con sus nuevos vecinos, los ladinos tenían un fuerte impacto sobre la identidad de la última generación indígena en Yúcul. Una señora ladina, doña Macaria, yuculeña de muy humilde extracción relata:

"Los López los conocí desde pequeña... eran humildes esos indios... mi Mamá sabía rezar cuando se moría un indito, venía a decir Doña Pascuala yo quiero que le vaya a rezar a mi papá... nosotros nos llevábamos bien..."

Es asombroso que los indígenas aceptaran la superioridad ladina en asuntos religiosos donde ellos siempre habían mantenidos sus propias prácticas y ritos. Más aún, es indicativa de cómo los indígenas de Yúcul perdieron su propio sentido de identidad étnica. En efecto comenzaban a concebir a los indios de comarcas ve-

cinas que venían a cortar café como otra etnia: los de "lenguaje enredado" y de vestuario "mantiado".

El relato de doña Macaria se relaciona con otro testimonio oral recogido entre los descendientes de los expropiados:

"Antes de que la cogiera Vita, toda la tierra era libre para todos los indígenas... Vita llegó con zapatos viejos... eran ricos los indios... así celebraban sus triunfos... estaban borrachos cuando Vita les quitó el título... Vita tenía la marca del diablo"<sup>6</sup>

La idealización de la vida en Yúcul antes de Vita tiene importancia precisamente porque nos deja entrever algo sobre la memoria social de la generación de 1960 que contenía una valoración positiva, aunque bastante romántica de la vida indígena. Pero tal romanticismo se yuxtapone con una visión de un José Vita, pobre y humilde, que se impone sobre unos indios ricos pero borrachos y tontos. Tomando en cuenta tal énfasis sobre la superioridad ladina en conjunto con el relato de doña Macaria se les ofrecía a todos los yuculeños una moraleja que servía para mantenerlos alejados de todo contacto solidario con los manteados de las comarcas indígenas.

Sin embargo, el caso yuculeño no es tan sencillo, ya que ellos han mantenido una identidad aparte incluso hasta tiempos recientes mantuvieron una organización llamada "la Reforma" (o sea el mismo nombre que los indígenas de Matagalpa dan a su consejo de ancianos) y llamaba a los de la ciudad, "los ladinos". Aunque formaban sólo una pequeña proporción de la fuerza laboral en la plantación, constituían un alto porcentaje de los presos en la cárcel de la hacienda de Vita, dato que ellos comprendían bien. Vale destacar tam-

bién que en 1963 los nietos de Bibiano Díaz, inspirados en gran parte por la memoria de acumulación, formaron un sindicato para luchar contra el mismo sistema de colonato impuesto por Vita, y continuado por su hijo. Después de un año de lucha sindical cambiaron su enfoque y reivindicaron las mismas tierras que Vita padre les había expropiado a sus abuelos.

La narrativa de la acumulación primitiva de Yúcul se parece a las de Sutiava y de Chinandega en que es fácilmente apropiable por el nacionalismo revolucionario. Así en las palabras de un sindicalista de la zona:

"Yúcul siempre ha sido revolucionario. Durante la gran rebelión indígena de 1881, Yúcul desempeñó un papel importantísimo, el baluarte de la rebelión. Aquí el Frente siempre tuvo un gran apoyo<sup>7</sup>".

La memoria de mestizaje y de acumulación se combinó en una forma óptima para el sandinismo y de hecho, en las elecciones de 1990, Yúcul y el resto del municipio dio una gran victoria al sandinismo mientras que el departamento de Matagalpa votó por la UNO por un amplio margen (en las zonas campesinas estudiadas en Chinandega la votación fue bastante pareja y en Sutiava ganó el sandinismo por una ligera mayoría).

En Yúcul más que en Sutiava y Chinandega la narrativa de la acumulación primitiva pudo colocarse netamente en el pasado, cuando *"tocaban la tierra era libre y toda la gente eran indios"*. Tal recuerdo ha sido profundamente vinculada con la memoria y el surgimiento del mestizaje. Así en Yúcul en 1990 nadie sabía que Bibiano Díaz, el jefe de la resistencia en contra de Vita, había sido un dirigente indígena. Claro está que en Yúcul —a diferencia de aquéllas— surgió co-

mo un movimiento de obreros rurales en respuesta, no a más expropiaciones sino en oposición a las condiciones de trabajo históricamente determinadas por el proceso de acumulación iniciado en tiempos de Vita. En otras palabras se podía identificar a las víctimas del despojo como indígenas pero atribuir otra identidad a sus descendientes (el ex comandante sandinista Jaime Wheelock ha sostenido algo muy parecido en sus obras académicas)<sup>8</sup>.

A raíz de la lucha sindical se resucitó esta memoria, pero ya desprendida de sus raíces indígenas y de su sentido de vergüenza, manteniendo así el recuerdo como algo del pasado.

En resumen, es importante destacar cómo la ambigüedad de la identidad de los yuculenos formada con su memoria, con sangre indígena y revolucionaria pero "nicas" como cualquiera de otros, favorecía su incorporación tanto a la narrativa nacional como a las luchas sindicales y revolucionarias.

### Las cañadas indígenas de Matagalpa

En Yúcul la identidad ambigua, autóctona pero no indígena, coincide con memorias de la acumulación primitiva. A 20 kilómetros de Yúcul en las comarcas de la comunidad indígena a la cual ésta pertenecía hasta 1916, donde la identidad indígena se reproduce en cierta forma, la memoria de la acumulación primitiva choca profundamente con la recuperación histórica necesaria para el nacionalismo revolucionario. Tal choca deriva de que la memoria de la acumulación primitiva es mucho más compleja que en los otros sitios.

La memoria de la acumulación primitiva en las cañadas de Matagalpa es

compleja porque el proceso histórico fue complejo. La gran expansión cafetalera de 1890-1925 produjo muy pocos casos como Yúcul. Tal expansión conllevó efectos devastadores sobre las comunidades indígenas de Matagalpa pero sobre todo en cuanto a los efectos trastornadores del trabajo forzoso y de la violencia política. No obstante, las tres cuartas partes de los terrenos comunales no fueron afectados directamente en el periodo de expansión. Más bien, fue el mecanismo de la privatización de las mejoras de la propiedad lo que llevó, a lo largo de décadas, al acaparamiento de tierra. Más aún se trató de un proceso interno en que los caciques indígenas lograron acaparar grandes extensiones de terreno comunal.

La memoria de la acumulación primitiva —como por ejemplo la expropiación de Yúcul, una de sus comunidades—, es algo difusa y distante y, por otra parte, las memorias de acumulación de los caciques están igualmente opacadas por la oscuridad de un pacto semi-colonial. El antropólogo Claudio Lomnitz-Adler al resumir su estudio sobre la sociedad Huasteca sostiene que: *"... la reproducción cultural indígena depende de una ideología local de casta, donde se incorporan las sociedades nacionales y mestizas dentro de una visión del mundo de orden, jerarquía e interdependencia"*<sup>9</sup>. Esta ideología de casta, me parece, depende de una suerte de pacto, formal o informal, por medio del cual la sociedad indígena mantiene unos derechos mínimos sobre sus formas culturales, estructuras de autoridad y sobre el ritmo de proletarización. A cambio los indígenas deben mucho: lealtad política y militar, mano de obra, la ejecución de leyes en contra de su propia gente. Más aún, la ideología de casta que deriva del pacto impide por fuerza la creación de inte-

lectuales indígenas capaces de confrontar la producción local de la memoria o de mantener un acceso a ciertos datos nacionales que podría ayudar en sus luchas. En el caso de la comunidad indígena de Matagalpa, la memoria de acumulación primitiva más importante se trata de la destrucción por parte de la Guardia Nacional de los arbustos de algodón silvestre empleados en la manufactura de sus telas y ropa en 1941. Una indígena comentó al respecto: *"Hace como unos cuarenta años cuando mi hijo mayor estaba chavalo, la Guardia nos prohibió que sembráramos algodón y que hiláramos ropa, decían que eso de andar manteado eran cosas de indios. Aquí vinieron las patrullas y quemaron la casa y la huerta de bastantes familias porque tenían sembrado algodón"*<sup>10</sup>. Parece que los indígenas veían el ataque al cultivo del algodón como prohibición en contra de la confección de su ropa tradicional. Este era un momento clave en la asimilación forzosa sintetizada en la frase *"eso de andar manteado es cosa de indios"*.

Es muy importante tener presente que, por la falta de acceso a medios de información, los indígenas no sabían que un tratado de paz con los Estados Unidos dio el pretexto a la elite local para golpear la economía y cultura indígena. Faltando tal acceso, la interpretación indígena del acontecimiento ha enfatizado la participación de Somoza en la industria textil. Así, por ejemplo, Patrocinio López, quien era un hombre joven en 1942 me explicó: *"El algodón fue prohibido porque Somoza se había montado una empresa y quería que los indígenas no lo sembraran para que tuvieran que comprarle la ropa que iban a usar... así lo perseguían a uno si andaba ropa de hilo y lo echaban preso... el indígena en ese tiempo no le trabajaba a nadie porque no necesitaba comprar ni maíz ni frijoles..."*

entonces el rico quería obligar al indígena a trabajar más y ya que no podían cultivar el algodón tenía que comprar la ropa. Entonces todos las mujeres y hombres tenían que trabajar para el rico<sup>11</sup>".

Así la memoria de esta época –influenciada por la Revolución Sandinista– enfatiza la represión violenta de la economía de subsistencia: "entonces todos, mujeres y hombres, tenían que trabajar para el rico...". La marcha de la Guardia a las cañadas simboliza y condensa nuevas formas de dependencia en una versión moderna de la práctica colonial del repartimiento de mercancías y en un momento decisivo en la proletarianización de los indígenas.

Pero a la vez tal acontecimiento, y otros en la esfera religiosa, simboliza también la impotencia y la vergüenza del liderazgo tradicional, su incapacidad de defender a la comunidad dentro del marco del pacto semi-colonial. Y los efectos del pacto en vigencia desde los años 1880, han producido una memoria sólo en parte apta para la narrativa nacionalista revolucionaria. De hecho, la historia de la guardia, Somoza y el algodón podrían haber bien en la narrativa nacionalista, pero no así la vergüenza asociada a la falta de resistencia.

La memoria indígena contiene elementos de vergüenza que simplemente no son desentrañables de la narrativa de resistencia ya que en el fondo los compromisos que permitían, hasta cierto punto, la autonomía cultural, representaban precisamente la aceptación de las estructuras de poder de casta. Tal cambio desigual le parecía a los nacionalistas revolucionarios un resabio colonial y cosa de indios.

Y así cuando, durante los años revolucionarios, llegó el momento para las comunidades indígenas de responderle a los expropiadores de an-

taño, los Sandinistas no fueron conscientes de la necesidad de entablar nuevas alianzas que terminaran con el pacto semi-colonial, con la ideología y práctica de castas que no convirtiera a la comunidad indígena en un artefacto histórico sin ningún sentido o vida actual.

### Conclusión

No obstante el estado incipiente de esta etapa de mi investigación, quisiera adelantar algunas cuestiones metodológicas. En el estudio de sociedades como la nicaragüense, resulta importante la relación mutua entre las memorias de la acumulación primitiva de capital y las del mestizaje.

En Chinandega, Sutiava y Yúcul la memoria de la acumulación primitiva en el momento de repetición o de intensificación de contradicciones de clase en las décadas del '50 y '60 produjo efectos en cierto sentido contradictorios. Por un lado, la distancia temporal entre los dos momentos coincidió con una cierta forma de mestizaje, o sea una creciente ambigüedad en las identidades locales. El momento clave en el proceso de la acumulación tuvo un impacto desintegrador sobre las comunidades indígenas al afectar la tenencia comunal de la tierra lo que iba a fragmentar en distintas formas y en distintos grados la identidad étnica.

Por otro lado, tal recuerdo de acumulación formó parte integral de la toma de conciencia militante. Este proceso de militancia y mestizaje fue fomentado por los nacionalistas revolucionarios quienes, por decirlo así, hablaban el idioma de mestizaje. La noción de que los antepasados de determinado grupo eran indígenas que sufrieron la expropiación, como

parte del proceso de desarrollo del capitalismo agrario, cabía perfectamente dentro de la narrativa sandinista siempre y cuando los que recordaban tuvieran una conciencia proletaria y una identidad mestiza nacionalista. En Yúcul, se produjo un desenlace más o menos en esos términos y, por tanto, se solidificó una relación cultural muy compatible entre militantes revolucionarios y campesinos. Tal éxito se deriva de la dramática creación de la memoria de mestizaje que era más constitutiva de la identidad local y así más valiosa y menos contradictoria para la nación. Por otra parte, la intensificación de contradicciones con la elite que provocó el resurgimiento de la memoria de acumulación no involucró un avance del proceso de expropiación lo que hubiera provocado conflictos sobre la tierra y hubiera obstaculizado la consolidación del poder revolucionario, tal como sucedió por ejemplo en Chinandega, Sutiava y en las comarcas indígenas de Matagalpa.

En Sutiava y Chinandega llegó un momento en que el control sobre las memorias locales de lucha y de explotación chocó con la narrativa nacionalista puesto que incluyen elementos cuestionadores de la misma, desde la vergüenza de la complicidad con la autoridad hasta reclamos por la autonomía organizacional.

Si el discurso nacionalista tenía dificultades con los que abiertamente se identificaban con sus metas como en Chinandega, Sutiava y Yúcul, entre los indígenas de Matagalpa la comunicación se volvió casi imposible. Allí la cohesión de la comunidad y su identidad había dependido de un pacto que prolongaba y transformaba el proceso de acumulación por lo que la atracción política entre revo-

lucionarios y campesinos no se dio como en los otros sitios. Más bien la memoria local era una memoria desechable desde una óptica nacionalista basada en la aceptación del orden establecido.

El problema de la narrativa nacional y la memoria local tiene que ver también con la brecha cultural entre los militantes revolucionarios y los campesinos e indígenas. Para terminar, quisiera ejemplificar esa brecha. En las comarcas indígenas de Matagalpa la revolución trajo consigo cambios en la conciencia campesina que no tenían nada que ver con el trabajo político del Frente. Así, un dirigente indígena que siempre había sido antisandinista me comentó: "En 1979 nos despertamos y nunca más nos va engañar ningún rico!"<sup>12</sup>. Mientras que él no reconoció el papel del Frente en su despertar, la vanguardia revolucionaria no podía imaginar un cambio radical en la conciencia campesina sin haberlo causado, sin representarlo. El frente fue simplemente incapaz de comprender que ellos habían creado las condiciones para transformaciones radicales sobre las cuales tenían poca ingerencia. Me parece que en esa escueta frase del indígena se sintetiza el dilema del discurso nacional y de la memoria local. A nivel nacional julio de 1979 representó la liberación del yugo dictatorial y del imperio norteamericano, obra de todos los que apoyaban al Frente Sandinista. Pero en un caserío humilde se podía experimentar la sensación de liberación sin ningún reconocimiento de las referencias nacionales. Tal entendimiento fue aprovechado hábilmente por los antagonistas históricos –los sandinistas y los indígenas– con consecuencias trágicas para los nicaragüenses ■

## Referencias bibliográficas

1. Jeffrey L. Gould, *To Lead as Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua 1912-1979*, Chapel Hill University. North Carolina Press, 1990.
2. Ann Norton, "Ruling Memory", en *Political Theory*, 21:3, August 1993, pp. 458-459.
3. Jeffrey L. Gould, "La 'raza rebelde': las luchas de la comunidad indígena de Subtiava (1900-1960)", en *Revista de Historia*, N° 21-22, Universidad de Costa Rica, San José, enero-diciembre 1990, pp. 169-217 (reimpreso en *América Indígena* LIII: 1-2 enero-junio 1993, pp. 199-233).
4. Poema Tamarindón: por Enrique Fonseca (inédito).
5. Entrevista con Chilo Flores, Sutiava, Nicaragua, 1988.
6. Entrevista con Urbano Pérez, Yúcul, Matagalpa, 1990.
7. Entrevista con un sindicalista que pidió el anonimato, Yúcul, 1990.
8. Jaime Wheelock, *Nicaragua: imperialismo y dictadura*. Habana: Edit. de Ciencias Sociales, 1980, 77-78.
9. Claudio Lomnitz Adler, *Exits From the Labyrinth: Culture and Identity in Mexican National Space*, Berkeley, University Press, 1992, p. 187.
10. "Cándida Salgado, entrevistada por Alexis White, citado en "La cuestión indígena en Nicaragua: el caso Matagalpa". Tesis de Licenciatura. Escuela de Sociología, Universidad Centroamericana, 1993, p. 69.
11. Entrevista con Patrocinio López, marzo 1990, Matagalpa. En otras entrevistas con unos ancianos de Matagalpa durante 1992 se ofrecieron explicaciones parecidas.
12. Entrevista con Santo Pérez, Susulí, Matagalpa, 1990.

# PUNTO ODE NISTA

Revista de cultura / N° 53 / Noviembre 1995

La condición metropolitana / La reforma desde arriba. Política educativa en el gobierno de Menem / La ciudad / Olvidar a Benjamin / Imágenes para una fundación mitológica. Apuntes sobre las fotografías de Horacio Cóppola / Entrevista a Juan José Saer / Escriben: Escolar/Liernur/Pérez • Pereg • Sarlo • Sabato/Tiramonti • Blanco • Gorelik • Cóppola •

Suscripciones: Argentina, tres números \$18 / Exterior, seis números, u\$s 40. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casila de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

ODE NISTA  
PUNTO

## Poesía, trabajo fabril y sexualidad femenina en la Argentina peronista

Daniel James

En una noche de invierno de 1946 en la comunidad de frigoríficos de Berisso, María Roldán se sentó en su casa y se apenó por Clarita, su amiga y compañera de trabajo en la planta frigorífica Swift<sup>1</sup>.

Clarita había fallecido ese mismo día de tuberculosis en el hospital municipal de La Plata. Incapaz de dormir, atormentada por el enojo y la frustración, Doña María se sentó a escribir un poema para conmemorar a su amiga y desahogarse. Esto no era algo que Doña María estuviera acostumbrada a hacer. En realidad, era la primera vez que escribía un poema. Muchos años después, en el verano de 1987, ella me relató las circunstancias que la habían llevado a esta extraordinaria acción y recitó el poema de memoria, habiendo perdido muchos años atrás, la versión escrita.

"... un día, pobrecita falleció, entonces la trajimos a Berisso pero no teníamos para sepultarla, y el intendente de Berisso que todavía acá no era intendencia, era de-

legación, era un señor que ha fallecido, Evaristo Anselmino, nos dio el cajón, y nos prestó la cucuracha, que era como un carromoto con cuatro ruedas medio chato que llevaba el cajón así a la vista hasta el cementerio con motor, ... y la velamos en la casa de un señor que nos prestó la casa en la calle Nueva York, sin avisar a la mamá ni nada, porque la señora era viejita y se podía morir... Bueno entonces yo me sentí muy mal y creo que todos nos sentimos mal, pero yo no me volvía al dormitorio y vino a la cocina y me dice "¿Qué estás haciendo?" y yo estaba con un papel y un lápiz escribiéndole el verso a Clarita, porque me sentía cansada de llorar sin remediar nada y me parecía que si le dedicaba ese verso y yo escribía eso me iba a liberar y la iba a liberar a ella, que ya estaba liberada por Jesús, pero que, bah, me sentía mejor, me parecía que cumplía con ella, y lo hice al verso, que dice así:

Ay, pálida obrerita que marchas apenada  
al establecimiento antro de explotación  
a ganarte la vida y enriquecer a viles  
con caras de verdugos y frentes de reptiles  
que llevan una lira de oro por corazón.

1. La entrevista a María Roldán fue realizada por el autor en 1987

El ruido de las máquinas hace crisar tus nervios  
histérica te vuelves y pierdes hasta el yo  
ese yo de ironía que te hace alzar la frente  
y aunque muerta caminas, te agotas tristemente  
dejando hasta el carácter en manos del patrón.

Las niñas burguesitas te observan con un dejo  
de burla indiferente, con burlona intención  
ignorando las pobres muñequitas burguesas  
que cobre sobre cobre labraste la riqueza  
del ladrón patentado que nada te dejó.

Y a esas artificiales y enfermas mujercitas  
que viven cansadas de placer  
diles que te hagan frente ataviados andrajos  
que tu pecho valiente presentas al pingajo  
sagrada hija del pueblo, carnaza del taller.

Diles que ayer ha muerto una compañerita  
una pobre explotada vencida por el mal  
diles que a poco hermosa a la fábrica entraba  
y que tuberculosa ayer agonizaba  
en el último lecho de un mísero hospital  
que tus labios marchitos tal vez de tanto encierro  
se han deplorado en gritos y no besando perros  
como los besan ellas en voluptuosa unión.

Clarita, amiga y compañera  
te fuistes de este mundo sin decirnos adiós  
y en un vuelo divino llegaste a Jesús  
Y en un rincón del Chaco una viejita buena  
masticando su pena esperándote está.

Eso le dediqué a mi amiga Clarita, mi querida amiga Clarita... me sentí mejor, me siento mejor cuando lo digo porque la quise mucho".

La emoción de la memoria, el dolor evocado en el tributo a cuarenta años de la muerte fueron palpables, y están fuertemente presentes en la grabación, en el desahogo de su respiración y en el tono de su voz.

•••

La cuestión que deseo traer a este informe concierne a los usos que el historiador del trabajo puede hacer de un texto como ese. Las respuestas no fueron, en mi caso al menos, obvias. Durante algunos años el poema permaneció en una especie de limbo interpretativo, una suerte de joya anecdótica para ser exhibida como un gesto de culminación de mi parte, en un esfuerzo por ejemplificar la creatividad y subjetividad de una mujer de la clase trabajadora, en mi aná-

lisis de su testimonio oral. La gran emotividad de su representación y el poder inmediato de muchas de sus imágenes retóricas parecieron hacer innecesarios análisis posteriores. El entramado propio del poema de Doña María parecía volver redundante toda interpretación más formal: evidentemente, fue para sí misma una expresión de su angustia personal dentro de una narrativa más extensa de amargura de clase.

No obstante, la reflexión me ha persuadido de intentar ir más allá de la inmediatez del impacto resultante del poema y someterlo a algo así como una "lectura" sostenida, como un texto literario/histórico. Esto es, por supuesto, un signo de los tiempos, un reflejo del impacto del "giro (hacia lo) lingüístico" de los historiadores sociales. En otra parte he sugerido como el testimonio oral de Doña María debería ser considerado como una narración, una forma de cuento que organiza hechos y da sentido a las experiencias personales en el contexto de narraciones más amplias, más poderosas. Las estrategias de lectura aplicadas al texto más largo de la historia de una vida pueden ser aplicadas a la narrativa encarnada en un texto particular -un poema. Esto implicaría estar atentos a los aspectos retóricos del texto, con sus exclusiones y oposiciones, inconsistencias y silencios, y al uso de recursos lingüísticos tales como la metáfora. También implicaría una íntima atención a la forma y el género literario como componentes cruciales de una construcción contestataria de contenido y significado.

Mientras hay un acuerdo general sobre la importancia de las lecturas textuales de documentos litera-

rios/históricos, hay también un sinnúmero de problemas desde el punto de vista de la historia social y del trabajo. Quizá lo que más prevalezca sea la tendencia por el análisis de significados en el texto para que permanezca dentro del universo de la lógica textual, permaneciendo dentro de las propias estructuras referenciales del sistema discursivo. Ahora, la mayor parte de los historiadores sociales y del trabajo desean interrogar los textos para que los ayuden a exhumar huellas ocultas de subjetividad, "human agency" y conciencia. Aunque una implicación poderosa del "giro lingüístico" es la negación de que esto pueda ser hecho. Fuera del discurso, más allá del lenguaje y de su personificación textual, no hay nada que sea conocible, la experiencia individual está construida por y a través del discurso. Esto deja al proyecto de una historia social de las mujeres de clase obrera, como una quimera, con las trabajadoras condenadas al silencio histórico. Mucha de la historia de las mujeres llevada a cabo bajo este impulso ha implicado la reconstrucción de las categorías discursivas producidas para dirigirse a las mujeres y al trabajo femenino. Las trabajadoras están presentes en este análisis como objetos interpelados/producidos por los discursos del poder cuya lógica textual ha sido decodificada por la lectura deconstructiva. Dentro de este tipo de análisis se le ha prestado poca atención a la respuesta de las trabajadoras a esos discursos, sus luchas para construir significados e identidad dentro de estos términos discursivos.

Un poema como el de Doña María nos facilita hablar de los resultados de la subjetividad de la clase trabajadora femenina en el contexto histó-

rico concreto de la Argentina en los años cuarenta. Tomando una relativa rareza histórica –un ejemplo directo de un texto cultural de una mujer de la clase trabajadora– y realizando una lectura “a contrapelo”, podemos ser capaces de ir desde lo individual a lo social e ideológico, siguiendo la noción de Frederic Jameson de que las convenciones narrativas proveen claves “que nos retrotraen a la situación histórica concreta del texto individual en sí mismo, y nos permiten leer su estructura como una ideología, como un acto socialmente simbólico, como una respuesta prototípica a un dilema histórico”.

•••

En su nivel más accesible de significado el poema de Doña María puede ser leído como una historia de ofensa de clase construida en un lenguaje de explotación de base clasista. En verdad, fue precisamente este nivel de significado el que resonó tan inmediata y fuertemente entre sus vecinos y compañeros peronistas a quienes ella recitó el poema. En Berisso, los explotadores asociados con el trabajo en los frigoríficos eran parte de la memoria colectiva o de la directa experiencia personal de sus oyentes. Es este dibujo, sobre un origen común, de una experiencia de base clasista lo que hace que el significado del poema sea tan aparentemente evidente de por sí. Sin embargo, es aún equivalente a enfatizar la presencia de un lenguaje que nos habla directamente de explotación, y que personifica esa explotación en “verdugos” y “viles” con “frentes de reptiles”. El poema también localiza la explotación en el robo asociado con el salario laboral: “*labraste la riqueza del ladrón patentado que nada te*

*dejó*”. Esto también es un lenguaje que se refiere explícitamente a la alienación asociada con el impacto del trabajo fabril en los trabajadores como individuos:

“El ruido de las máquinas hace crisar tus nervios histérica te vuelves y pierdes hasta el yo ese yo de ironía que te hace alzar la frente y aunque muerta caminas te agotas tristemente dejando hasta el carácter en manos del patrón”.

Esta historia de explotación de clase está asimismo expresada a través del imaginario que habla de la mujer de la clase trabajadora como la “*sangrada hija del pueblo, carnaza del taller*”.

Más allá de estas muy accesibles referencias de clase, también hay lo que podríamos llamar una sensibilidad subyacente de disgusto moral y afrenta hacia la burguesía. En parte esto está expresado en las no halagüeñas imágenes usadas para describir al patrón. Quizás más sorprendentemente está también dirigido a las “*niñas burguesitas*”, quienes están construidas en imágenes que enfatizan su naturaleza perversa y patológica. Ellas son “*artificiales y enfermas mujercitas que viven cansadas de placer*”.

Si contextualizamos las condiciones de producción de este poema, la presencia de esta sensibilidad de clase deviene más clara. Es evidente que Doña María está, en parte, aproximándose a un lenguaje y una iconografía de clase disponibles en el discurso popular y de clase obrera en la Argentina de los cuarenta. Algunas de las imágenes y figuras centrales del poema están derivadas de los léxicos socialista, comunista y anarquista presentes en la Argentina desde las postrimerías del siglo XIX, y que por

momentos se aproximaban a la tradición cultural del republicanismo y radicalismo europeo. La “*sangrada hija del pueblo, carnaza del taller*”, es una imagen tomada directamente de esta tradición, como la que se encuentra en la línea anterior, que habla de la “hija del pueblo” presentando su “pecho valiente” a sus explotadores. Parece verosímil que Doña María haya tenido cierta orientación hacia este repertorio de imágenes y figuras. Sabemos que su padre era un hombre de tendencias anarquistas; sabemos también que cuando niña y joven fue inquieta y buscó conocer sobre las diferentes filosofías políticas. Asimismo, no es improbable que habiendo vivido en Berisso desde 1930 haya entrado en contacto con algún tipo de propaganda de izquierda. Comunistas y anarquistas habían establecido una perceptible presencia, aunque limitada, en los años '30 y comienzos de los cuarenta. Finalmente, también deberíamos relacionar la presencia de este discurso de clase con la naturaleza e intensidad de la propia experiencia de Doña María en los años inmediatamente anteriores a la escritura de este poema. En el espacio de dos años ella había ingresado en el frigorífico, se había transformado en representante de los obreros y había participado en dos huelgas masivas/había ayudado a organizar la huelga y la movilización del 17 de octubre de 1945 (habló aquel día en la Plaza de Mayo), fue uno de los miembros fundadores del Partido Laborista y viajó a través del país hablando sobre su plataforma para las elecciones de febrero de 1946, de las que Perón resultó presidente.

Sin embargo, mientras es claro que el poema expresa una experiencia

enraizada en conflictos de clase y utiliza un repertorio de imágenes y símbolos tomados de un discurso clasista, éstos no estaban transparentes, ni directamente disponibles para que Doña María los usara. Ellos están estructurados dentro de, y mediatizados por, un género particular –el del melodrama. Este consistía en una forma y una serie de convenciones fácilmente disponibles en una variedad de expresiones de la cultura popular que iban desde las novelas baratas, las novelas domésticas, pasando por el tango hasta las producciones teatrales populares. Gran parte de esta ficción, producida dentro de la tradiciones anarquista y socialista, era también de estilo melodramático. Las convenciones del melodrama establecen una división maniquea en el mundo, retratada entre el bien y el mal, un conflicto que es generalmente, pero no siempre, resuelto en términos éticos a favor del bien. La estética del melodrama expresa este conflicto en series de figuras estereotipadas frecuentemente descritas en términos rígidos e hiperbólicos, y encarnados en argumentos estructurados alrededor de posiciones de valores opuestos. La apelación del melodrama es compleja. Estudios recientes de su rol en la cultura británica del siglo XIX, han sugerido que actuó como algo parecido a un abovedado imaginario de la cultura popular, subyaciendo un sinnúmero de proyectos literario/culturales más específicos. Más precisamente, se le ha prestado una particular atención a su atractivo para las mujeres como un vehículo narrativo que puso en primer plano género y poder, y que proveía de un espacio textual para expresar problemas de sexualidad.

Es evidente que el poema de Doña María tiene una estructura binaria fundamentalmente melodramática reflejada en una serie de contrastes fundamentales: Clarita, la niña de la fábrica/*niñas burguesitas*; Clarita/la fábrica; Clarita/el patrón; el bien/el mal con Clarita como la encarnación esencial del bien. Ella fue, nos asegura Doña María, "un ser sobrenatural". Laura Mulvey ha mostrado como la "contradicción ideológica es la causa principal evidente y el contenido específico del melodrama". Claro está que su representación directa, de tal contradicción, formaba parte de su atractivo para los escritores de la clase obrera. De todos los términos en oposición presentes en este poema, quizás el más importante es aquel que contrasta la "*sangrada hija del pueblo*" con las "*niñas burguesitas*", la auténtica "hija del pueblo" con las "*artificiales y enfermas mujercitas que viven cansadas de placer*". Fundamentalmente, esto simboliza un contraste entre mujeres obreras sanas y naturales aunque deformadas por la explotación, y sus ilegítimas, antinaturales contrapartes oligárquicas:

"que tus labios marchitos tal vez de tanto encierro se han deplorado en gritos y no besando perros como los besan ellas en voluptuosa unión".

Ahora sería posible relacionar la estructura melodramática del poema, de un modo más general, con la retórica peronista. El discurso peronista estableció una serie de oposiciones por medio de las cuales el enemigo, el otro, era construido y distinguido en términos de criterio moral. Bianchi y Sanchis puntualizaron que Evita Perón y el peronismo oficial

construyeron un discurso precisamente alrededor de la misma clase de oposiciones: legítimo vs. ilegítimo; sacrificio vs. egoísmo; austeridad vs. frivolidad; perverso vs. saludable; lo verdaderamente nacional vs. lo antinacional. En realidad, puede ser que para comprender las fuentes, del poder y de la resonancia, del discurso peronista, deberíamos prestar más atención a su uso del estilo melodramático, que arrastra una estructura imaginativa popular impregnada con tales convenciones y figuras.

Había un gran número de variaciones de argumentos melodramáticos disponibles en la cultura popular argentina. Uno de los más comunes por cierto tal vez *el* arquetipo de la historia melodramática involucraba a una mujer de la clase trabajadora que era víctima de un hombre rico sexualmente rapaz, quien la seducía alejándola de su familia/esposo/amado. Esta historia y sus muchas variaciones involucraban, por lo tanto, una víctima femenina, un padre o amante ultrajado, y un villano rico. Era usualmente una historia de pérdidas, desesperación, abandono de la mujer y, finalmente, redención. Esta redención de la mujer desgraciada puede aparecer en términos espirituales, frecuentemente señalados por la muerte a través de la enfermedad o el suicidio, con una reconciliación en el lecho de muerte. Este era el precio moral a ser pagado por la transgresión implícita en una mujer al dejarse llevar por su naturaleza sensual, yendo fuera de las fronteras naturales de la feminidad, y cayendo en desgracia. La quintaesencia simbólica de esta caída era la figura de la prostituta. Alternativamente, la lucha entre el bien y el mal fue resuelta a través

de un retorno al estado de gloria doméstica, con el hogar representando el sitio de la felicidad donde la posición natural de la mujer podía ser restaurada, y restablecido el honor sexual de los hombres de la clase trabajadora. Frecuentemente esta resolución implicaba la presencia de la nostalgia, tan esencial a este género, el recuerdo de una edad de oro, de armonía doméstica y equilibrio moral.

Hay ecos claros de esta narrativa melodramática, tradicional, en el poema de Doña María. La muerte por tuberculosis de la heroína/víctima es quizás el más obvio. Sin embargo, hay algunas reconfiguraciones importantes que aparecen en el poema, que hablan de una sensibilidad diferente de aquella que habita las formas de la cultura popular más tradicionales en la Argentina. Beatriz Sarlo ha comentado acerca del rol simbólico, jugado en las novelas semanales de los veinte y los treinta, por la ciudad, lugar fundamental y emblema de la modernidad, como fuente de tentación y corrupción moral en esas narraciones. En el poema de Doña María la ciudad ha sido desplazada por la fábrica como significador y ubicación del mal, y este mal está definido en un imaginario fuertemente sexualizado. En realidad, el poema puede ser leído como una metáfora proyectada que iguala la fábrica y el trabajo fabril con la prostitución. En los términos imaginativos del poema, la trabajadora es la prostituta, la fábrica el prostíbulo y el capataz es el proxeneta o el cliente.

La igualación del trabajo fabril con la prostitución es establecida en el primer verso donde Clarita entra en el "*establecimiento antro de explotación*". Mientras *antro* puede significar

una caverna y puede servir como indicador de la cualidad oscura e inhumana de la fábrica como espacio de trabajo, también tiene el significado, en el lenguaje popular, de un bar barato donde las prostitutas van a hacer su negocio. Esto es seguido inmediatamente por la frase "*ganarte la vida*", que además de su sentido literal, ganarse el sustento, es también, frecuentemente, un eufemismo por trabajar las calles. Además hay una clara implicación del intercambio desarrollado entre dinero y sexo; "*ganando la vida*" ella haría "*enriquecer a viles*" y aquellos a quienes ella enriquecerá tendrán una "*lira de oro*" en lugar de un corazón —una vez más creo que es más una referencia al intercambio monetario que a cualquier sentimiento en la raíz de la relación—. Finalmente, el "*ladrón patentado que nada te dejó*" puede ser tomado para referirse no solamente al robo del salario, sino también para invocar la imagen, frecuentemente encontrada en la cultura popular, de la prostituta abandonada por el cafiolo después de que ella está demasiado enferma o demasiado vieja.

Quiero sugerir que, a un cierto nivel, la estructura imaginativa melodramática del poema de Doña María reflejaba un discurso formal sobre el trabajo femenino y la división sexual del trabajo que fue dominante en la cultura de la clase trabajadora en las comunidades como Berisso. El eslabón metafórico que une la prostitución con el trabajo fabril, en el que la trabajadora es metonímicamente transformada en puta, fue ampliamente difundido en los cuarenta. Su expresión en este texto podría ser relacionada con varias fuentes. Una vez más sugeriría que la cultura militante

asociada al marxismo y al anarquismo puede ser una de esas fuentes. La equiparación de la prostitución con el salario tiene una larga historia dentro de esa tradición. En los Manuscritos de 1844, Marx ha señalado que “la prostitución es solamente una forma específica de la prostitución general del trabajador”. Generalmente, encontramos tanto los escritos marxistas como los anarquistas, en Argentina, profundamente críticos sobre la situación de la mujer en la industria. Mientras esto era frecuentemente expresado en términos de los efectos nocivos causados por el trabajo y los salarios de los trabajadores (hombres), también fue expresado en términos de la ilegitimidad del trabajo fabril que deformaba el rol natural de las mujeres como educadoras y cuidadoras dentro del hogar. El rol de la retórica y política estatal formal era también importante. Donna Guy ha argumentado que ya por los años veinte la prostitución y el trabajo fabril habían sido colocados en el mismo lugar discursivo en la sociedad argentina, y que por los treinta la fábrica estaba reemplazando rápidamente al burdel como lugar peligroso y de contaminación.

Las actitudes populares, en comunidades como Berisso, hacia el trabajo femenino en la fábrica reflejaban tanto el discurso estatal formal como las viejas inquietudes sobre los roles de género expresados en las conductas de la cultura popular. La manifestación era ciertamente compleja. Las mujeres han jugado un papel importante dentro de la fuerza de trabajo desde la apertura de los *frigoríficos*, dominando algunas secciones, tales como la *picada* donde trabajaba Doña María, las cuales eran definidas co-

mo modos de trabajo específicamente femeninos. En los años treinta, los salarios de las mujeres se habían convertido en una parte esencial de las estrategias de supervivencia de las familias obreras de Berisso. Mirta Lobato también ha mostrado cómo el trabajo en los frigoríficos se transformó en una parte fundamental de las estrategias del ciclo de vida de las trabajadoras de Berisso. Sin embargo, un elemento profundo de la cultura obrera parece haber cuestionado la gran presencia de las mujeres en las plantas. El testimonio oral recogido en Berisso ofrece varios ejemplos. Algunas mujeres recuerdan a padres y hermanos que les decían que sólo las “perdidas” trabajaban en las fábricas; había otros que recordaban la frecuente invocación del adagio de clase obrera de que el trabajo en las fábricas era para putas. Dentro de esta sabiduría folklórica los únicos trabajos legítimos para las mujeres, fuera del hogar, eran como *enfermeras* y *maestras*. Beba Anzolini habló de su propia experiencia sobre esta actitud:

Mi madre trabajaba en la sección de conservas de Swift... cuando estaba en edad de terminar el colegio empecé a soñar con trabajar en la fábrica, me parecía excitante y sabía que el dinero ayudaría. Hablé con un capataz que trabajaba allí y dijo que me podía hacer entrar. No le dije nada a mi padre. En aquella época uno debía comprarse su propio overol y botas, ahorré y me los compré. La noche anterior a comenzar dejé mis cosas afuera para el día siguiente, estaba realmente excitada, pero cuando mi padre llegó a casa y vio los overo-

les preguntó “¿Para qué es eso?”. Cuando le conté él dijo que ninguna de sus hijas iba a trabajar en el frigorífico. Dijo que yo no tenía idea del ambiente allí dentro con tantos hombres. Mi padre dijo que si yo iba a trabajar podía ir y hacerlo en una oficina del gobierno en La Plata. Cuando crecí mi madre me contó muchas historias de cómo los capataces se aprovechaban de las jóvenes en la fábrica.

Pienso que es importante contextualizar esta fuente para comprender su peso en el texto de Doña María. Peter Brooks, argumentando que el melodrama como género tuvo sus raíces en el trastorno producido por una sociedad cada vez más secular y comercial, sostiene en su clásico trabajo sobre el tema:

“El melodrama surge en un mundo donde los tradicionales imperativos de verdad y ética han sido violentamente puestos en cuestión, aún donde la promulgación de verdad y ética, su instauración como un modo de vida, es inmediata, de interés diario”.

Acercándose a este discernimiento Judith Walkowitz argumenta que el melodrama tuvo una forma y un contenido particularmente apropiado para la clase trabajadora, evocando en términos simples e inmediatos la vulnerabilidad e inestabilidad de la vida dentro de una cultura de mercado industrializada, donde los modelos tradicionales de deferencia y paternalismo estaban siendo erosionados.

Deseo sugerir que las comunidades de trabajadores como Berisso en los cuarenta, estaban pasando por la

misma experiencia de trastorno e inestabilidad, relacionada en parte al influjo de migrantes del interior en las fábricas desde los años treinta en adelante. Es mucho lo que todavía no comprendemos de este proceso. Sin embargo, una hipótesis posible es que los nuevos inmigrantes tuvieron un impacto especialmente disruptivo en las concepciones tradicionales de respetabilidad obrera y códigos de género. Esto se intensificó en los cuarenta, cuando los frigoríficos, en respuesta a las demandas en tiempo de guerra, expandieron dramáticamente su fuerza laboral trayendo más inmigrantes a la comunidad y más mujeres a las fábricas. Tanto Swift como Armour, durante este período, hicieron funcionar tandas de obreros continuas durante las 24 horas del día.

Las tensiones generadas dentro de la comunidad pueden ser leídas en los testimonios orales, aunque son frecuentemente indirectas y están en conflicto con la narrativa de la comunidad que hablaba de la combinación armoniosa de los diferentes grupos étnicos. Están presentes, por ejemplo, en el modo en que las familias de inmigrantes europeos de la primera generación de trabajadores de Berisso eran frecuentemente representados como modelos de domesticidad, aunque muchas de sus mujeres también trabajaran. Sus casas eran descritas como ordenadas y limpias con jardines coloridos. Las mujeres europeas son buenas amas de casa que concuerdan con los ideales de la esfera doméstica, cuando no van a las fábricas. En contraste, los correntinos y santiagueños son, no con poca frecuencia, presentados como teniendo una vida familiar inestable e inadecuada, con hogares poco

atractivos e inadecuadas habilidades domésticas. Más específicamente, hay referencias de las percepciones masculinas en la época del aumento de la disponibilidad sexual de estas *negritas*. Un trabajador recordaba tanto su inocencia, como la inmediatez de su sencilla respuesta al cariño y la amabilidad:

“Ellas eran diferentes y algunas veces parecían perdidas en el frigorífico... Se vestían con ropa barata, con lo que ellas creían que estaba de moda. Se ponían una especie de pomada en base a parafina en su pelo. Se te entregaban con sólo acariciarles su mejilla”.

La percepción de la amenaza y disrupción sexual, la fractura de los viejos códigos de comportamiento de cada sexo fue también asociada con el incremento del poder adquisitivo y la independencia de las mujeres de esta época. Una activista comunista quien trabajaba a mediados de los cuarenta en las fábricas de Avellaneda, describió la situación en la puerta el día de paga:

“ellas salían corriendo por el portón ni bien habían cobrado al mediodía, y del otro lado de la calle frente a la fábrica habían docenas de vendedores que habían desplegado sus mercaderías sobre la vereda. La mayoría eran cosas baratas, ropa, joyas baratas. Pero era como si no pudieran conseguir lo suficiente, como si tuvieran sed de comprar cosas... Y bien, era lógico, nunca habían tenido dinero en sus provincias, nunca antes en sus vidas habían tenido tanto dinero, ni la oportunidad de comprarse cosas para ellas”.

El melodrama como género, encarnado como estaba en un sinnúmero de formas culturales, le proporcionó a Doña María un vehículo narrativo con el cual expresar su sentimiento de ansiedad e inquietud sobre esta disrupción.

•••

Hay un sentido, por tanto, en el que el poema de Doña María expresa, a través del uso de la estructura imaginativa del melodrama, la construcción discursiva formal del trabajo femenino que emanó de varios lugares dentro de la cultura popular argentina y de la retórica de Estado. Deseo discutir en la última parte de este ensayo que el poema puede ser leído como haciendo mucho más que esto. Ella no solamente internaliza los elementos del discurso dominante y luego los discute en su texto. La ideología a ser descubierta en el poema no es simplemente la de Estado, pero tampoco es un producto puro de una agencia creativa. Ni el texto, ni la subjetividad en él contenida, son transparentes o precisos. Ahora deseo tantear y desmenuzar los elementos de un contra-discurso presentes en el poema.

Paula Rabinowitz en su estudio sobre la ficción proletaria en los Estados Unidos en la década del treinta, *Labor and Desire*, puntualiza que las narrativas de mujeres que procuran construir la subjetividad de las trabajadoras muestran, en sus textos, signos de lo que ella llama “inestabilidad de género literario”. El poema de Doña María muestra claros signos de esa inestabilidad. Hay un sinnúmero de modos en los que el poema viola las convenciones de estilo en que fue concebido. Está claro que en esta trama las mujeres no son presentadas como las responsables por su degra-

dación más profunda. No hay una fundamental transgresión individual originada por la naturaleza femenina. Las mujeres no son construidas como fuentes de corrupción, como si lo son tanto en las novelas baratas como en el tango de la época. Mientras la prostitución es una imagen clave, es conservada en el nivel de imagen metafórica. La verdadera heroína, Clarita, es retratada consistentemente en términos de su pureza, su belleza y bondad. Otra divergencia significativa tiene que ver con el papel del hombre. Ellos están, con excepción del patrón, ausentes en esta trama. Realmente, no hay héroes agraviados de la clase obrera –padres, maridos, hermanos o novios– que intentaran un reclamo de la víctima/mujer desgraciada. Aún más, no hay nadie que pueda rescatar a Clarita del abuso del trabajo fabril. Esto indica otra desviación del género. No es posible que aquí haya un final feliz. Las tramas melodramáticas generalmente ofrecen una pintura catártica de un drama moral con su resolución por medio de una vuelta nostálgica a un orden en donde los valores tradicionales son recobrados. En el poema de Doña María no hay nostalgia, ni lugar para la fijación melodramática de “la herida de la historia”.

¿Qué nos pueden decir estas violaciones de género? Creo que son testimonio, como sugiere Rabinowitz, del intento de escribir acerca de la subjetividad de las trabajadoras dentro de una formación cultural cuyas convenciones de género, repertorios y figuras dominantes eran fundamentalmente inadecuadas para esa tarea. Como sugiere Jameson, tales desviaciones de género pueden aportar pistas acerca de los significados

ideológicos más profundos del texto. Tal vez la desviación más significativa al respecto sea la presencia del cuerpo femenino y la representación de la sexualidad femenina en la narración. Doña María inscribe el cuerpo femenino en el corazón de su poema y expresa la experiencia del trabajo en la fábrica en términos completamente sexualizados. La estrofa que comienza “*El ruido de las máquinas...*”, puede ser leída no sólo como una declaración generalizada acerca de la alienación del trabajo fabril moderno, sino también, indirectamente como lo que la explotación y la maquinaria hacen a los cuerpos de mujer. Clarita “histérica” perderá “hasta el yo” y “exhausta” dejará “hasta el carácter en manos del patrón”; más adelante describe al ladrón/patrón como quien “nada te dejó”. Dentro de la economía moral del poema, esto debe ser leído como haciendo referencia a la pérdida de la virginidad. Habiéndola explotado económicamente, el sistema le quita lo único que le queda, su honor sexual –“*hasta el carácter*”–. El poema, de este modo, advierte claramente que las mujeres no sólo intercambian su fuerza de trabajo a cambio de dinero. Después de todo, en términos del contrato de trabajo, no es cierto que el ladrón/patrón la deje sin nada. Sin embargo, detrás del contrato salarial hay otro, el contrato sexual, que incluye algo más fundamental –un reclamo para controlar y acceder al cuerpo femenino. De un modo fundamental, aunque expresado indirectamente, Doña María está arriesgando una demanda para que sea reconocida la diferencia; el trabajo en la fábrica no es vivido de igual manera por hombres y mujeres.

Esta demanda es reforzada por otro aspecto del poema. Hay fuertes referencias de violación. Estas llevan al poema más allá de un general eslabonamiento metafórico entre prostitución y trabajo femenino, dándole un fundamento mucho más concreto en el cuerpo de mujer y la violencia sobre él registrada. La línea más significativa a este respecto es: “*que tu pecho valiente presentarás al pingajo*”. Como ya hemos sugerido, ésta es una imagen tomada de la iconografía tradicional de la clase obrera: Marianne, la República, es frecuentemente pintada con el torso desnudo en el imaginario republicano francés del siglo XIX. No obstante, la línea no tiene un sentido no literal en tanto “pingajo” significa harapo o andrajo. Doña María parece haber combinado dos palabras separadas, “pinga” que significa “aguijón”/“gallo” en la jerga y “vergajo” –“verga del toro que después de cortada y seca es usada como látigo”. La imagen es, por supuesto, inmediatamente transformada de la reivindicación de una virtud de la proletaria a la ultrajación violenta, con el cuerpo de mujer presentándose, mirando de frente, con el torso expuesto, hacia el instrumento de violencia sexual. Esta lectura también ofrece otro significado para la línea siguiente: “*sangrada hija del pueblo*”. “Sangrada” ahora puede ser interpretada como el derramamiento de sangre causado por la violación.

•••

Deseo sugerir que los elementos que hemos estado discutiendo pueden ser vistos como expresando lo que Raymond Williams llamó una emergente “estructura de sentimiento”. Este autor desarrolló el concepto de estructura de sentimiento para

agendar el problema de relacionar formas culturales y artísticas con cambios en la formación social, sin recurrir al modelo de base/superestructura del marxismo tradicional. Una estructura de sentimiento sugiere no una ideología formal o una visión del mundo expresada en el texto, sino más bien, lo que Williams llama “significados y valores en tanto son activamente vividos y sentidos”, “una cualidad particular de la experiencia social y afinidad”. Una estructura de sentimiento emergente está directamente relacionada con la tensión entre las interpretaciones recibidas, disponibles en el discurso dominante, y las prácticas, experiencias vividas por los actores sociales. Tales tensiones son frecuentemente, argumenta Williams, difíciles de expresar dentro de las formas y convenciones establecidas, y en ausencia de vehículos alternativos quedan presentes como “una intranquilidad, una tensión, una desviación, una latencia”. Por cierto que, frecuentemente hay experiencias “para las que las formas establecidas no hablan para nada, que verdaderamente no reconocen” y cuyos trazos sólo pueden ser ubicados en la estructura de sentimiento del texto. En este caso la estructura de sentimiento hace referencia a “elementos característicos de impulso, compulsión y tono; específicamente elementos afectivos de conciencia y parentesco”. Los ideales sociales y las cualidades particulares de la experiencia social encarnadas en una estructura de sentimiento producen sus formas narrativas particulares, sus tipologías del conflicto y de resolución, sus repertorios de personalidades que constituyen lo que Williams define como sus “figuras semánticas” características.

En el poema de Doña María podemos desenterrar rastros de la tensión entre una interpretación heredada del trabajo femenino y la real experiencia vivida que Doña María deseaba expresar. El resultado es que podemos leer huellas en el poema de lo que puede ser descrito como una emergente, estructura de sentimiento de género –en crecimiento– entre las trabajadoras. Esto está reflejado en una figura semántica –la trabajadora que soporta las marcas del trabajo fabril sobre su cuerpo y cuya experiencia está expresada en un lenguaje sexualizado. Está también, no obstante, reflejado en un tono e impulso característicos de amargura y enojo –una posición no asociada generalmente con mujeres pobres en las formas tradicionales. La voz que encarna enojo es finalmente la de Doña María y no la de Clarita. Doña María como narradora es la “presencia ausente” que busca expresarse en el poema, y esta presencia ausente está representada en lo que quizás sea la más novedosa de las figuras semánticas que emergen del poema –una agresiva, amenazante presencia femenina. Nuevamente, quiero enfatizar que ésta es una cuestión de tono, de inferencia, de matiz más que de personificación directa. Esta presencia no es aquella de la figura maternal y nutritiva del melodrama clásico, ni tampoco el de la víctima femenina pasiva. La narradora ausente es más bien una figura materna y la historia que ella cuenta puede ser vista como un gesto hacia los hombres, al mismo tiempo enojada y amenazante. Por cierto que, puede ser alcanzado, no muy lejos, para sugerir que hay ecos de los más amenazantes arquetípicos símbolos femeninos: la mujer con un

revólver, *the red riflewoman*, la madre fálica que también castra.

Si esta interpretación llega a ser posible, es importante enfatizar las profundas dificultades que una trabajadora como Doña María debe haber enfrentado al intentar expresar sentimientos como estos. Como ya hemos sostenido, el intento de expresar la subjetividad femenina, dentro de formas establecidas, tendía a deformar las convenciones narrativas disponibles. Enfrentada con la insuficiencia de las figuras semánticas existentes, la ausencia tanto de un lenguaje apropiado como de modelos de trama, ella luchó para inventar nuevos, reconfigurar los viejos y hacer uso de los rodeos y tonos. El esfuerzo hizo todo más difícil, por supuesto, por la dudosa legitimidad –sino franca ilegitimidad– de la experiencia y sentimiento que ella estaba tratando de transmitir. En la Argentina de 1946 era extremadamente difícil presentar el tema del cuerpo femenino y de la sexualidad femenina, en un momento en que no habían entrado en la arena de la esfera pública y de la política obrera. Por esta ausencia, era extremadamente difícil para una trabajadora hablar legítimamente del cuerpo como un elemento que define su subjetividad. Las narraciones existentes de experiencia de clase del trabajo fabril eran exclusivamente masculinas. Doña María misma ya había sido señalada como una “mujer atrevida” por su militancia. En este contexto, en un momento de profunda angustia y dolor, en una casa fría y en el medio de la noche Doña María Roldán se sentó para expresarse en un poema. Creo que fue una realización extraordinaria y no sin significado para el historiador.

Algunos años atrás sugerí en un ensayo que la emergencia del peronismo como movimiento de masas en los años 1945/6 se trataba de una singular coyuntura que daba expresión a todo un campo de tensiones y conflictos, dentro de la sociedad argentina, que habían sido reprimidos hasta ese momento. Tengo en mente, sobretodo, problemas de poder simbólico y cultural. Durante un período breve la irrupción de estos conflictos que eran de un tenor diferente que aquellos, más específicos, conflictos económicos de clase amenazaron con ir más allá de la habilidad del estado peronista para canalizarlos. Puede suceder que el tono de las relaciones de

género y ansiedades expresadas en el poema de Doña María deban ser sumados a los elementos que potencialmente amenazaban con quebrantar la armonía de la Argentina peronista. En ese caso, sería necesario pensar el rol de Evita Perón, del Partido Peronista Femenino y muchas de las políticas sociales del Estado peronista, no solo en términos de su poder movilizador, sino también como formas de disciplinamiento. En este sentido, podrían ser vistos como modos de imponer la "trama melodramática" que el poema de Doña María ha rechazado tan firmemente ■

Traducción: Diego Bussola

#### Bibliografía citada

- Susana Bianchi y Norma Sanchis, *El partido peronista femenino*, Buenos Aires, CEAL, 1986.  
 Peter Brooks, *The Melodramatic Imagination*, Yale University Press, 1976.  
 Donna J. Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.  
 Daniel James, "Historias contadas en los márgenes. La vida de Doña María: historia oral y problemática de géneros" en *Entre pasados*, No 3, Fines de 1992.  
 Daniel James, "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina" en Juan Carlos Torre

- (comp), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 1995.  
 Frederic Jameson, *The political unconscious*, Cornell University Press, 1981.  
 Mirta Lobato, "Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del Frigorífico Armour, 1915-1969" en *Anuario, IEHS*, No 5, Tandil, 1990.  
 Paula Rabinovitz, *Labor and Desire*, University of North Carolina Press, 1991.  
 Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos*, Buenos Aires, Catálogos, 1985.  
 Judith Walkowitz, *City of Dreadful Delights*, Chicago University Press, 1992.  
 Raimond Williams, *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Península, 1980.

## El pasado que no pasa: la Historikerstreit y algunos problemas actuales de la historiografía

José Onega Acher\*

### En Debate

La "Historikerstreit" (Controversia de los historiadores, en alemán: Historikerstreit) que se desarrolló en Alemania entre 1986 y 1989, tiene un interés particular para los historiadores. Si bien la caída del muro de Berlín (con todo lo que se ha llevado consigo) y la unificación alemana han cambiado algunos de los supuestos históricos que condicionaron los primeros pasos de la HS, los problemas básicos de la discusión continúan irresueltos como problemas teóricos e historiográficos y, mucho menos aún, el cuestionamiento de la polémica plantea a la naturaleza de la práctica y la deontología de los historiadores -si es que existe alguna- no ha perdido vigencia. En una lectura netamente historiográfica se pueden identificar tres núcleos temáticos implícitos: 1) la especificidad de la actividad del historiador frente o en la sociedad (en otras palabras, su práctica), la relación de las instancias ética y política con dicha práctica considerada en su globalidad objetiva; 2) el problema de la disolución del referente (el "hecho"), la narración y -en un sentido distinto- la anulación mil-

crohistórica de una lógica social, in-...  
 de integración social y, funda-  
 mentalmente, de la idea de comuni-  
 dad (clase, nación, patria, etc.). Este  
 artículo intenta realizar un balance  
 de los debates llevados a cabo, trata-  
 do de reconocer aquellos elementos  
 que puedan servir como fuente de re-  
 flexión a los historiadores latinoame-  
 ricanos en tanto existen cuestiones  
 generales que exceden las determina-  
 ciones de la HS -en el caso que se la  
 considere un tema "alemán"- y que  
 conciernen a todos los intelectuales  
 interesados en la historia como cien-  
 cia social y que buscan aclarar su  
 participación en una sociedad con-  
 flictiva como la nuestra. La segunda  
 cuestión, es decir, ¿un historicis-  
 mo absoluto como método de toda  
 la problemática social, o una des-  
 de una perspectiva crítica, es  
 la hipótesis de trabajo? Y  
 ello en dos sentidos: como  
 enunciado de una práctica y como  
 antes de la historia desde  
 el siglo XIX. Y, se-  
 gundo, como una  
 de de crítica y de  
 hay presentes en la práctica que ha-



\* Universidad de Buenos Aires

Algunos años atrás jugué en un ensayo que la emergencia del peronismo como movimiento de masas en los años 1945/6 se trataba de una singular coyuntura que daba expresión a todo un campo de tensiones y conflictos, dentro de la sociedad argentina, que habían sido reprimidos hasta ese momento. Tengo en mente, sobre todo, problemas de poder simbólico y cultural. Durante un período breve la irrupción de esas conflictos tenía un tenor diferente que aquellos más específicos conflictos económicos que se desarrollaban en la zona de la industria textil y la siderurgia para canalizarlos. Fuede suceder que algunas de las relaciones de

género y ansiedades expresadas en el poema de Doña María deban ser sueltas a los elementos que potencialmente amenazaban con quebrantar la armonía de la Argentina peronista. En ese caso, sería necesario pensar el rol de Evita Perón, del Partido Peronista Femenino y muchos de las políticas sociales del Estado peronista, no solo en términos de su poder movilizador, sino también como formas de disciplinamiento. En este sentido, podrían ser vistos como modos de comprender la "trama melodramática" que el poema de Doña María ha relacionado con Ensayo #

Traducción: Diego Bussoia

#### Bibliografía citada

Susana Bianchi y Norma Sauchak, *El partido peronista femenino*, Buenos Aires, CIAL, 1986.  
 Peter Brooks, *The Invention of Soliloquy*, Yale Univ. Press, 1986.  
 Donna J. Haraway, *La prostitución legal*, Buenos Aires, 1985.  
 Daniel J. Gold, *Los obreros en los márgenes del imperio: la historia oral y la "memoria" en los suburbios*, Buenos Aires, 1985.  
 Daniel J. Gold, *El día de 1945: el peronismo, los obreros y la clase obrera argentina*, en Juan Carlos Torre

(comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, 1995.  
 Enderle Jameson, *The political unconscious*, Cornell University Press, 1989.  
 Mirra Lofano, "Mujeres en la fábrica. El caso de las obreras del Frigorífico Agrario, 1915-1969" en Armando, IJES, No 5, Tandil, 1990.  
 Paula Rabino-vitz, *Labor and Desire*, University of North Carolina Press, 1991.  
 Benítez Sario, *El imperio de los suburbios*, Buenos Aires, Caillogos, 1985.  
 Judith Walkowitz, *City of Dreadful Delights*, Chicago University Press, 1992.  
 Raymond Williams, *Marxismo y Literatura*, Barcelona, Península, 1980.

## El pasado que no pasa: la Historikerstreit y algunos problemas actuales de la historiografía

José Omar Acha\*

La "Historikerstreit" (Controversia de los historiadores, en adelante HS) que se desarrolló en Alemania entre 1986 y 1989, tiene un interés particular para los historiadores. Si bien la caída del muro de Berlín (con todo lo que se ha llevado consigo) y la unificación alemana han cambiado algunos de los supuestos históricos que condicionaron los primeros pasos de la HS, los problemas básicos de la discusión continúan irresueltos como problemas teóricos e historiográficos y, mucho menos aún, el cuestionamiento que la polémica plantea a la naturaleza de la práctica y la deontología de los historiadores—si es que existe alguno—ha perdido vigencia. En una lectura netamente historiográfica se pueden identificar tres núcleos temáticos implicados: 1) la especificidad de la actividad del historiador frente o en la sociedad (en otras palabras, su práctica), la relación de las instancias ética y política con dicha práctica considerada en su globalidad objetiva; 2) el problema de la disolución del referente (el "hecho"), la narración y—en un sentido distinto—la anulación mi-

crohistórica de una lógica social, inmunes a la crítica, como posibilidades ciertas de un historicismo absoluto; 3) la historia como fundante de lazos de integración social y, fundamentalmente, de la idea de comunidad (clase, nación, patria, etc.). Este artículo intenta realizar un balance de los debates llevados a cabo, tratando de reconocer aquellos elementos que puedan servir como fuente de reflexión a los historiadores latinoamericanos en tanto existen cuestiones generales que exceden las determinaciones de la HS—en el caso que se la considere un tema "alemán"—y que conciernen a todos los intelectuales interesados en la historia como ciencia social y que buscan aclarar su participación en una sociedad conflictiva como la nuestra. La segunda cuestión, es decir la de un historicismo absoluto como base teórica de toda la problemática, considerada desde una perspectiva historiográfica, es la hipótesis más fuerte de este texto. Y ello en dos sentidos: primero como enunciado sobre las raíces dominantes de la historiografía alemana desde el siglo XIX hasta la actualidad y, segundo, como afirmación sobre una serie de confluencias más amplias hoy presentes en el análisis que ha-

\* Universidad de Buenos Aires

cen algunos autores –no sólo europeos– sobre la cientificidad de la historia. En este sentido –junto a sus implicancias políticas– se podría decir que la HS y su problemática son un problema *nuestro*. El tiempo transcurrido, por otra parte, permite extraer conclusiones que en su momento no estaban claras y *releer* la controversia, dándole pertinencia al caso.

### Los términos de la revisión

La controversia se desató luego de que Jürgen Habermas publicara un artículo en el periódico "Die Zeit", acusando un intento de apologizar el genocidio nazi [Habermas, 1986a]<sup>1</sup>. El objetivo principal de la crítica del filósofo de Frankfurt fueron las ideas al respecto sostenidas por Ernst Nolte, Andreas Hillgruber, Klaus Hildebrand y Michael Stürmer en escritos aparecidos entre 1985 y 1986, llamados irónicamente "la banda de los cuatro" o más asépticamente "a new coalition of historians" [Maier, 1986:36]<sup>2</sup>. El autor de *El fascismo en su época* publicó un artículo donde establecía la idea básica que marcó todo el debate: el genocidio nazi no es una excepción en la historia, las matanzas de los stalinistas en la década del 30 en la URSS fueron un precedente que tuvo una relación de causación ("kausal Nexus") respecto al "Holocausto". Por lo tanto –deduce Nolte– hay que desmitificar el carácter demoníaco (único en la historia) de los asesinatos de judíos y eslavos, y realizar una revisión de la historia del Tercer Reich, que permita concretar una presentación objetiva del fenómeno y

quitar a los alemanes la culpa que los persigue desde la posguerra –"die Vergangenheit, die nicht vergehen will"–. La proposición fundamental es que "El Tercer Reich debe ser retirado [herausgenommen] del aislamiento en que aún se encuentra, cuando se lo observa en el marco de la 'Época del fascismo'...necesita en particular ser relacionado a la revolución rusa como su pre-condición más importante..." [Nolte, 1987(a):33]. Más aún, otros asesinatos masivos son detectables –a veces sólo en calidad de elucubraciones teóricas– en repetidas oportunidades en la época contemporánea: los libros de de Maistre, Barruel, el malthusianismo, Napoleón y Clausewitz con sus estrategias de exterminio y, naturalmente para Nolte, las figuras de Lenin, Zinoviev y Stalin. La exterminación hitleriana de judíos obedeció a diferentes motivaciones (en lugar de la destrucción de una clase social –la burguesía– por los bolcheviques se encontraría allí una "raza" enemiga: la judía) y fue más irracional y con mayor carga de odio que el original descrito por Solzenitsyn en su libro sobre el "Archipiélago Gulag", "pero no cambia nada el hecho que la llamada exterminación de judíos del Tercer Reich fuera una reacción o una copia deformada [de la exterminación soviética] y que no fue un acto primero u original" [Nolte, 1987(a):33]. Luego de la crítica de Habermas, Joachim Fest –miembro del comité editorial del conservador "Frankfurter Allgemeine Zeitung" [en adelante FAZ] y autor de una famosa biografía de Hitler– apoyó la postura de Nolte y se preguntó si la muerte masiva por medios

industriales, que Nolte considera distintiva del nazismo frente al stalinismo [también Schulze, 1986], no fue acaso también utilizada por Stalin [Fest, 1987:103].

La "normalización" del Holocausto y el Tercer Reich, se continuó con una reevaluación de la acción de las fuerzas armadas alemanas, que combatían a partir de 1944 deteniendo el avance del Ejército Rojo en el frente oriental, manteniendo al mismo tiempo las condiciones del genocidio (sabemos que Himmler ordenó acelerar los envenenamientos con gas cuando se conoció la derrota en Stalingrado). La obra de Andreas Hillgruber cumple este cometido: *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*. Esta "doble destrucción" constituida por el descuartizamiento de Alemania y el fin del judaísmo europeo, suscitó en Habermas una crítica en dos niveles. En principio, se asistía –para el discípulo de Th. Adorno– a una presentación eufemística del Holocausto, denominando el asesinato en masa como una operación abstracta (Ende, "fin") de un concepto (el judaísmo), mientras que se procede a dramatizar teatralmente la lucha del ejército alemán contra las "hordas rusas" que vendrían violando y asesinando mujeres y niños, para luego dividir a Alemania, todo ello calificado como una "Zerschlagung" ("Destrucción"). Pero, por otra parte, Habermas sostuvo que Hillgruber aprobaba la defensa del frente oriental (eliminando cualquier co-responsabilidad del ejército con lo sucedido en los campos de concentración) como infinitamente

preferible a dar lugar a un saqueo incontrolable del pueblo alemán. Otra identificación con la suerte de los alemanes se expresaba en el texto de Hillgruber respecto a la resistencia alemana contra los nazis. En efecto, Hillgruber recurre a una distinción –proveniente de Max Weber, aunque no hay una referencia explícita– entre una ética de la responsabilidad y una ética de la convicción, sosteniendo que los atentados contra Hitler eran equivocados, no porque no fuesen idealmente correctos (ética de la convicción), sino porque debilitarían a las fuerzas de defensa y dejarían la vía libre para las "orgías del ejército rojo" (ética de la responsabilidad: los militares *debían* cumplir sus funciones). Naturalmente, Hillgruber no se solidariza con los nazis. Su convivencia se refiere –según él– "al pueblo alemán como un todo" y en particular con los alemanes de la zona oriental, como ha aclarado furiosamente [Hillgruber, 1987:340]. Ahora bien, la pregunta es porqué el renombrado historiador de Colonia no se solidarizó con aquellos que estaban siendo exterminados en los campos de concentración mientras la Wehrmacht defendía el frente oriental. Es evidente que estos planteos ponen en cuestión la valoración política de la oposición anti-nazi y la acción de los Aliados [Perels, 1987:371]. Esta postura, caracterizada por Maier como un "historicismo vulgar" [1986:38, una opinión menos dura en Habermas, 1990:149-156], es una de las aristas más importantes de la discusión, pues expresa un viraje muy claro en la concepción de la función de la historia que sostiene un

sector de la disciplina (Historia) y los grupos políticos en Alemania.

Una revisión alternativa pero no contradictoria de la historia alemana (y europea) la formuló también en 1986 Michael Stürmer –retomando ideas expuestas por otros autores–, sosteniendo la determinación que significa la posición mediterránea de Alemania en Europa, a la cual se deberían los conflictos desatados en los dos últimos siglos (y entre ellos ambas guerras mundiales). De esa manera, puede sostener que la guerra y la derrota de Alemania “tiene que ver más con la posición estratégica de Prusia y Alemania en Europa que con otras continuidades del Estado y la sociedad en Alemania y Europa.” [Stürmer, 1986(a):255]. Dicho con mayor precisión por Hagen Schulze: “La gran constante de la historia alemana es la posición intermedia en Europa; el destino de Alemania es la geografía.” [citado por Kocka, 1987:139]. La guerra (independiente de la voluntad de los hombres) y el genocidio (debido a la amenaza soviética de acuerdo a Nolte y Fest) pueden pensarse –ahora– como un todo coherente que libera a los alemanes de ese recuerdo trágico que Karl Jaspers inmortalizó con la expresión “Schuldfrage” (La cuestión de la culpa)<sup>3</sup>.

Ahora bien, observado en una óptica más amplia, como en su intervención en la polémica ha señalado Karl Dietrich Bracher, los argumentos no son precisamente nuevos y se hallaban contenidos en la discusión entre los usos de los conceptos de totalitarismo y fascismo en las décadas de los años cuarenta y cincuenta [Bracher, 1987, v. también Evans,

1987:791-792]. El mismo Bracher ha enunciado hace tiempo los resultados del empleo de la idea de totalitarismo que defiende y la comparación inevitable: “La transformación del delito en mérito, del asesinato en salvación, de la brutalidad en humanidad, demostrada de la manera más extrema en la justificación del genocidio de las SS de Himmler, pero también en las ‘limpiezas’ y deportaciones, en los procesos públicos y los lavados de cerebro de los sistemas comunistas, forma parte de las estremecedoras consecuencias de esta moderna y totalitaria inversión de los valores.” [Bracher, 1983 (1976)]<sup>4</sup>. En 1978 Klaus Hildebrand, de frecuente participación en la “Streit” afirmaba con prudencia, pero afirmaba al fin: “En lo que concierne al genocidio y a la utopía racial, esbozada conscientemente y puesta en práctica en forma parcial, difícilmente se puede poner en entredicho que hoy, dentro del marco de la historia europea (si bien hay que decir que no se han tenido en cuenta suficientemente hechos comparables acaecidos en el pasado en el ámbito extraeuropeo), domina la impresión de que el Tercer Reich fue un fenómeno histórico singular incluso en relación con la otra dictadura del siglo XX, dictadura, por lo demás, igualmente condenable por el radicalismo de sus ideas y de sus acciones. Desde luego, a este respecto no se debería olvidar que, hasta el momento, poseemos tan sólo conocimientos insuficientes sobre posibles fenómenos de carácter equivalente que hayan podido acaecer en la Rusia posrevolucionaria. La valoración del Tercer Reich podría relativizarse –horri-

bile dictu– en el caso de que en un futuro incierto para nosotros, se produjesen avances de carácter historiográfico.” [Hildebrand, 1988 (1978):175, subrayado nuestro]. G. Barraclough había señalado ya a principios de los años setenta que el transcurso del tiempo (la distancia histórica), permitía por fin, estudiar al nacionalsocialismo en una dimensión “normal” [Barraclough, 1972]. Y desde su primer libro importante Ernst Nolte pensaba en la contemporaneidad necesaria y causalidad (entonces muy mediatizada) entre fascismo y marxismo (lo que es lo mismo, de acuerdo a Nolte, comunismo de cuño stalinista): decía que “...sin marxismo no se daría [el] fascismo, que el fascismo está tan lejos y tan cerca del comunismo como el anticomunismo liberal, que necesariamente por lo menos señala la tendencia a una ideología radical y que no puede hablarse de fascismo allí donde no están presentes por lo menos principios de organización y propaganda comparables a los ‘marxistas’.” [Nolte, 1967 (1963):37].

Por consiguiente, la pregunta es ¿por qué en 1986 se hace explícito un proyecto de revisión de la historia del Tercer Reich que radicaliza ideas latentes tiempo atrás, y que en dicho año se presentan como una opción que busca relegar la investigación anterior al terreno de la mitología?, ¿por qué razón en ese momento la tesis de K. Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945) de postular el origen del nazismo en la “teoría de la guerra de clases” que enseñaría el marxismo puede parecer científicamente respetable para algunos círculos de influencia nada despreciable?



Bitburg

Dirigentes de primera línea en el espectro político alemán –especialmente los pertenecientes a la Unión demócrata-cristiana (CDU)– como Helmut Kohl o Richard von Weizsäcker han indicado el papel que las élites esperan que hoy cumpla la historia. R. von Weizsäcker ha expresado claramente –en un congreso de historiadores– que el historiador debe “hacer de su ciencia no sólo un discurso entre científicos, sino influir en el autoentendimiento y autoconciencia de un pueblo. Ello lleva responsabilidad no sólo para la corrección de sus resultados sino también para su modo de intervención [Vermittlung]” [1991]. Alfred Dregger, entonces presidente de la fracción de la CDU en el parlamento (Bundestag) sostuvo en un debate (10-9-1986): “cuidémonos de hacer una anulación de la historia [Geschichtslosigkeit] y una desconsideración contra la propia Na-

ción. Sin un patriotismo elemental, que en otros pueblos es evidente, tampoco nuestro pueblo puede sobrevivir.” [citado en Broszat, 1986:194]. Es un discurso similar, *mutatis mutandis*, al que es llevado al plano de la historiografía por los revisionistas y en particular M. Stürmer, quien entonces era asesor de H. Kohl.

No obstante, el marco político mayor y la clara postura adoptada por los Estados Unidos fueron los desencadenantes de las tendencias que –insistimos– ya existían en forma solapada. El embajador norteamericano Richard Burt había retomado en mayo de 1986 públicamente la idea de la “hora cero” de la historia alemana (1945) y sostenido la necesidad de los alemanes de liberarse del pesado recuerdo omnipresente del período 1933-1945, recuperando los elementos positivos de su historia. Pero la señal más clara fue, sin dudas, la conmemoración del 40 aniversario de la capitulación. En esa ocasión R. Reagan presidió una ceremonia de recordatorio en un cementerio de soldados del ejército alemán (en Bitburg), donde yacían miembros de las tropas de la SS. Esto provocó airadas protestas, dado que no se eligió conmemorar el episodio en un lugar donde estuvieran las víctimas sino los victimarios (o quizás quienes se podrían identificar con ellos). Como forma de compensación se tuvo que organizar una ceremonia similar en el campo de concentración de Bergen-Belsen. En sí, Bitburg mostró una disposición a eliminar la opresividad del recuerdo, ya que la tesitura de las alocuciones se dirigía más bien a mostrar la hermandad entre los alemanes y los

occidentales, que siempre habían combatido contra el “imperio del mal” (famosa designación de entonces de R. Reagan para la URSS). En su discurso en Bitburg (y téngase presente la influencia política de ello) Reagan aludía a la igualdad entre el fascismo y el comunismo, reflatando la idea de totalitarismo que había surgido con la guerra fría [v. Reagan, 1985:50].

El avance de las ideas políticas y económicas neoliberales a principios de los años ‘80 se cristalizaron en Alemania con el desplazamiento del gobierno socialdemócrata y el ascenso de Helmut Kohl como canciller y jefe de gobierno en 1983. La HS no fue el producto de una crisis de legitimidad del sistema político de la República Federal tal como pensaba Hans Mommsen [1986:864], sino una de las condiciones necesarias para la conformación de lo que en términos de Antonio Gramsci podríamos denominar –rigurosamente– como un nuevo bloque histórico. Como vió muy bien Christian Meier, la HS tiene que ver más con el futuro que con el pasado de Alemania (pensando en el plano político, ya que para las víctimas remite, indudablemente, a un pasado penoso) [Meier, 1987(b):268]. El momento político-cultural estaba preparado para la revisión de la historia alemana de acuerdo a las necesidades y la nueva estrategia de las élites en el poder [Diner, 1987:64]. Fue una disputa por la hegemonía cultural en sentido estricto.

#### La controversia de los historiadores

La historiografía alemana no se ha

destacado por un bajo nivel de polémica en su historia. Desde que la historia es una profesión se han sucedido varias discusiones que interesaron a gran parte de la sociedad alemana. En noviembre de 1879 el renombrado historiador Heinrich von Treitschke inició en el *Preussischer Jahrbücher* lo que se dió en llamar la “Disputa del antisemitismo” (Antisemitismsstreit) en la cual participaron Theodor Mommsen, Karl Fischer, Harry Bresslau y otros [v. Craig, 1987]. Una acalorada discusión se produjo a principios de la década del ‘60, con las tesis de Fritz Fischer sobre la responsabilidad alemana en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial (continuidad Bismarck-Hitler). Situadas en momentos claves de la historia, estos debates muestran la importancia del simbolismo histórico en la política. La HS indica la permanencia de la historia como un elemento crucial para la formación político-cultural de un Estado nacional<sup>5</sup>.

En estos términos es como se conceptualiza la discusión para los neo-revisionistas. “Las bases del interés en la historia han sido desplazadas. No se espera tanto de la discusión pública acerca de la práctica de la historia el esclarecimiento, la crítica de la auto-comprensión o la contribución a la emancipación, sino mejor se desea ayudar al encuentro de una identidad o la contribución a la fundación de un sentido [Sinnstiftung]” [Kocka, 1987:132]. Sentido e identidad a través de la historia que para Hillgruber se dirigía en principio contra el intento que se verificaba en la RDA de mostrar un camino que dirigía toda la historia alemana (a excepción del nacio-

nalsocialismo que era considerado un instrumento de los capitalistas para someter a los trabajadores) hacia la, supuestamente, legítima representante del pueblo alemán: claro, la RDA. Contra esa historia creía imprescindible construir una contrafigura (Gegenbild) que ordene el desarrollo histórico hacia el ordenamiento “libre y democrático” de la RFA: “Ello me parece una perspectiva necesaria, no sólo histórica, sino también políticamente” [Hillgruber, 1986:240-241, v. además Evans, 1991:38]. Ante los embates contra este uso de la historia, M. Stürmer se quejaba amargamente de que en Alemania no se pudiese escribir un libro como el de F. Braudel (*La identidad de Francia*, 1986), donde éste dice amar a Francia, con lo que le gusta de ella y con aquello que no [Stürmer, 1986]<sup>6</sup>.

La rehabilitación de las figuras de Lutero, Bismarck, Federico el Grande y la revalorización de la época guillermina que se ha verificado en los últimos años, muestran un intento de concebir la Nación alemana como una continuidad sólo interrumpida –quizás– por el Nazismo. Esta es, por otra parte, una característica relevante del tratamiento del tema y el papel asignado a la “Nación” en la historiografía alemana [Sheehan, 1981], aunque actualmente vuelve a acentuarse. Frente a esa historia de lo global que enfatiza un marco nacional (como un sujeto histórico), la propuesta más bien ligada a la izquierda y a la socialdemocracia se remite a una historia local y de la vida cotidiana (*Lokalgeschichte* y *Alltagsgeschichte*), en una línea de fuga distinta a la de los conservadores [W. Mommsen,

1987:304]. Como veremos, esa "micro-historia" que buscaba recuperar las estrategias de participación y resistencia fue apropiada luego para la historización absoluta del Tercer Reich.

Sin embargo, aun la idea tempranamente ensayada por F. Meinecke de postular la discontinuidad del III Reich de la historia alemana como un todo (Cfr. *La catástrofe alemana*, 1946), era en 1986 pasible de revisión. "La identificación de la historia nacional exige –escribe Habermas– una relativización del valor de la posición [Stellenwert] que mantiene negativamente el período nazi; para ese objetivo no es más suficiente desgajar el período, que necesita ser nivelado en su significación en tanto carga" [Habermas, 1987(b):249]. El problema de fondo, antes como ahora, es el de la complicidad del nacionalsocialismo y las élites tradicionales, que constituye el verdadero "escándalo político que carga, desde entonces, el nombre alemán" [Euchner, 1986:357]. Como se ha advertido, la estrategia de reducir la significación del Tercer Reich al asesinato de judíos supone la posibilidad de desligar a la clases dominantes de su complicidad en *todo* el fenómeno nazi [Eley, 1988:174; Hennig, 1988:81]. Ese peso histórico intenta ser saldado discursivamente a través de la re-escritura de la historia. Lo mismo puede pensarse acerca de la relación específica entre capitalismo y fascismo, que aún se discute.

Sin dudas, de los procedimientos de relativización del nacionalsocialismo y sus crímenes ya especificados, la comparación con el stalinismo es el más fuerte y el que ha suscitado

mayores reacciones. Recordemos que para los conservadores el bolchevismo poseía la misma ferocidad (y posiblemente mayor) que el hitlerismo. ("Cuando Lenin pedía liberar a la tierra rusa de los 'perros y cerdos de la burguesía moribunda', y Zinoviev hablaba incommoviblemente de la extinción de 10 millones de hombres, no se trataba de una simple radicalidad metafórica, sino de la consecuencia de eso." Fest, 1987:107). Hans Mommsen señaló –entre otros– la debilidad metodológica implícita en la comparación y la falta de pruebas sostenibles científicamente [Mommsen, 1987:182] y que la igualdad que se supone operaba en Hitler entre antisemitismo y antibolchevismo –y por lo cual el primero es una "forma" del segundo y, entonces, su consecuencia indirecta– busca ubicar la raíz de todos los males en la URSS [idem, 1987:188]. Ante la contundente crítica hecha a Nolte sobre el antisemitismo de Hitler como anterior a la Revolución Rusa, la colectivización y los procesos de Moscú –hecho reconocido aún por Fest–, el historiador partidario de Heidegger y la historia "fenomenológica" alegó que si bien ello era cierto, la identificación entre marxismo y antisemitismo en Hitler se derivaba del temor que le infundieron, en los primeros años del siglo XX, los grandes movimientos de masas guiados por la Socialdemocracia alemana [Nolte, 1987(b):227]. La conclusión liberadora a la que arribó Ernst Nolte fue clara: "tengo en realidad la opinión, que no sólo los alemanes tenemos un 'pasado difícil' y que el pasado difícil no es simplemente alemán." [ibí-

dem:230]. La resignificación, insistimos, no se basó –como sucede en la literatura subterránea de la extrema derecha– en una negación del crimen, sino en su inclusión en una trama que le da un nuevo significado: la ineluctabilidad (Stürmer, Hillgruber) o la simple igualdad con otros crímenes (Nolte). Tiene razón A. Danto cuando sostiene que "El mismo acontecimiento tendrá una significación diferente de acuerdo con el relato en que se sitúe o, dicho de otro modo, de acuerdo con qué diferentes conjuntos de acontecimientos *posteriores* [o anteriores o paralelos, agregamos. J.O.A.] pueda estar conectado" [Danto, 1989 (1965):45]. Y ese lugar en la historia que tan vital es para la investigación del fascismo [Hennig, 1988:146] intenta ser elidido por los neo-revisionistas.

La cualidad permanente de los argumentos neo-revisionistas es su búsqueda de una causalidad simple. Desde hace tiempo, e incluyendo las causalidades del capitalismo y el antibolchevismo, la política del nazismo se ha explicado por diversas líneas unitarias. Según la teoría del antisemitismo habría en Alemania una profunda creencia racista que recorrería gran parte de su historia moderna y que se habría cristalizado en los campos de concentración. Los esfuerzos de H. Arendt y K. D. Bracher han indicado –en cambio– que el totalitarismo, como máquina de dominio y muerte, explican las características de las masacres nazis y stalinistas. También se ha encontrado una monocausalidad pero tomado como referencia la actitud de los nazis frente a la modernidad, enten-

dida ésta como el período de la técnica, las masas y la urbanización. Aquí las interpretaciones se dividen en dos tendencias. La primera señala el antimodernismo del nacionalsocialismo, su desprecio por la burguesía y la identificación de los judíos como el grupo burgués por excelencia (que por tanto no compartiría el ideal de "la Sangre y la tierra"), hacia el cual dirigió su ansiedad y esquizofrenia. La segunda postula en cambio que el nazismo era esencialmente modernista, que en su organización de la sociedad y la producción se habría alcanzado el máximo grado existente hasta entonces del dominio de la técnica –que Hitler admiraba– y el control sobre la población. Estas líneas interpretativas simples han quedado cada vez más desacreditadas. Podría decirse que actualmente la explicación del Holocausto (y todo el período nazi) se busca en términos de mayor complejidad [Marrus, 1993]. No obstante, historiadores de fama internacional como Stürmer y Nolte defienden –en sus análisis del Tercer Reich– la monocausalidad y la comparación sobre bases de analogías apresuradas.

En su pretensión de simpleza, pareciera que la historia real condujera al encuentro de las personas con esencias nacionales igualmente simples y continuas. La trama conceptual de los *topoi* revisionistas conduce a la discusión acerca de la función formadora de identidad que posee la historiografía, es decir, la unificación entre dos de los tres aspectos del saber histórico: conocimiento histórico y conciencia histórica (el tercer aspecto –el crítico de la sociedad– no es

llamado a declarar). Identidad convencional que en la Alemania dividida se concentraba en dos posturas, a saber, 1) en la legitimidad del orden de la RFA según cánones de tipo convencional apoyados en la experiencia del rechazo del camino autoritario que provocó –entre “otros” sucesos– las guerras mundiales y el genocidio, y 2) la supervivencia en los sectores conservadores de la idea de una nacionalidad originaria, constituida por una tradición unitaria. Esta diferencia brinda el marco de las disputas en la historiografía alemana desde la posguerra, y también de la HS.

El patriotismo de la Constitución (Verfassungspatriotismus) constituye una forma sui generis sostenida por los sectores que creen que la historia alemana siguió un camino particular (Sonderweg) donde el autoritarismo y la intolerancia, el imperialismo y el antisemitismo dieron la clave de su historia, dirigida por élites reaccionarias. En la polémica aquí revisada, quién ha llevado adelante los argumentos del patriotismo constitucional fue Jürgen Habermas, para quién se debe reconocer la historia de Alemania y su carácter problemático, para virar a una orientación hacia los valores de la cultura e ilustración occidentales [Habermas, 1989:84-85]. Por ello se entiende que la “normalización” de la historia alemana sea percibida como una negación de ese “camino particular” (Sonderweg) o la multiplicación de los caminos especiales para todos los países [Hildebrand, 1987(a):16] y una recaída en el nacionalismo que ha provocado tanto daño. En cambio, para Ernst Nolte, el patriotismo constitucional signi-

fica un “nacionalismo negativo” [1987(b)]. Distintos autores han llamado al patriotismo constitucional una conducta de “colonizados” y “lacayismo” (véase un recuento y bibliografía en Hennig, 1988:73-79). No obstante, en 1986 los autores neorevisionistas no predicaban una separación de Alemania de las conexiones establecidas luego de 1945, y menos aún criticaban la pertenencia a la OTAN. Más bien, se trataba de una recomposición de la situación de Alemania en el centro de Europa, como primera barrera de contención de la URSS. La diferencia del acercamiento a Occidente de los partidarios del patriotismo constitucional y los nacionalistas tradicionales era que, mientras los primeros aceptaban los valores democráticos y formalidades jurídicas (“estado de derecho”) en el marco de la valorización de la razón (en tanto *Aufklärung*), los nacionalistas abogaban por una alianza militar y una agresiva política exterior teniendo como objetivo de confrontación a la URSS.

#### De la victoria a la capitulación

El desarrollo de la HS entre 1986 y 1987, puede decirse, dió como resultado una derrota de los partidarios de la relativización del “Holocausto” y la refundación de una Identidad alemana a través de la historia, pese al apoyo del gobierno, de algunas fundaciones empresariales (como la de Siemens) y periódicos de significativa circulación como el FAZ. No sólo una derrota argumentativa, sino una derrota práctica. La reacción de Ha-

bermas no fue la causante de ello, sino sólo la desencadenante. Historiadores muy importantes como Jürgen Kocka, Christian Meier, M. Broszat, Hans Mommsen, Wolfgang Mommsen, Hans-Ulrich Wehler y Eberhard Jäckel, acompañaron –con diversos matices, ciertamente– la postura de Habermas. La fama de Andreas Hillgruber, Bracher, Nipperdey y la discutida pero potente de Ernst Nolte, más las de K. Hildebrand y Geiss no alcanzaron para establecer una resistencia en sus posiciones –también variadas– que inclinara la contienda a su favor<sup>7</sup>. Además de comprobar la responsabilidad de algunos historiadores y la capacidad crítica y vigilante de la opinión pública, Wehler podía afirmar en 1988 que el debate “ha concluido, por ahora, con la victoria de la razón crítica y de la competencia sobre las ambiciones de este nuevo revisionismo” [Wehler, 1989: 149].

En 1989 sucedió el hecho capital de la historia alemana de las últimas décadas: se derrumbó la RDA y se produjo la reunificación. La situación política, la relación de las fuerzas políticas cambió, los sentimientos de la población de la República Federal se exacerbaban en su nacionalismo y los historiadores no permanecieron al margen de los acontecimientos (aunque de diversos modos, nunca lo hacen). Nuevamente el FAZ fue un medio claramente dirigido hacia una reinterpretación del pasado alemán. El norteamericano Harold A. James, autor de obras sobre la identidad alemana entre 1770 y 1990, que trabajaba por entonces prestando servicios al Deutsche Bank, en un artículo



(FAZ, 17-9-1990) recomendaba a los alemanes aceptar las cargas de la unificación con la ex RDA como una contribución a la “Nación” y la necesidad de sacrificarse por ella. Herbert Kremp, principal columnista del *Die Welt* sostuvo (8-9-1990) que Alemania viraba a ser una potencia, no militar ni territorial, sino económica y tecnológica, y revalorizaba al “antiguo Reich” (ésta tesis la expresará dos años más tarde M. Stürmer en su libro *Grenzen der Macht*).

No obstante, esto era racional que sucediera dadas las circunstancias que se han visto en la última década. Pero aquello que interesa para pensar el papel que cumplen los historiadores y las presiones a que se ven sometidos es la actitud adoptada por historiadores profesionales como Ch. Meier y Jäckel, quienes desde octubre de 1989 estaban de acuerdo en considerar lo sucedido en la RDA como comparable al período hitleriano, adoptando la posición de sus antiguos adversarios. Rudolph Augstein (quién llamó a Hillgruber un “nazi constitucional”) adoptó la misma postura. El 22 de febrero apareció en

el FAZ un artículo de Ernst Nolte donde decía triunfante: "Apenas existe un grupo de intelectuales que hayan sufrido una derrota tan escandalosa como aquellos que colocaban el 'Verfassungspatriotismus' en el lugar de un sentimiento nacional" [Nolte, 1992]<sup>8</sup>. Se confirmó tristemente aquella idea de Marx de que "es el ser social el que determina la conciencia", y también las solidaridades facciosas. Obviamente no se quiere expresar que el retroceso fue generalizado y absoluto, sino que la situación objetiva estableció el marco del pensar (ese es su sentido cabal).

#### La historización del crimen y el retorno del historicismo

Como se ha notado previamente, un argumento fuerte para revisar la valoración del lugar en la historia alemana del Tercer Reich es el de la identificación, *identifizierung*, con los alemanes (militares o civiles no nazis), frente a la amenaza del Ejército Rojo. Y ésta no es una cuestión menor. En realidad, se notan aquí líneas teóricas mayores que persisten en la historiografía alemana, que la distinguen del resto de las historiografías europeas y americanas, y que por otra parte se entroncan con las discusiones actuales sobre el problema del referente de los discursos históricos –el problema teórico de la historiografía y filosofía de la historia de hoy: el historicismo<sup>9</sup>.

No obstante la pretensión de cientificidad no ha sido eliminada. La vinculación entre la historización del nazismo exigida por Broszat

[1985] y las exigencias políticas del momento (y por lo tanto las preferencias de los historiadores al respecto), que definiría los términos de la historización en la perspectiva de los críticos de la revisión en términos nacionalistas, fue negada rotundamente por algunos y afirmada por otros, todos con un objetivo de legitimación. Lo que Hillgruber ha dicho sobre la utilización política de la historia para contraponerla a la instrumentalización por parte de la izquierda y la RDA ya fue indicado. También Stürmer declaró sin reparos sus intenciones. Ciertamente ello no los lleva a defender un escepticismo epistemológico o un historicismo absoluto: pretenden que sus estudios son científicos. Hubo, no obstante, otros posicionamientos menos politizados en apariencia como el de Hildebrand, quien afirmó que el intento de historización no buscaba un objetivo político y no debía ser juzgado, pues, por las consecuencias políticas [Hildebrand, 1987(b):89]. A su modo, con ello se expresa el célebre axioma estructuralista y/o positivista de la autonomía "relativa" (nunca estudiada con profundidad) de las diversas prácticas: "La moral de la ciencia –expresaba otro historiador– exige que los argumentos de los participantes en la discusión prueben su independencia de procedencia, motivos, consecuencias." [Nipperdey, 1986:215]. La debilidad intrínseca de esta idea no fue difícil de refutar por Eberhard Jäckel [1986:116], en tanto la crítica puede abarcar lícitamente los resultados de la investigación y las motivaciones de la misma.

Pero entrando directamente en la

cuestión de la adopción de la perspectiva de algunos de los protagonistas reales de los hechos (identificación), las diferencias entre las posiciones historiográfico-políticas en discusión son más problemáticas. La identificación con los alemanes orientales y la Wehrmacht (Hillgruber), dice Habermas, es quizás una perspectiva válida para los veteranos, pero no para un historiador que escribe 40 años después [Habermas, 1986]. Ésta opinión no es, sin embargo, aquella que describe con mayor precisión la trágica significación del sentimiento de identificación con un hecho que era, al mismo tiempo, condición para la continuación del exterminio detrás de las líneas de defensa alemanas. Dan Diner lo ha hecho: "La elección de una perspectiva tal [la identificación de Hillgruber] conlleva –se lo reconozca o no– una valoración historiográfica sin ambigüedades: el historiador toma partido en un 'dilema' historiográfico por la Nación, contra las víctimas del nacionalsocialismo." [Diner, 1987:66]. La situación no es fácil de resolver sino políticamente, a menos que se postule que sólo la adopción del punto de vista de las víctimas permite acceder a una conceptualización verdadera del Tercer Reich como hecho histórico [Schoeps, 1990]. Postulado que merece sin dudas una exploración mayor.

La conclusión del camino que ha llevado a las tendencias apologéticas no se deben a la historización en sí, a la des-tabuización del nazismo, sino a la forma concreta de su realización. La necesidad de la historización, aún en Broszat, no ha sido claramente de-

finida a pesar de su vocabulario científico [Hennig, 1988:155] y las consecuencias son por ello imprevisibles. Ciertamente, si dicha historización del nacionalsocialismo no se basa en una contextualización y definición rigurosa "puede conducir, en particular en el contexto ideológico dominante, a resultados inesperados y no queridos." [Friedländer, 1987:35, subrr. nuestro]. Aún si se entiende por historización la inclusión de un hecho o proceso en una trama histórica mayor donde debe explicarse y no alejarlo como un acontecimiento "difícil" o un tabú, ello no deja de ser una consideración abstracta si no se piensa las múltiples significaciones que sufre en el momento de su puesta en práctica. La bienvenida que merece esta "historización" frente a una sociedad que no ha debatido con profundidad sus experiencias, aplaudidas por los beneficios del "milagro económico" o el alineamiento exitoso con E.E.U.U. de Adenauer y sucesores, no anula los problemas que sin embargo actualiza esa misma "Historisierung". El uso específico de esta historización por los sectores que desde 1983 gobiernan Alemania y sus allegados, es una inversión del intento de la historiografía conservadora de eliminar al período 1933-1945 de la historia, pero con una finalidad similar<sup>10</sup>.

Es interesante relevar la resignificación de la "historia de lo cotidiano" (*Alltagsgeschichte*) dentro del mismo proceso de historización. La *Alltagsgeschichte* y los "talleres de historia" fueron novedades introducidas en la década de 1970, en particular desde posturas historiográficas

que se pueden identificar con la historia radical o de izquierda, que buscaba estudiar los procesos en su concreción particular, mostrar las formas específicas de participación en la vida social y los mecanismos individuales o grupales de resistencia, especialmente –en un principio– del movimiento obrero y sus contradicciones, para lo cual las herramientas teóricas tomadas de E.P. Thompson, P. Bourdieu y la antropología simbólica (C. Geertz, M. Douglas, etc.) fueron esenciales [Rosenhaft, 1987:100]. Fue una manera de evadir esa historia conservadora basada esencialmente en reducir al marco nacional y al Estado todos los hechos, lo cual elimina las experiencias vistas “desde abajo”, de la gente común y privilegia la importancia “nacional” del papel de los grupos hegemónicos [Füredi, 1992:233]. En el tema preciso del período nazi, la *Alltagsgeschichte* buscaba mostrar el mismo suceso, pero desde el punto de vista cotidiano de las víctimas, narrar la experiencia de la represión y violencia de todos los días. La práctica de esta forma de hacer historia, por otra parte, es lo opuesto a la imagen defendida por Stürmer o Hildebrand de una historia diplomática o institucional. Un aspecto no desdeñable de enfrentamiento con la historiografía dominante lo constituye una diferencia *esencial* para la práctica de investigación: quienes la practican no tienen que pertenecer necesariamente a la corporación (Zunft) de historiadores [Eley, 1988:201].

En la década del '80, parte de la investigación de la *Alltagsgeschichte* cambió de objeto. Conservó el méto-

do de la microhistoria y la descripción densa, pero en algunos estudios no fue el “punto de vista de las víctimas” el que predominó, sino el de un presunto ciudadano alemán “común” (es decir, ni judío, ni gitano, ni homosexual, ni comunista), que vivía luego de 1933, un período de relativo bienestar económico tras los penosos años de la primera posguerra, de un nacionalismo reverdecido ante las esperanzas de venganza sobre la paz de Versalles. Entonces, la visión de la época del nacionalsocialismo puede representarse como un período de “normalidad”, donde la vida del hombre “común” era indiferente a las atrocidades de los nazis, que por otra parte –se supone– desconocía. Por ello, el pueblo alemán puede considerarse como ajeno a la historia del Tercer Reich en tanto su vida fue regular, siendo afectada únicamente con los bombardeos aéreos, valiéndose entonces el amor a la patria y su defensa incondicional. Naturalmente no se niega el genocidio y la brutalidad del régimen, sino que se establece una dualización de la historia que elimina las culpas que se pudieran sospechar en el pueblo alemán. Sin embargo, ello no ha sido el producto de una distorsión del método de la *Alltagsgeschichte* sino un aprovechamiento de su particularismo metodológico, una expresión de su conservadurismo operativo que excede las intenciones emancipadoras de sus primeros practicantes y de muchos de quienes aun la practican. En tanto microhistoria, no se le puede objetar necesariamente el carácter sospechoso de ignorar las “grandes cuestiones” como se ha he-

cho [Kocka, 1987:137], pero ciertamente con la postulación de una división (siempre insinuante en esta opción historiográfica) entre una mirada cercana (Nahsicht) y una visión de conjunto, “historiográficamente se sigue que existen dos mundos simultáneos y no es más posible la escritura de una historia realmente sintetizadora” [Diner, 1987]. En realidad allí se oculta la continuidad existente entre el homicidio colectivo y la “normalidad” cotidiana [Peukert, 1987:57]. Por supuesto esa imposibilidad excede las intenciones de muchos historiadores que propugnan la micro-historia, pero la simpatía con una causa no equivale a una rigurosa concepción metodológica.

Ahora bien, lo que se ha discutido contiene una base teórica común (aunque los resultados puedan ser contradictorios). Cuando se pretende poseer en la investigación el punto de vista de las víctimas, cuando el historiador se solidariza con los alemanes amenazados por el avance ruso o los soldados que luchan desesperadamente para defender a su patria, se está recurriendo al conocido procedimiento de la comprensión (Verstehen) de la vivencia (Erlebnis) que marcó profundamente los inicios de la historiografía profesional alemana. Cuando R. Augstein sostiene que A. Hillgruber es por su solidaridad con la defensa del Tercer Reich un “nazi constitucional” [Augstein, 1986], dejando al margen su formulación polémica específica, está nombrando un problema real: Hillgruber cree sentir el tiempo pasado en su pensamiento, cree vivir el terror frente al avance del Ejército Rojo.

Como es sabido, el historicismo historiográfico dominó el saber histórico alemán del siglo 19 y la primera mitad del siglo 20 (marquemos un hito de revisión en el primer congreso de historiadores alemanes de posguerra, en 1949). Su cualidad básica consistía en reducir la historia a la biografía del Estado, como la condensación del mundo en su más alta expresión y la aplicación de un método de análisis dirigido a la fuentes literarias y documentos estatales, que se podría denominar hermenéutico-compreensivo. El individuo, representante del Estado (sea el rey, el canciller o el general) bastaba para explicar los sucesos que se mantenían en su individualidad (historia fáctica), lo cual no obstaba para la presentación de “espíritus epocales” y “grandes poderes” (Ranke), “mundos morales” (Droysen), o “potencias” histórico-universales (J. Burckhardt) que se extendían durante largos períodos. Dicha historia, que en su expresión italiana B. Croce denominó historia ético-política, es precisamente la clave para entender el reciente libro de M. Stürmer, donde –sin olvidar la permanente presencia del determinismo geográfico– celebra el “encuentro” de los alemanes con la historia (Begegnung der Deutschen mit der Geschichte) [Stürmer, 1992].

Este viejo historicismo con incrustaciones de romanticismo y empirismo, implicaba una concepción de la realidad donde la tensión entre sujetos y estructura se manifestaba quizás poco reflexionada. Los nuevos problemas surgidos con posterioridad no alterarían esos temas imprescindibles. También en la discusión entre

intencionalistas (Hillgruber, Hildebrand) y funcionalistas (H. Mommsen, Broszat) se expresó la disputa en torno a la realidad social, que marca la historia de la historiografía alemana. La atribución a un hombre o a una estructura social de un hecho de consecuencias supra-individuales, es parte de la confrontación entre los partidarios de la historia tradicional (ético-política) y la historia social (o cultural, o socio-económica) que se puede rastrear desde –aproximadamente– 1848, cuando nuevos actores sociales (colectivos) conmoveron la percepción de la realidad y pusieron en primer plano las determinaciones económicas y sociales del mundo moderno. La conexión institucional de la historia política la mantuvo en la cima de las instituciones académicas durante un siglo más, mientras pudo resistir las críticas gracias al apoyo del Estado. Estas primeras aproximaciones –necesariamente provisionales– intentan mostrar las raíces historiográficas de la HS, estudio que no se ha realizado con profundidad aún, ni siquiera en Alemania. La hipótesis de un retorno del historicismo, bajo otras formas, quizás sea un camino fructífero para escrutar la intrincada geografía de la Disputa de los Historiadores.

La subordinación de la historia como disciplina al poder del Estado –hecho que coincide con su nacimiento en tanto que tal– y su colaboración con los proyectos autoritarios hasta 1945, la desacreditaron ante la opinión pública. La manipulación y parcialidad en el exámen del pasado, sumadas a la carga de culpas pesadas, hicieron de la historia un ciencia de

difícil trato hasta mediados los años '80. La desconfianza sobre una historia conservadora que habíase puesto conscientemente al servicio del Estado permanecía con tanta fuerza que todavía en 1985 Jürgen Kocka podía afirmar en una reedición de un libro suyo de 1977: “En la República Federal de Alemania, cuando se trata de la formulación de la autocomprensión colectiva y de las perspectivas de transformaciones futuras, las esperanzas del público intelectual no están depositadas [en] la historia; las ciencias sociales le han arrebatado su anterior jerarquía a la historiografía como medio científico o semicientífico de orientación de los estratos cultos” [Kocka, 1989 (1977):163-164]. Las peripecias de la HS reafirmaron, para Kurt Sontheimer la continuidad de esa historia que tan triste rol había jugado en el pasado, y que no puede ya servir como guía para la “democracia liberal”, sino que ello le cabe a la Ciencia Política. “Una ciencia social liberal informada históricamente, que no esté más bajo el dominio de la sospecha, es un contrapeso necesario contra las evidentes utilidades políticas y la marcha de los fundadores de sentido histórico por la conciencia política de la República Federal” [Sontheimer, 1987: 280]. No obstante lo cual la participación de los científicos sociales (no historiadores) en la polémica fue escasa, con las excepciones de Habermas, Sontheimer, Hennig y Euchner [cfr. Wehler, 1989:150-151].

#### Los límites de la representación

La disolución del referente históri-

co (el hecho, “lo que realmente pasó”) en el análisis del discurso, que en un plano teórico puede formularse en tanto supuesto hipotético necesario para poder pensar y estudiar las similitudes y diferencias entre la escritura de la Historia y de la Literatura, muestra sus límites en la confrontación con la práctica específica de la historia. En efecto, la significación extrema del “linguistic turn” se prueba como instrumento del saber particularmente en estas situaciones. Y la discusión de un hecho tan aterrador como el Shoah, que casi supera la capacidad de comprensión humana [Diner, 1987:73], es acaso un problema que indique en toda su crudeza las consecuencias de la desaparición del referente y la postulación de una infinidad de posibles interpretaciones-narraciones de lo que se quiere decir cuando se habla de “Auschwitz” (interpretaciones que deben explicarse, luego de la eliminación del “hecho”, como una motivación externa al “objeto” de la narración y que entonces obedecen de manera absoluta a los intereses del historiador, como concluía –siguiendo al Nietzsche de las *Intempestivas*– M. Foucault). Posibilidad que por otra parte ha reconocido el mismo Hayden White [1992(a):97].

Quienes radicalizan el escepticismo epistemológico de la historiografía (pan-textualistas<sup>11</sup> y nihilistas), suponen lógicamente que un relato no puede ser considerado más verdadero que otro. Existe aquí un límite necesario: en este punto surge un relativismo y un historicismo que permiten considerar como válidos (pero no “verdaderos”) dos relatos contra-

dictorios de un suceso. Como consecuencia se desprende una validación teórica de cualquier texto (que puede ser analizado en sí mismo, sin referencia a la “realidad”), aun un panfleto neo-nazi o un texto académicamente aceptado, de relativización del Tercer Reich. Naturalmente el problema no se *resuelve* persistiendo en una historia empirista-positivista ni sosteniendo, solamente, una denuncia contra las consecuencias del relativismo como el tantas veces citado alegato de Marvin Harris<sup>12</sup>. La identificación del problema real –el cuestionamiento de la *re-presentación* de los hechos realmente ocurridos en el pasado– es un medio necesario para el avance de la ciencia de la historia. El historicismo sobre el que se ha hablado antes está concernido por esta discusión, dado que la construcción de una contra-historia que sea “nacional”, “alemana”, “recuperadora del pasado”, “plural”, se apoya en última instancia en una negación de la existencia verdadera de las atrocidades del período 1933-1945 y las responsabilidades por ello, o su relativización en tanto que atrocidad. Cuando White dice que “la demostración de que un conjunto dado de hechos *pueden ser* representados como una comedia, implícitamente argumenta por la posibilidad de representar ello con igual plausibilidad como una tragedia, una novela, una farsa, una épica, y otras” [White, 1986:489], *teóricamente*, establece la eventualidad de poder representar el “Holocausto” como un hecho “normal”, conservando su *valor* de verdad. Ello es válido aun cuando pueda afirmar, contradictoriamente, que “la elección de un estilo burlesco

[farcical] para la representación de algunas clases de eventos históricos podría constituir, no sólo una falta de gusto, sino una distorsión de la verdad acerca de ellos" [cit. en Kansteiner, 1993:285]. Más aún, hasta ha recurrido a postular un recurso a los "hechos" para eliminar a ciertos entramados de hechos (cómicamente, por ej.) entre las narraciones en competencia sobre el Tercer Reich [White, 1992]. Como ha señalado el autor de *El queso y los gusanos*, la teoría de White adolece de un dilema moral cuando esta ambigüedad es adecuada para las manipulaciones propias de uso fascista de la historia, otorgándoles una sanción de validez (no de verdad) [Ginzburg, 1992]. No obstante, White ha reconocido este dilema, y sus vacilaciones en *El contenido de la forma* testimonian su intento de no ceder al relativismo absoluto (hecho que sin embargo compromete su misma coherencia teórica). No sucede lo mismo, como es de esperar, con J.-F. Lyotard, quién a través de Kant sostiene que la historia (como una novela) no puede suministrar conocimientos sino un mejor estado del alma [Lyotard, 1987:111], dado que para el antiguo camarada de Lefort y Castoriadis los hechos sociales no poseen una lógica y no solamente es ya imposible el socialismo, sino tampoco una historia científica. Lyotard dice, con todo, algo más: toda representación es una violación; entonces, cualquier historia "científica" es una práctica de poder que se apoya en la muerte para sus propios fines; concluye en *Le Differend*: es preferible hacer silencio. Pero está claro que mostrar los problemas de la cuestión

no equivale a resolverlos, lo cual no puede hacerse aquí. La explicitación de la especificidad de la crítica de fuentes y la interpretación histórica es el único camino que puede resolver esta cuestión con alguna plausibilidad, camino difícil que no han abordado los posmodernistas y que —como hace Dominick LaCapra— se supone resuelto (negativamente) al considerar al archivo como un texto más, lo cual es obviamente circular. Para D. LaCapra todos los gatos son pardos en la noche de la textualidad.

El éxito de la micro-historia en Argentina —al menos en las declamaciones teóricas— obligan a subrayar una cuestión adicional. Apoyándose en su pensamiento, la crítica política y ética de C. Ginzburg al relativismo absoluto posibilitado por el post-estructuralismo y el nihilismo es de todos modos insatisfactoria. Su propuesta —y la de G. Levi— se diferencia, por cierto, de esa matriz historicista absoluta que pretende reinar en la historiografía y en su filosofía. Pero no hay que olvidar que la ruptura con toda pretensión totalizadora y generalizadora ha permitido la apropiación de la *Alltagsgeschichte* para fines apologéticos del nazismo, y que la *microstoria* tolera también ese empleo, del cual Ginzburg no puede desembarazarse fácilmente. Genealógicamente se podría establecer con pertinencia un enlace con el historicismo alemán a través de la adopción del dualismo epistemológico de W. Windelband. Por supuesto, como buen intelectual, Ginzburg se quiere separar del irracionalismo [Ginzburg, 1989:164], pero qué otra cosa sostiene una historiografía romántica

que en el marco de una "crisis de la razón" aduce que el fundamento de su paradigma indicial —la diagnóstico del historiador— "se trata de formas de saber tendencialmente mudas (en el sentido de que...sus reglas no se prestan a ser formalizadas y ni siquiera dichas)". ¿Acaso no es ésta una propuesta que hace a la interpretación histórica inmune a la crítica? Más allá de la postura subjetiva de Ginzburg (que está fuera de dudas), insistimos en que un compromiso intelectual y político no reemplaza a una rigurosa concepción epistemológica.

Posiblemente sorprenda que tomemos como caso de pensamiento para el historicismo al narrativismo que es de origen anglosajón, y no las derivaciones de la cuestión de la interpretación a partir del texto sobre el surgimiento de la hermenéutica de W. Dilthey, los célebres párrafos 31 a 34 de *Ser y tiempo* (1927) de M. Heidegger o la posterior obra de Gadamer, pero esa discusión tan pertinente es por hoy lamentablemente un tanto ajena a nuestra —para utilizar con reparos un concepto de Kuhn— tradición de la teoría de la historia<sup>13</sup>, no así los temas del posmodernismo historiográfico francés, el narrativismo sajón y la *microstoria* italiana<sup>14</sup>.

#### A modo de conclusión: nuestros problemas

La unidad entre la escritura de la historia y la práctica política del intelectual que investiga, la inseparable complejidad articulada de ambas ins-



tancias de la actividad del historiador que se ha comprobado una vez más (pero no por ello se convierte en un hallazgo inútil) en el análisis de la HS, no permiten soslayar ingenuamente dos reflexiones en torno a nuestra historiografía, con sus elecciones temáticas, posturas teóricas y fines declarados o no.

Los esquemas "pluralistas", posmodernos, narrativistas, que actualmente se presentan como vestimentas necesarias para no ser estigmatizados como positivistas o dogmáticos, encuentran en la comprobación de la unidad compleja de las diferentes prácticas identificables (unificadas por el efecto totalizador de las relaciones sociales existentes), un desafío contundente para su legitima-

ción. Con otras palabras: la imposibilidad real de la separación de la historiografía (en tanto actividad intelectual) y la política (como posicionamiento práctico frente a una situación social dada), enfrenta al historiador a su legitimación no sólo en términos de la verdad o veracidad de sus textos (ésta última en el sentido de P. Veyne), sino –al mismo tiempo– por las consecuencias políticas de sus obras. Llevada esta necesidad a su máxima radicalidad, el historiador se enfrenta a su obra, que se extraña de la manera en que Sartre (Cfr. *la Crítica de la Razón Dialéctica*) describe la constitución de lo práctico-inerte, pero no por su simple materialidad, sino en tanto rebasa a sus capacidades de control el papel que juega el producto de la actividad historiográfica dentro de la simbólica política. Esto no obsta para que la efectividad de la práctica de los historiadores pueda hacerse más controlable cuando se asuman lúcidamente las condiciones previas y consecuencias de la misma, es decir, cuando se critique la situación dada donde actúa el intelectual. Las significaciones del texto –en este caso se puede pensar en los lectores “neo-nazis”– superan la intencionalidad del autor<sup>15</sup>. En una carta de lector al FAZ Habermas dice lo siguiente: “Estoy convencido de que Hillgruber siente la misma repugnancia por los crímenes nazis como la mayoría de nosotros, y él lo dice. De todas maneras, su librito [*Zweiterlei Untergang*] resulta apologetico.” [Habermas, 1986:96]. De hecho, como ha señalado Julius Schoeps, existe un paralelo entre Nolte y Treitschke, porque si Treitschke no

era antisemita y Nolte no es un neo-nazi (declarado), el antiguo historiador del Reich ha contribuido a difundir el antisemitismo más que la literatura racista subterránea de entonces y Nolte le hace un gran favor a los antisemitas de hoy más que todos los panfletos de los fanáticos que reivindican a Hitler [Schoeps, 1990:91]. A partir de aquí, el reclamo de independencia y escisión de las prácticas se revela como el recurrente y grosero *sofisma* del positivismo (sea éste más o menos sofisticado) en lo referente a la condición de la cientificidad (la objetividad en términos metafísicos), y supone *dada* la crítica de las condiciones de producción y circulación del saber. Una postura que sostenga la fundamentación de la historiografía en inconsistencias e imponderables contra el método no puede evitar ser una claudicación teórica, pues destruye la posibilidad de la crítica racional. Tampoco una salida neo-positivista, que se apoye en una versión hempeliana o weberiana de la historia, escapa a la división metafísica entre teoría y práctica que en modo alguno puede encontrar una argumentación que no esté refutada de antemano por la teoría social. El problema no es ya únicamente si se puede conocer y cuál es el camino indicado para ello, sino además por qué se conoce (o se intenta conocer) y –fundamentalmente– cuáles son las consecuencias y condicionantes de la actividad realizada. Si es verdad que tales consecuencias políticas pueden ser escasas en un sentido activo, como sucede hoy con casi toda la producción histórica en Argentina, la situación donde se ins-

cribe esa historiografía inofensiva es también política. Basta comprobar la conexión entre asignación de recursos para determinadas investigaciones para verificar ciertas regularidades entre posturas teórico-metodológicas y –supuesta– excelencia digna del subsidio o la publicación.

Pero marcar la inescindible unidad compleja de las prácticas no resuelve el problema. No hay que confundir el relativismo moral con el relativismo metodológico, pero la profundidad del escollo reside en si en realidad no son más que dos aspectos de una unidad. No se trata de que se elija un mundo o prácticas donde historia y política se encuentren imbricadas u otro donde no lo estén –de acuerdo a gustos personales o necesidades de las “carreras del talento”– sino de elegir racionalmente dentro de un mundo donde no pueden dejar de estar unidas. Todo relato histórico riguroso es interpretación de hechos ocurridos, y F. Jameson ha mostrado la raíz política de toda interpretación. Cuando se postula la separación de historia y política como prácticas –tanto si ello obedece a una preferencia subjetiva o a un diagnóstico– se obedece a un deseo o un interés. Un deseo de olvido, de alejarse en una supuesta autonomía intelectual, de las ciertamente poco ideales condiciones para una práctica intelectual indiferente. Pero también puede explicarse por la adopción de una “ortodoxia” de defensa de una posición ganada, o que se intenta alcanzar en una estructura de beneficios y puestos, donde una apariencia de autonomización afianza la estabilidad de la posición –en especial de la impugnación política, cu-

yo temor nuestra historia hace comprensible aunque no justificable–. En qué medida tal creencia pueda reproducirse o desintegrarse dependerá de la naturaleza de las relaciones sociales generales de la sociedad donde esa elección inevitable se presente<sup>16</sup>.

El segundo tema se refiere a nuestra propia historiografía y a nuestros pesares del presente. La puja por el pasado que ha conmovido a los alemanes, mientras se comprende la significación universal de sus temas, impulsa a los historiadores argentinos a inquirir sobre los cuasi-huecos historiográficos que constituyen la década del treinta y cuarenta, así como la segunda mitad de la de 1970 y principios de los 80, sobre los temas relacionados al antisemitismo o la masacre de personas en la Argentina, que han gozado del beneplácito o silencio de muchos argentinos (en particular de la clase dominante). Naturalmente, esto es un síntoma de “algo” no enfrentado<sup>17</sup>. La escasa producción indica una dificultad de análisis, que en modo alguno se equipara a la acción de aquellos mecanismos irracionales de defensa que se han visto en los alemanes [Benz, 1987] –jamás podría sugerirse una comparación mecánica– pero que dejan lugar a una sospecha más que sugestiva. Sin dejar de insistir en evitar extrapolaciones forzadas, la herencia de la pasada dictadura militar (con sus crímenes y atrocidades) permiten utilizar la riqueza de los planteos teórico-políticos de la Historikerstreit: también se sostiene sobre el nazismo como sucede con nuestra historia reciente que “nadie sabía nada”, “no se podía hacer otra cosa”, “algo habrán

hecho", "todos tuvimos responsabilidad", o, "fue culpa del demonio" (a Habermas le ha parecido pertinente pensar la cuestión de esa manera)<sup>18</sup>. Tampoco la dictadura fue un quiebre *absoluto* con la lógica social del régimen que le dio origen, ni con aquel que la sucedió cuando terminó. En abstracto, es perfectamente explicable; en concreto, las dificultades se tornan amenazantes aunque no insuperables. Las estribaciones de tales continuidades no lineales pueden comprobarse en la actualidad de la herencia de las desapariciones de personas sobre nuestra realidad.

Ciertamente, se postula aquí, el antisemitismo en Argentina no es un fenómeno desconocido, pero es evidente que una identificación de los sectores en los cuales arraigó y la profundidad de su práctica, no dejan incólume la narración mítica extendida sobre el "crisol del razas" o la tolerancia, que aún persiste como discurso creador de una identidad. Además, la negación de la humanidad de quienes desafiaron a los poderes dominantes (la subversión guerrillera y la lucha del movimiento obrero), para así poder perseguir, asesinar y torturar sin el menor escrúpulo a cualquiera, es un hecho todavía no comprendido ni analizado a fondo. El estudio de ese pasado poco transitado por los investigadores, muy probablemente presente claves para la interpretación de los problemas actuales de la sociedad argentina. Es cierto que no se trata sólo de inquietudes personales, pues la resistencia a la investigación en algunos tópicos –y desde algunas perspectivas– viene determinada más por el exterior de

las instituciones y universidades que por los mismos investigadores, presiones frente a las cuales pueden sin embargo adoptarse diferentes acciones. Nuevamente es perceptible aquí la debilidad del argumento dogmático de la independencia de las prácticas. Sin embargo, no debe entenderse que la relación es de una simple subordinación como vulgarmente –de modo también dogmático– sostuvieron los partidarios del revisionismo histórico.

Quizás la situación de deriva teórica de los historiadores, quienes sufren problemas similares al común de la gente, precise de una "Streit" sobre el pasado que haga emerger los problemas no resueltos y conmueva la cadencia poco conflictiva de las investigaciones corrientes, hecho de por sí negativo para una actividad intelectual crítica. La investigación sobre los hechos acaecidos en la década de 1970 y parte de la siguiente es una gran pregunta que parece difícil de abordar todavía. ¿Qué pensar, entonces, de lo que sí se escribe? Walter Benjamin señalaba en su tesis 7 sobre el concepto de historia –con su peculiar pesimismo sobre lo existente y su optimismo sobre la emancipación– que todo documento de cultura es, al mismo tiempo, un documento de barbarie. En nuestra sociedad ello es más que probable, pero no inevitable, como rescatables producciones lo muestran. La actividad crítica de los historiadores supondría un marco más adecuado para actuar a la altura de los tiempos. Buscando contribuir así sea mínimamente a ello, este escrito es tanto una presentación de la HS (deliberadamente

incompleta), como una evaluación de sus implicancias para la teoría de la historia y para la práctica de los historiadores. Es además una propuesta de superar cierto "provincianismo" y explorar en la actividad de los historiadores extranjeros

cuestiones esenciales para aclarar los problemas propios o ayudar a plantearlos. Finalmente, como todo trabajo intelectual es incompleto, pero es en su incompletud y en sus carencias, un programa ■

#### Bibliografía citada

- Augstein, Rudolf, 1986. "Die neue Auschwitz-Lüge". En: *Der Spiegel*, 6 de oct.
- Barracough, Geoffrey, 1972. "Mandarins and Nazis: Part I". En: *New York Review of Books*, 19 de oct; ídem, "The Liberals and German History: Part II", en: *New York...*, 2 de nov.; ídem, "A New View of German History", en: *New York...*, 16 nov.
- Benz, Wolfgang, 1987. "Die Abwehr der Vergangenheit. Ein Problem nur für Historiker und Moralisten?". En: Diner (Ed.), op. cit., pp.17-33.
- Bracher, Karl D., 1983 (1976). *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*. Barcelona/Caracas, Alfa. [Edic. en alemán, 1976].
- Bracher, K. D., 1986. "Das Gemeinsame wurden ausgeblendet". En: *FAZ*, 6 de set.
- Broszat, Martin, 1985. "Plädoyer für eine Historisierung des Nationalsozialismus". En: *Merkur*, mayo de 1985.
- Broszat, M. 1986. "Wo sich die Geister scheiden. Die Beschwörung der Geschichte taugt nicht als nationaler Religionsersatz". En: *Die Zeit*, 3 de oct.
- Brimlik, Micha, 1987. "Neuer Staatsmythos Ostfront. Die neueste Entwicklung der Geschichtswissenschaft der BDR". En: "Historikerstreit", op.cit., pp.77-83.
- Craig, A. Gordon, 1987. "The War of German Historians". En: *The New York Review of Books*, Jan. 15, pp.16-19.
- Danto, A. 1989 (1965). *Historia y narración*. Barcelona, Paidós.
- Diner, Dan, 1987. *Zwischen Aporie und Apologie. Über Grenzen der Historisierbarkeit des Nationalsozialismus*. En: Diner (Ed.), op. cit., pp.62-73.
- Diner, D., (Ed.). 1987. *Ist der Nationalsozialismus Geschichte? Zu Historisierung und Historikerstreit*. Frankfurt/Main, Fischer.
- Eley, Geoff., 1988. "Nazism, politics and public memory: Thoughts on the West German Historikerstreit". En: *Past and Present*, nov., no.121, pp.171-208.
- Elsässer, Jürgen. 1992. *Antisemitismus. Das alte Gesicht des neuen Deutschland*. Berlin, Dietz Verlag.
- Euchner, Walter. 1986. "Die Nazi Herrschaft - eine Normaltyrannie? Über den Missbrauch geschichtsphilosophischer Deutungen". En: "Historikerstreit", op. cit., pp.352-359.
- Evans, Richard J., 1987. "The New Nationalism and the Old History: Perspectives on the West German Historikerstreit". En: *Journal of Modern History*, Dic., no.4, pp.761-797.
- Evans, R. J. 1991. *Im Schatten Hitlers? Historikerstreit und Vergangenheitsbewältigung in der Bundesrepublik*. Frankfurt/Main, Suhrkamp.
- Fest, Joachim, 1987. "Die geschuldete Erinnerung. Zur Kontroverse über die Unvergleichbarkeit der nationalsozialistischen Massenverbrechen". *FAZ*, 29 de agosto de 1986. Citado según "Historikerstreit", op. cit., pp.100-112.
- Friedländer, Saul, 1987. "Überlegungen zur Historisierung des Nationalsozialismus". En: Diner (Ed.), op.

- cit., pp.34-50.
- Friedländer, S. (Ed.). 1992. *Probing the limits of representation. Nazism and the "Final Solution"*. Cambridge/Londres, Harvard University Press.
- Füredi, Frank, 1992. *Mythical past, elusive future: history and society in an anxious age*. London, Pluto.
- Ginzburg, Carlo, 1989. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona, Gedisa.
- Ginzburg, C. 1992. "Just One Witness". En: Friedländer (Ed.), op.cit., pp.82-96.
- Goldhagen, Daniel J., 1989. "False Witness". *The New Republic*, abril 17, pp.39-44.
- Habermas, Jürgen, 1986. "Geschichtsschreibung und Geschichtsbewusstsein". Carta de lector en: FAZ, 11 de agosto.
- Habermas, J., 1987(a). "Eine Art Schadenabwicklung. Die apologetischen Tendenzen in der deutschen Zeitgeschichtsschreibung". *Die Zeit*, 11 de jul. de 1986. Citado según "Historikerstreit", pp.62-76.
- Habermas, J., 1987(b). "Vom öffentlichen Gebrauch der Historie. Das offizielle Selbstverständnis der Bundesrepublik bricht auf". En: "Historikerstreit", op. cit., pp.243-255.
- Habermas, J., 1989. *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid, Tecnos.
- Habermas, J., 1990. *Die nachholende Revolution. Kleine politische Schriften, VII*. Frankfurt/Main, Suhrkamp.
- Harris, M. 1985., *El materialismo cultural*. Madrid, Alianza.
- Hennig, Eike, 1988. *Zum Historikerstreit. Was heisst und zu welchem Ende studiert man Faschismus?* Frankfurt/Main, Athenäum.
- Hildebrand, Klaus, 1986. "Wer dem Abgrund entrinnen will, muss ihn aufs genaueste ausloten. Ist die neue deutsche Geschichtsschreibung revisionistisch?". En: *Die Welt*, 22 de nov.
- Hildebrand, K., 1987(a). "Der deutsche Eigenweg. Über das Problem der Normalität in der modernen Geschichte Deutschlands und Europas". En: Funke, M. [y otros] (Eds.). *Demokratie und Diktatur*. Bonn, Bundeszent. für polit. Bildung, pp.15-34.
- Hildebrand, K., 1987(b). "Das Zeitalter der Tyrannen. Geschichte und Politik: Die Verwalter der Aufklärung, das Risiko der Wissenschaft und die Geborgenheit der Weltanschauung". FAZ, 31 de jul.
- Hildebrand, K., 1988 (1978). *El Tercer Reich*. Madrid, Cátedra. [Edic. en alemán, 1978].
- Hillgruber, Andreas, 1986. "Für die Forschung gibt es kein Frageverbot". Entrevista de Rainer Krawitz publicada en *Rheinischer Merkur/Christ und Welt*, 31 de oct. de 1986.
- Hillgruber, A., 1987. "Jürgen Habermas, Karl-Heinz Janssen und die Aufklärung Anno 1986". En: *Geschichte in Wissenschaft und Unterricht*, dic. 1986. Citado según "Historikerstreit", pp.331-351.
- "Historikerstreit". *Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. München/Zürich, Piper, 1987.
- Jäckel, E. 1986. "Die elende Praxis der Untersteller. Das Einmalige der nationalsozialistischen Verbrechen lässt sich nicht leugnen". En: *Die Zeit*, 12 de set.
- Kansteiner, Wulf, 1993. "Hayden White's critique of the writing of history". En: *History and Theory*, vol. 33, no.3, pp.272-295.
- Kocka, Jürgen, 1987. "Hitler sollte nicht durch Stalin und Pol Pot verdrängt werden. Über Versuche deutscher Historiker, die Ungeheuerlichkeit von NS-Verbrechen zu relativieren". En: "Historikerstreit", op.cit., pp.132-142.
- Kocka, J., 1989 (1977). *Historia social. Concepto, desarrollo, problemas*. Barcelona, Alfa. (Estudios Alemanes).
- Koselleck, R., 1992. *Vergangene Zukunft: zur Semantik geschichtlicher Zeiten*. Frankfurt/Main, Hay ed. cast.
- Lyotard, J.F., 1987. *El entusiasmo. Crítica kantiana de la historia*. Barcelona, Gedisa.
- Maier, Charles S., 1986. "Immoral equivalence. Revising the nazi past for the Kohl era". En: *The New Republic*, 1986, dez. 1, 1986, pp.36-41.
- Marrus, Michael, 1993. "Regard sur l'historiographie de l'Holocauste". En: *Annales. E.S.C.*, Mai-Juin, no.3, pp.773-798.
- Meier, Christian, 1987(a). "Verurteilen und Verstehen. An einem Wendepunkt deutscher Geschichtserinnerung". En: FAZ, 28 de jun. de 1986. Citado según "Historikerstreit", op. cit., pp.48-61.
- Meier, C. 1987(b). "Kein Schlusswort. Zum Streit über die NS-Vergangenheit". En: "Historikerstreit", op. cit., pp.264-274.
- Mommsen, Hans, 1986. "Suche nach der verlorenen Geschichte". Bemerkungen zum historischen Selbstverständnis der Bundesrepublik". En: *Merkur*, set.-oct., pp.864-874.
- Mommsen, H., 1987. "Neues Geschichtsbewusstsein und Relativierung des Nationalsozialismus". Citado según: "Historikerstreit", op. cit., pp.174-188. Originalmente publicado en *Blätter für deutsche und internationale Politik* (oct. 1986).
- Mommsen, Wolfgang J., 1987. "Weder Leugnen noch Vergessen befreit von der Vergangenheit. Die Harmonisierung des Geschichtsbildes gefährdet die Freiheit". En: "Historikerstreit", op. cit., pp.300-321.
- Nipperdey, Thomas, 1986. "Unter der Herrschaft des Verdachts. Wissenschaftliche Aussagen dürfen nicht an ihrer politischen Funktion gemessen werden". En: *Die Zeit*, 17 de oct.
- Nolte, Ernst, 1967 (1963). *El fascismo en su época. Action Française, Fascismo, Nacionalsocialismo*. Madrid, Península, 1967. [Ed. en alemán, 1963].
- Nolte, E., 1987(a). "Zwischen Geschichtslegende und Revisionismus? Das Dritte Reich im Blickwinkel des Jahres 1980". En: "Historikerstreit", op. cit., p.13-35. Una traducción al inglés se publicó en *Aspects of the Third Reich* / Koch, H. W. (Ed.), Londres, 1985.
- Nolte, E., 1987(b). "Die Sache auf den Kopf gestellt. Gegen den negativen Nationalismus in der Geschichtsbetrachtung". En: "Historikerstreit", op. cit. pp.223-231.
- Nolte, E., 1992. "Die fortwirkende Verblendung". En: FAZ, 22 de feb.
- Perels, Joachim, 1987. "Wer sich verweigerte, liess das eigene Land im Stich. In der Historiker-Debatte wird auch der Widerstand umbewertet". En: *Frankfurter Rundschau*, 27 de dic. de 1986. Citado según "Historikerstreit", op.cit., pp.367-372.
- Peukert, Detlev J.K., 1987. "Alltag und Barbarei. Zur Normalität des Dritten Reiches". En: Diner (Ed.), op. cit., pp.51-61.
- Reagan, 1985. "Ansprache auf dem amerikanischen Luftwaffenstützpunkt Bitburg am 5. Mai 1985". En: *Erinnerung, Trauer und Versöhnung. Ansprachen und Erklärungen zum vierzigsten Jahrestag des Kriegsendes*. Bonn, Presse- und Informationsamt der Bundesregierung.
- Rosenhaft, Eve, 1987. "History, anthropology, and the study of everyday life". En: *Comparative Studies in Society and History*, vol. 29, no.1, pp.99-105.
- Schneider, Peter, 1987. "Hitler's Shadow. 'On Being a Self-conscious German'". En: *Harper's Magazine*, set., pp.49-54.
- Schoeps, Julius H., 1990. *Leiden an Deutschland. Vom antisemitischen Wahn und der Last der Erinnerung*. München, Piper.
- Schrader, Achim, 1989. "Presentación". En: *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, abril, vol. 4, no.11.
- Schulze, Hagen, 1986. "Fragen, die wir stellen müssen. Keine historische Haftung ohne nationale Identität". En: *Die Zeit*, 26 de set.
- Sheehan, J. J., 1981. "What is German History? Reflections on the Role of the Nation in German History and Historiography". En: *Journal of Modern History*, March, no.1, pp.1-23.
- Sontheimer, Kurt, 1987. "Maskenbildner schminken eine neue Identität". En: "Historikerstreit", op. cit., pp.275-280.
- Stürmer, Michael, 1986(a). *Dissonanzen des Fortschritts. Essays über Geschichte und Politik in Deutschland*. München, Piper.
- Stürmer, M., 1986(b). "Was Geschichte weigt". En: FAZ, 26 de nov.
- Stürmer, M., 1987. "Geschichte in geschichtslosem Land". En: "Historikerstreit", op. cit., pp.36-47.
- Stürmer, M., 1992. *Die Grenzen der Macht. Begegnung der Deutschen mit der Geschichte*. Berlin, Siedler.
- Von Weizsäcker, Richard, 1991. *Von Deutschland nach Europa. Die bewegende Kraft der Geschichte*. Berlin, Siedler.
- Wehler, H.-U., 1989. *Le mani sulla storia. Germania: riscrivere il passato?* Firenze, Ponte alle Grazie. [Ed. orig., 1988].
- White, Hayden, 1986. "Historical Pluralism". En: *Critical Inquiry*, v.12, no.3 (Spring), pp.480-493.
- White, H., 1992(a). *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós.
- White, H., 1992(b). "Historical emplotment and the problem of truth". En: Friedländer (Ed.), op. cit., pp.37-53.

#### Notas:

1. Es interesante señalar como dato adicional para una sociología de la discusión científica e historiográfica que casi al mismo tiempo que el trabajo de J. Habermas, apare-

ció en un periódico de izquierda (taz) un artículo de Micha Brumlik [1986], con objeciones en gran parte similares a las de Habermas, que sin embargo no fue tomado en cuenta de la misma manera por lo adversarios de éste. Las opiniones de Habermas -en cierto modo con independencia de su contenido- "merecieron" ser respondidas, dada su influencia académica en todo el mundo. Este no es un dato menor a tener en cuenta.

2. Para un exámen de la "carrera" de estos importantes historiadores véase el primer capítulo de la obra de Wehler [1989].

3a. También aquí se reinstala una discusión previa. La distinción hecha por Tim Mason entre "intencionalistas" (que derivan las características principales del Tercer Reich de la personalidad de Hitler) y los "funcionalistas" (quienes sitúan estos mismos hechos en un marco estructural que los define, que les marca los límites insuperables de su realización), pero resignificada en una época de auge neoconservador. Un "estructuralismo" postula hoy que la ubicación entre Asia y Europa es la responsable de sucesos donde los individuos no son más que objetos.

3b. Una aclaración imprescindible: Hildebrand [1987(b)] ha indicado correctamente la liviandad del ataque de Habermas al reunir a diferentes historiadores en una misma línea, olvidando sus distinciones. Conservaremos no obstante una denominación común (neorevisionistas) que acentúa sus afinidades (que son reales), en beneficio de la brevedad de este artículo. No es cierto que "todo lenguaje es fascista" (Barthes).

4. En los usos de conceptos como totalitarismo, fascismo, autoritarismo, etc., hay -según distintos períodos- variadas significaciones que testimonian sobre la situación socio-política en que se emplean y que sería útil seguir cercanamente. Sobre estos términos es necesario realizar un análisis conceptual. Eike Hennig ha hecho una brevísima recorrida por sus usos, que debería proseguirse [Hennig, 1988:203-209]. No obstante, su revisión no cumple los requisitos exigidos para una "Historia de los Conceptos" (Begriffsgeschichte), es decir, una doble tarea: recabar las variaciones del empleo de un concepto y establecer relaciones permanentes con la historia social [v. Koselleck, 1992:107-130].

5. Es de notar que ciertas teorías que postulan el fin de los Estados nacionales y por lo tanto la irrelevancia de la historia como crea-

dora de una tradición común unificadora, de ese sentimiento que F. Tönnies encontraba en la "comunidad" (Gemeinschaft), se muestra en este caso incorrecta. Hoy la historia es parte del proyecto de las clases dominantes en Alemania y sus historiadores. Ciertamente, también existen otras visiones de la historia y otros historiadores.

6. Una conjetura a examinar: la recurrencia a Braudel que hace Stürmer (y también Schulze) es en realidad una revalorización mediada de Ratzel. Braudel fue -a diferencia de L. Febvre y M. Bloch- menos atento a la geografía histórica de Vidal de la Blache que a la tradición alemana sobre el tema, lo cual tuvo una cristalización en sus textos por todos conocidos. Al reivindicar temas braudelianos, los conservadores no sólo acentúan las típicas preferencias por la "longue durée", sino -más profundamente- de tradiciones que consideran propias.

7. En los alineamientos mencionados no existe solamente una afinidad casual. En realidad, los historiadores conservadores están en puja declarada con algunos colegas que se agrupan en la Universidad de Bielefeld, quienes adoptando una postura historiográfica heterodoxa (weberiano-marxista, liberal en el sentido europeo, etc.) gozan de gran recepción en el público estudiantil y han publicado obras de trascendencia, como Wehler y Kocka (la *Escuela de Bielefeld*). La determinación de las futuras líneas de la historiografía alemana -realizada a través de la competencia de influencias sobre los historiadores jóvenes o aún estudiantes- está también entre los ítems a pensar sobre la HS.

8. Para un resumen y referencias de la "capitulación" véase [Elsässer, 1992:21-32].

9. Se entienden por Historicismo tres concepciones de la historia que pueden presentarse unificadas, siempre sobre la decisiva distinción entre ciencias de la naturaleza y ciencias humanas, histórico-sociales o del espíritu: 1) el historiador puede revivir en su pensamiento y asentar por escrito la vivencia de los hechos que sucedieron en el pasado a través de una "comprensión" empática de los sentimientos (Dilthey) o pensamientos (Collingwood) de los protagonistas reales; 2) la escritura de la historia es siempre actual ("toda historia es historia contemporánea") y los sucesos, que no son por tanto objetivos, son narrados por el historiador (y por ende resignificados) según las exigencias del pre-

sente, dado lo cuál, la historia puede ponerse al servicio de un fin dado (clásicamente, la formación de una identidad nacional); 3) la historia real tiene un fin al que se dirige a través de la acción perpetuamente superadora de un sujeto único. La referencia al historicismo realizada en este ensayo se centra en las dos primeras acepciones que se articulan fácilmente.

10. No obstante: no son solamente los conservadores quienes temen o pueden manipular la historia. En 1985 el municipio de Hamburgo, administrado por socialdemócratas, encargó a dos historiadores investigar la resistencia al nazismo en esa ciudad. Ambos estudios llegaron a resultados sorprendentes: uno concluyó que la resistencia fue llevada adelante principalmente por los comunistas, no por los socialdemócratas; el otro comprobó que muchos de los colaboradores de los nazis y funcionarios de entonces, continuaron en funciones luego de 1945. Los trabajos no fueron publicados por la comuna, y debieron buscar otras vías de aparición.

11. Los pan-textualistas consideran que cualquier narración que se presenta como "historia" de algo, debe ser considerada como una "construcción" absolutamente independiente del referente (lo real), realizada por medio del lenguaje y la imaginación, sin que tenga relación alguna de correspondencia con la situación que se narra. Por ello, un relato histórico es estructuralmente igual a una narración literaria (una novela, por ejemplo). Piénsese en el grupo Tel Quel (Kristeva, Derrida, Barthes), Stanley Fish, el Paul Veyne de *Cómo se escribe la historia*, y otros.

12. Denuncia que no es por ello injusta y que merece reproducirse: "La doctrina de que todo hecho es ficción y toda ficción un hecho es moralmente depravada. Confunde al atacado con el atacante; al torturado con el torturador; al asesinado con el asesino. Qué duda cabe que la historia de Dachau nos la podrían contar el miembro de las SS y el prisionero; la de Mylai, el teniente Calley y la madre arrodillada; la de la Universidad de Kent, los miembros de la Guardia Nacional y los estudiantes muertos por la espalda. Pero sólo un cretino moral sostendría que todas estas historias son igual de verdaderas." [Harris, 1985:352].

13. Dentro del ámbito de los historiadores argentinos sólo se puede mencionar una

reflexión continua -aunque desde nuestro punto de vista con insuficiencias- por el historicismo y la interpretación, discutidas con alguna referencia a la problemática alemana, en José Luis Romero. Véanse los ensayos sobre los tipos historiográficos, la interpretación y la significación de la historia para la vida, recopilados en *La Vida Histórica*.

14. Dos aclaraciones. La primera es que -sin la menor hesitación- cada una de estas tradiciones tienen especificidades indudables y según sus cultores, antagónicas. Sin embargo, en la praxis social -que excede a las intenciones humanas en su inercia práctica- poseen una similitud profunda que es visible en una época de aguda crisis de la conciencia histórica como la actual, conduciendo finalmente al historicismo absoluto. La segunda, es que la carencia de estudios sobre la interpretación y el historicismo por parte de historiadores argentinos no autoriza dejar de lado la cuestión, sino más bien inscribirla en la agenda.

15. Ello lo han sostenido de maneras diferentes, entre otros, L. Althusser, R. Chartier y M. Foucault.

16. La opción por una conciencia política de la actividad es la actualización de una situación que de hecho existe. En una nota de R. Hora y J. Trímboli (*Entrepasados*, N° 6), se insinúa la posibilidad de establecer una implicación de ambas prácticas (y en consecuencia su separación originaria), sin referirla a las relaciones sociales que condicionan y fundan la práctica historiadora. Por ende, la insinuación de Hora y Trímboli es una petición de principio (injustificada). Ese tipo de "crítica" es poco convincente en tanto la abstracción de la realidad que hacen les permite, convenientemente, evitar cualquier crítica real de la sociedad, en un gesto hoy penosamente extendido.

17. Achim Schrader ha señalado esa cualidad sintomática al presentar un número -dedicado a los judíos europeos en América Latina- de la revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, en referencia al silencio por parte de los investigadores latinoamericanos en torno a los problemas expuestos por la Historikerstreit, en el congreso "Europa y América Latina en Diálogo" realizado en Múnich (1987). [Schrader, 1989].

18. Carta al autor (25 de sept. 1994).



# ESTUDIOS SOCIALES

## Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Dirección), Ricardo Falcón,  
Eduardo Hourcade, Enrique Masas, Ofelia Pianello, Hugo Quiroga

ISSN: 0327-4934

Nº 9

segundo semestre

1995

## Galería de textos

Waldo Ansaldi: Gobernabilidad democrática y desigualdad social.

Alejandro Eujenián: Paul Groussac y el rol de la historiografía en el proceso de profesionalización de la disciplina histórica argentina.

María Beatriz Gentile: Glorificaciones y circuitos comerciales en la frontera argentino-chilena, 1870-1900.

Luciano Alonso: La mutilación corporal como institución de control social.

Giovanni Levi: Economía campesina y mercado de la tierra en el Piamonte del antiguo régimen.

ENTREVISTA: «Giovanni Levi»

## NOTAS Y COMUNICACIONES

Mirta Geary: Las cooperativas escolares como nuevos actores sociales.

Alberto Giordano: Sitio: ensayo y polémica.

Manuel Cruz: El marco no es un adorno.

Notas Bibliográficas

Editorial: Universidad Nacional del Litoral, 9 de julio 3063, Santa Fe, Argentina.

Correspondencia: Calle Correo 547, (3000) Santa Fe, Argentina.

Distribución: Fernando García Carbajo, Latin American Books & Gifts,  
Box 2000, 100 W. 79th Ave, Miami, Florida 33122, USA.

# La teoría crítica, el materialismo histórico y el supuesto fin del marxismo: retorno a la miseria de la teoría\*

Bryan D. Palmer

Hace ahora una década y media que Edward Thompson escribió *The Poverty of Theory: or an Orrery of Errors* y ha pasado mucho más tiempo desde que se publicara *La miseria de la filosofía*<sup>1</sup> de Marx. Sea lo que fuere lo que pueda pensarse de los avances del conocimiento asociados al materialismo histórico y al marxismo, particularmente en términos de la práctica del trabajo histórico, es innegable que este último siglo y medio ha sido un período problemático para la formación de la sociedad comunista; además, los últimos quince años se han relacionado con el triste fin del socialismo y con la desaparición del marxismo como fuerza intelectual.

En efecto, es una curiosa coyuntura de nuestro tiempo el hecho de que el muy proclamado fin del marxismo esté en cierto sentido relacionado con el fin de la historia tal y como la entendemos. ¿Quién hubiera imaginado que la historia –como proceso de desarrollo y como conjunto de escritos interpretativos– llegaría a su fin al tiempo que el marxismo como ideología dominante de lo que pasaban por ser economías políticas “socialistas” perdía su fuerza y su atracti-

vo para muchos académicos? Ningún marxista ha logrado dar a su visión del mundo la fuerza o la influencia en la práctica o en la teoría que sugiere esta corriente de principios de la década de los noventa que proclama el fin del marxismo y de la historia<sup>2</sup>.

Para los que se deleitan con las identidades discursivas y las interminables y fluctuantes subjetividades del posestructuralismo como teoría y del posmodernismo como condición, las inestabilidades –políticas y analíticas– del momento presente son ventajas absolutas, realidades en una era que niega el reconocimiento de “lo real”, algo que se celebra y defiende en unos tiempos en los que la resistencia ha quedado desplazada por la diversión y los juegos de palabras. Ser marxista en los tiempos que corren no es, obviamente, ni agradable ni fácil, pero ofrece ciertas seguridades. Tal vez figure entre las más importantes la idea de que lo que estamos presenciando en nuestro tiempo, aunque parezca novedoso y debilitador, tiene un paralelismo y quizás un precedente directo en las polémicas del pasado sobre las cuestiones de teoría e interpretación, discusiones que difícilmente podían separarse de esa piedra de toque de la condición humana que es la historia<sup>3</sup>. “Con el

\* Publicado originariamente en *Social History*, vol. 38 (2), 1993. Tomado de *Historia Social* N° 18, invierno 1994, pp. 125-151.

hombre entramos en la *historia*", proclamó Engels<sup>4</sup>.

Ahora bien, si examinamos las tendencias intelectuales de la actualidad, parece que la historia es, precisamente, aquello en lo que no se "entra". La preocupación central de este ensayo es el grado en el que la acrítica adopción de lo que se ha llegado a conocer como teoría crítica ha dado lugar al rechazo absoluto de los supuestos y las explicaciones del materialismo histórico, al detrimento de la sensibilidad histórica y a la negación de la experiencia real de hombres, mujeres y niños situados históricamente. Esta afirmación no implica que no deba existir compromiso alguno con la teoría crítica, ni sugiere que ésta no tenga nada que decirnos. Antes bien, este tipo de rechazo puede favorecer al marxismo y al materialismo histórico precisamente porque de este modo se puede asimilar el valor de la teoría crítica como elemento enriquecedor de la investigación y la interpretación histórica, pero sólo si el antimarxismo arrogantemente insensato y patentemente ideológico, tan influyente entre los primeros izquierdistas de la década de los noventa, se reconoce y rechaza por lo que es: oportunismo y apostasía de un clima político particular<sup>5</sup>.

Este ensayo se desarrolla en las siguientes direcciones. En primer lugar, analiza brevemente el grado en el que, *en general*, el posestructuralismo y el posmodernismo se han mostrado hostiles hacia el materialismo histórico<sup>6</sup>; al identificar esa hostilidad, proporciona ciertas indicaciones de la orientación de la literatura teórica en estas áreas y contribuye a una historiografía potencialmente analítica. En esta breve introducción

descriptiva y definitoria tendremos ocasión de comentar la naturaleza de la relación del posestructuralismo/posmodernismo con el marxismo y, en especial, la validez y naturaleza del rechazo del materialismo histórico por parte de la teoría crítica. En segundo lugar, se examinarán los desarrollos contemporáneos de la historiografía relacionados con la teoría crítica de los años ochenta y noventa, y se elaborará una crítica de los argumentos utilizados para rechazar el materialismo histórico. Se intentará explorar la relevancia contemporánea del análisis histórico marxista y de su capacidad para fundamentar las a menudo importantes intuiciones de la teoría crítica en lo que se refiere a relaciones sociales materialmente encarnadas y a las experiencias de lucha y subordinación, poder y resistencia, acumulación y adaptación. En tercer y último lugar, el ensayo se cierra con una explicación de las ironías y de la potencia de una teoría crítica antimarxista en el contexto de la década de los años noventa.

### Ideología y época

Como Terry Eagleton nos ha recordado recientemente, el de ideología es un término complejo que ha tenido una evolución histórica aún más compleja<sup>7</sup>. Por el momento, inspira recelo en la mayoría de los círculos intelectuales, un proceso de rechazo que, de acuerdo con Eagleton, guarda relación con la moda actual del pensamiento posestructuralista y con los supuestos y tendencias contemporáneas de la posmodernidad como un *fin-de-siècle* peculiarmente

distintivo. No obstante, para situar el posestructuralismo y el posmodernismo como significados particulares en el presente de los años noventa, y para ubicarlos históricamente, es útil adoptar un concepto de ideología inspirado en los fundadores del materialismo histórico y en los iniciadores de la comprensión moderna de la ideología como una categoría central en los proyectos relacionados de interpretación y transformación del mundo.

A riesgo de pasar por alto múltiples salvedades y no pocos escritos problemáticos, Marx y Engels percibieron la ideología como una construcción material sobre la posibilidad de la revolución. Como en la elaboración de la mayoría de los conceptos del materialismo histórico, su método era polémico, una inspección de lo inadecuado e *ideológico* de las convenciones filosóficas de su tiempo. Contra los idealizados avances del pensamiento de la Ilustración (que marcó un hito en el abandono de la obediencia ciega a la superstición, la ilusión y la autoridad divina), Marx y Engels propusieron una extensión radical de la razón ilustrada, insistiendo no en el potencial liberador de las ideas y las abstracciones deshistorizadas, sino en la poderosa determinación de la actividad social profana. En *La ideología alemana*, Marx y Engels calificaron de ideológico el idealismo que rechazaba el reconocimiento de la primacía de la humanidad real, la fuerza determinante de las relaciones sociales sobre la conciencia de esas relaciones<sup>8</sup>. Así, para Marx y Engels, la ideología era original y fundamentalmente la construcción de la falsa conciencia, el oscurecimiento de la primacía de la práctica

social y la reificación de las ideas y las categorías como las fuerzas dominantes de la historia. Enturbada en años posteriores a medida que el término se iba asociando a varios significados relacionados con diferentes movimientos y personalidades de la oposición revolucionaria-, la compleja historia de la ideología como concepto corrió paralela a la historia del marxismo: relativamente coherente durante los años de la Segunda Internacional, se fragmentó tras la Primera Guerra Mundial<sup>9</sup>.

La premisa fundamental de este ensayo es que el posestructuralismo constituye la ideología de una época histórica particular hoy asociada a la posmodernidad. Alex Callinicos ha señalado recientemente con fuerza y convicción que la posmodernidad no existe como una ruptura marcada y fundamental con "lo moderno", una postura de escepticismo que también encontramos en el núcleo del análisis de la experiencia de la modernidad de Marshall Berman<sup>10</sup>. Puede que tengan razón, pero para los propósitos de este ensayo la cuestión no nos importa. Es perfectamente razonable reconocer que los últimos años del siglo XX han sido testigos de una serie de cambios en el reino cultural, e incluso en el de la economía política, sin que eso signifique que se haya producido una transformación fundamental del modo de producción. Muchos lugares de la "representación" y de los campos conexos del "diseño" —a través de los que se ordenan los aspectos espaciales y culturales de nuestra vida por medio de la reconstrucción del locus del modernismo, el paisaje urbano pueden analizarse de un modo que sugiere que se ha producido un cam-

bio reciente en los géneros literarios, en el arte y la arquitectura, en el cine y en la tecnología de la difusión cultural, siendo indudablemente el caso del video el más espectacular. No veo la necesidad de negar que todo esto significa algo cultural y que está relacionado con una transformación estructural material y, fundamentalmente, con el auge y caída de lo que algunos teóricos sociales denominan un régimen fordista de acumulación capitalista<sup>11</sup>. *Contra* Callinicos (que ha realizado sonoros ataques) se encuentran los recientes textos materialistas y decididamente historizados de Frederic Jameson y David Harvey. Ambas obras, *Posmodernism: or, the Cultural Logic of Late Capitalism*, de Jameson, y *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origin of Cultural Change*, de Harvey, presentan una explicación complementaria de la transformación del orden cultural capitalista a finales del siglo XX. Pero a diferencia de la mayoría de los posmodernistas, estos marxistas se niegan a considerar esta reestructuración de los rasgos fundamentales del reino de la reproducción no biológica como una transformación del modo capitalista de producción. Para Jameson y Harvey, la posmodernidad, cualesquiera que sean las diferencias que cada uno de estos autores prefiera subrayar, constituye una época del *capitalismo*, básicamente continua con la explotación y la acumulación de sus primeros tiempos, pero discontinua en las formas de expresión de sus representaciones<sup>12</sup>. Y, como Los Angeles en la obra de Mike Davis *City of Quartz*, esta posmodernidad como condición capitalista se produce no al margen de la historia, sino en el marco de sus relaciones de

poder y desafío, de lucha y subordinación<sup>13</sup>.

Por tanto, lo que una lectura marxista del posmodernismo rechaza no es que se trate de una *condición* de la vida cultural contemporánea, algo que se reconoce que admiten muchas lecturas materialistas históricas rivales, de entre las cuales alguna bien podría acentuar el movimiento cultural hacia la posmodernidad. El marxismo rechaza el proyecto *ideológico* de racionalización y legitimación de este orden posmoderno como algo que está por encima y más allá de las relaciones sociales de una economía política capitalista. En palabras del exponente americano del posestructuralismo, Mark Poster, esta noción del posmodernismo no deja de estar vinculada al rechazo del marxismo:

Durante la primera mitad del siglo XX la teoría marxista ha experimentado tres retrocesos: (1) el establecimiento del socialismo burocrático en la Europa del Este; (2) el surgimiento del fascismo en Europa Central; y (3) el nacimiento de la "industria cultural" en Europa Occidental y los Estados Unidos de América. Estos importantes fenómenos barajaron de nuevo las cartas de la dialéctica. Ya no podía afirmarse que la clase trabajadora era la abanderada de la libertad, la negación viviente de la dominación, el lado progresista en las luchas contemporáneas de clase que seguramente daría lugar a una comunidad utópica.

Para los posestructuralistas como Poster estas "verdades" (que, debe advertirse, pueden explicarse claramente mediante la teoría marxista y

que no han perturbado al marxismo como proyecto de comprensión) se refuerzan a través de eventos y desarrollos aún más recientes, entre los que se cuentan la descolonización y los movimientos feministas y el nacimiento de una patente orden de la información<sup>14</sup>.

Por tanto, el posestructuralismo puede concebirse con claridad como una reacción ideológica a los fracasos del socialismo realmente existente una vez que experimentó el proceso de stalinización. Cuando la clase trabajadora queda arbitraria y conceptualmente desplazada como agente de transformación social, un apartamiento indiscutible que se sigue lógicamente de la degeneración del primer estado de los trabajadores, el marxismo es atacado tanto por sus fracasos políticos como por la llegada de nuevas fuerzas sociales (los movimientos feministas y de descolonización, a los que pueden sumarse otros: pacifistas, ecologistas, partidarios de los derechos de los aborígenes y "nacionales") y formaciones sociales, ninguna de las cuales se aproxima realmente a una relación elemental con el *capitalismo realmente existente*. Durante el proceso cualquier sentido de la "realidad" objetiva y de sus relaciones sociales se pierde en un remolino de subjetividad que obliga a una retirada de la clase y a un acercamiento a casi todas y cada una de las diferentes "identidades" que se conciben como expansivas, discursivas y positivamente plurales. Este ensayo mantiene que el posestructuralismo es, por tanto, un proyecto de mistificación y de ofuscación que sintoniza, en particular, con la política implícita y ocasionalmente explícita del momento; el posestructuralismo

como teoría es para la posmodernidad una época, del mismo modo que el idealismo como filosofía lo fue para la Ilustración. Esta afirmación no implica que el posestructuralismo no tenga fuerza o que carezca de valiosas ideas, pero si sigue en su trayectoria actual caerá inevitablemente en el reino de la ideología.

¿Qué es el posestructuralismo? ¿Qué es esta nueva teoría crítica? Es esta una cuestión complicada, y su respuesta requiere la comprensión de la historia intelectual de este último siglo<sup>15</sup>. Dicho en pocas palabras, el posestructuralismo surgió a raíz de los estallidos teóricos que se produjeron en la vida intelectual parisina de la década de los años sesenta y, en particular, del año 1968. En aquellos años se produjo un giro teórico en Francia que agrupó a la antropología social de Claude Lévi-Strauss, al psicoanálisis lacaniano y a un marxismo althusseriano centrado en los textos, en un paradigma conocido como *estructuralismo*. Lo que unió estos componentes del giro francés fue su profundo compromiso con una explicación científica de los sistemas estructurales de la existencia humana. En los casos de Lévi-Strauss y Lacan, la interpretación de estos sistemas estructurales se fundamentaba explícitamente en la insistencia en que el lenguaje constituía el fundamento de toda actividad humana, que por consiguiente sólo era comprensible en términos de las leyes de la lingüística propuestas por Saussure. El estructuralismo defendía una comprensión lingüística de la realidad, desde los sistemas de parentesco hasta el inconsciente. "Todo lo que el antropólogo debe hacer es decir a sus colegas de otras disciplinas que la verdadera

cuestión es la cuestión del lenguaje”, proclamó Lévi-Strauss. “Si resolvemos el problema de la naturaleza y el origen del lenguaje podremos explicar lo demás: qué es la cultura y cómo surgió; qué es el arte y qué son las técnicas, el derecho, la filosofía y la religión”<sup>16</sup>. Por su parte, Lacan “saussurizó” el psicoanálisis y declaró que “el inconsciente es el discurso del otro... el síntoma se resuelve completamente en un análisis del Lenguaje, porque el síntoma en sí está estructurado como un Lenguaje, porque el síntoma es un Lenguaje del que la Palabra debe ser liberada”<sup>17</sup>. Este cientifismo lingüístico arrasó al marxismo parisino de los años sesenta culminando en lo que Thompson y Norman Geras denominaron “el idealismo final” de Althusser<sup>18</sup>. En la lectura althusseriana de la ideología, “los únicos intereses que importan en el desarrollo del conocimiento son intereses internos al conocimiento”<sup>19</sup>.

Con los acontecimientos parisinos de 1968 cayó el telón sobre el escenario analítico del estructuralismo. Sus actores sufrieron un cierto desvanecimiento. Y con ellos, varios de sus proyectos –la imposición de Lévi-Strauss de las clasificaciones y el orden, el énfasis lacaniano en el sujeto historizado, la insistencia althusseriana en el enraizamiento de la ideología en los *intereses* de clase–, si bien en el escenario, ahora ocupado por el posestructuralismo, se podían encontrar restos del estructuralismo, sobre todo el lenguaje como lugar del significado, el poder y la resistencia. El posestructuralismo nació, pues, del fracaso del estructuralismo. Contenía parte del legado del estructuralismo, fundamentalmente su insistencia en el lenguaje, pero rechazaba muchos de

sus supuestos y propósitos. En los escritos de Michel Foucault, Jacques Derrida, Jean Baudrillard, Gilles Deleuze y Jean François Lyotard, el nuevo examen del lenguaje y de sus significados culminó en una gran interrogación sobre “lo real”, una implacable exposición de los modos en los que el conocimiento y la razón enmascaraban la dominación, y un claro rechazo de todos los proyectos –emancipatorios o no– que pretendían imponer o situar los centros de poder o resistencia. Para el estructuralista, el orden interpretativo estaba orquestado, era una construcción consciente de la mente humana. Sin embargo, para el posestructuralista, este orden/orquestación debía ser demolido. En palabras de Derrida, inspiradas en Montaigne, el proyecto posestructuralista era “interpretar las interpretaciones más que las cosas”, un constante descifrar el lenguaje que fácilmente llevaba a una postura en la que “todo se convertía [o era] lenguaje”. Para Derrida, la historia siempre había sido concebida como “un rodeo entre dos presencias”<sup>20</sup>.

El pensamiento posestructuralista es extremadamente difícil de definir con claridad precisamente porque defiende la discursividad, la diferencia y las desestabilizaciones: no se desarrolla como una teoría unificada, sino como una serie móvil de círculos concéntricos conectados en puntos de congruencia, que es capaz de proclamar en cualquier momento un nuevo e inexplorado territorio de interpretación. Al igual que las innovaciones arquitectónicas de la era posmoderna, la teoría posestructuralista desafía las fronteras, se resiste a la idea de un equivalente analítico del centro espacial en su defensa de la

discursividad y las subjetividades proliferadoras, y eleva lo desordenado al rango de virtud al rechazar la causalidad como cuestión de principios. El posestructuralismo, pues, racionaliza, legitima y santifica de hecho la condición posmoderna. Su papel como ideología asegura el presente; en el proceso separa este presente del pasado y limita las posibilidades de su futuro.

En sus orígenes uno de los atractivos del posestructuralismo fue indudablemente aquello a lo que Callinicos se ha referido como su “apertura a las contingencias, las incertidumbres y las inestabilidades de la historia”<sup>21</sup>. Pero las ideologías, siempre dependientes de su capacidad para iluminar *una parte* de la experiencia al tiempo que la mistifican, suelen tender a exceder sus límites en momentos de extrema confianza en sí mismas. La posmodernidad, una época de exceso como no ha habido otra, impulsa precisamente en esta dirección a la ideología enmascarándola como teoría.

Este argumento lo ha expresado recientemente con mucho vigor Robert Young cuando insiste en que la historia no puede ser sino problemática en la medida en que ha sido siempre un producto del saqueo imperialista y de la subordinación de determinados pueblos de color. Inspirándose en la corriente “poscolonialista” de la teoría crítica, considera la “Historia” como una expresión de las premisas eurocéntricas del conocimiento occidental, un ejercicio allanado de apuntalamiento “del concepto, la autoridad y la primacía absoluta de la categoría de ‘Occidente’”. Young encuentra consuelo en el cuestionamiento posestructuralista

de la historia que, desde un punto de vista abstracto, no plantea problema alguno al materialismo histórico, –comprometido también en el mismo proyecto–, y, más concretamente, en los logros del posmodernismo para llevarnos a un período de disolución:

Por tanto, en contra de algunas de sus importantes definiciones, puede afirmarse que el posmodernismo en sí mismo implica no sólo los efectos culturales de una nueva fase del capitalismo “tardío”, sino también un sentimiento de pérdida de la historia y la cultura europea como Historia y Cultura, pérdida de su lugar incuestionable en el centro del mundo. Podemos afirmar que del mismo modo que... la centralidad del “Hombre” se disolvió a finales del siglo XIX y el “Orden Clásico” cedió el paso a la Historia, hoy en día, a finales del siglo XX, la Historia ha dado lugar a lo “Posmoderno”, por lo que estamos presenciando la disolución de “Occidente”<sup>22</sup>.

El problema de este pasaje, y del libro del que forma parte, no es que nos alerta de la necesidad de analizar cómo se hace la historia atendiendo al colonialismo y a sus enormes costes humanos. Antes bien, la dificultad que implica la deconstrucción que hace Young de la “historia” es su explicación parcial y asombrosamente autoselectiva de lo que constituye el texto de una práctica histórica muy diferenciada: se hace alusión una o dos veces a Toynbee, Trotsky y E. P. Thompson (es sorprendente que no haga mención alguna a Victor Kierman), pero sólo de pasada y de un modo que homogeneiza las historio-

grafías denominadas “blancas”; C. L. James, Walter Rodney y Jean Chesneaux brillan por su ausencia, lo que permite a Young pasar por alto las historias hechas en puntos específicos de la intersección en los que se encuentran el Primer y el Tercer Mundo y en los que conectan blancos, negros y amarillos.

Con certeza, el ataque posestructuralista de Young contra la Historia contiene el tipo de desafío que resulta atractivo para muchos de los que desean corregir los errores de una historiografía arraigada en el racismo. Pero lo hace de modo que asfixia el proyecto de emancipación, ahogándolo en una ideología de la ilusión. “Occidente” –lugar donde se ha instalado el poder del capitalismo tardío del siglo XX– no está, en sentido alguno, en vías de disolución. Cualesquiera que sean las reconstrucciones de la posmodernidad como un período de acumulación capitalista, la “Historia” no ha quedado desplazada. Pocos meses después de la publicación de las palabras de Young, la carnicería de la Guerra del Golfo mostró el talón de Aquiles de los trompetazos ideológicos de este tipo a los soplidos inequívoca y tecnológicamente superiores de un “Occidente” tan belicoso y militarista como otras formaciones sociales capitalistas que están ostensiblemente muertas. Pocos se asombraron de que marxistas como Ellen Meiksins Wood, estudiosa de la historia del capitalismo, se rasgaran las vestiduras por lo que el posestructuralismo como ideología había hecho en unos pocos años. “Justo en el momento en el que el mundo cae progresivamente dentro de la lógica totalizadora del capitalismo y sus impulsos homoge-

neizadores, justo en el momento en el que más sentimos la necesidad de encontrar herramientas conceptuales para comprender esa totalidad global”, protesta Wood, “ciertas corrientes intelectuales de moda –desde el ‘revisionismo’ histórico al ‘posmodernismo’ cultural– están dividiendo el mundo en fragmentos de la ‘diferencia’”<sup>23</sup>.

Obviamente mis simpatías se dirigen a Wood y a una serie de comentarios marxistas y feministas que abordan el surgimiento del posestructuralismo pero que han sido universalmente ignorados por quienes defienden la nueva teoría crítica<sup>24</sup>. Ello no equivale a afirmar que los marxistas deban ignorar el grado en el que el pensamiento posestructuralista nos obliga a abrir los ojos, en ocasiones parcialmente cerrados, a problemas específicos que apenas han recibido atención por parte de las múltiples corrientes de una tradición marxista muy abigarrada, incluyendo la “diferencia” que Wood parece criticar. Los marxistas no deben ignorar la importancia de la subjetividad y el *self* de las identidades no reductibles a clases, de la representación y el discurso, de la problemática ambivalencia del “conocimiento” canonizado en formaciones sociales particulares donde el pensamiento y el poder no dejan de estar relacionados de todo lo cual nos alerta el posestructuralismo mientras lleva el análisis lejos de sus referentes materiales. De hecho es posible explorar textos específicos del materialismo histórico y observar que la atención al discurso, incluso hasta el punto de materializarlo y explorar su papel en la determinación, no es necesariamente ajena al proyecto marxista<sup>25</sup>.

## En defensa de la historiografía marxista

Es más, ni el estructuralismo ni el posestructuralismo, como teoría, han producido historias reales consistentes y precisas. Cualesquiera que sean los méritos de los intentos de hacer historia del *Centre for Contemporary Cultural Studies* dirigido por Richard Johnson, el abismo fundamental que divide este proyecto colectivo de crítica historiográfica y las historias reales producidas al margen de la visión de estas lecturas críticas resulta profundo y obvio<sup>26</sup>. En segundo lugar, en ausencia de la máxima “la escritura teórica mejora la historia”, es importante recordar la importante contribución de los historiadores marxistas ingleses –especialmente los escritos de las décadas de los años cincuenta, sesenta y setenta de Hill, Hobsbawm, Hilton y Thompson– y subrayar la influencia del materialismo histórico para volver a considerar cuestiones tan importantes como la transición del feudalismo al capitalismo<sup>27</sup>. Lejos de rechazar la teoría, esta escritura histórica mantiene el equilibrio entre la fructífera coyuntura de la conceptualización y las exploraciones empíricas de la evidencia emanada del pasado que se reconoce problemática, una práctica que exige la integración de la estructura y la agencia, del ser y la conciencia, del pasado y el presente, del sujeto y la interpretación, y la elaboración autorreflexiva de las relaciones entre estos procesos vinculados.

Hubo un tiempo en el que estas historias se reconocían como contribuciones a la historiografía y la teoría, como pruebas de la riqueza del materialismo histórico. Sin embargo,

durante la década de los años ochenta se cuestionaron repetidas veces tales contribuciones y tal riqueza. El posestructuralismo como ideología disfrazada de teoría ha persistido en su crítica a la historiografía marxista, pero precisamente debido a que raramente trata con textos históricos reales –ya que se inclina por una glosa teórica sobre lo que han dicho los teóricos de la historia, o por fáciles caracterizaciones de las tradiciones historiográficas, algo que casa enteramente con su propensión al absolutismo conceptual– esta crítica no ha sido particularmente destructiva. Más desestabilizadores han sido aquellos que han optado por abandonar la nave del materialismo histórico. Mientras los teóricos posestructuralistas han mostrado un escaso compromiso real con el contenido del pasado o con las interpretaciones que de él hacen los historiadores, ha habido quienes desde las filas del materialismo histórico han gravitado hacia las determinaciones del discurso y la representación y, en ese proceso, han asestado golpes específicos a la validez de la historiografía marxista.

Es virtualmente obligado comenzar la disección de ese proceso con la reconsideración que del cartismo hace Gareth Stedman Jones y con sus breves notas introductorias al conjunto de ensayos *Languages of Class*, que proporciona a aquel artículo un lugar apropiado<sup>28</sup>. Comenzaré con este texto y, al hacerlo, sugeriré que ha alcanzado el status injustificado de canon, aunque negativo: infrateórico, ahistórico dada su descontextualización del cartismo y bastante obsoleto debido a su reducción del discurso a los escritos publicados de la prensa obrera (una suerte de retor-

no nostálgico al programa de "Pensamiento Político", como ha señalado Dorothy Thompson), el ensayo "Reconsideración del cartismo" y las notas introductorias de Stedman Jones obtuvieron cierta notoriedad precisamente porque marcaron una *aceptación* de la retirada del materialismo histórico basada no en trabajos razonados de teoría e investigación, sino en una aseveración congruente con la ideología de nuestro tiempo.

Stedman Jones subrayaba los modos en que el lenguaje del radicalismo del siglo XVIII sobredeterminó las luchas de las décadas de 1830 y 1840, hasta el punto de que las historias materialistas –el conflicto de clase inserto en las transformaciones socioeconómicas asociadas con la Revolución Industrial– cobraban menos importancia para explicar aquellas que la continuidad del descontento populista con el estado expresado en un discurso particular. Era esta una lectura perspicaz, aunque sumamente limitada, de la retórica cartista, pues en absoluto establecía la autonomía del lenguaje y su enmascaramiento de la experiencia de clase, como aseveraba agresivamente Stedman Jones. Dadas las numerosas críticas materialistas al ensayo "Reconsideración del Cartismo", la historia de las relaciones y los conflictos de clase en Inglaterra durante el tercer cuarto del siglo XIX no permite que la formación de clase y el lenguaje, la economía y la política, la movilización y el programa, el desafío y la continuidad cultural, puedan ser categorizadas y convertidas en dicotomías con tanta nitidez<sup>29</sup>.

Así pues, el ensayo de Stedman Jones nos presenta las maneras en las que el materialismo histórico ha sido

atacado desde las filas de sus propios exponentes. Pero antes de pasar a considerar una visión más *sustantiva* de la clase –de cómo se formó material e históricamente–, debemos detenernos en dos cuestiones.

En primer lugar, el artículo de Stedman Jones, con una inclinación revisionista que le aleja de la tradicional lectura materialista ortodoxa de la experiencia cartista, ejerció una influencia tan profunda entre los historiadores sociales debido a que su autor había alcanzado desde hacía tiempo gran reconocimiento como historiador marxista con profundo sentido teórico. Pero lo que nos impide apreciar las credenciales marxistas de Stedman Jones es que su teoría marxista había caído desde hacía tiempo en el esteticismo del "marxismo occidental", un proceso de formación política e intelectual que orientó a Stedman Jones en la dirección de la concepción *ideológica* de la ideología típica del posestructuralismo<sup>30</sup>. Podemos encontrar indicios que nos lo confirman no sólo en sus enunciados explícitamente teóricos, sino también en sus análisis patentemente más históricos de las relaciones de clase en la sociedad victoriana<sup>31</sup>. En la época en la que se escribió el ensayo sobre el cartismo, esta trayectoria había avanzado hacia una serie de enunciados contundentes que exigían nada menos que una nueva valoración no tanto del cartismo como del método y de la teoría marxista. Al insistir implícitamente en una concepción transhistórica de la conciencia de clase como dirección programática de "una clase para sí", "Reconsideración del cartismo" proclama la inexistencia de este programa en las declaraciones publicadas en la prensa

obrera de las décadas de 1830 y 1840. Stedman Jones se había convencido ya de "la imposibilidad de abstraer la experiencia a partir del lenguaje que estructura su articulación". Su esteticismo se hizo patente cuando insistió en que eran los términos y las proposiciones del lenguaje lo que requería una exploración sistemática, y no "una supuesta realidad experiencial de la que aquellos se suponía eran la expresión". La historia debe renovarse a sí misma sobre este "terreno intelectual contemporáneo", proclamaba Stedman Jones. Y, por supuesto, esta renovación debe oponerse al "determinismo económico" y al "marxismo mecánico" y proceder sobre la base de una "significación más amplia" del análisis lingüístico posausuriano y su crítica implícita de toda presunta relación causal entre el ser y la conciencia<sup>32</sup>.

Tal y como la respuesta materialista a Stedman Jones señaló con cierta regularidad, la conversión a Saussure y el giro lingüístico resultante se produjo de manera abrupta y con escasa elaboración o justificación teórica. Con todo, la "deconstrucción" de Stedman Jones nos sugiere la posibilidad de interpretar su revisionismo de un modo interesante. Entre las líneas de "Reconsideración del cartismo" puede percibirse, además de un "rastreo" derrideano, el marcado estructuralismo del Stedman Jones de las décadas de 1960 y 1970: ordenando cada capa del argumento presentado surge una comprensión idealizada de la conciencia de clase que asegura, dadas las relaciones socioeconómicas e históricas reales del momento cartista, que jamás se habría convertido en una posibilidad práctica y de masas. Es comprensible que dada la con-

tinua aunque descendente influencia del capital mercantil, la sobreproducción y las fatigosas formas de la pequeña producción en la metrópoli y el campo, muchos segmentos de los trabajadores pobres considerasen su penosa situación como producto de lo insuficiente del precio que se pagaba por su producto y del papel que jugaba una casta política parasitaria encargada de perpetuar esa economía política de la desigualdad, y no según la visión marxista del modo en que se extraía de ellos el valor añadido –y, por tanto, de la necesidad de un nuevo orden proletario cuyos orígenes no habrían de encontrarse inevitablemente en el desafío a la corrupción del gobierno, sino en la destrucción del *estado* como fundamento básico del poder capitalista. Un análisis histórico del contexto económico que reconociera pautas nacionales y divergencias locales podría sugerir irónicamente la falta de justificación materialista para insistir en que una clase trabajadora que aún no ha terminado de formarse hable con las palabras y los significados de un tipo marxista de conciencia de clase que aún no se había instalado firmemente en la agenda –siempre dependiente del contexto– de la lucha de clases. Sin duda, esto no implica, como Stedman Jones afirma, que el lenguaje determine el ser político, pero sí que la vida material establece los límites dentro de los cuales se desarrolla el lenguaje y la política. Tampoco supone infravalorar la importancia del estado, al que se le debe suponer su autonomía relativa a la vez que se le sitúa en relación con el desarrollo de la economía. Sin embargo, no es esa la lección que el revisionismo de Stedman Jones extrae de la experiencia

del cartismo. Antes bien, sienta simultáneamente las bases para la negación de Pedro y el terreno para la dicotomización de Salomón: “La atención al lenguaje del cartismo sugiere que su nacimiento y caída están relacionados, en primera instancia, no con los movimientos económicos, las divisiones de ese movimiento o una conciencia de clase inmadura, sino con el carácter cambiante y las políticas del estado, el principal enemigo de cuyas acciones siempre han pensado los radicales que dependía su credibilidad”<sup>33</sup>.

Lo que sugiere esta conclusión es que la clase es inmaterial allí donde una conciencia de clase plenamente desarrollada no puede ser localizada sin ambigüedades. La elevación del estado al status de determinante principal –como opuesto a las relaciones explotadoras y opresoras de un orden de clase que condiciona un tipo particular de aparato y práctica estatal– lleva a Stedman Jones a una particular política de resistencia. O, quizás, es al revés: una lectura política del momento contemporáneo bien podría condicionar una interpretación específica del significado del cartismo. Porque la segunda cuestión que debe subrayarse cuando se considera el ensayo de Stedman Jones como una introducción al desplazamiento actual del materialismo histórico es claramente más política. En respuesta a las múltiples objeciones que se han hecho al ensayo “Reconsideración del cartismo”, que le exigen una mayor claridad teórica, Stedman Jones no ha ofrecido una única línea de aclaración. Antes bien, parece que la justificación de la retirada de Stedman Jones del materialismo histórico y de la clase como uno de sus princi-

pales fundamentos conceptuales es la política del momento. Contra el thatcherismo propuso que el Partido Laborista abandonara su anticuada política de clase y forjara un auténtico frente popular de todos los progresistas<sup>34</sup>. Contra la “crisis del comunismo” Stedman Jones alude al fracaso del lenguaje político del “marxismo-leninismo”, que se encuentra “al final del camino, tanto por lo que se refiere a la palabra como a la acción”<sup>35</sup>. Es difícil leer escritos políticos de ésta índole y no sorprenderse del grado en el que el ser determina la conciencia, el que en un momento político profundamente antimarxista la identificación consciente con el marxismo se desvanezca en manos de un conjunto de intelectuales que no ven muchas ventajas en seguir en un barco que la moda y el fatalismo parecen haber hundido.

Los supuestos y la orientación de Stedman Jones se han desarrollado recientemente en lo que supone un esfuerzo sostenido por analizar la Inglaterra industrial y la cuestión de la clase en el período de 1840-1914. La obra recién publicada de Patrick Joyce, *Visions of the People*, constituye un extenso ensayo que oscila entre la crítica historiográfica y la expresión sintética. El texto, basado menos en investigación original que en la lectura que hace Joyce de la literatura periodística y las monografías publicadas, estudia el paisaje cultural de la Inglaterra del siglo XIX y explora los discursos morales y organizativos del trabajo, el importante lugar de la costumbre, el simbolismo y el lenguaje (como dialecto y percepción del pasado) y los modos en los que los entretenimientos de masas –centrados en los espectáculos musicales, los ro-

mances ultramarinos y el teatro popular– orquestaban comprensiones específicas de la experiencia colectiva. Gran parte de lo que nos comunica Joyce es útil y valioso. Pero lo que aquí ponemos en cuestión es su insistencia en que la historia de estos años regresa sin cesar al rechazo de la clase y, en lugar de esa identidad conflictiva y economicista aparentemente simple, a la presencia de una concepción populista del “ellos” y “nosotros” que es más discursiva y menos constrictiva que el usual edificio conceptual impuesto por los marxistas.

En la base de este proyecto histórico materialista Joyce sitúa nada menos que “el ajado ídolo de la clase”. Igual que Stedman Jones, a lo que Joyce se refiere no es a la clase como una relación estructural con los medios de producción, una relación en la que nacen los hombres y las mujeres y con la que, más tarde, entran en sus actividades de subsistencia, sino a la conciencia de clase. *Visions of the People* insiste sin cesar en que “la conciencia de una clase y la conciencia de clase” no son invariablemente lo mismo, como si algún marxista hubiera afirmado que lo son. El lenguaje del trabajo “no equivale siempre a la ‘conciencia de clase’”. Como el proletariado inglés no adoptó el lenguaje de una conciencia de clase no adulterada –un dialecto del marxismo–, Joyce propone a los historiadores que se alejen de la clase: “La noción de ‘lenguajes de clase’ supone grandes peligros”. Pero como existe el estribillo de la *diferencia* de clase durante todo el período de consolidación industrial-capitalista, Joyce no se deja llevar hasta el extremo de rechazar el término clase. Pero sí lo recorta en virtualmente todas y cada

una de las páginas de su obra para convertirlo en una suerte de imagen oscura, conceptualmente ensombrecida por la retórica algo más robusta del populismo: “Ricos y pobres, el pueblo y la clase dominante constituían los elementos prevalentes, más que las consideraciones de clase”. En esta curiosa frase se resumen en pocas palabras los problemáticos fundamentos y los excesos conceptuales del volumen de Joyce: el lenguaje del populismo deja a un lado no sólo ejemplos de la conciencia de clase, sino también a la clase como relación estructural con la producción; y lo hace de un modo tan “esencialista” y tiránicamente “totalizador” como el de los que actualmente se relacionan de una manera uniforme con el uso del concepto de clase. El populismo constituye un recipiente interpretativo útil porque permite meter en él cualquier cosa, pero es mucho lo que puede quedar fuera debido a un ajuste arbitrario de la tapadera. Esta suerte de libertad analítica se demuestra particularmente útil para una explicación que no puede eludir la clase ni siquiera en el caso de que el lector quede inmerso en una narrativa del rechazo. ¿Cómo es posible que un historiador como Joyce hable de “clase dominante” y al mismo tiempo insista en que las “consideraciones de clase” deben atenuarse?<sup>36</sup>.

Sin ser aparentemente consciente de ello, Joyce nos ha ofrecido una exploración fascinante de la polifacética construcción de una ideología que oscurece la clase con tanta mayor eficacia cuanto que concuerda con las divisiones de clase y acepta el reconocimiento inevitable de la diferencia de clase, pero enmascara las realidades del poder de clase al señalar el modo

en que la clase trabajadora internalizó y propagó esta ideología. Así pues, Joyce confirma esta ideología como "real", tomando la incapacidad de la clase trabajadora para identificar el fundamento económico de las relaciones y la conciencia de clase como prueba que demuestra que las nociones de estado, nación y honor se encontraban separadas de la clase y eran más resistentes como fuentes de identificación. Pocos se asombran de que Joyce comience su libro con la frase "los intereses creados que tienen en común los obreros y los patronos son al menos de tanta envergadura como la tendencia al conflicto" o de su insistencia en que "la esencia de la clase es la deferencia"<sup>37</sup>. Inspirado por el reciente trabajo de William Reddy, quien ha encontrado dificultades para borrar el término clase del vocabulario de los estudios históricos, Joyce describe la experiencia de la tensión en las fábricas como si estuviera impulsada por motores superestructurales en cierto modo separados de la base de las relaciones económicas puras: "Se producían conflictos industriales en torno al mando y la autoridad, al respeto y al honor, así como también en torno a las consideraciones materiales". Con los valores y el lenguaje del trabajo insertos en las concepciones de la justicia y la remuneración honesta, Joyce expresa la idea de que existía "poco o ningún sentido del trabajo y el capital como dicotomías sociales básicas" en la Inglaterra victoriana, donde la gente consideraba decisiva la "moral y no el reino económico", asegurando que "brillaba por su ausencia un vocabulario explícito de clase"<sup>38</sup>.

Como es típico de la mayoría de las historias posestructuralistas que

se han retirado de la clase, *Visions of People* comienza con una enérgica e incondicional adhesión a la ideología del posmodernismo, repleta de rechazos y caricaturas obligados: no hay necesidad de "seguir manteniendo la hoja de parra de la decencia marxista"; la preocupación supuestamente marxista por la "lucha" como marca definitoria de la clase" (sin considerar que éste *no* es un punto de partida universal de toda concepción marxista de los orígenes de clase, sino el producto inevitable de las relaciones sociales ordenadas por la lógica de la explotación, la acumulación y la alienación) es rechazada. Joyce comienza con la afirmación rotunda de que la sabiduría que hemos recibido (¿marxista?) "se ha convertido, de hecho, en un peso muerto", y sumándose a las filas de los que atacan el inadecuado e inapropiado concepto de clase, Joyce ha elaborado un libro que constituye "al menos en parte... un producto de la época posestructuralista". No encontramos ni el conflicto ni la clase, pero sí "identificaciones extraproletarias tales como 'pueblo' y 'nación'... nociones que combinan la justicia social con la reconciliación social"... "Es notable la insistencia en la concordia social y la fraternidad humana", concluye Joyce haciéndose eco del socialismo alemán de la década de 1840. Así, el posestructuralismo de Joyce es a la vez ideológico e infrateórico. La deconstrucción significa poco más que el reconocimiento de la proliferación de identidades de las personas; el posestructuralismo, un gesto "teórico" hacia las determinaciones del lenguaje. Y con este tipo de zócalo sustantivo de los fundamentos conceptuales de su estudio, Joyce vuelve a caer en las

muy problemáticas oposiciones que su propia "teoría" cuestiona. La conciencia de clase se encuentra en una situación de oposición última a la clase; la economía y la moral quedan separadas; el populismo, como política expansiva de la retórica y la identidad, sustituye a la más rígida y cerrada concepción marxista de la clase, que contiene mucho y poco a la vez. Joyce reconoce que el populismo, en tanto que concepto interpretativo amplio, es "demasiado holgado, pero constituye un recurso heurístico útil y necesario" (a diferencia, aparentemente, de la clase)<sup>39</sup>.

El resultado es un libro que habla de muchas cosas, que mistifica innecesariamente sus descubrimientos y que pierde sus fundamentos en la tendencia a examinar la clase de modo que se evidencie una conciencia de clase totalmente forzada y se reconozca al tiempo que el populismo incluye dentro de su alcance una parte de la clase (en diferentes términos socio-estructurales que se traducen en valores y visiones del mundo fatalistas y conflictivas) mientras se cierra a las expresiones de cualquier cosa que se aproxime a su realización consciente. Lo que podía haber sido un importante trabajo acerca de la formación de clase como presencia en una sociedad inglesa caracterizada por la formación parcial y problemática de la conciencia de clase, se convierte en mera palabrería textual y analítica que reconoce el desplazamiento de la clase al acentuar la retórica y la representación, que flota sobre las estructuras materiales de poder, autoridad y dominación. Como corresponde a un historiador que obviamente se ha introducido en el intrincado laberinto de la ideología y la

estructura, de la conciencia y el ser, Joyce nos ofrece un trabajo que anula la clase pero que, no obstante, concluye adoptando una postura equilibrada: "La clase siguió siendo sólo una de las muchas maneras en las que podía vislumbrarse el orden social, aun cuando en todas las tradiciones autocreadas de los trabajadores pobres decimonónicos pueda detectarse de modo inequívoco algo más que la apariencia del habla de clase, si es que no del lenguaje de clase"<sup>40</sup>.

Así, buena parte de los escritos históricos influidos por el pensamiento estructuralista se unen a una suerte de antimarxismo instintivo que —no es sorprendente— infravalora la clase en un superficial desafío al "economicismo" que termina por ser poco más que un representacionismo reificado. Stedman Jones y Joyce pueden considerarse los representantes de dos caminos distintos que durante las décadas de 1980 y 1990 convergen en esta misma meta intelectual.

El primer camino lo recorren los marxistas que en un tiempo dirigieron sus simpatías hacia las críticas estructurales de la denominada historiografía socialista-humanista thompsoniana. Evidente en el caso de Stedman Jones, esta trayectoria puede también advertirse en el contexto del movimiento que otros historiadores hicieron para retirarse del escolasticismo clasificatorio de la década de 1970 —usualmente asociado a algún "teórico" marxista europeo— y acercarse a la recién hallada capacidad explicativa del lenguaje, el discurso, la subjetividad y la identidad, factores de los cuales sólo en escasa medida se reconoce que estén encuadrados en las relaciones materiales. Irónicamente, los historiadores que han

recorrido este camino de desarrollo analítico a menudo han comenzado su viaje mostrándose decididamente hostiles al "culturalismo" y, sin embargo, ahora se encuentran asentados en el terreno de la cultura de manera mucho más segura y acrítica que Thompson o que sus supuestos seguidores<sup>41</sup>.

El segundo camino, representado principalmente por Joyce, agrupa a los historiadores que jamás encontraron acomodo en el análisis marxista, y que han encontrado en las identidades discursivas una razón teórica de su descontento con la clase que no existía hasta hace al menos diez años. Este proceso culmina desatando las amarras materialistas que la historia social de los años setenta anudó de manera fructífera. El primer libro de Joyce, por ejemplo, mantenía un considerable compromiso crítico con la noción de aristocracia obrera, un término que desarrollaron los historiadores marxistas y que logró ampliar conceptual y empíricamente nuestra comprensión de la experiencia de clase. Con *Visions of People*, esta necesidad de relación con una historiografía particular casi desaparece: "El aristócrata obrero tan querido por la historiografía reciente constituía un constructo más retórico que económico"<sup>42</sup>. Cuando es posible reducir capas enteras de la vida de la clase trabajadora a lo retórico, la historia social entra en un peculiar proceso de caída libre impulsada a menudo por el torbellino ideológico de la posmodernidad.

Esto se evidencia con claridad en lo que posiblemente constituya la ruptura historiográfica más marcada y aguda de las dos últimas décadas. La historia feminista, centrada en las

relaciones de género (que se admiten tanto diversas) constituye a la vez el desafío más serio al marxismo y el avance más importante de la historia social. No es sorprendente que sea nuestra comprensión de la clase lo que más se haya visto afectado. Es más, el pensamiento posestructuralista no ha hecho incursiones comparables en ninguna otra área de la historiografía, de manera que la teoría feminista posmodernista y los trabajos históricos se encuentran hoy en día, por decirlo de una manera metafórica, en situación de referencia mutua<sup>43</sup>.

Como en el caso de Stedman Jones, Joan Wallach Scott ha alcanzado una singular talla como historiadora crucial en la formación de una nueva historiografía feminista posestructuralista. A diferencia de Stedman Jones, Scott nunca adoptó el esteticismo teórico del marxismo occidental, y optó en cambio por un compromiso pragmático radical con la política americana. Durante sus años de formación como historiadora esta tendencia se tradujo en una adhesión sólida, aunque ocasionalmente ingenua, al ensayo de Thompson *Making of the English Working Class*. Pero a medida que parecían desvanecerse las posibilidades de una política de clase durante los años ochenta, Scott dio la espalda a los trabajadores como sujetos históricos y expresó una serie de bruscos y altivos rechazos al marxismo. Se orientó resueltamente hacia las mujeres como sujetos históricos y acentuó cada vez más la importancia del género como categoría central de la historia social. Aunque sus primeros trabajos históricos fueron bastante tradicionales debido a su débil compromiso con la teoría, a

finales de la década de los ochenta Scott era inconfundiblemente posestructuralista, tal vez la representante más apasionada de una historiografía feminista foucaultiana y deconstructiva fuera de Francia. Cuando apareció en 1988 su colección de ensayos *Gender and the Politics of History* recibió el aplauso de Lynn Hunt, autor de una historia de tendencia posestructuralista de la política de la Revolución Francesa: una gran ruptura a partir de la cual "nuestra lectura de Marx y nuestra comprensión de la diferenciación de clase no volverán a ser las mismas"<sup>44</sup>.

Sean cuales fueren los méritos de los ensayos de Scott, es indiscutible que no contienen una interrogación sofisticada sobre Marx y la historiografía o la teoría marxista. De hecho, el marxismo aparece caricaturizado en las páginas del libro de Scott, donde lo describe como "un conjunto rígido de categorías definitorias que deben aplicarse siempre y del mismo modo a los acontecimientos históricos". En pocas líneas rechaza *Los orígenes de la familia* de Engels y la única cita directa de Marx aparece en una nota a pie de página y hace referencia a la relación de la prostitución como mercantilización de la sexualidad y de la fuerza de trabajo. Scott interpreta erróneamente el trabajo de Juliet Mitchell y entiende que la defensa que ésta hace de la tradición psicoanalítica debe separarse de los análisis materialistas del género cuando, en realidad, la obra de Mitchell constituye un esfuerzo consistente por explorar la materialidad de lo inconsciente<sup>45</sup>. Así, para apreciar la influencia de Scott es necesario orientarse en una dirección diferente de las que se asocian con un reconocimiento sus-

tancial del marxismo.

El atractivo de Scott reside en su oportuna elaboración del género como categoría útil del análisis histórico. Nos ha proporcionado un resumen de la literatura y las posiciones que se han consolidado en torno al género precisamente en un momento en el que los historiadores necesitaban ir más allá de las historias narrativas sobre la implicación de las mujeres en la historia. La necesidad de esas historias pone de manifiesto el proceso de exclusión que ha caracterizado la práctica histórica durante la mayor parte del siglo XX. Pero Scott no nos ofrece una reestructuración teórica fundamental de la experiencia de las mujeres o de las relaciones de género, sino que realiza un resumen de los desarrollos en el ámbito de la historia social y la teoría feminista de principios de los años ochenta. Políticamente, Scott ha puesto su reputación profesional al servicio de este proyecto, analizando en detalle la experiencia de las mujeres en la universidad americana. Estas narraciones del proceso de silenciamiento y el intento de romperlo mediante la escritura histórica y una implicación concreta en el mercado de trabajo académico, se presentan, no obstante, junto a un compromiso con el posestructuralismo como agenda teórica que, con su capacidad para abordar las identidades discursivas sofocadas bajo el peso del poder del patriarcado, podría potenciar a las mujeres. Scott tomó el posestructuralismo, en especial la deconstrucción derridiana y los enfoques foucaultianos sobre el conocimiento como poder, como llaves capaces de abrir una puerta historiográfica cerrada. Para defender su postura cen-

suró *The Making* de Thompson y su noción masculinizada de clase<sup>46</sup>.

El resultado no es tanto una crítica poderosa del texto de Thompson como una indicación del modo en que el posestructuralismo, en manos de los que aparentan adherirse a sus premisas, sólo puede proporcionar un decorado teórico a proyectos que no lo necesitan o, lo que es peor aún, caer en una política de dudosa índole. Así, Scott nos proporciona valiosas ideas concernientes a los modos en los que la clase se cargó metafóricamente de género en el lenguaje del jacobinismo, a la vez que una perspicaz exploración del grado en que las representaciones estadísticas del trabajo en el París decimonónico construyeron el significado del trabajo con arreglo al género. Estos y otros planteamientos son tan penetrantes que apenas necesitan los fundamentos teóricos del posestructuralismo. Sin embargo, lo que se levanta sobre tales fundamentos constituye una política problemáticamente estetizada. Desde un punto de vista histórico, todo ello desemboca en una posición singularmente esencialista, en la que la profetisa fantástica Joanna Southcott sirve de ejemplo de diferencia sexual, domesticidad y espiritualidad, mientras Mary Wollstonecraft y otras son, en palabras de Scott, poco más que "compañeras adecuadas de los hombres Radicales", siendo su carácter racional, secular y combativo mera política cosmética de acomodación<sup>47</sup>. Esta fijación en la diferencia sexual como eje de la política se traduce en la insistencia de Scott en que las mujeres que luchan en los tribunales para combatir la desigualdad y la discriminación salarial bien podrían armarse de los trabajos de Derrida y

Foucault. Esta estetización de la política en nombre de una comprensión posestructuralista del género ha llevado a un comentarista a señalar: "Hiere al sentido común pensar que una posición deconstructiva plenamente desarrollada, presentada en el lenguaje de la teoría académica, persuadirá en algún momento a algún juez reaccionario a sentenciar en favor de las mujeres que se quejan de discriminación... El mensaje parece claro: *Cherchez la femme* y dejen de lado a la mujer real"<sup>48</sup>.

Lo que el posestructuralismo problemáticamente infrateórico de la obra de Scott expresa es un posmodernismo analítico feminista que tiende a caer en las mismas oposiciones y esencialismos preocupantes que se supone condena su obra. El feminismo posestructuralista –propenso a subrayar la tendencia de ciertas formaciones sociales a construir categóricamente a las mujeres, para luego extender esta construcción a las esferas del poder y la autoridad e imponer así comprensiones cargadas de género en reinos enteros de relaciones aparentemente "neutrales" en la sociedad civil y económica– contiene una clara tendencia a *paralitzar* el ejercicio analítico reificando los tipos ideales casi weberianos de las mujeres y no logrando explorar la diversidad real de la historia de las relaciones de género<sup>49</sup>. En suma, al proclamar la materialidad de la representación, el feminismo posestructuralista reduce lo material a algo meramente representacional. Puesto que se forja en el lenguaje, las imágenes y la retórica (si bien muchas de estas fuerzas están de hecho interrelacionadas), la clase, una relación social y una presencia estructural for-

mada tanto histórica como económicamente, queda inevitablemente al margen de las exploraciones del pasado que se basan teóricamente en este posestructuralismo feminista o, como en el caso de Joyce, su significado material se escapa constantemente en un proyecto que sólo puede ser comprendido como palabrería analítica.

Así, Stedman Jones, Joyce y Scott se erigen en signos particulares de su tiempo. Son representativos del grado en que un posestructuralismo que ha adoptado posturas problemáticas frente al materialismo histórico y sus concepciones de la clase y la ideología ha participado en el proyecto de la interpretación del pasado. Marxistas que se adhieren a posturas estructuralistas y esteticistas, historiadores sociales en desacuerdo con la insistencia marxista en la determinación y feministas de distintos tipos, se han unido en la implosión teórica, eclécticamente proliferante, del posestructuralismo. Este proyecto ha dado fructíferas y valiosas ideas. Los historiadores de orientación posestructuralista acentúan acertadamente la necesidad de prestar más atención al lenguaje y las representaciones, abogan por el análisis de la construcción irreflexiva de categorías analíticas dentro de los códigos de las ideologías dominantes del pasado y el presente y defienden legítimamente la investigación de las identidades discursivas que rodean el espacio social de la clase y la conciencia. Ningún marxista debe oponerse ciegamente a este tipo de desafiante expansión del campo de estudio y explicación.

Pero como se desprende del comentario sobre los textos referidos más arriba, el materialismo histórico

no es incapaz de abordar estas cuestiones. En efecto, es evidente que sólo mediante la insistencia analítica del marxismo en la referencialidad material se puede evitar la caída libre del posestructuralismo en la base ideológica de la conexión constante, aunque turbulenta, de la posmodernidad con las formas capitalistas de explotación y opresión. Es cierto que Stedman Jones y Joyce, por ejemplo, nos han proporcionado descubrimientos importantes sobre los lenguajes de clase y sus limitaciones, pero se requiere el duro empeño de la teoría y la investigación empírica del materialismo histórico para explicar por qué la conciencia de clase fue incapaz de traspasar los muros reales del pensamiento político, el dialecto, las relaciones comerciales locales y los diálogos de las baladas de los teatros de variedades y los romances populares. Las respuestas a los dilemas de clase como un proceso de la conciencia no se encuentran separando el lugar material del trabajo de su concepción, como Stedman Jones y Joyce se inclinan a hacer, sino explorando mejor esa estructura del ser para comprender y *materializar* la estructura del sentimiento que en algunas ocasiones lo acompaña y, en otras, está claramente alejado de él<sup>50</sup>. El hecho de que su proyecto rechace este equilibrio es producto, por un lado, de la política de la posmodernidad, de la desilusión y la desesperación y, por otro, del orgulloso desafío antimarxista, legitimado hoy día por la "teoría".

Todo esto es también fundamental para las diversas respuestas feministas que rechazan el proyecto marxista. Pero la teoría feminista y la escritura histórica también necesitan desesperadamente de los frenos del ma-

terialismo histórico para encontrar el camino a través de los dilemas básicos de su propia construcción<sup>51</sup>. Como sugiere el tipo de escritura histórica de tendencia posestructuralista sobre la clase y el género, las historias feministas que adoptan los principios ideológicos de la era posmoderna como guía teórica caen, en el mejor de los casos, en una suerte de palabrería sobre la cuestión de la clase, y en el peor, quedan atrapadas en la enorme contradicción de rechazar la categoría esencializadora de mujer a la vez que la reproducen en sus páginas; niegan así la validez y el significado concreto de las oposiciones binarias tal y como aparecen encuadradas en el pensamiento occidental sólo para re-fundirlas como experiencia vivida<sup>52</sup>.

Existen feministas que se oponen a este movimiento en los niveles interrelacionados de la teoría, la interpretación y la política<sup>53</sup>. Pero el giro teórico de la última década no ha tomado esta dirección. La introducción de Michele Barrett a la edición de 1988 de *Women's Oppression Today* capta la trayectoria de la teoría feminista durante la década de los ochenta. Antes comprometida con el marxismo y el análisis materialista, la Barrett de finales de los ochenta es prisionera del conjunto ideológico de las posiciones teóricas posestructuralistas relacionadas con las supuestas rupturas políticas y culturales de la posmodernidad:

El posmodernismo no constituye algo de lo que se puede estar en contra o a favor: la reiteración de los viejos conocimientos no hará que se desvanezca. Es tanto un clima cultural como una posición intelectual, una realidad política y una moda académica.

Pienso que los argumentos del posmodernismo representan ya una posición clave alrededor de la que girará el trabajo teórico feminista en el futuro... Me gustaría añadir algo sobre el clima filosófico general de hoy comparado con el que inspiró las premisas del libro. Del mismo modo que habría sido imposible escribir este libro sin incluir en él un análisis del racismo y la etnicidad, también habría sido imposible –creo– escribirlo con un espíritu resueltamente materialista. Como mínimo, habría que defender los supuestos sobre epistemología, el concepto de ideología, la fuerza del materialismo marxista y la definición del sujeto.

Así, por ejemplo, debería contener una discusión sobre si se aceptaría o no la suspensión foucaultiana de la epistemología y la sustitución del “discurso” y los “regímenes de verdad” por una teoría de la ideología. Debería contener un estudio sobre los argumentos desarrollados por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe acerca de si debían superarse los argumentos básicos del análisis marxista del capitalismo. Debería contener un compromiso con el argumento de que la teoría del sujeto que se encarna en el texto no era la universal identificación masculina de la ideología burguesa, ni tampoco una concepción inaceptablemente impregnada de una perspectiva humanista<sup>54</sup>.

Pasajes como este nos llevan al materialismo histórico, al terreno de “La miseria de la teoría”, de un modo por completo amenazador<sup>55</sup>.

## La ironía de la ideología

El crítico literario marxista Franco Moretti ha subrayado que un siglo de modernismo nos ha enseñado que “la ironía, aunque constituye un avance cultural extraordinario, debe recuperar una suerte de relación problemática con la responsabilidad y la decisión; de no ser así, habría que renunciar por completo a la historia”<sup>56</sup>. Edward Thompson expresó lo mismo hace unas décadas cuando acentuó la importancia de “las consecuencias de las consecuencias” y la necesidad de comprender el carácter contradictorio del desarrollo humano, en el que “tendencias y potencialidades opuestas pueden interpenetrar dentro de la misma tradición”. Consideraba este proceso como “la esencia de la historia”<sup>57</sup>. Abordaré en este último apartado el asunto de la ironía, la responsabilidad y las consecuencias de las consecuencias, mas no con la intención de identificar culpas, sino de comprender la irónica autoridad del posestructuralismo como ideología de la posmodernidad, especialmente en lo que se refiere a la práctica del materialismo histórico.

Mi argumento es que los avances fundamentales de la historiografía materialista histórica se registraron durante las décadas de 1960 y 1970 de modo que, irónicamente, se han filtrado a través de las derrotas de clase y de la desilusión de nuestro tiempo, para volver a filtrarse, a resultas de esta separación entre teoría y práctica, a través del prisma ideológico del posmodernismo de las décadas de 1980 y 1990. El resultado es un conjunto irónico aunque comprensible de cambios que se registra como “teoría”, pero puede entenderse co-

mo retirada –en términos de un proyecto político para cambiar el mundo como algo opuesto al mero regocijarse de sus más complejas posibilidades interpretativas–. Esto no es necesariamente culpa de los materialistas históricos de una generación anterior, sino de un fin “teórico” sobre-determinado por una serie de necesarios rechazos políticos que en conjunto no consiguieron provocar los desarrollos políticos positivos capaces de generar el tipo de confirmaciones prácticas del marxismo que pudieran encender de nuevo las frías ascuas del fuego teórico del materialismo histórico. Cuando este fuego ardía con escaso brío en la agobiante oscuridad de las derrotas políticas de finales del siglo XX, allí estaba la época de la posmodernidad para erigirse como el nuevo amanecer y la ideología del posestructuralismo para caer sobre aquellas ascuas como una llovizna constante y penetrante.

Para entender este proceso es necesario regresar de nuevo a “La miseria de la teoría” de Thompson, porque es precisamente este texto el que reiteró que la ruptura teórica dentro del materialismo histórico que produjo *The Making of the English Working Class* y otros escritos relevantes fue, desde sus orígenes, una ruptura política, simbolizada por “1956”, la oposición absoluta al stalinismo. Fue en este momento de reafirmación y realineamiento marxista cuando Thompson y otros, como John Saville, expresaron la necesidad de un humanismo socialista que contrastara –teórica y prácticamente– con el nihilismo moral, el antiintelectualismo y la negación de la acción creativa del trabajo humano y del valor del individuo que muchos en 1956 proclamaron como

fundamento del stalinismo. Teóricamente Thompson tradujo esta ruptura política como una repulsa abierta de la metáfora base/superestructura, crucial para el marxismo ortodoxo. Identificó el determinismo puro de esta dicotomía –y su caricatura ideológica de la acción humana consciente como poco más que un reflejo del ser social de los hombres– como el fundamento político del stalinismo y como una justificación teórica para los trabajos de materialismo histórico que reducían la formación de clase a la fórmula de “tantas fábricas + tantos campesinos separados de la tierra = el proletariado”<sup>58</sup>. Por lo que concierne a los silencios de Marx –y a la subsiguiente reproducción y legitimación de esos silencios en la historiografía marxista– Thompson concibió *The Making of the English Working Class* como una extensión del marxismo, como una rehabilitación de “categorías perdidas y de un vocabulario perdido”, como un intento de encontrar expresión para “supuestos no expresados y reflexiones no realizadas” de una experiencia real que Marx a menudo ignoró en virtud de su compromiso con el ámbito y las categorías de la economía política burguesa<sup>59</sup>. A partir de esta ruptura –política y teórica a la vez– Thompson ofreció sus escritos históricos de las décadas de 1960 y 1970 en los que la formación de clase nunca se reduce a las fórmulas del economicismo y siempre toma su forma en la intersección entre la agencia y la estructura como una red de determinación que impone los límites de lo posible, límites dentro de los que se desarrollan y cambian la sociedad y la economía, la cultura y la política. Sin embargo, es preciso recordar tres argumentos y ubicarlos en

el edificio en desarrollo que ha recibido el nombre de “historia humanista socialista”<sup>60</sup>.

En primer lugar, Thompson siempre concibió el proyecto de las historias del materialismo histórico como un esfuerzo colectivo: iniciado a partir de las colaboraciones del Grupo de Historiadores del Partido Comunista Británico, tal proyecto nunca tuvo por objeto elaborar textos de carácter omnicomprensivo; antes bien, incluía diferentes escrituras y, sobre todo, diferentes perspectivas históricas y tonos de presentación, en especial los relacionados con un argumento más propiamente económico. Para Thompson, sus escritos siempre debían ser ubicados junto a los de otros historiadores tales como Hill, Saville, Dorothy Thompson e incluso a los del historiador más destacado que siguió siendo fiel al Partido después de 1956, E. J. Hobsbawm<sup>61</sup>. Paralelamente a este grupo, Raymond Williams comenzó a abordar las cuestiones teóricas básicas del proyecto de Thompson, aunque en un lenguaje más próximo al marxismo ortodoxo<sup>62</sup>. En segundo lugar, Thompson, aunque decididamente hostil hacia la noción de base/superestructura, nunca abandonó el concepto de la determinación económica. Por decirlo de algún modo, seguía siendo, en última instancia, un materialista. “Espero”, declaró Thompson explícitamente en 1978, “que nada de lo que he escrito antes sugiera la idea de que pienso que la formación de clase es independiente de las determinaciones objetivas, que la clase puede definirse simplemente como una formación cultural”<sup>63</sup>. En tercer lugar, una vez que se desarrolló este compromiso con la teoría mar-

xista y el materialismo histórico, la Nueva Izquierda que Thompson había impulsado tomó de forma creciente una dirección que él lamentaba. Durante estos años la estetización del marxismo británico preparó el camino para el estructuralismo althusseriano que más tarde pondría en la picota en *The Poverty of Theory*. El marxismo como práctica política no celebró las victorias de los avances histórico-materialistas del marxismo como historia, una interpretación que curiosamente comparten Thompson y Perry Anderson<sup>64</sup>. Una parte de la izquierda consideró que esta creciente estetización bastaba para censurar el nacimiento de “una camarilla de empollones marxistas a merced de sus caprichos intelectuales, que valoran la teoría más como evidencia de su inteligencia que como un desarrollo relevante para la lucha por el socialismo”<sup>65</sup>.

En efecto, el trotskista Peter Fryer no tardó en culpar a Thompson de esta suerte de hosco rechazo de la trayectoria de aquellos que se reunían en torno a Perry Anderson en la nueva *New Left Review*, una revista a cuya fundación contribuyeron Thompson, Saville y otros para luego encontrarse a sí mismos rápidamente desplazados. Fryer, como Thompson, abandonó el Partido Comunista en 1956, pero se negó a apoyar a Thompson cuando insistía en que el stalinismo guardaba relación con la concepción leninista del conocimiento como reflejo del ser derivada de la oposición base/superestructura. Desde el punto de vista de Fryer esto suponía “un ataque contra la filosofía del materialismo dialéctico” y conducía a “la ciénaga del subjetivismo y el solipsismo”<sup>66</sup>.

La irónica conclusión del ensayo presente es que si bien la valoración de Fryer del argumento de Thompson era errónea y parcial, nos habla, sin embargo, de la autoridad del posestructuralismo como ideología del momento contemporáneo posmodernista. Faltos de una relación disciplinada con el marxismo como práctica política –construida en buena parte por Thompson y otros como disidentes de izquierda–, muchos historiadores que alcanzaron su madurez con las movilizaciones de la Nueva Izquierda de las décadas de 1960 y 1970, experimentaron su izquierdismo, en lo que constituye otra ironía, más como algo cultural que político. Su fuerza para resistir como izquierdistas, así como su disciplina como marxistas, no podían compararse en modo alguno con las de Thompson y su generación. Como Thompson señala en “The Poverty of Theory”, cualesquiera que sean las batallas libradas y los afectuosos recuerdos de las luchas del pasado, “nunca ha habido una generación de intelectuales socialistas en Occidente con menos experiencia y lucha práctica, con menos sentido de las iniciativas tomadas por los movimientos de masas, con menos sentido de lo que un intelectual puede aprender de la experiencia práctica de los hombres y las mujeres y con menos idea de la humildad que el intelecto le debe a esa experiencia”. Para Thompson la comprensión del significado de la teoría crítica actual y del marxismo empieza “con una segregación de *facto*, sociológica e intelectual, de la teoría y la práctica”<sup>67</sup>.

Como muestra la historia del marxismo occidental durante gran parte del siglo xx, ésta es una carga muy pe-

sada. Y se hace aún más onerosa dadas las enormes derrotas de clase que han tenido lugar durante el último cuarto del siglo xx: desde la implosión del primer estado de los trabajadores y el belicoso triunfalismo del revitalizado imperialismo americano, evidente en la Guerra del Golfo, hasta el ataque orquestado por la Nueva Derecha contra el sindicalismo occidental debilitado por la reestructuración económica. En este contexto muchos historiadores sociales han asimilado el mensaje de Thompson sobre los silencios de Marx y del materialismo histórico, pero lo han hecho en un terreno político totalmente diferente. El resultado es que el doble compromiso con el marxismo, arraigado en una apasionada ruptura con el stalinismo que se negaba categóricamente a sucumbir a la ideología de la capitulación ante el capitalismo durante los años triunfantes de mediados del siglo XX —evidente en el movimiento de retirada del comunismo por parte de la generación asociada con Koester y “el dios que cayó”—, se ha convertido a finales de siglo en un compromiso unilateral.

Esta unilateralidad ha adoptado algo del aire de la ciénaga de subjetivismo y solipsismo a la que se refería Fryer a finales de la década de 1950. Muchos de los historiadores sociales que aun desdeñosamente suscriben la teoría crítica, la deconstrucción y el discurso han pasado históricamente un momento “thompsoniano” o continúan racionalizando su repudio del materialismo histórico y la clase recurriendo a lo que para ellos son las ideas de los textos thompsonianos. Ello no es culpa de Thompson, quien en “The Poverty of Theory” puso todo su empeño en hacer

frente a la corriente del “irracionalismo idealista” y, consecuentemente, nos ofreció una sátira swiftiana al abordar con sarcasmo la extravagante empresa de la reificación del lenguaje<sup>68</sup>. Pero el proceso nos muestra cómo una consecuencia particular de un movimiento político y teórico específico puede, en un medio completamente diferente y con una evaluación totalmente distinta de la experiencia y sus significados, producir efectos que invierten la dirección de ciertos desarrollos, cuando no los obstaculizan o detienen.

Hoy en día es abundante la evidencia de este singular proceso entre los historiadores sociales, analizada en las páginas de la *History Workshop Journal* por un Raphael Samuel que muestra una curiosa resignación apolítica hacia lo que a él le parece una especie de sobredeterminación intelectual. Refrescante por su carácter e idiosincrasia, el comentario historiográfico de Samuel concluye con una observación sorprendentemente congruente con el argumento de la centralidad de Thompson y las rupturas de 1956:

El análisis del discurso que practican los posmarxistas franceses y sus seguidores americanos de última hora constituye otra manera de escribir sobre el orden social. En manos del propio Foucault —un historiador díscolo aunque inspirado, que se considera teórico— es una especie de marxismo sin economía. Sus “formaciones discursivas” son base y superestructura, teoría y práctica entremezcladas... Foucault rechaza la noción marxista de ideología y se distancia de la idea de una teoría general... Sus “epístemas” im-

plican de modo evidente tanto un significante dominante como una comunidad de significados; sus “formaciones discursivas” son, por definición, totalidades culturales... La insistencia en la heterogeneidad radical corre paralela a un fuerte apetito por la identificación de lo genérico; por la reconstrucción de las esencias simbólicas... y por la determinación de las fuerzas transhistóricas o metahistóricas.

Dado el lenguaje de este párrafo, sería excusable confundir a su autor y a Hayden White y substituir el nombre de Foucault por el de Thompson. Pero como bien sabe Samuel, esto constituiría un error serio, porque para Foucault “la clase [ha sido]... desmantelada como sujeto colectivo... y su lugar lo ocupa ahora toda una serie de categorías unificadas que sirven como moneda común del discurso crítico”<sup>69</sup>. Con el rechazo de este desmantelamiento de la clase regresamos de nuevo a *The Poverty of Theory*.

Las páginas de *History Workshop* constituyen el lugar más adecuado para localizar la moda historiográfica del momento. Lo que estamos presenciando hoy en día en las universidades americanas es, en palabras de Irving Howe, “una extraña mezcla del sentimiento populista americano y de teoría crítica francesa que se aúnan en pro del proyecto de ‘cambiar el sujeto’”. Howe concluye con una observación que nos recuerda a las *Visions of People* de Joyce: “El populismo proporciona una estructura fundamental de sentimiento; la teoría, una pizca de panaché intelectual”. Como Bruce Robbins comenta, ampliando el argumento de Howe, es la

clase lo que se ha perdido en la marea subjetivista<sup>70</sup>. Pero como bien sabe Howe (y Russell Jacoby), la llamada populista a los oprimidos (que adopta la forma de una apelación al sujeto como construido en términos raciales y de género, no como una colectividad de clase) está separada de todo compromiso sustantivo con una audiencia, y menos aún con una base política de masas, precisamente porque sus raíces teóricas predominantemente posestructuralistas constituyen una barrera escabrosamente seductiva que inhibe una política de compromiso y cambio<sup>71</sup>.

Así, el muy proclamado y aparente fin del marxismo constituye simplemente una movilización ideológica poderosamente orquestada. El materialismo histórico no ha perdido su capacidad para interpretar el pasado, ni su relevancia para el trabajo intelectual contemporáneo. Lo que indiscutiblemente ha sucedido es algo bastante diferente. El contexto político actual se caracteriza por el profundo malestar de una izquierda que carece de raíces en sus luchas políticas. En la coyuntura histórica de la desintegración de lo que queda de los estados de los trabajadores de la Unión Soviética, la Europa del Este, Indochina y el llamado Tercer Mundo tras tres cuartos de siglo de generaciones y deformaciones stalinistas, y de las retiradas de los movimientos obreros del Occidente capitalista, este período representa un serio impedimento para el proyecto de ampliar el alcance y la fuerza del materialismo histórico. No son buenos tiempos para ser marxista.

Sin embargo son tiempos en los que ser marxista continúa teniendo una importancia fundamental. El

marxismo y la práctica del materialismo histórico jamás se han tambaleado tanto en la historia del siglo xx; nunca fue tan grave la amenaza a la práctica política y teórica del marxismo. En el mejor de los casos, los historiadores sociales marxistas representarán un pequeño papel en el renacimiento de una política genuinamente proletaria. Pero aunque el papel sea pequeño en los tiempos que corren, merece la pena representarlo. Con todo, no hay que representarlo acomodándose al clima ideológico del momento. Como nos enseñan los textos de la historiografía marxista posterior a 1956, el materialismo histórico es capaz de abordar los silencios de la obra de Marx, pero sólo si continúan vivos los perceptibles logros de Marx y de los marxistas posteriores. A menudo el posestructuralismo es la reificación de estos silen-

cios, una lectura de la historia y la política que arroja esos silencios al ruedo de la interpretación y la acción para crear un ruido ensordecedor que ahogue la voz del marxismo, las premisas analíticas del materialismo histórico, la presencia de la clase y su capacidad para hablar. Mantener viva la práctica del materialismo histórico, negarse a sucumbir a la ola actual de subjetivismo y reafirmar la necesidad de historizar y materializar tanto nuestro análisis como nuestra actividad como marxistas, supondrá un logro no despreciable en los años venideros. Hacerlo puede que no sirva, pero sí contribuirá, aun de manera limitada, al renacimiento de una política de clase de resistencia, la única fuerza capaz de romper los lazos destructivos que deja en evidencia la historia intelectual y económica de nuestro tiempo ■

## Notas

1. E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays* (Londres: Merlin, 1978) [*Miseria de la teoría, Crítica*, Barcelona, 1981]; Karl Marx, *The Poverty of Philosophy, Answer to the "Philosophy of Poverty" by M. Proudhon* (Moscú Foreign Languages, s. f., original 1847) Publicado originalmente en *Social History*, vol 38 (2), 1993. [*Miseria de la filosofía*, Siglo XXI, México, 1970].
2. Asociada a la muy difundida declaración en 1989 de Francis Fukuyama de que "lo que estamos presenciando no es sólo el fin de la Guerra Fría o el término de un período particular de la historia de la posguerra, sino el fin de la historia como tal", esta posición ha obtenido gran predicamento Para un artículo periodístico, véase Richard Bernstein, "Judging 'Post-History', The End to All Theories", en el *New York Times* del 27 de agosto de 1989. Parte de la respuesta de la izquierda marxista se puede encontrar en los ensayos contenidos

en Ralph Miliband, Leo Panitch y John Saville, ed., *The Retreat of the Intellectuals: Socialist Register 1990* (Londres Merlin 1990).

3. Véase, por ejemplo, el argumento en Ellen Meiksins Wood, *The Retreat from Class: A New "True" Socialism* (Londres, Verso, 1989).

4. Frederick Engels, "Introduction to Dialectics of Nature", en Marx y Engels, *Selected Works* (Moscow: Progress, 1968), p. 353.

5. De nuevo, esta postura tiene ciertos paralelismos históricos. Véase E. P. Thompson, "Outside the Whale", en *The Poverty of Theory*, pp. 1-34; E. P. Thompson, "Disenchantment or Default? A Lay Sermon", en Conor Cruise O'Brien y W. D. Vaneech, ed., *Power and Consciousness* (Nueva York University Press, 1969), pp. 149-181. Véase También Norman Geras, *Discourses of Etremity: Radical Ethics & Post-Marxist Extravagances* (Londres: Verso, 1990), [ 62.

6. Frederic Jameson señala: "Uno siente

que para el estructuralismo todos los enemigos proceden de la izquierda y que el objetivo principal resulta ser una u otra forma de pensamiento histórico..." F. Jameson, *Postmodernism: or, the Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 1991), p. 217.

7. Véase Terry Eagleton, *Ideology: An Introduction* (Londres: Verso: 1991).

8. Karl Marx y Frederick Engels, *The German Ideology* (Nueva York: International, 1947). pp. 6-7, 14-15. [*La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1974].

9. Para una breve definición véase la voz "ideología" en Tom Bottomore, ed. *A Dictionary of Marxist Thought* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1983), pp. 219-223. [*Diccionario de marxismo*, Tecnos, Madrid, 1984].

10. Alex Callinicos, *Against Posmodernism: A Marxist Critique* (Nueva York: St. Martin's Press, 1990); Marshall Berman, *All that Is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity* (Nueva York: Simon and Schuster, 1982).

11. Entre otros escritos, véase Mike Davis, *Prisoners of the American Dream. Politics and Economy in the History of the US Working Class* (Londres, Verso, 1986).

12. Frederic Jameson, *Postmodernism: or, the Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 1991); David Harvey, *The Condition of Posmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change* (Oxford: Basil Blackwell, 1989). Para un comentario sobre estos textos, véase Bryan D. Palmer, "The Condition of Posmodernity and the Poststructuralist Challenge to Political and Historical Meaning", en prensa, *The Maryland Historian* ( 1993).

13. Mike Davis, *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles* (Londres: Verso, 1990).

14. Mark Poster, *Clinical Theory and Poststructuralism: In Search of a Context* (Ithaca y Londres: Cornell University Press, 1989). pp 1-3.

15. Ofrezco un breve análisis de algunos de los desarrollos intelectuales más importantes en *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History* (Philadelphia Temple University Press, 1990), pp. 3-47.

16. G. Charbonnier, *Conversations with Claude Lévi-Strauss* (Londres: Jonathan Cape, 1973), pp. 154-

17. Véase, por ejemplo, Jacques Lacan, *Speech and Language in Psychoanalysis*, traducido por Anthony Wilden (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1968), esp. pp. 7-8,

27, 32.

18. E. P. Thompson, *The Poverty of Theory*; Norman Geras, "Althusser's Marxism: An Assessment", en *New Left Review*, ed., *Western Marxism: A Critical Reader* (Londres: Verso, 1978), pp. 232-272.

19. N. Geras, "Althusser's Marxism", pp. 266, 268.

20. Véase especialmente el importante artículo de Jacques Derrida, "Structure, Sign, and Play in the D;Scourse of the Human Sciences" en J. Derrida, *Writing and Diference* (University of Chicago Press, 1978), pp. 279-280, 291-292.

21. Alex Callinicos, *Making History: Agency, Structure and Change in Social Theory* (Ithaca, Nueva York Corneil University Press, 1988), p. 3.

22. Robert Young, *White Mythologies: Writing History and the West* (Londres: Routledge, 1990), esp.p. 20.

23. Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism: An Historical Essay on Old Regimes and Modern States* (Londres Verso 1991), p. 93.

24. Entre otros muchos textos representativos, podrían citarse los de Peter Dews, *Logics of Disintegration. Post-structuralist Thought and the Claims of Critical Theory* (Londres Verso, 1987); Norman Geras, *Discourse of Extremity*; Kate Soper, *Troubled Pleasures Writings on Politics, Gender and Hedonism* (Londres: Verso, 1990).

25. Véase, por ejemplo, Bryan D. Palmer, *Descent into Discourse*, pp. 48-86.

26. Véase, por ejemplo, John Clarke, Chas Critcher, y Richard Johnson, ed., *Working-Class Culture: Studies in History and Theory* (Londres: Hutchinson, 1979); Richard Johnson, et al., ed., *Makings Histories: Studies in History-writing and Politics* (Londres: Hutchinson, 1982).

27. Para una breve introducción a los marxistas ingleses, véase Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians: An Introductory Analysis* (Cambridge: Polity Press, 1984) [*Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, [Universidad de Zaragoza, 1989]; y si se desea un comentario específico sobre la historiografía marxista americana, Perry Anderson, *In the Tracks of Historical Materialism* (University of Chicago Press, 1984). [*Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1986].

28. Véase Gareth Stedman Jones, *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 18321982* (Cambridge University Press, 1983), esp. pp. 1-24, 90-178. [*Lenguajes*

de clase, Siglo XXI, Madrid,

29. La literatura acerca del ensayo de Stedman Jones, que en su mayor parte se encuentra dentro de la oposición materialista, es hoy en día abundante. Véase, por ejemplo, Palmer, *Descent into Discourse*, pp. 128-133; Wood, *Retreat from Class*, pp. 102-115; John Foster, "The Declassing of Language", *New Left Review*, 150 (marzo-abril, 1985), pp. 29-46; Paul A. Pickering, "Class without Words: Symbolic Communication in the Chartist Movement", *Past & Present*, 112 (agosto de 1986), pp. 144-162; Joan Scott, "On Language, Gender, and Working-Class History", *International Labor and Working-Class History*, 31 (primavera de 1987), ["Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera" en *Historia Social*, n.º 4, pp. 81-98. Valencia, 1989] y las respuestas a Scott de Palmer, Stansell, y Rabinbach, pp. 1-31 [Historia Social, n.º 4, pp. 99-106, Valencia, 1989] Dorothy Thompson, "The Languages of Class", *Bulletin of the Society for the Study of Social History*, 52 (n.º 1, 1987), pp. 54-57; Neville Kirk, "In Defence of Class: A Critique of Recent Revisionist Writing on the Nineteenth-Century Working Class", *International Review of Social History*, 32 (1987), pp. 2-47; Robert Gray, "The Deconstructing of the English Working Class", *Social History*, 11 (octubre de 1986), pp. 363-373; James Epstein, "Rethinking the Categories of Working Class History", *Labour/Le Travail*, 18 (otoño de 1986), pp. 195-208; Epstein, "Understanding the Cap of Liberty: Symbolic Practice and Social Conflict in Early Nineteenth-Century England", *Past & Present*, 122 (febrero de 1989), pp. 75-118; Nicholas Rogers, "Chartism and Class Struggle", *Labour/Le Travail*, 19 (primavera de 1987), pp. 143-152; Christopher Clark, "Politics, Language and Class", *Radical History Review*, 34 (1986), pp. 78-86.

30. Sobre el aestheticismo y el "marxismo occidental" véanse los análisis de Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism* (Londres: New Left Books, 1976) [Consideraciones sobre el marxismo occidental, Siglo XXI. Madrid, 1979]; Allan Megill, *Prophets of Extremity: Nietzsche, Heidegger, Foucault, Derrida* (Berkeley: University of California Press, 1985).

31. Véase Gareth Stedman Jones, "History: The Poverty of Empiricism", en Robin Blackburn, ed. *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory* (Nueva York: Vintage, 1973), pp. 96-115 [Ideología y clases sociales. Grijalbo, Barcelona, 1977]; "The Marxism of the Early Lukacs", en *New Left Review*, ed., *Western Marxism. A Critical Reader* (Londres:

Verso, 1978), pp. 11-60; *Outcast London. A Study in the Relationship Between Classes in Victorian Society* (Oxford University Press, 1971).

32. Gareth Stedman Jones, *Languages of Class*, esp. pp. 13, 20-24.

33. *Ibid.*, p. 178.

34. *Ibid.*, "Why is the Labour Party in a Mess?", en *Languages of Class*, p. 256.

35. *Ibid.*, "The Crisis of Communism", en Stuart Hall y Martin Jacques, ed., *New Times: The Changing Face of Politics in the 1990s* (Londres: Lawrence and Wishart, 1989), pp. 230-236.

36. Patrick Joyce, *Visions of the People: Industrial England and the Question of Class. 1840-1914* (Cambridge University Press, 1991), esp. pp. 97, 113, 254.

37. P. Joyce, *Visions of the People*, pp. 3, 133. Esto no implica que los historiadores deban negar la deferencia y la ideología de la armonía trabajo-capital, sino sólo que es necesario ubicarlas, contextualizarlas y explorarlas más que reificarlas. Joyce analiza esta cuestión más profundamente en su trabajo anterior, aunque es indudable la conexión entre este texto y sus intereses actuales. Véase Patrick Joyce, *Work, Society, & Politics: The Culture of the Factory in Later Victorian Britain* (New Brunswick, Nueva Jersey: Rutgers University Press, 1980).

38. P. Joyce, *Visions of the People*, pp. 110, 246. La encomiable obra de William M. Reddy, *Money & Liberty in Modern Europe. A Critique of Historical Understanding* (Cambridge University Press, 1987), se contrapone al análisis de Palmer, *Descent to Discourse*, pp. 134-144.

39. P. Joyce, *Visions of the People*, pp. 1, 3, 5, 11-12.

40. *Ibid.*, *Idem*, p. 342.

41. Véase, por ejemplo, Gareth Stedman Jones, "'The Cockney' and the Nation: 1780-1988", en David Feldman y Gareth Stedman Jones, ed., *Metropolis London. Histories and Representations* (Londres: Routledge, 1989), pp. 272-324. En el caso de Canadá yo situaría a Ian McKay. Para una temprana postura hostil al "culturalismo", que rinde tributo a la sabiduría de Stedman Jones, véase I. McKay, "Historians, Anthropology, and the Concept of Culture", *Labour/Le Travail*, 819 (Primavera de 1981-1982), pp. 185-241, un artículo que termina con la frase: "Sólo podemos cerrar los círculos político y lógico con el regreso a lo concreto: a ciertas abstracciones de *El Capital* y a la práctica política lógica". En este ensayo McKay proclamó confiado que "La 'cultura'...

sólo designa el lugar central, pero vacío, donde las teorías del materialismo histórico deben estar" (p. 228). Diez años más tarde este lenguaje desaparece de sus publicaciones, entre las que se cuenta una selección de lecturas sobre Canadá tras la Confederación que complementa la narrativa política del otro texto "al centrarse en lo social y lo cultural", ordenando los capítulos en torno los conceptos de liberalismo, hegemonía y género. Concluye este volumen con la poderosa afirmación de que "el mayor y más fascinante desafío de la historia canadiense es el análisis de nosotros mismos mediante la investigación de la construcción de nuestra modernidad". A McKay no le suelen faltar palabras para decirnos lo que debemos hacer. Más allá, sin embargo, de esta continuidad en la forma de sus presentaciones, encontramos giros importantes. Si McKay no ha abandonado la clase y rechazado el materialismo histórico, entonces no puede negarse el grado en que su marco analítico ha cambiado; hay todo un mundo de diferencia política que separa la lógica de *El Capital* y la de "nuestra" modernidad, una experiencia que se supone de la mayor importancia. Un artículo reciente que aborda la cuestión nacional concluye así: "La redefinición de 'Canadá' sugiere con certeza que la versión marxista de la 'historia de la clase trabajadora canadiense' está siendo superada por los acontecimientos. Los historiadores canadienses (...) se topan con (...) la dura e inquietante tarea de vislumbrar un futuro que parece ser posmoderno y, posiblemente también poscanadiense". Probablemente hay multitud de razones para revisar nuestra interpretación histórica de la experiencia de la clase, pero es cuestionable emprender esta revisión sólo sobre la base de la posmodernidad contemporánea, cuya interpretación aún hoy es una cuestión más abierta que cerrada y cuyo resultado es necesariamente incierto. Al igual que Stedman Jones, de quien he señalado que reinterpreta el cartismo a la luz de su propia lectura de los fracasos del Partido Laborista durante el thatcherismo, el relativismo histórico de McKay, condicionado por la supuesta ruptura de Canadá, se orienta peligrosamente hacia el presentismo. En su introducción al libro sobre la historia de Canadá tras la Confederación del que es editor, McKay adopta una justificación eminentemente posestructuralista para su presentismo: "El pasado ya no existe; y la historia, que es el modo en el que las modernas sociedades occidentales intentan comprender y 'construir' el pasado, constituye

una actividad intelectual que se lleva a cabo en el presente". Mucho habría que decir sobre esto, pero... véase Ian McKay, *The Challenge of Modernity. A Reader on Post-Confederation Canada* (Toronto: McGraw-Hill Ryerson, 1992), cita de p. XXIV; McKay, "Unidentified National Objects", *Labour/Le Travail*, 28 (otoño 1991), espec. p. 294.

42. P. Joyce, *Work, Society & Politics: Visions of the People*, p. 57.

43. Para una breve introducción, véase B. D. Palmer, "The Eclipse of Materialism: Marxism and the Writings of Social History in the 1980s", en Ralph Miliband, Leo Panitch, y John Saville, ed., *Socialist Register, 1990: The Retreat of the Intellectuals* (Londres: Merlin, 1990), pp. 126-137.

44. Frase promocional de la sobrecubierta en Joan Wallach Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York: Columbia University Press, 1988).

45. *Ibid.*, *Idem*, pp. 35, 69, 207, 223.

46. Para un análisis detallado véase B. D. Palmer, *Descent into Discourse*, esp. pp. 78-86.

47. Wallach Scott *Gender and the Politics of History*, esp. p. 78.

48. Claudia Koonz, "Post Scripts", *The Women's Review of Books*, 6 (enero de 1989), pp. 19, 20.

49. En mi opinión esto constituye precisamente la fuerza y la debilidad de Denise Riley, *Am I That Name: Feminism and the Category of "Women" in History* (Londres: Macmillan 1988).

50. Entiendo que este ha sido el proyecto de Raymon Williams, Para una introducción véanse sus Keywords (Londres: Fontana, 1976); *Politics and Letters: Interviews with New Left Review* (Londres: Verso, 1979); *Problems in Materialism and Culture* (Londres: Verso, 1980); *The Politics of Modernism: Against the New Conformists* (Londres: Verso, 1989).

51. La obra de Juliet Mitchell constituye un intento de tomar valiosas ideas de la teoría feminista –tal como la atención al sujeto y a la importancia de lo personal– y materializarlas. Sin embargo, su trabajo sobre el psicoanálisis es anatema para muchas feministas convencidas de que Freud es sencillamente su enemigo; su posterior defensa de la determinación económica y sus límites ha sido malinterpretada como una retirada. Véase Juliet Mitchell, *Psychoanalysis and Feminism. Freud, Reich, Laing, and Women* (Nueva York: Pantheon, 1974); "Reflections on Twenty Years of Feminism", en Juliet Mitchell y Ann Oakley, ed., *What is Feminism?*

(Oxford: Basil Blackwell, 1986), pp. 34-49

52. En "Feminism, Humanism, Posmodernism", en *Troubled Pleasures*, pp. 228-245, Kate Soper nos ofrece una salida para este dilema, pero no es aceptada por la mayoría de teóricas o historiadoras posestructuralistas feministas. Para un enfoque teórico feminista sobre el problema del esencialismo, véase el volumen de *Tessera 10* (Verano 1991), dedicado a esta cuestión.

53. Véase, por ejemplo, la obra infravalorada de Lynne Segal, *Is the Future Female? Troubled Thoughts on Contemporary Feminism* (Londres: Virago, 1987); L. Segal, *Slow Motion. Changing Masculinities, Changing Men* (Londres: Virago, 1990).

54. Michèle Barrett, *Women's Oppression Today. The Marxist/Feminist Encounter* (Londres: Verso, 1988), pp. XXXIII-XXXIV. Los lectores perspicaces advertirán que si bien Barrett no alteró el texto en su reedición, sí cambió el subtítulo. Originalmente publicado con el subtítulo "Problems in Marxist Feminist Analysis", el subtítulo de la reedición es "The Marxist/Feminist Encounter". Es mucha la distancia para recorrerla en ocho años.

55. Véase Kate Soper, "The Socialist Humanism of E. P. Thompson", en *Troubled Pleasures*, pp. 89-125.

56. Franco Moretti, *Signs Taken for Wonders Essays in the Sociology of Literary Forms* (Londres: Verso, 1988), p. 248

57. E. P. Thompson, "Agency and Choice", *New Reasoner*, 4 (Verano de 1958), p. 106.

58. Véase, por ejemplo, E. P. Thompson, "Socialist Humanism: An Epistle to the Philistines" F, *New Reasoner*, 1 (Verano 1957), pp. 105-143; Bryan D. Palmer, *The Making of E. P. Thompson. Marxism, Humanism, and History* (Toronto: New Hogtown Press, 1981); Ellen Meiksins Wood, *Falling Through the Cracks: E. P. Thompson and the Debate on Base and Superstructure*, en Harvey J. Kaye, and Keith McClelland, ed., *E. P. Thompson-Critical Perspectives* (Philadelphia: Temple University Press, 1990), pp. 125-152; "Interview 146 with E. P. Thompson", en Henry Abelove, et al., *Visions of History* (Nueva York: Pantheon, 1983), pp. 3-26.

59. "Interview with Thompson", *Visions of History*, p. 21; E. P. Thompson, "Poverty of Theory", pp. 251-252.

60. Richard Johnson, "Thompson, Genovese, and Socialist-Humanist History", *History Work-shop Journal*, 6 (Otoño 1978), pp. 79-100.

61. Véase, por ejemplo, Eric J. Hobsbawm, "The Historians' Group of the Communist Party", en Maurice Cornforth, ed., *Rebels and their Causes. Essays in Honour of A. L. Morton* (Londres: Lawrence and Wishart, 1978), pp. 21-48; "Interview with Thompson", *Visions of History*, esp. p. 22.

62. Véase, por ejemplo, Raymond Williams, *Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory*, *New Left Review*, 82 (noviembre-diciembre de 1973), pp. 3-16; R. Williams, *Marxism and Literatura* (Londres: Oxford University Press, 1977), esp. pp. 75-89. [Marxismo y literatura, Península, Barcelona, 1980.]

63. E. P. Thompson, "Eighteenth Century English Society: Class Struggle without Class?" *Social History*, 3 (ayo de 1978), p. 149.

64. E. P. Thompson, "Poverty of Theory", p. 376; Perry Anderson, *Arguments within English Marxism* (Londres: Verso, 1980), p. 150.

65. Peter Sedgwick, *The Two New Lefts*, en David Widgery, ed. *The Left in Britain, 1956-1968* (Harmondsworth: Penguin, 1976), pp. 131-153.

66. Peter Fryer, "Lenin as Philosopher", *Labour Review*, 2 (septiembre-octubre de 1957), pp. 136-147.

67. L. P. Thompson, "The Poverty of Theory", p. 376.

68. *Ibid.*, p. 384; *Ibid.*, *The Sykaos Papers* (Nueva York: Pantheon, 1988), y para un comentario sobre este último texto, véase B. D. Palmer, *Descent to Discourse*, pp. 211-214; Paul Buhle, "Isn't It Romantic: E. P. Thompson's Global Agenda", *Voice Literary Supplement*, 76 (Julio de 1989), pp. 24-26.

69. Raphael Samuel, "Keading the Signs", *History Workshop: A Journal of Socialist and Feminist Historians*, 32 (Otoño 1991), pp. 105-107. He cambiado el lugar de las últimas frases de la cita sangrada para aumentar la coherencia. Para el comentario de White sobre Thompson véase Hayden White, *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978), pp. 14-19.

70. Irving Howe, "The Value of the Canon", *The New Republic*, 18 (febrero de 1992), p. 42, citado y comentado en Bruce Robbins, "Tempered Radicals, the New McCarthyism, and 'PC'", *New Left Review*, 188 (julio-agosto de 1991), p. 156.

71. Russell Jacoby, *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe* (Nueva York: Basic Books, 1987).

Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo fílmico de Canal 10 de Córdoba (Noticias de las décadas del '60 y del '70)

Silvia O. Romano - María Cristina Brando

"... Esta simple cinta de casete impresionada constituye no sólo un documento histórico sino además una porción de historia (...) Si uno de los intentos (...) bastara para ello con respecto a las películas cinematográficas (...) una sección de museo, un estante de biblioteca o un armario de archivo".

Różslaw Matuszewski, *Una nueva fuente de la historia*, París, 1928

## Fuentes de archivo

El propósito de este artículo es transmitir la experiencia realizada en el proyecto interdisciplinario iniciado en 1994 para la

recuperación del archivo de noticias del Canal 10 de Córdoba de las décadas del '60 y el '70\*\*. Nos interesa promover por este medio la valorización del material audiovisual como bien cultural y parte de nuestro patrimonio histórico y como reservorio de fragmentos de la memoria de los argentinos. Consideramos que, en alguna medida, el logro de estos propósitos y la formación de archivos de imágenes abrirán nuevas perspectivas para el estudio e investigación histórica.



\* Profesoras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. N. Córdoba.

\*\* El proyecto se originó a partir de un Convenio suscrito entre los Servicios de Radio y Televisión (en adelante S.R.T.) de la Universidad Nacional de Córdoba de los que forma parte Canal 10, y el Departamento de Cine y Televisión y la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. N. C. Dicho proyecto fue elaborado y asumido como trabajo de investigación y extensión de tres cátedras de ese Departamento (Historia Social y Económica Argentina, Teoría y Técnicas de la Investigación Social y Cine y TV Argentina y Latinoamericana). Integran el equipo las Prof. Silvia Romano y María de la Vega en la coordinación general y las Prof. M. Cristina Brando, Alicia Calderone y los Aux. Emilio Fuentes y Pedro Sorrentino. Un grupo de relatores alumnos han colaborado y colaboran en las diferentes tareas.

(Oxford: Basil Blackwell, 1996), pp. 94-97.

51. En "Feminismo, Marxismo, Postmodernismo", en *The New Feminism*, pp. 228-244; hace énfasis en el rol de una militancia política activa, pero no es aceptada por la mayoría de los autores marxistas o postmodernistas feministas. Para un enfoque teórico feminista sobre el problema del esencialismo, véase el volumen de Teresa E. Brennan (1991) dedicado a esta cuestión.

52. Véase, por ejemplo, la obra influyente de Lynn Segal, *Is the Future Female? Unsettled Thoughts on Contemporary Feminism* (London: Virago, 1987); L. Segal, *Slow Motion: Changing Masculinities, Changing Men* (London: Virago, 1996).

53. Michelle Barrett, *Women's Oppression: A Marxist Analysis* (London: Pluto Press, 1992). Véase también el artículo de Barrett no afiliado al texto en su totalidad, el capítulo el subtítulo. Originalmente publicado con el subtítulo "Problems in Marxist Feminist Analysis", el subtítulo de la revisión es "The Marxist/Feminist Encounter", la brecha la distancia para recorrerla en ocho años.

54. Véase Kate Soper, "The Socialist Humanism of E. P. Thompson", en *Travelling Pleasures*, pp. 89-125.

55. Franco Moretti, *Signs Taken for Wonders: Essays in the Sociology of Literary Forms* (London: Verso, 1983), p. 244.

56. E. P. Thompson, "Agency and Choice", *New Socialist*, 4 (Verano de 1958), p. 106.

57. Véase, por ejemplo, E. P. Thompson, "Socialist Humanism: An Epistle to the Philistines", *New Socialist*, 1 (Verano 1957), pp. 105-143; Bryan D. Palmer, *The Making of E. P. Thompson: Marxist, Humanist, and History* (Toronto: New Hogtown Press, 1981); Ellen Meiksins Wood, *Walking Through the Cracks: E. P. Thompson and the Debate on Base and Superstructure*, en Harvey J. Kaye and Keith McClellan, ed., *E. P. Thompson: Critical Perspectives* (Philadelphia: Temple University Press, 1989), pp. 125-152; "Interview with E. P. Thompson", en Henry Abelove, ed., *Thompson's History* (New York: Pantheon, 1989), pp. 10-11; E. P. Thompson, "Vision of History", en E. P. Thompson, "Poverty of Theory", en *History Workshop*, 16 (Invierno 1978), pp. 79-101.

58. Véase, por ejemplo, José Hobsbawm, "The Historical Context of the Communist Party", en *Marxist Counterpoints*, vol. 1 (1988) and *The Communist Party in Mexico* (A. L. Morton (London: Lawrence and Wishart, 1975), pp. 1-40; "Interview with Thompson", *History Workshop*, esp. p. 22.

59. Véase, por ejemplo, Raymond Williams, *Base and Superstructure in Marxist Cultural Theory*, *New Left Review*, 82 (noviembre-diciembre de 1973), pp. 3-16; R. Williams, *Motion and Literature* (London: Oxford University Press, 1977), esp. pp. 75-84; *Marxismo y Literatura*, Península, Barcelona, 1980.

60. E. P. Thompson, "Eighteenth Century English Society: Class Struggle without Class?", *Social History*, Enero de 1978, p. 149.

61. Véase, por ejemplo, E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (1963), p. 150.

62. Peter Sedgwick, *The Two New Lefts, 1945-1968* (Harmondsworth: Penguin, 1976), pp. 151-153.

63. Peter Fryer, "Lenin as Philosopher", *Labour Review*, 2 (septiembre-octubre de 1967), pp. 136-147.

64. E. P. Thompson, "The Poverty of Theory", p. 376.

65. *Ibid.*, p. 384; *Ibid.*, *The Sybil Papers* (New York: Pantheon, 1988), y para un comentario sobre este último véase B. D. Palmer, *Discent to Discontent*, pp. 211-214; Paul Buhle, "Isn't it Romantic? E. P. Thompson's Global Agenda", *Voice Literary Supplement*, 76 (Julio de 1989), pp. 24-26.

66. Raphael Samuel, "Reading the Signs", *History Workshop: A Journal of Socialist and Feminist History*, 32 (Ocho de 1991), pp. 105-107. Véase también el lugar de las diferentes frases de la cita original para entender la coherencia del comentario de White sobre Thompson véase Hayden White, *Figures of Discourse: Essays in Cultural Criticism* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1978), pp. 14-19.

67. Irving Howe, "The Value of the Canon", *The New Republic*, 18 (Enero de 1952), p. 42, citado y comentado en Bruce Robbins, "Turned Radicals, the New McCarthyism, y 'PC'", *New Left Review*, 158 (Julio-agosto de 1991), p. 156.

68. Russell Jacoby, *The Last Intellectuals: American Culture in the Age of Academe* (New York: Basic Books, 1967).

## Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo fílmico de Canal 10 de Córdoba (Noticias de las décadas del '60 y del '70)

Silvia O. Romano, - Marta Cristina Boixadós\*

"... Esa simple cinta de celuloide impresionado constituye no sólo un documento histórico sino además una porción de historia (...) Se trata de dar a esta fuente, quizás privilegiada de la historia la misma autoridad, la misma existencia oficial, el mismo acceso que a los otros archivos existentes (...) Bastará para ello con reservar a las películas cinematográficas (...) una sección de museo, un estante de biblioteca o un armario de archivo".

Boseslaw Matuszewski, *Una nueva fuente de la historia*, París, 1898

El propósito de este artículo es transmitir la experiencia realizada en el proyecto interdisciplinario iniciado en 1994 para la

recuperación del archivo de noticias del Canal 10 de Córdoba de las décadas del '60 y el '70\*\*. Nos interesa promover por este medio la valorización del material audiovisual como bien cultural y parte de nuestro patrimonio histórico y como reservorio de fragmentos de la memoria de los argentinos. Consideramos que, en alguna medida, el logro de estos propósitos y la formación de archivos de imágenes abrirán nuevas perspectivas para el uso sistemático de fuentes audiovisuales en la investigación histórica sobre el siglo XX.

### A modo de introducción

La preocupación por rescatar y resguardar fuentes de archivo de diverso tipo viene convocando de manera creciente el interés y el accionar de

\* Profesoras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. N. Córdoba.

\*\* El proyecto se originó a partir de un Convenio suscrito entre los Servicios de Radio y Televisión (en adelante S.R.T.) de la Universidad Nacional de Córdoba de los que forma parte Canal 10, y el Departamento de Cine y Televisión y la Facultad de Filosofía y Humanidades de la U. N. C. Dicho proyecto fue elaborado y asumido como trabajo de investigación y extensión de tres cátedras de ese Departamento (Historia Social y Económica Argentina, Teoría y Técnicas de la Investigación Social y Cine y TV Argentino y Latinoamericano). Integran el equipo las Prof. Silvia Romano y Marta de la Vega en la coordinación general y las Prof. M. Cristina Boixadós, Alicia Caldarone y los Aux. Emilio Fuentes y Pedro Sorrentino. Un grupo de veinte alumnos han colaborado y colaboran en las diferentes tareas.

profesionales de distintas disciplinas, y entre ellos a historiadores. Prueba de esto es la presencia, con entidad propia, de este espacio en una revista de historia, como también la mayor participación de historiadores en debates y proyectos tendientes a la recuperación y/o preservación de archivos en diferentes ámbitos. Ese interés se manifiesta por las fuentes tradicionales y por otras menos explotadas, como es el caso de las imágenes fijas y en movimiento<sup>1</sup>.

Esa intervención cada vez más comprometida en la preservación del patrimonio cultural revela una forma de acción frente al alarmante desinterés y abandono por parte del Estado de sus responsabilidades en este campo. Se advierte así una creciente toma de conciencia sobre la necesidad de actuar de manera inmediata y coordinada ante las continuas pérdidas, el deterioro y la dispersión que afectan tanto a repositorios públicos como privados, y que al mismo tiempo ponen en riesgo la materia prima de futuras investigaciones. Los acervos fotográficos, cinematográficos y televisivos no escapan por cierto a esa realidad.

En ese contexto, y en relación al material audiovisual las acciones tendientes a su conservación son las menos extendidas. Pese a las pioneras conceptualizaciones como la de Matuszewski glosada en el epígrafe, y a iniciativas posteriores que culminaron en la "Recomendación sobre la salvaguardia y la conservación de las imágenes en movimiento" aprobada por la UNESCO en 1980, no se ha desarrollado en nuestro país una política conservacionista de esta documentación<sup>2</sup>.

De ello daba cuenta en 1994 una

nota periodística sobre la televisión y la radio: "En la Argentina no existe una sistematización de los archivos audiovisuales y sonoros, a pesar de los esfuerzos de algunas emisoras (...), es prácticamente imposible recurrir a un lugar donde puedan informar cómo encontrar imágenes o testimonios grabados antes de 1989"<sup>3</sup>.

El texto citado hace referencia a dos cuestiones que desde nuestra perspectiva están estrechamente relacionadas: la desvalorización de estos registros como bienes culturales que deben conservarse y la consecuente ausencia de archivos organizados y accesibles<sup>4</sup>.

#### Origen y desarrollo del proyecto: una experiencia colectiva

El proyecto se inició a partir de la propuesta del Servicio Informativo de los S.R.T. al Departamento de Cine y T.V. para la recuperación y transferencia a video de una parte del archivo fílmico documental en 16 mm. del Canal 10. Se trata de noticias locales, nacionales e internacionales que el Canal registró y recibió de otras agencias desde sus inicios, a principios de los '60. La información que posee este archivo, más allá de ciertas pérdidas significativas, tiene un alto valor documental tanto por su variedad como por tratarse de un período sobre el cual se conservan escasos registros audiovisuales o son inaccesibles.

Nuestra participación en el proyecto se inscribe en el interés ya señalado por rescatar parte del patrimonio cultural y la memoria histórica de Córdoba y del país<sup>5</sup> y por generar un archivo informatizado que

posibilite el acceso de investigadores, realizadores, docentes y alumnos a esas fuentes. Nos estimuló asimismo la posibilidad de integrar y desarrollar un espacio común con otras áreas de la Carrera de Cine y T. V. y contribuir a la formación de recursos humanos en especialidades relativas al proyecto.

Por el convenio firmado en marzo de 1994 nos comprometimos a realizar la limpieza, ordenamiento, compaginación, catalogación, transferencia a video y registro de la información en base de datos de 50 horas/película<sup>6</sup>. Si bien este primer convenio cubría la recuperación de una pequeña parte del material, el archivo se trasladó en su totalidad. Una idea aproximada de su tamaño se puede obtener si se lo traduce al espacio que ocupa: unos veinte anaqueles de un metro de ancho por 2, 20 m de altura y 0,50 de fondo (en cajones), equivalentes a más de 800 hs/película<sup>7</sup>.

El proyecto se desarrolló en varias etapas. En la primera se organizó el equipo de trabajo y se realizó, por grupos, un proceso de capacitación de los integrantes en diferentes tareas. El aprendizaje incluyó técnicas de limpieza y montaje, diseño y operación de la base de datos (Micro-Isis), manejo de la Telecine (equipo para transferir fílmico a video), etc. Estas instancias de capacitación estuvieron a cargo de las cátedras de Montaje y Fotografía del Departamento de Cine; del Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH) en la parte informática; y de los S.R.T. en el manejo de la Telecine.

La falta de antecedentes en Córdoba y, en alguna medida, en el país so-



bre emprendimientos de esta naturaleza nos llevó simultáneamente a realizar diversas consultas. Además de efectuar una revisión bibliográfica se buscó información sobre distintos aspectos de las actividades a desarrollar en otras dependencias de la U.N.C. (entre ellas las Escuelas de Archiveros y de Bibliotecarios, la Fac. de Ciencias Químicas y el Instituto de Toxicología, etc.) y en instituciones nacionales e internacionales (Fundación Antorchas, Cinemateca de Río de Janeiro, etc.)<sup>8</sup>.

En esta primera fase del proyecto los conocimientos previos y los recién adquiridos se fueron integrando y ajustando en la experiencia concreta. En este sentido interesa destacar que las diversas dificultades que presentó el desarrollo de las tareas se fueron resolviendo en la práctica, mediante el intercambio de saberes en el trabajo interdisciplinario y colectivo.

Esa experiencia nos exigió interiorizarnos en cuestiones que si bien no conciernen estrictamente a nuestra profesión fueron necesarias para el desarrollo del proyecto. Ello supuso un esfuerzo de comprensión y participación activa, más allá de la división de tareas que efectivamente se implementó.

En la segunda etapa se llevaron a cabo los trabajos previstos, que estuvieron encuadrados en criterios tendientes a la preservación y cuidado de las fuentes y a garantizar su accesibilidad. Es de aclarar que se mantuvo la forma de organización cronológica y espacial (origen local, nacional e internacional de la noticia) inicialmente establecida por el Canal.

Las tareas de inventariado, limpieza, montaje (en "tortas" de 10' de duración) y su transferencia a video (copiado simultáneo en tres casetes), fueron realizadas según ese orden y de manera sincrónica por cuatro grupos de trabajo coordinados por los docentes participantes del proyecto.

Se confeccionaron planillas a los fines de registrar todas las referencias exteriores existentes (tema, agencia, fecha, etc.) y otros datos adicionales como duración aproximada, número de orden, etc. Cabe señalar que cada noticia estaba archivada de manera individual y en rollos de 2 a 5' promedio.

Paralelamente se establecieron categorías para la catalogación, descripción y análisis de la información contenida en las noticias y se trabajó en el diseño de la base de datos. Esas categorías se compatibilizaron con los requerimientos del Servicio Informativo de los S. R. T. y con las posibles demandas de potenciales usuarios (investigadores, docentes, reali-

zadores, etc.). Los criterios seguidos para esta categorización estuvieron orientados principalmente a facilitar el acceso a la información. Esto llevó a establecer conceptos inclusivos que permitieran agrupar la información en temas generales, combinables con otros más desagregados. Al registrarse los mismos en la base de datos, como descriptores y pasar a formar parte del Diccionario, ofrecen múltiples vías de acceso a la información<sup>9</sup>.

Estas herramientas de análisis se aplicaron en la visualización de la copia en video del material transferido destinada a tal fin. En algunos casos fue necesario consultar otras fuentes (periódicos, informantes, testigos, etc.) debido a que varias noticias carecían tanto de referencias externas como de sonido.

En lo referente a la base de datos, los criterios seguidos tendieron a reunir en un solo instrumento (la "hoja de trabajo") toda la información externa e interna relativa a las fuentes. Es decir que esa hoja registra en los distintos campos sus características (registro sonoro, duración, ubicación física, nuevas referencias) y a la vez, el resultado del análisis de la información ya referido, además de nombres propios, de países, provincias, localidades, barrios, agencias de noticias, siglas, etc.

### Un balance abierto

A fines del '94 se cumplieron los objetivos del proyecto que, visto a la distancia, hoy parece casi una "misión imposible", dado los escasos recursos materiales y de infraestructura disponibles, el tamaño del archivo y la señalada falta de antecedentes en

la materia a nivel local.

Sin embargo su concreción fue posible, principalmente por el comprometido esfuerzo y dedicación de estudiantes y docentes del Departamento de Cine y T. V. La experiencia realizada permitió establecer en marzo del '95 un nuevo convenio anual, con algunas variantes respecto al anterior, con el propósito de procesar 400 horas/película<sup>10</sup>. Así, desde el inicio del proyecto y hasta la fecha, los resultados se pueden mensurar en más de 300 horas/película transferidas a video y unas 5.000 noticias registradas en base de datos. El equipo de trabajo se ha consolidado y los conocimientos adquiridos ya están siendo transferidos a otros alumnos (en cursos, integración de nuevos colaboradores, etc.).

Otros frutos esperados comienzan a gestarse a partir del material disponible en video: por ejemplo, consultas de investigadores (limitadas aún por problemas de espacio, personal y



equipos técnicos); canjes con otras instituciones; proyectos de alumnos y docentes para la realización de documentales; edición de video didáctico (utilizado en trabajos

prácticos de Historia Argentina) y la exploración sobre técnicas para el tratamiento del documento audiovisual en la investigación histórica.

El reconocimiento de las imágenes como fuentes para el estudio del pasado se ha extendido progresivamente en Europa y EE.UU. en las dos últimas décadas. Sin embargo en Argentina, la consideración del valor documental de las fuentes visuales todavía no parece ser una cuestión relevante entre los historiadores<sup>11</sup>. En este sentido, aspiramos con estas líneas a alentar un debate sobre las posibilidades de explotación de este tipo de fuentes en investigaciones sobre la historia del Siglo XX, lo que supone también desarrollar espacios de encuentro con otras disciplinas ■

### Notas

1. Véanse por ejemplo, números anteriores de *Entrepasados*; Revista *Ciencia Hoy*, Vol. 3 N° 16, nov. dic. 1991; actas de jornadas y reuniones como las de "Historia de la Fotografía Antigua"; etc.

2. Esa recomendación fue aprobada el 27/10/80 en Belgrado y considera a las imágenes en movimiento como parte del patrimonio cultural de cada nación, que las debe

proteger y conservar por su valor educativo, cultural, artístico, científico e histórico. Establece a la vez normas jurídicas, administrativas y técnicas básicas para su protección y uso. Según la UNESCO la expresión "imágenes en movimiento" abarca producciones cinematográficas (largometrajes, cortometrajes, de divulgación científica, documentales y actualidades, de animación y

didáctica) producciones televisivas y video-gráficas. Cfr. *El Correo de la UNESCO*, N° XXX-VII, agosto 1984

3. Cfr. *La Maga*, año 3, N° 109, 16/2/94, pág. 6. En términos semejantes se refería el jefe del Departamento Imagen y Sonido del A. G. N. al señalar que "desde 1960 en adelante en cine y en televisión no se conservó documentación por el reciclamiento que se hacía del material filmico..." Cfr. *Magazine*.

4. En este sentido es sintomático que aún en convocatorias de organismos no gubernamentales preocupados por la tutela de bienes culturales no se incluya al patrimonio fotográfico y audiovisual, como se pudo apreciar en la programación de las "Primeras Jornadas Nacionales Interdisciplinarias sobre la Tutela de los Bienes Culturales" realizadas en Córdoba en agosto del '95.

5. Con esta finalidad, una de las cláusulas del convenio con los S. R. T. estableció el traspaso definitivo del archivo a un ámbito adecuado de la Biblioteca de la Fac. de Fil. y Humanidades para su custodia y preservación.

6. El proyecto se financió con el aporte de los SRT (en la provisión de un equipo de Telecine, un computador, tres pasantías para colaboradores, los casetes de video que retornan al Canal con los registros del material transferido y un monto para insumos y gastos varios). La Secretaría de Ciencia y Técnica de la U. N. C. (SECYT) financió la compra de un equipo de proyección y sonido para video y la Cooperadora del Depto. de Cine colaboró con la provisión de casetes de video tanto los destinados para Archivo como para el desarrollo de los trabajos. En 1995, el proyecto ha obtenido aportes de los S. R. T. (cuatro pasantías); del Dto. de Cine (id. anterior), de la Facultad de Filosofía y Humanidades (para adquisición de casetes) y un subsidio-aún no efectivizado- del CONICOR.

7. El traslado, realizado en tres jornadas, fue posible gracias a la colaboración voluntaria de un numeroso grupo de alumnos y a la

habilitación de dos espacios provisorios en el Dpto. de Cine y TV. Hasta la fecha del traslado, este material estuvo archivado en un ámbito específico del Canal y, aunque en un principio había cumplido con los requisitos mínimos de conservación, ese espacio ya era insuficiente y parte de las noticias estaba desordenada, sin resguardo y muchas habían perdido sus referencias.

8. Algunas de esas consultas estuvieron orientadas, por ejemplo, a seleccionar productos adecuados de limpieza y remoción de hongos y a garantizar condiciones de trabajo seguras con la adopción de medidas preventivas (máscaras, guantes, etc.)

9. Por ejemplo, un reportaje a un dirigente político puede ser abordado desde distintas vías: por el origen de la noticia, por "Política", por el nombre del partido, el nombre del dirigente y por palabras claves del contenido del reportaje.

10. Una de las variantes es la participación de personal de los S. R. T. en tareas de montaje. Véase también nota N° 6.

11. Cfr. por ejemplo, Pierre Sorlin, *Sociología del cine*, F.C.E. México, 1985; John O'Connor "History in images/Images in History: Reflections on the Importance of Film and Television Study for an Understanding of the Past", en *American Historical Review*, N° 93, 1988; Robert M. Levine, *Images of History*, Duke University Press, Durham and London, 1989; Francesco Casetti, *Teorías del cine*, Ed. Cátedra, Madrid 1994. En nuestro país el problema ha sido enfocado, con diferentes propósitos, por Silvia Finocchio "Geshichte und Kino in Argentinien (1910-1950)", en Riekenberg, M. (comp.) *Politik und Geschichte in Argentinien und Guatemala. Studien zur Internationalen Schbuchforschung*. Band 80, Frankfurt/Main, 1994. y Silvia Romano en "Cine e Historia. Notas sobre la aplicación del cine en la didáctica de la historia", en *Revista Estudios* del CEA, de la U. N. C., N° 6, 2do. semestre de 1995.

## Estancia y sociedad en la pampa

1740-1820

Buenos Aires, Biblos, 1995. 202 páginas.

Carlos A. Mayo (con prólogo de Tulio Halperin Donghi)

Carlos Mayo reúne finalmente en un libro, los trabajos que estuvo presentando en diferentes jornadas dedicadas a la investigación histórica. "Estancia y sociedad en la pampa", resulta por ello una obra necesaria, aunque también lo es porque el autor fue pionero en la investigación de los temas que aquí trata. Retoma, de manera exhaustiva, propuestas planteadas en la *Polémica sobre la Mano de Oera* (AAVY, IELIS, Tandil, 1987) y como dice Tulio Halperin en el prólogo, Mayo tiene el mérito de haberse interesado "en esta explotación antes que en los estudios".

El libro está organizado sobre un eje, la estancia. Es una historia social de la ganadería, con un objeto central: "determinar... el peso social de la ganadería y de los estancieros en la sociedad rural". Así está enunciado en el primer capítulo, en el que se describe el excurso pampeano, el paisaje, la población, la producción y las condiciones estructurales.

En los capítulos restantes, se ocupa en forma ágil y amena de la estancia, los estancieros, los agregados y el capataz. Son seguramente los más logrados por la riqueza de las descripciones, que trascienden la gran cantidad de lecturas previas y el manejo de los muchos documentos utilizados como insumos. Perciben los rasgos observados. La primera es que, no aparecen diferenciados los colonos de los arrendatarios, ni los agregados. No sabemos si es porque para el autor no existieron diferencias en realidad, la segunda está referida a los párrafos dedicados a la relación clientelar establecida por Rosas. Es una reflexión que pierde consistencia, al presentarse en el

seno de una explicación que apunta a otros fines.

Son también ricas las referencias al mundo rural, en las que muestra cómo, desde sus planteos ideológicos, se ven las lecturas de posturas que mismo habito generado. Y, como ya se han ido escritas para divulgarlas, algunas en inglés. Es el tema de la formación profesional.

# Reseñas y Comentarios de Libros

En el capítulo "Reseñas de la literatura", Mayo plantea el problema de "cómo leer charlas similares a las marginales, el gaucho fue definido desde el centro, desde lo alto, desde el poder". Es esta una advertencia interesante, dado que las fuentes que utiliza son buenas y resulta difícil distinguir—desde ellas—entre un transeúnte y un vagabundo. Igual dificultad se encuentra para describir el proceso por el cual un individuo se transforma en gaucho.

Cierra el libro dos temas de interés para una historia de la sociedad: la mujer en su relación con el trabajo y la sexualidad en la pampa. Con ellos se completa una mirada sobre el mundo pampeano. En una muestra más de cómo se enriquece su análisis al haberse iniciado en el seno de una cultura que incógnita que que el mundo no es un universo no digna que presen-

Para los especialistas en las novedades, porque



didácticas, producciones televisivas y videográficas. Cfr. El Canal de la UNESCO, N° XXXVII, agosto 1984.

3. Cfr. La Maga, año 3, N° 109, 16/2/1984, pág. 6. En términos semejantes se refiere el jefe del Departamento Imágenes y Sonido del A. G. N. al señalar que "desde 1980 en adelante en televisión y en cine no se conservó documentación por el reclutamiento que se hacía del material fílmico..." Cfr. Maga, op. cit.

4. En este sentido es significativo que aún en convocatorias de organismos no gubernamentales convocados por la tutela de bienes culturales no se incluya al patrimonio fotográfico y audiovisual, como se pudo apreciar en la programación de las "Primeras Jornadas Nacionales Interdisciplinarias sobre la Tutela de los Bienes Culturales" realizadas en Córdoba, agosto 1985. N. C. Estímulo al traslado definitivo del archivo a un ámbito adecuado de conservación en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad Nacional de Córdoba.

5. El proyecto se financió con el apoyo de los SAT (con la provisión de un equipo de Telecine) y el aporte de los fondos de la Fundación de la U. N. C. para el Canal con los registros del material transferido y un insumo para insumos y gastos varios). La Secretaría de Ciencia y Técnica de la U. N. C. (SCT/CT) financió la compra de un equipo de proyección y sonido para video y la Cooperadora del Depto. de Cine colaboró con la provisión de cineastas-estudiantes destinados para Archivos como para el desarrollo de los trabajos. En 1995, el proyecto ha obtenido aportes de los S. R. T. (cuatro pasantías); del Dpto. de Cine (64. noventa); de la Facultad de Filosofía y Humanidades (para adquisición de cassetes) y un subsidio-aún no efectivizado- del CONICOR.

6. El traslado se realizó en tres jornadas, fue posible gracias a la colaboración voluntaria de un grupo de estudiantes y a la

habilitación de dos espacios provisionales en el Depto. de Cine y TV. Hasta la fecha no hemos podido tener acceso a los archivos en un archivo específico del Canal y, aunque en un principio había estado con los registros y negativos de conservación, en su mayoría ya son fotocopias y parte de los negativos se están desordenando, sin registro y muchas habías perdido sus referencias.

8. Algunas de esas cuestiones estuvieron orientadas, por ejemplo, a seleccionar productos adecuados de largometraje y metraje de longer y a garantizar condiciones de trabajo seguras con la adopción de medidas preventivas (guantes, protectores, etc.).

9. Por ejemplo, un reportaje un dirigente político puede ser obtenido desde distintos vías, por el origen de la noticia, por "Política", por el nombre del partido, el nombre del dirigente y por palabras clave del contenido del reportaje.

10. Una de las variantes es la participación personal de los S. R. T. en tareas de investigación, como también nos N° 6.

11. Cfr. por ejemplo, Pierre Sorlin, Sociologie des films, P. C. F., México, 1953; John O'Connor "History in Images/Images in History. Reflections on the Importance of Film and Television Study for an Understanding of the Past", en *American Historical Review*, N° 93, 1986; Robert M. Levine, *Design of History*, Duke University Press, Durham and London, 1985; Francisco Casati, *Teoría del cine*, Ed. Círculo, Madrid 1994. En nuestro país el problema ha sido abordado, con diferentes propósitos, por ejemplo por Silvia Finocchiaro "Geschichte und Film in Argentinien (1910-1950)", en Bickenberg, M. (comp.) *Politik und Geschichte in Argentinien und Guatemala. Studien zur Internationalen Schulbuchforschung*, Band 80, Frankfurt/Main, 1994, y Silvia Romano en "Cine e Historia. Notas sobre la aplicación del cine en la didáctica de la historia", en *Revista Estudios del CEA*, de la U. N. C., N° 6, 2do. semestre de 1995.

## Estancia y sociedad en la pampa

1740-1820

Buenos Aires, Biblos, 1995, 202 páginas.

Carlos A. Mayo (con prólogo de Tulio Halperín Donghi)

Carlos Mayo reúne finalmente en un libro, los trabajos que estuvo presentando en diferentes jornadas dedicadas a la investigación histórica. "Estancia y sociedad en la pampa", resulta por ello una obra meditada, aunque también lo es porque el autor fue pionero en la investigación de los temas que aquí trata. Retoma, de manera exhaustiva, propuestas planteadas en la *Polémica sobre la Mano de Obra* (AAVV, IEHS, Tandil, 1987) y como dice Tulio Halperín en el prólogo, Mayo tiene el mérito de haberse internado "en esta exploración antes que otros estudiosos".

El libro está organizado sobre un eje, la estancia. Es una historia social de la ganadería, con un objeto central: "determinar... el peso social de la ganadería y de los estancieros en la sociedad rural". Así está enunciado en el primer capítulo, en el que se describe el escenario pampeano, el paisaje, la población, la producción y las condiciones estructurales.

En los capítulos restantes, se ocupa en forma ágil y amena de la estancia, los estancieros, los agregados y el capataz. Son seguramente los más logrados por la riqueza de las descripciones, que traslucen la gran cantidad de lecturas previas y el manejo de los muchos documentos utilizados como insumos. Pero caben dos observaciones. La primera es que, no aparecen diferenciados los colonos de los arrendatarios, ni de los agregados. No sabemos si es porque para el autor no existieron diferencias o si considera irrelevante profundizar en ellas. La segunda está referida a los párrafos dedicados a la relación clientelar establecida por Rosas. Es una reflexión que pierde consistencia, al presentarla en el

seno de una explicación organizada para otros fines.

Son también ricas las pinturas del peonaje rural, en las que modificó levemente sus planteos originales, con provechosas lecturas de polémicas que el mismo había generado. Y, aunque hayan sido escritas para divulgación, los agudos enfoques, más el tratamiento crítico de la información las hacen recomendables para todos aquellos que desean afianzar procesos individuales de formación profesional.

Es menos preciso, con trazos que prometen y que sin embargo no terminan por cerrar, el capítulo sobre los esclavos. En el siguiente, "gauderios de la llanura pampeana", reitera sus ideas sobre los vagabundos, aunque admite que: "como toda criatura semimarginal o marginal, el gaucho fue definido desde el centro, desde lo alto, desde el poder". Es esta una advertencia interesante, dado que las fuentes que utiliza son jurídicas y resulta difícil distinguir—desde ellas—entre un transeúnte y un vagabundo. Igual dificultad se encuentra para describir el proceso por el cual un individuo se transforma en gaucho.

Cierran el libro dos temas de interés para una historia de la sociedad: la mujer en su relación con el trabajo y la sexualidad en las pampas. Con ellos se completa una mirada atenta sobre el mundo pampeano bonaerense. En una muestra más de coherencia el autor ciñe su análisis al hilo conductor con el que había iniciado la obra, analiza a la mujer en el seno de un universo ganadero. La incógnita que quedaría por develar es si ese universo no resulta del mismo paradigma que pretende combatir.

Para los especialistas no hay muchas novedades, porque ya se conocían los



avances, en la forma de ponencias. Sin embargo, algunos aspectos cobran renovado interés en el presente volumen. La razón estriba en la coherencia temática de la obra. En ese sentido se destacan los recursos utilizados para demostrar la inexistencia de una clase terrateniente en el período colonial tardío, el escaso peso social que los estancieros tuvieron en la campaña y la pobreza de los establecimientos rurales que poseían. Destruye así el mito historiográfico de los orígenes coloniales del latifundio. Muestra en cambio que la tenencia de la tierra, muy dividida, conspira contra las intenciones de ubicar a los estancieros en el centro del poder político.

En casi todos los temas el autor va confrontando argumentos con las imágenes tradicionales, e indudablemente, no es Mayo el único que viene realizando estos planteos, también lo han hecho Tulio Halperín, José Carlos Chiaramonte, Jorge Gelman y Juan C. Garava-

glia. Pero como hemos afirmado precedentemente es innegable que fue uno de los primeros en sospechar de los supuestos de una historiografía plagada de ensayos, plenos de ideas y flacos de pruebas. Como escribe el propio Mayo, "dominado por el prejuicio" de que finalmente la pampa había terminado por subordinar al resto del país.

En síntesis, es una historia en un tono narrativo, que abunda en descripciones y que pretende entretener, "que se regodea en el detalle". Puede que aquí resida también uno de los puntos contradictorios del trabajo, porque algunos de sus capítulos conservan la forma de conferencias y de ponencias para públicos profesionales, y no fueron felizmente resueltos para otros lectores, aquellos que no están al tanto de las más recientes discusiones. Una palabra aparte para la edición, que merece una buena fe de erratas ■

*Oreste Carlos Cansanello*

## Frontier Development. Land, Labour, and Capital on the Wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914,

Clarendon Press, Oxford, 1994, 322 págs.

Jeremy Adelman

Los estudios que comparan el desarrollo de la economía argentina con otras regiones de "colonización reciente", como Australia y Canadá, tienen una larga tradición. El trabajo de Jeremy Adelman se inscribe en esa tradición, en la que se destaca por la originalidad con la que sus argumentos van entrelazando las experiencias históricas del desarrollo agrario en los dos países que analiza y la manera en que sus hipótesis se contraponen a algunas de las ideas más arraigadas en esa historiografía comparativa.

Las comparaciones de este tipo se han basado en las aparentes similitudes de regiones cuyo crecimiento económico hacia fines del siglo pasado y principios del presente ha sido en buena medida una respuesta al impulso generado por la creciente demanda de productos primarios proveniente del mercado mundial. Esas similitudes no se limitaban al impulso que las exportaciones significaron para el crecimiento de la economía, por el contrario se extendían a la dotación de factores al iniciarse el proceso de crecimiento. Se trata de regiones donde la tierra era abundante en relación tanto a la mano de obra como al capital. Estas características han dado origen a la llamada teoría del bien primario exportable desarrollada justamente para explicar el crecimiento económico de Canadá y que posteriormente se ha intentado generalizar para otras regiones cuyo crecimiento en algún momento estuvo basado en las exportaciones de productos primarios.

Jeremy Adelman inicia su estudio mostrando los límites que la teoría del bien primario exportable, la economía neoclásica, los aportes de la economía institucional de Douglas North y de la

teoría de la dependencia implican para explicar las diferencias en el desarrollo agrario de Argentina y Canadá en la producción de trigo en el período 1890-1914. Sostiene que esas diferencias se explican mejor por factores internos en el desarrollo de ambas sociedades. Estos factores están dados por las relaciones sociales de producción y las relaciones de propiedad entre los agentes económicos. El tema principal del libro será, entonces, cómo las relaciones sociales de producción condicionaron las características que la expansión del cultivo del trigo adoptó en los dos países.

En otros autores, aproximaciones similares han llevado a intentar mostrar los límites que el latifundio ha impuesto al desarrollo económico o las ventajas del desarrollo agrario basado en el modelo del farmer norteamericano. El trabajo de Adelman, por el contrario tiende a demostrar la racionalidad, específica en términos de tiempo y lugar, de las conductas de los actores económicos y lo que considera el mito Jeffersoniano sobre las supuestas ventajas de las unidades de producción basadas en mano de obra familiar y orientadas al mercado que también caracterizaron el desarrollo de Canadá.

El libro está organizado en tres secciones principales donde el autor realiza un análisis pormenorizado de los factores de producción y sus mercados en los dos países. En la primera parte estudia las formas de tenencia y explotación de la tierra y su distribución, en la segunda la mano de obra y las características del mercado de trabajo y en la tercera la formación de capital, el financiamiento de las actividades agrarias y las tecnologías adoptadas en Canadá y Argentina.

Si los dos países respondieron a las

demandas del mercado mundial y atrajeron inmigrantes y capital europeo, las diferencias en el desarrollo agrario muestran claramente que esas similitudes sólo explican una parte menor del proceso que se abrió en 1890. La expansión agrícola se inició lentamente en Canadá como resultado de una política muy precisa del estado que tendía a la radicación de inmigrantes que se convirtieron en propietarios de explotaciones familiares medianas en tierras antes públicas. En la Argentina la expansión se produjo, luego de las experiencias de colonización en Santa Fe y Entre Ríos, básicamente como consecuencia de la actividad de los arrendatarios pampeños que se instalaban con contratos de arrendamiento o mediería en tierras de las estancias interesadas fundamentalmente en la producción vacuna cuyo mejoramiento requería la alfalfa que los arrendatarios y aparceros dejaban sembrada al finalizar sus contratos de corto plazo. La tierra pública había pasado al dominio privado ya antes de la expansión cerealera, y los intentos de algunos miembros de los sectores dirigentes por establecer desde el estado políticas inspiradas en el ejemplo norteamericano y canadiense terminaron muy rápidamente en un comprensible fracaso. Por otra parte, y lejos del ideal Jeffersoniano, las políticas canadienses no impidieron la movilidad geográfica de los productores, ni la especulación en tierras.

En ambos países las necesidades de mano de obra se cubrieron recurriendo a la inmigración. Pero mientras que en la Argentina el desarrollo de un muy fluido mercado de trabajo implicó que hacia fines del período la escasez de mano de obra dejara de ser un obstáculo para la economía agraria y los salarios tendieran a disminuir, el problema persistió en Canadá. Por otra parte la disponibilidad de financiamiento con la que los productores propietarios contaban en este último país los inclinaba a sustituir mano de obra por maquinaria, au-

mentando la productividad del trabajo, pero también los impulsaba a endeudarse a un punto que se tornaba crítico en los momentos de crisis como 1914 o aún más en 1930. En la Argentina, donde no existía crédito de largo plazo disponible para los arrendatarios, se tendía a aumentar la productividad del capital y no la de la tierra o de la mano de obra. Esto significó una mayor inversión en el sector agrario en Canadá en relación a la que se produjo en el mismo sector de la economía argentina. Este proceso se relacionaba también con la especialización de las praderas canadienses en el monocultivo del trigo, frente a la diversidad de opciones productivas que ofrecía la pampa argentina.

En el contexto de relaciones de propiedad en el que la expansión productiva se produjo en Canadá y en Argentina, el comportamiento de los actores económicos aparece como racional a pesar de las contradicciones que el mismo proceso iba generando. Los arrendatarios en la Argentina aspiraban a ascender socialmente, idealmente al retornar a sus países de origen, a partir de los mínimos requerimientos de capital inicial y de las ganancias rápidas que algunas buenas cosechas podían proporcionarles. Para beneficio de los estancieros, el sistema permitía la transformación de la ganadería sin los costos que hubiera implicado el control directo de las actividades agrícolas.

La movilidad social ascendente en Canadá, por el contrario, se asoció a la propiedad de la tierra. Pero allí no había una clase de propietarios de la tierra preexistente a la expansión triguera. Los sectores dominantes en Canadá se encontraban en principio entre los grupos de comerciantes y financistas, y más tarde industriales, basados en el este. Desde allí surgió el financiamiento que hizo posible la expansión agrícola.

El desarrollo de Canadá suele aparecer en la bibliografía como el contrafactual del estancamiento argentino, el camino posible que la Argentina no tomó.

También en este sentido el trabajo de Adelman es innovador. Enfatiza que en distintos momentos tanto el caso argentino como el canadiense han sido vistos como fracasos. En efecto, a partir de la crisis de 1930 la historiografía canadiense comenzó a alejarse de las imágenes románticas del poblamiento de las praderas y a analizar críticamente la etapa expansiva. Sin embargo, un lector argentino desearía ver reflejado con más detalle el significado que se le atribuye al supuesto fracaso canadiense. En el largo plazo las exportaciones de trigo canadiense siguieron siendo significativas en el mercado mundial, en tanto sus volúmenes aumentaban. Por el contrario, la participación argentina en el comercio mundial de trigo disminuyó y el volumen de sus exportaciones se estancó. En términos aún más globales, si el ingreso per capita en la Argentina de

principios de siglo se aproximaba a la mitad del canadiense, en la década de 1980 no alcanzaba ya a la cuarta parte.

Jeremy Adelman contrapone su interpretación a la sostenida por lo que considera la más tradicional y aceptada versión "populista-dependentista" que para el caso argentino estaría ejemplificada por autores como James Scobie y David Rock y para los estudios comparativos sobre ambos países por el trabajo de Carl Solberg. El trabajo de Adelman se inscribe a su vez en una ya extensa renovación de los estudios sobre el desarrollo agrario argentino en los que también, y conjuntamente con una importante análisis de fuentes primarias, apoya su trabajo ■

Juan Carlos Korol

El 17 de octubre de 1945

Buenos Aires, Ariel, 1995, 294 páginas.

Juan Carlos Torre (Comp.)

El 17 de octubre de 1945 fue recordado por intelectuales, militantes y trabajadores en espacios diferenciados por sus voces. El campo académico en algunas universidades, los políticos peronistas en diferentes actos y una parte de los trabajadores dieron paso a una conmemoración que llegó hasta una nueva representación de esa jornada en Berisso, la cuna del peronismo en el imaginario colectivo. Hasta la prensa organizó secciones especiales con muchas anécdotas y escasos análisis del material que presentaban.

En este contexto de recordación el libro compilado por Juan Carlos Torre y publicado por Ariel está marcado por el sentido de la oportunidad. A cincuenta años se reeditan un conjunto de trabajos ya publicados en diferentes oportunidades y frecuentemente citados y recomendados para los estudiantes y los interesados en el tema. Sin embargo "El 17 de octubre de 1945" tiene la fuerza de esos textos que permiten escapar al peregrinaje por las bibliotecas bastante desactualizadas de las instituciones públicas y privadas. Tiene también algunas promesas. "El 17 de octubre en perspectiva" de Juan Carlos Torre, que introduce el conjunto de ensayos, abre no pocos interrogantes sobre las alternativas políticas en el pasado y en el presente más allá de que los lectores puedan encontrar los motivos sustanciales planteados en otro artículo del autor<sup>1</sup>.

La idea de que la política en una "sociedad industrial de masas" no era "una

1. Me refiero a Juan Carlos Torre: "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", *Desarrollo económico*, N° 112, Vol. 28, enero-marzo de 1989.

avenida de mano única" tiene el atractivo que obliga a pensar el desarrollo, las posibilidades, el lenguaje político posible, los mecanismos de interpelación de las múltiples direcciones imaginables, o la complejidad de las "ambas direcciones" planteadas por Torre y sintetizadas en las fórmulas de Perón o Unión Democrática. La posible victoria de la Unión Democrática, hipotetiza, "encajinaba el futuro de la Argentina por el sendero institucional de una democracia de partidos y un pluralismo sindical orientado a la izquierda" (pág. 19). La opción por el peronismo no sólo abortó tal posibilidad sino que dio paso a un "liderazgo plesbicitario" y a un "sistema de corporativismo sindical".

La figura de Perón es contrapuesta a la de Vargas en Brasil y aquí aparece con fuerza esa nueva-vieja idea del autor acerca de la ruptura que implica el advenimiento del peronismo, que adquirió peso con la movilización popular del 17 de octubre, manifestación impulsada por la labor de agitación de los viejos dirigentes sindicales. Según Torre fueron las masas las que rescataron a Perón del ostracismo y facilitaron el diseño de una política renovada. Fracasado su intento de construir un fuerte liderazgo que asegure la conciliación de clases y organice desde arriba el tránsito hacia una nueva sociedad por la hostilidad de las clases patronales y el interés de los partidos tradicionales de forzar la delegación del poder en la Suprema Corte, Perón se apoya en las masas obreras que entran en la escena política luego de un período de pasividad.

Es la presencia de los trabajadores organizados lo que marca las diferencias entre el peronismo y otras experiencias latinoamericanas como la brasileña y la

mexicana, y lo que obliga a Perón a revalidar y recrear su liderazgo en forma periódica. Las formas en que se produce esa revalidación en el largo período posterior a su derrocamiento, los mecanismos con los que se refuerza esa vieja relación, las maneras en que ese 17 se transformó en parte de una experiencia vivida para muchos que ni siquiera la habían protagonizado son los interrogantes que aún quedan sin respuesta.

El ensayo introductorio tiene además otros vacíos. Hubiera sido deseable que un libro que reúne ensayos ya publicados, al margen del trabajo original de Neiburg, y que será utilizado por muchísimos estudiantes, diera cuenta de las condiciones de producción de los mismos. La historiografía cambia sus miradas, sus interrogantes, sus interpretaciones. El artículo sobre "La C.G.T. en el 17 de octubre de 1945" es el más claro ejemplo de esas transformaciones. Publicado originalmente en 1975 buscaba rehabilitar a la vieja guardia sindical en la movilización del 17, del mismo modo que lo hacían algunos dirigentes gremiales que publicaron sus memorias entre 1972 y 1974. Probablemente en 1975 su autor todavía se ubicaba en esa línea historiográfica que enfatizaba las continuidades sobre las rupturas, hoy su propia visión se encuentra más matizada y orientada a pensar esa coyuntura de crisis como un momento de activamiento de las tensiones sociales.

El artículo de James se instala, en cambio, deliberadamente en el debate historiográfico rescatando lo más original del pensamiento de Germani. Al autor le interesa "las formas concretas de movilización y de protesta social que adoptaron los acontecimientos de octubre" (p. 88 y 89). James capta la atmósfera de la jornada y sus interpretaciones basadas en el carácter carnavalesco e iconoclasta otorgan a la propia movilización una significación social más am-

plia y en algún sentido más sutil sobre el significado que tuvo el peronismo para la clase obrera. Probablemente hoy agregaría la construcción siempre compleja y contradictoria de otras identidades como, por ejemplo, las de "género sexual".

El artículo de Marisa Navarro presta atención a la figura personal de Eva Perón y a los mitos construidos por la literatura histórica. En cambio los trabajos de Ipola y Plotkin se concentran en discursos y rituales. El valor de las palabras y de los rituales políticos se constituyen así en la clave para pensar el lugar que ocupa cada uno en la relación de las masas trabajadoras y Perón.

Finalmente, el ensayo de Federico Neiburg, el único original del volumen, tiene el atractivo, más allá de sus debilidades más visibles, de colocar dos cuestiones importantes. Una refiere a la relación de los intelectuales con la política y al papel que les cabe en la gestación de los mitos nacionales como los del 17 de octubre. Otro, el de las batallas políticas y simbólicas entre intelectuales que van definiendo el contenido de las representaciones sociales que se busca comprender y legitimar o ilegitimizar. Jauretche y Germani fueron figuras—sostiene Neiburg— con las cuales se identificaron otros actores y el pasado fue el agente legitimante de un presente siempre reactualizado (p. 280). No hay batallas sin violencia y las del pasado no ayudaron a construir una sociedad que permita absorber las diferencias políticas y simbólicas sin la eliminación del otro.

Como señalé al principio "El 17 de octubre de 1945" tiene el mérito de reunir en un sólo volumen un conjunto de trabajos que ampliamente conocidos en el medio académico tienen ahora la oportunidad de llegar a un público más amplio ■

Mirta Zaida Lobato



Solicitud de suscripción  
Entrepasados - Revista de historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País:

Tel.:

Envío:

Giro postal

Cheque bancario

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Guzmán,  
Calle de Correo N° 28, (1657), Loma Hemeros, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.

Ante cualquier duda, comuníquese telefónicamente al 789.9013

Suscripción:

En Argentina, US\$ 24 (dos números)

En el exterior, vía superficie US\$ 30 (dos números)

vía aérea US\$ 40 (dos números)

Este libro se terminó de imprimir en Naimo Artes Gráficas  
Iturri 340 (1427) Buenos Aires - Argentina, en el mes de diciembre de 1995.

Solicitud de suscripción  
Entrepasados - Revista de historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País:

Tel.:

Envío:

Giro postal

Cheque bancario

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Guzmán,  
Calle de Correo N° 28, (1657), Loma Hemeros, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.

Ante cualquier duda, comuníquese telefónicamente al 789.9013

Suscripción:

En Argentina, US\$ 24 (dos números)

En el exterior, vía superficie US\$ 30 (dos números)

vía aérea US\$ 40 (dos números)